
ATRAPADA
VANESSA WALTZ

ATRAPADA

LOS PECADORES DE BOSTON

LIBRO 5

VANESSA WALTZ

Copyright © 2024 por Vanessa Waltz

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

Portada de Kevin McGrath

Fotografía de Michelle Lancaster @lanefotograf

ÍNDICE

Delilah

1. Delilah
2. Santino
3. Delilah
4. Delilah
5. Delilah
6. Delilah
7. Santino
8. Delilah
9. Delilah
10. Delilah
11. Delilah
12. Delilah
13. Santino
14. Delilah
15. Delilah
16. Delilah
17. Santino
18. Delilah
19. Delilah
20. Delilah
21. Delilah
22. Delilah
23. Santino
24. Delilah
25. Santino
26. Delilah
27. Santino
28. Delilah
29. Santino
30. Delilah
31. Delilah
32. Delilah
33. Delilah

34. Santino
35. Delilah
36. Santino
37. Delilah
38. Delilah
39. Delilah
40. Santino
41. Delilah
Delilah

Agradecimientos
Otras Obras de Vanessa Waltz

DELILAH

Bajé corriendo los escalones de la iglesia.

El viento levantó mi vestido, y la larga cola ondeaba hacia el cielo resplandeciente. Una pareja que paseaba por la calle se detuvo, mirándome fijamente. Una tenue música de órgano sonaba a mis espaldas desde la iglesia de la que acababa de huir. Mi ahora ex prometido estaba dentro, esperando en el altar. En unos minutos, se daría cuenta de que algo iba mal.

Llegué al final de las escaleras y corrí por la acera, pasando junto al BMW con el cartel de *Recién Casados* decorado con serpentinas y globos blancos. Mientras escudriñaba la calle, el pánico me oprimió la garganta. El amigo de Santino debería estar aquí. ¿Dónde estaba mi vía de escape?

Un coche apareció en la calle arbolada, deteniéndose frente a mí.

La mano invisible en mi garganta se apretó aún más cuando un hombre con chaqueta vaquera salió del lado del conductor y abrió la puerta. Me hizo un gesto con la cabeza.

—Suba, señorita Romanov. Santino me envía.

Nunca le había visto antes, pero apenas le miré mientras me metía en el asiento trasero. Agarré la manilla y tiré. No se cerró, maldito

vestido. Abrí la puerta de nuevo, metiendo la tela dentro. Luego la cerré de golpe.

—Me llamo V —dijo el hombre mientras se ponía al volante.

—Delilah —me abroché el cinturón de seguridad—. Sácame de aquí cagando leches.

El coche aceleró, echando mi cabeza hacia atrás. Un miedo oscuro me invadió cuando las puertas de la iglesia se abrieron. Hombres con traje salieron en tropel, uno de ellos llevando el alfiler de lirio blanco que había elegido de un catálogo.

Levanté la mano en un saludo burlón.

Adiós, Dimitri.

UNO

DELILAH

Cuatro semanas antes

Estaba sentada en un taburete, con la mirada clavada en un hombre del que solo había oído rumores. No era de las que acosan a un hombre. Me resultaba extraño, pero mi situación requería medidas desesperadas. Los hombres cazan a las mujeres constantemente. Al menos yo no planeaba hacerle daño.

Santino Costa no tenía ni idea de que llevaba observándole durante la última hora. Desde su rincón en la zona VIP, se recostaba en una silla, con su bebida apenas tocada. Su rostro era difícil de distinguir en la tenue luz del club, pero su presencia magnética atraía a más de una mujer a su mesa. Sus guardaespaldas le rodeaban, irradiando amenaza.

—¿Necesitas que te rellene? —preguntó la camarera pelirroja.

—Sí, por favor.

Empujé mi vaso vacío hacia ella, apartando la mirada de Santino mientras una chica de mi edad preparaba otro vodka con hielo.

—¿Conoces a Santino Costa?

Ella sonrió.

—Un poco.

—¿Saliste con él?

—Él no tiene relaciones. Solo aventuras. Lo cual me funcionó hasta que dejó de hacerlo. —Suspiró y adornó el cóctel, deslizándolo frente a mí—. No estaba interesado en llevar las cosas más lejos, así que seguí adelante.

—Entonces, es un mujeriego.

La camarera se inclinó, sus rizos rojos cayendo sobre su hombro.

—Mujeriego es ser amable. No acepta un no por respuesta. Sabe lo que quiere y lo consigue. Si quieres una relación seria, yo mantendría la distancia.

—¿Qué es lo que *quiere*?

Una sonrisa compasiva se extendió por su rostro.

—Una chica a la que llamar suya por un tiempo. Te hará sentir como la única mujer en el mundo, pero ¿al amanecer? Serás noticia de ayer.

—Suena como el tipo de hombre que me conviene.

Arqueó una ceja.

No buscaba amor, solo un hombre lo suficientemente peligroso para protegerme de mi prometido. Había pasado semanas estudiando a los Costa, nada fácil considerando que eran la familia mafiosa más poderosa de Boston. Había hecho mi tarea, eliminando primero a los casados. No tenía interés en convertirme en la amante de nadie. Luego clasifiqué a los solteros por rango y estatus. Lo odiaba, pero no tenía otra salida.

—¿Qué crees que diría si le pidiera un favor?

Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—Depende de qué sea. Pero créeme, nada viene gratis con Santino.

No era sorprendente. Había crecido rodeada de hombres como él. Nunca daban sin esperar algo a cambio, y el precio siempre era elevado. Pero si iba a sobrevivir, tenía que estar dispuesta a pagar. Quedarme con Dimitri ya no era una opción.

Miré hacia la silueta de hombros anchos bañada en sombras. Tenía que hacer mi movimiento pronto.

Los vasos tintinearon mientras la camarera cargaba un lavavajillas. Cerró la puerta, el chasquido sacudiéndome. Su mirada cautelosa se posó en la mía de nuevo.

—Mira, no sé qué estás planeando, pero ten cuidado. No es fácil alejarse de él.

Forcé una sonrisa.

—Lo tendré en cuenta.

Alejarme era el menor de mis problemas.

Saqué mi teléfono, revisando la lista de llamadas perdidas de un solo número. Se suponía que Dimitri estaría en una partida de póquer con sus amigos. Debió haberse enterado de que había despistado a mis guardias porque me había dejado una serie de coloridos mensajes.

DIMITRI

¿Olvidaste a quién perteneces?

No me hagas ir a buscarte.

Esta es tu última advertencia.

Ya verás cuando llegues a casa.

Puse los ojos en blanco y pagué mi bebida. Pronto, no tendría que lidiar con este imbécil. Mis dedos enviaron un rápido mensaje, me deslicé del taburete y me dirigí hacia la salida.

Conduje de vuelta a Providence.

Vivía en un dúplex propiedad de Dimitri. Meses atrás, me había mudado con el aliento de mi padre. Los techos eran bajos y tenía ciento veinte metros cuadrados, pequeño comparado con la mansión de mi padre. Apenas entraba luz solar por las lúgubres paredes. Se sentía como una mazmorra.

Ivan, uno de los secuaces de mi prometido, esperaba en la entrada. Se erizó cuando salí del coche. Probablemente le dolía que le hubiera burlado otra vez. Pasé rápidamente junto a él y me acerqué a la puerta principal. Saqué mis llaves y la abrí.

Al empujarla, entré. Mi corazón latía con fuerza mientras recorría con la mirada los insulsos muebles de Dimitri. Mi respiración se entrecortó mientras dejaba mi bolso sobre la encimera de la cocina y corría hacia la sala de estar.

Oh no.

Los percheros con ropa que había coleccionado durante años —conseguida en ventas de patrimonio, tiendas de segunda mano y subastas online— estaban hechos jirones.

Todo.

Soportes metálicos y perchas estaban esparcidos por el suelo. Mis manos temblaban mientras me arrodillaba, pasando mis dedos sobre tiras de tela arruinada. El aire olía ligeramente a algo quemado. Mi garganta se tensó.

Corrí al dormitorio, rezando para que no hubiera destruido *todo*. Abrí de golpe la puerta del armario, ahogando un grito. Los estantes que contenían cajas de telas vintage cuidadosamente conservadas, accesorios y bolsos estaban vacíos. Solo unas pocas piezas destrozadas yacían en la esquina, medio arrugadas como si no le hubiera importado lo suficiente terminar su destrucción.

Una profunda ira se instaló en mi pecho. Las horas que había pasado construyendo esta colección, soñando con mi boutique, mi escape, mi futuro... todo ello, desaparecido en un barrido despiadado.

Y no podía hacer nada al respecto.

Porque había aceptado casarme con Dimitri.

Siempre había sido por complacer al Pakhan de la Bratva. Mi padre había orquestado este compromiso como un acuerdo comercial. Lo hizo sonar como un honor. Casarme con Dimitri mantendría a la familia fuerte, reforzaría alianzas y cimentaría mi lugar en la organización. Solo había dicho que sí para complacer a mi padre.

Pero odiaba a Dimitri.

Odiaba la manera en que me miraba. Cómo me exhibía ante sus amigos pero nunca me respetaba a puerta cerrada. Cómo utilizaba el poder de mi padre como una correa.

La puerta crujió y unos pasos resonaron sobre el suelo de madera. Dimitri entró, luciendo una sonrisa arrogante. Vestido con un traje a medida, ni se molestó en mirar el desastre que había creado. Sus fríos ojos se clavaron en mí.

—Estás en casa —dijo, como si no acabara de destruir todo lo que me importaba.

—¿Qué has hecho? —Mi voz se quebró, pero me mantuve firme.

—Nos he hecho un favor a ambos. Esto —señaló con desgana los percheros vacíos— era una distracción.

—¿Una *distracción*?

—Has dedicado más tiempo a estas tonterías que a tu prometido.

El calor burbujeo en mi garganta. —Esta era mi colección. Era mi futuro. Mi boutique...

Su boca se torció, y agitó la mano. —Deja los sueños de niña pequeña y empieza a comportarte como una mujer. Tu único trabajo es ser mi esposa.

Sus palabras venenosas estaban envueltas en terciopelo. Siempre hacía que su control pareciera tan razonable, pero destruía cualquier cosa que me diera independencia. Quería que dependiera de él.

Al igual que mi padre.

Dimitri es perfecto para ti. Es un hombre muy fuerte, había dicho hace meses. *Aprenderás a estar agradecida por ello. No eres una chica americana que puede hacer lo que quiera, Delilah. Te casas por la familia. Dimitri sabe cómo mantener su casa en orden, y tú serás parte de eso.*

Mi padre respetaba a hombres como Dimitri, que veían el amor como algo que conquistar. Un buen marido no se medía por su amabilidad sino por lo bien que controlaba a su esposa. Convertirme en una sumisa esposa de la Bratva había sido el plan de mi padre durante años, pero yo nunca había sido del tipo obediente. Me engañé pensando que podría aceptarlo, con la esperanza de comprar una fracción del amor de mi padre. Fue un terrible error que no podía deshacer.

Dimitri se acercó más. —No pensarías que te iba a dejar seguir adelante con esa ridícula tiendecita, ¿verdad?

—Nunca pedí tu *permiso*.

Sus labios se curvaron. —No necesito que lo pidas. Yo tomo las decisiones ahora.

—¡Tú no decides nada por mí!

—Cuanto antes aceptes que estoy al mando, mejor te irá.

—Eran piezas únicas. *Irremplazables*.

—Quizás la próxima vez contestes a mis llamadas.

Mis ojos ardían. —No tenías ningún derecho. Eran mías.

—Nada es tuyo —dijo con suavidad—. Ni la ropa de fulana que llevas. Ni siquiera *tú*. No lo olvides, *kotyonok*.

Le odiaba jodidamente.

Dimitri sonrió. —Me lo agradecerás más tarde.

Me dio una palmadita en la mejilla y salió de la habitación.

Me quedé entre los restos de mis sueños, con el estómago hirviendo. Las lágrimas que contuve se disolvieron. Dimitri pensaba que había ganado, que me había aplastado, pero estaba muy equivocado. Destruir mi boutique no me rompió; solo encendió un fuego.

No podía vivir así. Me arrebataría todo lo que me importaba. Necesitaba escapar, y sabía exactamente cómo.

Santino Costa.

Él tampoco era un buen hombre, pero podía liberarme del control de Dimitri. Mañana por la noche, iría a verle. No me importaba lo que tuviera que hacer. Santino era mi salida, y vendería mi alma para conseguirla.

Me convertiría en una mujer que le gustara: hermosa, dispuesta y necesitada de algo que solo él podía proporcionar. Entonces le ofrecería lo único a lo que no podría resistirse:

A mí.

DOS

SANTINO

Vitale empujó al hombre hacia delante.

Joe se sujetó al respaldo de la silla, haciendo una mueca. Su camisa estaba rasgada. El labio, partido. La sangre le goteaba por la barbilla. Patético.

Ya había visto eso demasiadas veces. Mi padre solía aparecer tambaleándose por la puerta de entrada después de perderlo todo en las mesas de póker. Se dirigía directo a la botella. La factura de la electricidad se quedaba sin pagar sobre la mesa de la cocina, mientras mi madre lloraba en la habitación.

El sonido de la puerta al cerrarse de golpe significaba que mi padre estaba en casa. Yo llevaba a mi hermano pequeño, Kill, al armario y nos escondíamos mientras mi hermano mayor, Romeo, soportaba el peso de la ira de mi padre. Cuando papá se serenaba, prometía que el gran golpe estaba a la vuelta de la esquina. Nunca lo estuvo.

Este tipo era otro perdedor que creía que podía salir con palabras del agujero que él mismo había cavado.

Observé a Joe limpiarse la cara. —Me recuerdas a mi padre.

Joe se animó. —¿Ah, sí?

—Eso no es un cumplido.

Joe no dijo nada. Se removió en su asiento como si supiera que el nudo de la soga se estaba apretando.

Le examiné. —¿Sabes cuál es tu problema? Piensas que olvidaré que la has cagado. Que de alguna manera me convencerás de que las cosas mejorarán. Que esto es solo un bache. Ya he oído eso antes, Joe. Crecí escuchándolo.

Joe tragó saliva con dificultad, pero yo no había terminado.

—Mi viejo solía llegar a casa como tú. La cara destrozada. Ropa desarreglada. Hablando de cómo casi había ganado miles de dólares. Siempre la misma mierda. ¿Sabes dónde acabó?

Joe palideció, negando con la cabeza.

Me recosté de nuevo. —No me dedico a dar segundas oportunidades. Arregla esto o lo tomaré todo.

Si algo aprendí de mi padre, fue a nunca apostar por personas que no podían pagar sus deudas. Esta era mi parte favorita del trabajo. Cuando se daban cuenta de que no importaba, el juego había terminado, y yo tenía todas las cartas.

No tenía que levantar la voz para que este tipo sudara balas. Destrozo a hombres como él, y aun así vuelven a besarme el anillo. Eso es lo que significaba ser Santino Costa.

—Solo necesito diez más —suplicó Joe—. Tengo una oportunidad preparada. Artículos de lujo. Doblaré la inversión, lo juro. Solo déme un poco más de tiempo.

—¿Cuál es tu plan B cuando tu negocio se tuerza?

Se limpió la sangre de las mejillas. —No se torcerá.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Lo-lo conseguiré. Nunca he llegado tarde antes, ¿verdad?

—No, pero no confío en personas que apuestan por cosas que no pueden controlar.

Su boca se abrió y se cerró, pero no salió nada. Lo vi retorcerse, asegurándome de que entendiera lo fino que era el hielo bajo sus pies.

—Quieres diez mil, bien —dije tras una larga pausa—. Pero te costará.

Parpadeó. —¿Cuánto?

—Veinte puntos.

La cara de Joe decayó. —¿Veinte puntos? Señor Costa, eso es...

—Ese es el trato. Veinte puntos por encima de lo que ya debes. Si te saltas un pago, todo será mío. Tu negocio, tu coche, todo. Lo tomas o lo dejas.

Dudó. Luego, lentamente, asintió.

Pobre desesperado.

Sonreí, poniéndome de pie. —Tendrás el dinero para mañana.

Giorgio gritó.

¿Y ahora qué?

Miré hacia el cordón de terciopelo que separaba la sección VIP. Una chica hermosa pasó junto a mi guardaespaldas, ignorando sus gritos para que volviera. Ni siquiera le dedicó una mirada.

Giorgio la alcanzó.

Levanté una mano. —Está bien. Déjala pasar.

Ella se soltó de su agarre, con una sonrisa burlona, y marchó hacia mí. La confianza emanaba de ella en oleadas. Sabía exactamente adónde se dirigía. Una mujer como ella no necesitaba permiso para

saltarse la fila. Su apariencia era el boleto. Sus ojos atrevidos se clavaron en mí. Me agarraron por los huevos.

Me senté más erguido.

Se detuvo frente a mí, junto al idiota con el que acababa de hacer un trato. Lo despedí con un gesto y él desapareció. Ella llevaba una falda gris ajustada que abrazaba sus curvas, cortada por encima de la mitad del muslo. Sus piernas parecían no tener fin. Un cinturón negro ceñía su cintura, acentuando su figura de reloj de arena. Pero fue la parte de arriba lo que me llamó la atención. Un polo, de todas las cosas... algo que habría sido conservador, excepto que había desabrochado los botones para insinuar su escote.

—Necesito hablar con usted. En privado.

Su tono gélido captó mi atención. Me incliné hacia delante, observándola. La mayoría de las mujeres que pasaban por aquí querían dinero. Me enseñarían las tetas, sonreirían e intentarían sentarse en mi regazo. Ella actuaba como si ya tuviera lo que necesitaba.

Ahora estaba intrigado.

Señalé una silla. —¿Y usted es?

No se sentó. La oscuridad acechaba en su mirada. —Delilah Romanov.

Ese nombre me golpeó en las costillas. La miré fijamente. La familia Romanov llevaba una historia que no podía olvidar. Mi pecho se tensó.

Le dirigí una mirada dura. Tenía todos los motivos para odiar a los Romanov. Viejas heridas que prefería mantener ahogadas en la negación se rompían, puntada por puntada.

Me recliné, cruzando los brazos. —Así que es una de *ellos*.

—Lo soy.

Ni siquiera estaba *intentando* encantarme. Sin ningún esfuerzo por suavizar la tensión que debía de sentir emanando de mí. Estaba allí de pie, orgullosa, como si no hubiera soltado un nombre que había pasado toda mi vida odiando. ¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué yo?

—Déjeme adivinar. Está aquí para hacer las paces, ¿verdad?

Negó con la cabeza. —No.

Levanté una ceja. —¿Entonces por qué demonios está aquí?

—Porque necesito su ayuda.

Me reí. —Tiene suerte de que no la haya echado.

No vaciló, y eso me sorprendió. La mayoría de la gente se habría derrumbado. Quizá habrían intentado retroceder o ofrecer alguna excusa patética.

—No lo hará —ronroneó—. Siente demasiada curiosidad por mí.

Puso su mano en mi brazo. Sus dedos rozaron mi chaqueta, pero una descarga de adrenalina fue directa a mi pecho. La observé, el calor retorciéndose en mis entrañas. La seducción era un truco tan barato, pero maldita sea si no estaba ya imaginándomela sobre mi escritorio.

Apreté la mandíbula. —¿Sabe lo que está haciendo, cariño?

Su boca se crispó. —Lo sé.

Mi atención se desvió hacia sus labios rojo intenso. *Si crees que puedes utilizarme, más te vale estar preparada para pagar*. Me levanté, poniendo la mano en la parte baja de su espalda.

—Hablemos en mi despacho.

Sonrió. —Guíe el camino.

TRES

DELILAH

Respira.

Me forcé a inhalar mientras seguía a Santino a una pequeña oficina. El aire se sentía más pesado aquí, pero la sensación de asfixia no provenía de la habitación.

Era guapísimo. Nadie me dijo que Santino tenía un cuerpo de atleta forjado tras años de brutalidad, o que se alzaba con una altura imponente que hacía parecer la oficina más pequeña. Su piel bronceada era tentadora, y su voz era como la seda. Su cabello negro azabache se fundía con las sombras.

Contrólate, Delilah.

Pero quedarme encerrada en una habitación con él no estaba ayudando a calmar mis nervios.

La palma de Santino se deslizó de mi espalda mientras cerraba la puerta con un suave clic. Se dio la vuelta, sus movimientos rígidos. Su expresión se nubló con sospecha mientras me examinaba de arriba abajo. Luego su mirada cayó hacia mis piernas, y su boca se suavizó.

Apartó una silla.

—Siéntese.

Me hundí en la silla de madera.

Él se movió a mi alrededor y se quitó la chaqueta. Una camisa blanca se ceñía a su pecho, estirándose sobre sus amplios músculos. Dobló la chaqueta sobre la silla y se sentó. Se remangó las mangas. Cada doblez exponía unos antebrazos gruesos, marcados con venas y tatuajes. Mi corazón palpitaba mientras los estudiaba.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó.

—Necesito ayuda para dejar a mi prometido.

Santino arqueó una ceja.

Tragué saliva, mis dedos aferrándose al borde de la silla.

—Me obligaron a comprometerme. A mi padre no le importa lo que yo quiera. Su única preocupación es cómo beneficiará a la Bratva, pero no puedo seguir adelante con esto.

Su semblante se oscureció.

—¿Por qué?

—Mi prometido es un cabrón abusivo.

—¿Cómo se llama?

—Dimitri Petrova.

Él cruzó los brazos.

—No parece una mujer que necesite ser salvada. ¿Qué le impide marcharse?

—Dimitri me matará. Y si él no lo hace, mi padre lo hará por él.

—¿Quién es su padre?

—Mikhail. Es el Pakhan.

Su mirada me taladró.

—¿Sabe el riesgo que está corriendo solo por estar aquí, verdad?

—No tengo otra opción.

—Ha elegido una peligrosa.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para salir.

Me miró fijamente. Luego se levantó, rodeó el escritorio y se apoyó en el borde.

—De toda la gente en Boston a la que podría haber acudido, ¿por qué yo?

—Nadie puede protegerme como usted.

—Alguien más podría haberla encontrado primero. La habrían secuestrado en plena calle y encerrado. O peor, vendido al mejor postor.

—Conozco los riesgos.

—No los conoce. ¿Cree que está desesperada ahora? Algunos hombres no habrían dudado en violarla en el momento en que pidiera ayuda. No habrían parado hasta destrozarla. Yo podría ser uno de ellos.

Mi estómago se contrajo.

—Pero no lo es.

—¿Cómo demonios lo sabe?

—Porque no soy idiota. No le elegí al azar. Pregunté por ahí. Le observé.

—¿Me *observó*?

—Vine aquí varias veces. Le seguí a la charcutería una vez.

Sus labios se curvaron.

—¿Y qué descubrió?

Me limpié las palmas en la falda.

—No tolera la falta de respeto. Nadie se mete con usted sin pagar un precio.

—Me tiene todo descifrado, ¿eh?

—No, pero sé lo suficiente.

Agarró mi silla, encerrándome entre sus brazos. Luego bajó la cabeza, tan cerca que su aroma se arremolinó en mi nariz. Su sola proximidad me encendía, pero quería sumergirme en su olor.

—No sabe nada —dijo, con un gruñido que se asentó en lo profundo de mis huesos—. Si quisiera, podría arruinarla ahora mismo.

—¿Entonces por qué no lo hace?

—Porque estoy intrigado. Entró en mi mundo, sabiendo exactamente quién soy. Eso requiere agallas.

—Estoy desesperada. ¿Es eso un obstáculo para usted?

Su ceño se oscureció.

—Ser una Romanov lo es.

Se me formó un nudo en la garganta.

—No entiende lo que me harán.

—¿Qué le hace pensar que yo seré mejor?

—Usted no mata mujeres. Juega con ellas y luego las deja ir.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si acabo gustándome más de lo que esperaba?

—Y-yo supongo que lidiaré con ello.

Una sonrisa despiadada se esculpió en su rostro cuando tartamudeé mi respuesta. Estaba disfrutando completamente. Al menos le estaba entreteniendo.

Su mano se deslizó por el respaldo de mi silla, rozando el lateral de mi brazo. Me tensé pero no me aparté. Estaba probando mis límites.

—No tiene ni idea de lo que está pidiendo. No puede manejarme.

Sostuve su mirada, negándome a acobardarme.

—Sí puedo.

—Bastará un solo movimiento en falso y se arrepentirá de haber entrado en mi oficina.

Mi pulso se aceleró.

—¿Entonces por qué no me ha echado?

Me lanzó una sonrisa malévola.

—Porque me estoy divirtiendo. Llamó a la puerta del diablo, y ahora se pregunta si la liberará.

—Sabía lo que hacía cuando vine aquí.

Arqueó una ceja.

—¿Cuál es su plan si decido aprovecharme de usted?

Vacilé, y su sonrisa se intensificó.

—Cuento con el hecho de que le gustan los desafíos.

—Usted es más bien una damisela —trazó sus dedos ligeramente sobre mi muñeca, el contacto abrasando mi piel—. Corriendo a mí en busca de ayuda.

Apreté los puños.

—Es el único que puede ayudarme, Santino.

—Eso es lo que hace que esto sea tan interesante. Estás lo suficientemente desesperada como para acercarte a un hombre como yo, aunque sabes que podría hacerte daño por puro capricho.

—No tengo miedo.

—Deberías tenerlo. Porque ahora que estás aquí, no estoy seguro de querer dejarte marchar.

—Entonces no lo hagas. Quédate conmigo.

La sonrisa de Santino desapareció, sustituida por algo más oscuro. Parecía que realmente lo estaba considerando. La idea de reclamarme ya no era un juego.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—Sí —logré decir con voz entrecortada—. Ayúdeme. Por favor.

—No más súplicas, Delilah.

El filo frío en su voz se suavizó lo suficiente como para que mi respiración se entrecortara. Extendió la mano, sus dedos rozando mi mejilla, un toque tan suave que me quebró. Los muros que había construido se derrumbaron. Las lágrimas ardieron antes de que pudiera detenerlas. Giré la cabeza, intentando escapar de él. Odiaba mostrar debilidad, especialmente ahora. No podía contenerme. Mi respiración se volvió superficial y mi visión se nubló. Parpadeé furiosamente.

Oh Dios, me estaba desmoronando justo frente a él.

Santino agarró una pequeña caja de pañuelos y la puso en mis manos. No había lástima en su mirada, solo comprensión.

Tomé un pañuelo y sequé mis ojos.

Santino desapareció, y se oyó el tintineo de vasos. Se hundió en el asiento a mi lado, entregándome un vaso con un líquido ámbar oscuro.

Lo llevé a mi boca y bebí.

Santino sorbió su bebida.

—Esto no será sencillo.

—Lo sé.

Equilibró el vaso sobre su rodilla.

—¿Lo sabes? Porque esto no es algo que pueda hacer con un chasquido de dedos. No cuando estás enredada con gente como tu familia. Va a costarte.

—¿Qué quiere?

—*A ti*. En todas las formas en que un hombre puede tener a una mujer.

Un hormigueo recorrió mi estómago.

—¿Una sola vez?

—No me arriesgo a todo esto para acostarme contigo una vez. Te tendré tan a menudo como quiera.

Arrugué el pañuelo en mi mano.

—¿Durante cuánto tiempo?

Una sonrisa felina curvó su boca.

—Por determinar.

—Necesito un plazo. No puedo ser su juguete indefinidamente.

—Conmigo no se hacen exigencias —me advirtió, aún sonriendo.

—¿Qué sucede cuando se aburra? ¿Me quedo sola, en lo que respecta a Dimitri?

Frunció el ceño.

—No cuido de alguien solo para luego desecharlo.

Mis mejillas se sonrojaron. Con suerte, lo atribuiría al alcohol. Mi piel estaba demasiado caliente y mi mente no dejaba de dar vueltas. ¿Lo

decía en serio?

Apuré mi bebida, y él la rellenó. Tan pronto como terminó de servir, tomé el vaso y bebí profundamente.

—¿Y cuando termine conmigo? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Cada uno seguirá su camino.

—Pero me protegerá, ¿no? Eso es... razonable.

—Nada de esto será razonable. No comparto. Soy un cabrón celoso. Una vez que seas mía, ningún otro hombre siquiera respirará cerca de ti. Además, esto no es una transacción comercial. No puedes marcharte cuando te resulte conveniente.

Me mordí el labio.

—¿Y si acepto?

—Nunca volverás a ver a Dimitri.

—Eso es todo lo que quiero.

Su mirada no abandonó la mía.

—Entonces no es una decisión difícil.

Pero *sí* lo era.

Santino lo hacía sonar simple, como si todo lo que tuviera que hacer fuera asentir y mi vida estaría arreglada. Nunca tendría que enfrentarme a Dimitri ni preocuparme por la ira de mi padre, pero claramente esto no sería una asociación equitativa.

¿Qué opción tenía?

Respiré hondo, alcanzando la bebida. Me bebí el resto de un trago. Mis ojos encontraron los suyos de nuevo.

—¿Cuándo puede sacarme?

CUATRO

DELILAH

Hoy era mi boda, pero apenas pensé en el hombre que planeaba abandonar en el altar.

Estaba sentada en mi dormitorio, jugueteando con mi teléfono. Dentro de la funda había un trozo de papel con un número al que tenía que llamar pero no podía. Mi futuro ex prometido no toleraba a otros hombres en mi vida, especialmente a hombres italianos con sonrisas seductoras que acechaban en rincones oscuros.

Santino.

Después de que aceptara ser suya, me dijo con todo lujo de detalles lo que quería. Santino no se había molestado con palabras dulces. Había expuesto sus condiciones con toda la sutileza de un martillo pilón. Ocurriría esta noche después de que me sacara de la boda. Tenía que confirmar que todo estaba bien, pero no podía contactar con él. No con Zofia revoloteando y los hombres de Dimitri fuera de mi dormitorio.

Dejé el teléfono. La estilista me roció con laca mientras agarraba una botella de vodka medio llena y tragaba un sorbo.

La clave para beber durante el día era hacerlo lentamente. Pequeños sorbos de alcohol, todo el día. A veces, ni me daba cuenta de lo borracha que estaba. Cogía una copa, la erraba, y nunca me sentía

ebria porque estar ebria era lo normal. Sobria era caos. Sobria eran ataques de pánico.

Mi madrastra, Zofia, una rubia alta con un vestido negro ajustado, me miró ceñuda. —No bebas demasiado. Una mujer Romanov no balbucea sus votos.

—No tengo intención de balbucear nada.

Zofia me quitó la botella de las manos y la colocó en el tocador. —Todas las miradas estarán puestas en ti. Nuestra familia, la familia de tu futuro marido. Si nos avergüenzas, no habrá vuelta atrás.

—Lo sé.

Había pensado mucho en cómo la gente de Dimitri, sus colegas, e incluso la amante que él creía que yo desconocía serían testigos de su humillación. Después de hoy, sería el hazmerreír de la Bratva.

La promesa de su destrucción me mantenía cuerda, haciéndome callar cuando Dimitri me hablaba con desprecio. Él podía hacer lo que quisiera. Tenía planeada la mejor venganza para él.

Pero esta mañana, cuando me desperté con moretones frescos en los brazos, la duda se deslizó en mi cabeza como una serpiente fría. Si mi trato con Santino no se llevaba a cabo y Dimitri me pillaba intentando escapar, el daño que me infligiría podría ser permanente. Podría ser fatal.

La estilista se apartó, y la maquilladora ocupó su lugar. Exprimió base de maquillaje en su mano, empapó la brocha en ella, y la pasó por mi cara. Prestó especial atención a las ojeras bajo mis ojos.

Zofia consultó su Rolex, hundiendo las mejillas. Había sido una pesadilla toda la semana. Papá le había ordenado vigilarme, y ella se pegó a mi lado, acosándome con cambios de última hora en la distribución de los asientos, pruebas de maquillaje, y la elección de un estilista.

—Espero que no estés teniendo ideas sobre echarte atrás. Porque no hay forma de alejarse de esto. No sin consecuencias. Cubre eso —le espetó a la maquilladora, señalando las tenues marcas moradas en mi brazo.

La chica continuó su trabajo en silencio, con pinceladas metódicas.

La puerta crujió al abrirse, y una joven asomó la cabeza. —¿Estáis listas para el vestido?

—Tráelo —ordenó Zofia, con un tono que no admitía discusión. La chica desapareció y regresó momentos después, luchando con el peso del vestido. El vestido era ridículo, como si alguien hubiera intentado atrapar una boda en una jaula.

Zofia se lo quitó a la chica y lo sostuvo en alto, inspeccionando cada centímetro y costura. —Esto es lo que lleva una novia Romanov. Fuerte, elegante.

El vestido parecía burlarse de mí con su inmaculada tela blanca. Un símbolo de compromiso cuando todo lo que sentía era estar atrapada. Este no era el vestido de mis sueños. Siempre había querido algo vintage, con encaje delicado. Pero no, habían insistido en esta monstruosidad moderna.

—Es precioso —mentí, con voz hueca.

Sonrió. —Ahora, vamos a ponértelo.

Me moría por hacer pedazos el vestido, pero cualquier desafío me costaría caro. Así que me quedé allí mientras Zofia me metía a empujones en el vestido.

—Ahí. —Zofia dio un paso atrás, sus labios curvándose ligeramente —. *Solnyshko*, estás perfecta.

Parecía una muñeca. Era la novia perfecta de Dimitri, vestida para interpretar el papel mientras planeaba mi fuga.

Pegué una sonrisa y encontré la mirada de Zofia en el espejo. —Gracias.

—Vamos —dijo Zofia, suavizando su tono solo una fracción mientras alisaba una arruga en mi falda—. Tus invitados están esperando.

Seguí a Zofia fuera, con el susurro del satén y el tul. El frío peso de su mano en mi espalda me recordó que me estaban empujando, no guiando.

Abajo, el sonido de charlas distantes se hizo más fuerte. Seguí avanzando, pero solo pensaba en el hombre al que me arrojaría. ¿Era Santino una mejor elección que Dimitri? ¿Vendría siquiera? ¿Y si decidía no hacerlo y me dejaba aquí para enfrentar la ira de Dimitri?

Necesitaba llamar a Santino.

Me mezclé con los invitados todo el tiempo que pude soportar y luego me dirigí al baño. Me metí dentro y cerré la puerta con llave. Por fin sola, saqué mi teléfono de un bolsillo oculto en mi vestido, con manos temblorosas mientras marcaba el número de Santino.

La línea se conectó.

—¿Delilah?

Su murmullo aterciopelado acarició mi oído.

—Sí. Soy yo. Tengo que ser breve. Me están vigilando. —Bajé la voz —. ¿Entonces estará usted fuera de la iglesia?

—No estaré allí. Tengo un amigo que se encargará de esa parte.

—¿Cómo sé siquiera que esto es real?

Soltó un suspiro exasperado. —Pidió una salida, y se la estoy dando. Mi hombre es de fiar. La sacará de allí.

—No me gusta esto —susurré—. Si algo sale mal, estoy muerta...

—*Eh*. ¿Cree que perdería mi tiempo montando esto para verla casarse con ese capullo de su prometido? Tengo mucho en juego, Delilah. Cíñase al plan.

—No entiende el riesgo que estoy corriendo. Dimitri me matará.

—No le fallaré.

Agarré el teléfono con más fuerza. —¿Se supone que debo confiar en un tío cualquiera cuyo único interés es follarme?

Una risa oscura retumbó a través del altavoz. —No tienes que confiar en mí. Solo tienes que hacer lo que te digo.

Me mordí el labio. —¿Y qué pasa si decido no hacerlo?

—No necesito recordarte lo que sucederá si te quedas con él. Te estoy ofreciendo una oportunidad para que no acabes dos metros bajo tierra o deseando estarlo. Lo único que tienes que hacer es darme lo que quiero. Deberías agradecérmelo.

Mis mejillas ardían. —¿Por qué? ¿Por usarme como tu juguete?

—Básicamente.

Detestaba la idea de ceder ante él, pero la alternativa era mucho peor. Dimitri era cruel, controlador y peligroso. Pero ¿Santino? Él no quería hacerme daño. Quería jugar conmigo.

—¿Hemos llegado a un entendimiento, o vas a seguir haciéndote la difícil?

Me reí con amargura. —No estás haciendo que esta decisión sea más fácil.

—¿Quieres salir? Así es como funcionará. Vas a calmarte. Fingirás ser una novia sonrojada. Sonreirás. Posarás para las fotos. Cuando estés en la iglesia, usa la puerta lateral, y mi hombre estará esperando en la acera. Te llevará adonde necesitas ir, y entonces... tú y yo pasaremos un buen rato juntos.

—Claro.

—Esta es tu oportunidad. O la tomas o vives el resto de tu vida como la posesión de Dimitri.

—Está bien —gruñí—. Pero si me engañas, yo...

Un puño golpeó la puerta.

Terminé la llamada y deslicé el teléfono en mi bolsillo. El cerrojo de la puerta se abrió, y Zofia estaba allí, con sus ojos negros brillando con sospecha.

—¿Te estabas ahogando en el lavabo?

La fulminé con la mirada. —Necesitaba un minuto a solas.

Zofia me agarró del brazo y me dirigió fuera del baño. —Es el día de tu boda. ¡Socializa! ¡Habla con tus invitados!

—Deja de tirar de mí.

Zofia se detuvo, con sus dedos huesudos aún aferrados a mí. —Te oí ahí dentro, *solnyshko*. Hablabas con alguien. *Espero* que no fuera otro hombre. Dimitri estaría muy disgustado al saberlo.

—Por supuesto que no —respondí bruscamente—. ¿Por qué haría algo tan estúpido?

—Has estado enfurruñada como una niña pequeña durante semanas.

Me obligué a mantener su mirada. —He hecho todo lo que mi prometido me ha pedido. Solo necesitaba un momento a solas.

—¿Para qué?

—Para estar *sola*. Las bodas ya son bastante estresantes sin tenerte respirándome en la nuca.

Me soltó y extendió la palma de su mano. —Dame tu teléfono.

Se lo entregué. Un pulso nauseabundo latía en mi estómago mientras lo desbloqueaba, su pulgar haciendo clic en mi lista de llamadas recientes. Mostró los dientes mientras marcaba el número de Santino y pulsaba el botón del altavoz.

Por favor, no contestes.

Tragué saliva con dificultad, intentando parecer aburrida. Zofia me fulminó con la mirada mientras esperaba que la llamada se conectara. Mi corazón golpeaba contra mis costillas. Si Santino contestaba, todo estaría arruinado.

El teléfono sonó una vez, dos veces, y entonces...

—¿Diga? —La voz de una mujer resonó a través del altavoz.

Las cejas de Zofia se arquearon. —¿Quién es?

—Soy Julia de Bliss Bridal.

—¿Por qué Delilah llamó a este número?

—Um... solo seguimiento sobre el vestido y los últimos ajustes.

Miré fijamente a Zofia, rezando para que se lo creyera. Frunció el ceño. —¿No debería hablar con la organizadora de la boda?

—Oh, me disculpo. Había una pequeña duda respecto al ajuste y quería asegurarme de que fuera perfecto para el gran día. Es un seguimiento rápido. Queremos que Delilah luzca lo mejor posible.

Zofia dudó. —Bueno, utilice los canales adecuados en el futuro.

—Por supuesto. Muchas gracias por su comprensión.

Zofia colgó y me metió el teléfono en la mano. Lo guardé en mi vestido, soltando lentamente un tenso suspiro. *Gracias, Julia, quienquiera que seas*. Por suerte, Santino había planeado para esta situación semanas atrás.

Cuando volví a la fiesta, la mirada de Zofia me taladraba la cabeza. Tenía que ser cuidadosa. Cualquier desliz y Zofia se abalanzaría sobre mí.

El viaje a la iglesia pasó como un borrón, con Zofia sentada a mi lado, vigilándome. Cuando llegamos, tenía la garganta tan apretada que apenas podía respirar. Las enormes puertas se alzaban ante mí, con los escalones adornados con lirios blancos. Los invitados ya habían ocupado los bancos.

Zofia me agarró al salir del coche.

Me dejé guiar por los escalones hasta una pequeña antecámara donde esperaban varios miembros de la familia escogidos para ser mis damas de honor. Un suave murmullo llenaba la sala mientras las chicas ajustaban sus faldas de tul, haciendo retoques de última hora a su maquillaje. Cuando entramos, la habitación se quedó en silencio.

Natalia, la organizadora de la boda, dirigía a las mujeres a sus puestos. Las chicas se pusieron en fila, sus vestidos de colores pastel giraban mientras se movían. Zofia estaba de pie en la puerta que conducía a la iglesia, con los brazos cruzados.

—Deberías ir a tu asiento —le dije.

Zofia asintió. —Recuerda, Delilah. Nada de tonterías.

Desapareció en el interior. Minutos después, la música del órgano comenzó a sonar. Una a una, las damas de honor desfilaron por el pasillo.

Una puerta crujió, y apreté los dientes. Natalia asomó la cabeza.

—Es hora —susurró—. ¿Estás bien?

Forcé una sonrisa. —Solo necesito un momento. Saldré enseguida.

Dudó, pero asintió y salió, cerrando la puerta tras ella. Dejé escapar un suspiro tembloroso y me limpié las palmas en el vestido.

Este era el momento. Ahora o nunca.

Temblando, alcancé la puerta que daba al exterior. Se abrió, revelando un cielo brillante. Salí y no me atreví a mirar atrás.

Era libre.

CINCO

DELILAH

Dos horas más tarde, V estacionó el coche en su destino final: un hotel de lujo en pleno centro de Boston. V estaba fuera, hablando con el aparcacoches.

Yo permanecí rígida, con los dedos clavados en el asiento. No dejaba de cuestionar lo que había hecho. Imaginando la tormenta infernal de la furia de Dimitri cuando se diera cuenta de que me había escapado de sus garras. No me encontraría. No por un buen tiempo, y cuando lo hiciera, ya sería demasiado tarde. Ya pertenecería a otro hombre.

Uno incluso más poderoso que Dimitri.

La puerta se abrió de par en par, y la cara juvenil de V asomó por ella. —¿Vienes?

Me desabroché el cinturón. Agarré su mano mientras me ayudaba a salir del coche. La gente nos miraba mientras recogía mis faldas y entraba en el hotel, siguiendo a V. Sin duda, teníamos un aspecto extraño juntos. Él con su chaqueta vaquera, botas de comando negras y pantalones. Yo con mi vestido de novia.

La tela me picaba mientras subíamos en el ascensor. No podía esperar a arrancármela del cuerpo. A pesar de mi alivio, la sensación de pánico regresó cuando sonó la campanilla. El hombre que me

esperaba en la habitación 1514 me asustaba mucho menos que mi exprometido, pero seguía habiendo cambiado un demonio por otro.

Las puertas del ascensor se abrieron, y V me condujo por un pasillo alfombrado. Mi corazón latía con fuerza a cada paso. Ya no había vuelta atrás.

Nos detuvimos frente a una puerta, y V llamó dos veces antes de apartarse. Se abrió, revelando a un hombre con traje.

—¿Todo salió bien? —preguntó Santino a V, quien asintió—. ¿No os vio nadie?

—No.

Santino le entregó un sobre a V. —Hay una bonificación dentro.

V lo abrió, hojeando los billetes. —Lo agradezco.

Santino señaló con la cabeza hacia el pasillo. —Ahora lárgate.

Metiendo el sobre en su bolsillo, V se alejó por el pasillo. Los ojos oscuros de Santino se clavaron en los míos. Una sonrisa se deslizó por su rostro, arrastrando hielo por mi columna vertebral.

—Entra.

Entré en la habitación, apenas registrando la opulenta decoración mientras me centraba en él. Santino cerró la puerta tras nosotros, deslizando el botón sobre el cartel de No Molestar antes de darse la vuelta. Sus ojos ardían mientras recorrían el vestido hasta el corsé y mis pechos expuestos por el profundo escote. Este vestido no había sido mi primera elección, no es que algo de la boda hubiera dependido de mí.

La mirada de Santino se detuvo en mi pecho.

No le llamé la atención por ello. Podía hacer lo que quisiera. El hombre que había dejado atrás me aterrorizaba, pero este sorprendentemente no. Y, sin embargo, mi abdomen se tensó cuando se acercó a mí.

Se detuvo a pocos centímetros. —Ha sido un mes largo para ti, ¿verdad?

—Sí.

—También fue una espera angustiosa para mí.

Por supuesto, él había estado esperando este momento. Conseguía sexo gratis a cambio de sacarme de Providence. Durante semanas, había temido este momento.

Al menos se había vestido para la ocasión: traje ajustado, zapatos de cuero, camisa de botones color crema. Se había peinado con la cantidad perfecta de gomina que no parecía crujiente. El hombre sabía vestirse. También olía bien. Notas de su colonia se arremolinaban en mi nariz: cítricos y sal marina.

Las cejas espesas de Santino se fruncieron. —¿Qué es eso en tu brazo?

No necesitaba mirar. —Moretones.

—¿De qué?

Me encogí de hombros. —Dimitri estaba enfadado por la distribución de los asientos. Discutimos. Me agarró.

Tenía toda una rutina para cubrir moretones. Sombra de ojos ahumada para disimular un ojo morado y labios rojo intenso para ocultar una boca magullada. Pero algunas cosas eran más difíciles de ocultar que otras. Ni siquiera la base de maquillaje era suficiente para esconderlos por completo.

—¿Te hizo daño en algún otro sitio? —exigió saber.

—No.

Santino pasó un dedo sobre la sombra púrpura. —¿Cuántas veces ha hecho esto?

—No tenemos que hablar. Preferiría que simplemente me quitaras la ropa y acabaras con esto.

—Tú no das las órdenes —dijo fríamente, cruzando la habitación hasta una consola. Vertió whisky en un vaso.

Arrebaté el vaso antes de que me lo entregara, inhalando el aroma del alcohol. Un sabor terroso rodó sobre mi lengua. No era mi favorito, pero cumplía su función. Miré la etiqueta. Marca de primera calidad. Así que no era tacaño. Bien.

Dejé el vaso en la mesa. —Gracias.

Se sirvió una copa. —¿Sabes? No estaba seguro de que lo fueras a hacer.

—No tenía elección.

Gruñó. —¿Todo salió bien?

—Aparte de que mi madrastra te llamara, sí. Me desperté temprano esta mañana. Alrededor de las tres. No podía dormir. Estaba preocupada de que todo saliera mal. Que una dama de honor se enterara y se lo contara a él. Quizás tú no aparecerías.

Rellenó mi vaso.

Bebí el alcohol de nuevo, saboreando el exquisito ardor. Tan pronto como se desvaneció, mi cuerpo gritó pidiendo más. Alcancé la botella, pero Santino la apartó de mí.

—Es suficiente por ahora.

Una cinta de ira me recorrió mientras miraba la botella casi llena. —Me ayudará con los nervios.

—Pareces estar bien.

Resoplé. —Estoy a punto de tener sexo con un hombre que apenas conozco.

Santino bebió su whisky, dejando su vaso con un gruñido. Se acercó, y luché contra el impulso de retroceder. Sus ojos eran tan oscuros, y no dejaban de devorarme. Se inclinó hacia adelante, su aliento rozando mi oreja. Entonces inhaló. Escuché el aire silbando en su nariz.

¿Me estaba oliendo? Qué bicho raro.

Extendió la mano, sus dedos apartando un mechón de pelo de mi cara. La mirada hambrienta de Santino me observaba, su expresión voraz. Algunos de los hombres de papá me habían mirado así. Siempre me daba escalofríos, pero con Santino, el efecto era más atenuado. Quizás porque era tan guapo. Tenía una mandíbula fuerte y una boca increíblemente sensual. Sus dientes eran blancos y rectos, y cuando sonreía, un hoyuelo aparecía en su mejilla. Era hermoso, pero su presencia era como una pistola cargada con un susurro por gatillo.

—Entonces pasaremos la noche juntos, ¿y luego qué? —insistí.

—Mañana por la mañana te llevaré a tu nuevo apartamento.

—¿Cómo puedo estar segura de que es real?

—Soy un hombre de palabra, Delilah.

Encontré su mirada. —Eso es lo que todos dicen. Mandar un coche para traerme aquí no demuestra mucho.

—Es un poco tarde para echarse atrás.

—No me estoy echando atrás. Estoy aclarando los términos.

Me lanzó una sonrisa torcida. —No puedes exigir cambios de última hora.

Levanté la barbilla. —Entonces encuentra a otra chica para que sea tu esclava sexual.

Por dentro, me estremecí.

No se le hablaba así a un hombre, especialmente después de que te hubiera salvado el culo. Crecí viendo a mi padre golpear a mi madre después de un comentario sarcástico y decidí que me gustaba más no ser golpeada que tener razón.

Pero no soportaba estar a merced de Santino. Necesitaba más que su protección si iba a prosperar en Boston. Vivir no era suficiente. Quería crear algo propio. Y no podía hacer eso sin dinero.

Santino pareció encontrar divertida mi osadía. —¿Qué es exactamente lo que quieres, principessa?

—Una asignación. Cinco mil al mes. Y si voy a ser tu amante a tiempo completo, todos mis gastos correrán por tu cuenta.

Sus ojos brillaron. —Hecho.

—¿Así sin más? ¿Sin negociación?

Levantó el hombro en un gesto de indiferencia. —Ya he alquilado un apartamento a mi nombre. Todas tus facturas me serán remitidas. También te daré mil más para comida. Supongo que no cocinas.

Su suposición era errónea, pero no iba a convencerle de que me diera menos dinero.

Metió la mano en su cartera y sacó un grueso fajo de billetes. Humedeciéndose el pulgar, contó los billetes, los apiló ordenadamente y me los entregó.

—Eso es solo la mitad. Te daré el resto en un par de semanas.

Madre mía. —Oh. Vale.

—¿Estamos bien?

Incliné la cabeza. No esperaba que funcionara. Temblando, tomé los billetes y me preparé para que me los quitara de un manotazo. Cuando no se movió, metí el dinero en mi bolso de mano. El chasquido al cerrarlo me sacudió.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora —murmuró, tomando la copa vacía de mi mano y dejándola sobre la mesa—, te quitamos el vestido.

Santino se colocó detrás de mí. Sus manos se deslizaron hasta la parte trasera de mi vestido, desabrochando los botones. Me quedé quieta, con el pulso acelerado. La tela se deslizó hacia abajo, revelando la lencería nupcial con abertura en la entrepierna y el sujetador de copas abiertas.

—¿Llevabas eso para mí? —dijo con voz ronca, poniéndose frente a mí.

Mi corazón martilleaba. —Dimitri lo eligió.

—Tendré que darle las gracias.

Me sonrojé desde las orejas hasta el cuello, y él pasó un dedo por mi mandíbula ardiente.

—¿Eres virgen?

—No —susurré mientras me acunaba la barbilla—. ¿Es un problema?

—Por supuesto que no, principessa.

Su voz agitó la oscuridad dentro de mí.

—¿Por qué sigues llamándome princesa?

—Porque eres delicada pero muy exigente. ¿No es eso lo que son las princesas?

Bufé. —Soy todo menos delicada.

—Bueno, entonces eres algo precioso que necesita ser protegido.

Abrí la boca, pero se me cortó la respiración.

Soltó mi cara, su tacto se deslizó hacia mi cintura. Me estremecí. Sus dedos rozaron mi piel mientras comenzaban a recorrer la banda del

sujetador. Su pulgar acarició los recortes de mi sujetador con toques ligeros como plumas.

—Voy a tomarme mi tiempo con tu cuerpo —ronroneó, dibujando espirales sobre mi pecho—. Si eres una buena chica, tendrás mi boca. Si eres mala...

Su palma había llegado a mi sexo, y me dio una palmada.

Una sacudida inesperada se unió al dolor punzante.

—Tócame —exigió.

—¿Dónde?

—Donde quieras.

Puse mi mano en su pecho, sintiendo sus músculos a través de la chaqueta y la camisa. Luego enlacé mis brazos alrededor de su cuello, con el corazón martilleando. Me ponía nerviosa, y era más difícil ocultarlo de cerca. Sus manos se deslizaron por mi espalda, agarrando mi trasero.

Entonces me levantó.

Me elevó en el aire sin apenas esfuerzo. Santino parecía cómodo conmigo en sus brazos. La pura fuerza y tamaño de él era un recordatorio de lo que podría hacerme. Lo inútil que sería luchar. Me depositó en medio de la cama, desenlazando mis brazos de su cuello.

—Ponte a cuatro patas.

Sintiéndome tonta, acalorada y confundida, obedecí. Apreté los dedos contra las sábanas, esperando a que subiera al colchón y se clavara dentro de mí.

En cambio, caminó alrededor de la cama, tocándome aquí y allá como un hombre evaluando una compra reciente. Contuve la respiración mientras me reposicionaba, separando más mis rodillas y arqueando mi espalda hacia la cama. Agarró mi trasero con ambas

manos, y sus pulgares presionaron mis labios y tiraron, abriéndome. Nunca había estado tan vulnerable en mi vida.

—Qué chica más perfecta —murmuró, su elogio acariciándome como plumas ardientes—. Hermosa y valiente.

Mi cara se sonrojó. —No soy perfecta.

Santino trazó ligeramente mi clítoris. —Eres exactamente lo que quiero.

—Vale, pero no soy perfecta.

—Eres lo que yo diga que eres.

¿Se suponía que esto debía hacerme sentir cómoda? Porque no era así. No estaba acostumbrada a que me colmaran de cumplidos. Mis únicas experiencias sexuales habían sido aventuras de una noche con hombres a los que no les importaba nada de mí.

—Date la vuelta —retumbó.

Obedecí, tumbándome boca arriba.

Santino estaba de pie al pie de la cama, la lana de sus pantalones abultada por su erección. —Enséñame tu coño.

Abrí las piernas una fracción, la lencería nupcial no dejaba nada a la imaginación. Santino separó mis rodillas de golpe y se colocó entre mis muslos, con la mirada fija en mí. Sus manos se curvaron alrededor de mis muslos, y rozó sus labios por la piel sensible. Su boca hambrienta trazó un camino cada vez más cerca.

Mis mejillas ardían.

Debió gustarle lo que vio porque presionó sus labios contra mi clítoris. El calor atravesó mi cuerpo antes de que se tensara y se contrajera de nuevo cuando lamió.

Emití un sonido ahogado.

Me miró a los ojos, guiñó un ojo y siguió lamiendo. No tenía noción del tiempo, pero pareció que pasaba una hora mientras la boca de un desconocido me succionaba, su perfecta lengua golpeando mi clítoris, presionando su nariz para follarme con la lengua. Con su dedo, jugó con el hinchado botón.

No podía respirar. Apreté las sábanas con los puños.

El placer llegó a su punto máximo, y entonces añadió un dedo. Mi respiración se entrecortó mientras entraba y salía, llevándome a un frenesí. Sus ojos nunca dejaron los míos, la intensidad en ellos hacía que me diera vueltas la cabeza.

—Qué buena chica, aceptándome tan bien.

No podía formar palabras.

El dedo de Santino hacía magia dentro de mí, y sentí un orgasmo formándose. Su pulgar permaneció en mi clítoris, frotando en lentos círculos que me hicieron arquearme sobre la cama. —Eso es — gruñó, añadiendo otro dedo y aumentando el ritmo—. Córrete para mí.

Mi mundo se hizo añicos cuando me corrí, mi cuerpo temblando.

Su contacto desapareció mientras me retorcía en la cama.

Santino se desabrochó los pantalones y se quitó la ropa. Era todo un hombre. El vello rizado cubría su pecho musculoso y descendía por un abdomen esculpido. Mi mirada se desvió hacia su gruesa polla, completamente erecta y venosa, tan perfecta como el resto de él.

Esto está pasando.

Una oscura emoción me recorrió que se sentía demasiado como excitación. Me había pasado al menos una década escuchando a mi padre quejarse de los italianos. De cómo eran unos matones sucios, mentirosos y tramposos, y ahora estaba a punto de acostarme con uno.

La cama se hundió cuando Santino subió.

Me instó a ponerme a cuatro patas para que quedara frente al cabecero.

Respiré profundamente. —No tomo anticonceptivos.

Me silenció con un siseo y besó mi nuca. La habitación estaba cargada de una energía peligrosa mientras se posicionaba detrás de mí. Sus manos recorrieron mi espalda hasta mis caderas, atrayéndome hacia él.

Tragué saliva.

Le sentí deslizándose sobre mi coño húmedo. Entró en mí, estirándome centímetro a centímetro. *Dios mío*. Era abrumador, como si me estuviera partiendo en dos. ¿Era eso su polla o un bate de béisbol? Apreté los dientes contra el dolor y me estremecí cuando se hundió por completo. Santino permaneció enterrado dentro de mí, sus dedos clavándose en mis caderas. Acarició mis curvas, dándome unos momentos para adaptarme.

Entonces se movió. Era tan grande que su ritmo lento me hacía jadear. Su mano agarró la parte posterior de mi cuello, manteniéndome en mi sitio. Sus embestidas eran poderosas, como olas del océano golpeando las rocas.

Una y *otra vez*.

Mis ojos se humedecieron mientras el dolor me invadía, elevando mi placer aún más alto. Su polla entraba y salía de mí—*sin condón*. Aunque quisiera, no podría detener esto. Cada embestida me ataba más a él, avivando llamas que nos consumirían a ambos.

SEIS

DELILAH

Mi despertador esta mañana fue la cara de Santino, metida entre mis muslos. Su lengua aliviaba el dolor de haber sido embestida toda la noche. Jugó conmigo hasta que me rendí y gemí pidiendo más. Luego me puso de rodillas. De espaldas. Sobre el escritorio.

En todas partes.

Santino tenía sexo como si hubiera perdido la cabeza y pudiera encontrarla dentro de mí. Era salvaje. Nunca había visto a un hombre tan decidido a hacerme llegar al orgasmo. No solo una vez. Incontables veces.

En algún momento, Santino pidió servicio de habitación. Desayunamos. Me sirvió café y me preguntó cómo me gustaba: dos azúcares, mucha leche. Después del desayuno, me di cuenta de que no tenía ropa y tendría que hacer la caminata de la vergüenza en un vestido de novia. Hasta que Santino sacó de su maleta unas mallas talla M, una camiseta y unas sandalias para mujer. Había previsto que no tendría nada conmigo, un gesto alarmantemente considerado.

Santino no dijo mucho durante toda la mañana, pero se rio cuando dejé caer el anillo de compromiso de Dimitri en el vaso de un vagabundo de camino a su coche. Me abrió la puerta, como un caballero. Cuando se subió al coche, me miró fijamente y ladró una palabra.

—*Cinturón*.

Me puse el maldito cinturón, todavía sintiéndome como si flotara en un extraño sueño. Este lado caballeroso suyo me confundía. Pasé el trayecto hasta mi nuevo lugar analizándole obsesivamente. Esperaba sexo duro e impersonal con Santino, pero una transacción comercial envuelta en calor *no* era lo que había sentido.

Mis dedos se clavaron en el asiento, el dolor entre mis piernas aún palpitaba. La forma en que me había tocado seguía calentando mi piel. Cómo mi sexo se contraía cuando susurraba cosas obscenas como: *traga mi semen, principessa*. Incluso mientras alineaba su miembro para follarme, nunca sentí que me estuviera utilizando para su placer. Lo había disfrutado demasiado.

¿Qué me pasaba?

Miré a Santino. Miraba al frente, con los ojos en la carretera. Parecía despejado y listo para el día, y no como si hubiera pasado las últimas seis horas follándome. ¿No era gran cosa para él?

—¿Adónde vamos?

—A tu nuevo lugar —dijo.

Me inquieté en mi asiento. Había pasado demasiado tiempo desde mi último trago. Antes de salir del hotel, había metido a escondidas algunas botellas del minibar en mi bolso, pero no podía beberlas ahora. La gente rara vez reaccionaba bien a mi forma de beber.

Veinte minutos después, entré en un impresionante apartamento con ventanales del suelo al techo que ofrecían una vista impresionante de la ciudad. El lugar era elegante, todo cristal y acero, y gritaba lujo.

Me volví hacia Santino, con el corazón acelerado. —¿Este es mi apartamento?

—Sí. ¿Te gusta?

Era precioso. Un apartamento con el que solo había soñado vivir. Crucé la habitación, pasando los dedos por las pulidas encimeras de mármol. —Me habría bastado con un lugar menos caro.

Santino me lanzó una mirada astuta. —¿Esperabas que te metiera en un cuchitril?

—No, pero... no soy tu novia. Solo soy tu amante.

—Este es donde te quedarás —dijo, deslizando un juego de llaves sobre la encimera—. Nadie puede tocarte aquí. Estás a salvo.

Cerré la mano alrededor de ellas. —Gracias.

Sacó un sobre de su chaqueta y lo colocó junto a las llaves. —Ese es el dinero que acordamos.

Santino se apoyó en la encimera mientras yo cogía el sobre. Se me cortó la respiración mientras pasaba el pulgar por los billetes nuevos, mi mente pensando en las posibilidades. Realmente me había dado el dinero. Por primera vez en meses, sentí una chispa de esperanza. Tal vez este acuerdo con Santino no sería tan doloroso como pensaba. Tal vez no sería doloroso *en absoluto*.

Eso me dejó alucinada. Podría reconstruir todo lo que Dimitri había destruido. Mi boutique vintage había sido más que un sueño. Se suponía que era mi oportunidad de tener algo propio. Llevaba años trabajando en ello, recopilando ropa de diferentes épocas, conservando cuidadosamente cada pieza hasta que Dimitri decidió que todo era "una distracción" y lo arrasó todo en un arrebato de ira.

Pero con este dinero, podría empezar de nuevo.

Imaginé la boutique que siempre había soñado. La iluminación suave, filas de hermosos vestidos en los percheros, clientes que entraban para encontrar su pieza perfecta. Santino podría financiarla, hacerla realidad. Si jugaba bien mis cartas y lo mantenía satisfecho, podría recuperar mi boutique.

La emoción zumbaba bajo mi piel. Ya no se trataba solo de alejarme de Dimitri. Se trataba de recuperar mi vida.

Volví a mirar a Santino, con el corazón aún acelerado. Estaba allí de pie, con los brazos cruzados. ¿Sabía lo que esto significaba para mí? ¿Podría ver el destello de esperanza que acababa de encender?

—¿En qué estás pensando? —preguntó, con voz baja y áspera.

Me encogí de hombros. —Estoy imaginando todas las cosas que quiero comprar.

—Bien. Así debe ser.

Miré a Santino, incrédula. Era demasiado fácil. Demasiado bueno para ser verdad.

—¿Cuál es la trampa? —pregunté.

—Ya conoces la trampa. Eres mía.

—Pero esto... todo esto... —hice un gesto hacia el lujoso apartamento, todavía sosteniendo el sobre—. Es más de lo que esperaba.

—Me pediste que te mantuviera a salvo.

—Sí, pero parece que hay condiciones.

—La única condición soy yo, principessa. Ahora me perteneces. Mientras eso sea cierto, vivirás así. Pero si me traicionas o intentas huir, todo esto desaparece.

La mirada de Santino permaneció firme sobre la mía, sus ojos oscuros brillando con... ¿posesividad? ¿Diversión? Me inquietaba la manera en que me reclamaba tan fácilmente.

Regulé mi respiración. Esto era lo que había acordado. Santino nunca había ocultado quién era o qué esperaba. Me había preparado para una versión menos intensa de Dimitri.

—No lo haré.

Se encogió de hombros. —Entonces no tienes nada de qué preocuparte.

¿Por qué era tan generoso con una mujer a la que usaba para el sexo? Claro, estaba consiguiendo lo que quería —mi cuerpo, mi obediencia— pero tenía que haber algo más. Ningún hombre entregaba este tipo de lujo sin esperar algo más grande a cambio. Podría haberme dado un apartamento barato, haberme tirado un par de billetes, y seguir teniendo el control que quería. Pero esto... esto parecía más que un acuerdo. Parecía calculado.

Quizás disfrutaba haciéndome sentir en deuda con él, manteniéndome al límite, preguntándome cuándo se pagaría el precio. O tal vez le gustaba la idea de que yo dependiera de él para todo.

—¿Cuál es la verdadera razón? —pregunté.

—¿De qué?

—De todo esto.

Su sonrisa me revolvió el estómago. —¿Qué te hace pensar que necesito una razón más allá de lo que ya te he dicho?

—Porque los hombres como tú no hacen *nada* sin una razón. Podrías haberme dado mucho menos. Joder, podrías haberte saltado lo de alquilar un apartamento.

Se acercó más, su mano rozando mi cintura. —Me gusta cuidar lo que es mío.

El calor subió por mi cuello. Lo dijo como si lo dijera en serio, lo cual era una locura, pero aquí estaba yo, en un apartamento caro que él había pagado. ¿Le gustaba pagar mis facturas?

Podía aprovecharme de eso.

Incluso podría salir *ganando*. Si yo le gustaba lo suficiente, quizás el chollo duraría un tiempo. Fingiría ser perfecta, lo mantendría enganchado y ocultaría mis defectos más evidentes. Quedarme con él era lo que más me convenía, pero requeriría un delicado equilibrio. *Nunca* quería tener otra relación seria.

Esbocé una sonrisa, dejando que mis dedos recorrieran su pecho. —Bueno, supongo que será mejor que sea una buena chica.

Santino se inclinó más cerca, su aliento cálido y provocador rozando mis labios. Me besó, y pasé mi lengua por su labio. Sabía limpio y fresco, como a cítricos. Acuné su cara entre mis manos, atrayéndolo más hacia mí, y él gimió. Parecía gustarle eso, así que le agarré la nuca y le apreté el pelo con el puño.

El beso se volvió salvaje. Santino me empujó contra la pared, con las manos en mi cintura. Su gruñido vibró en mis dedos.

Santino rompió el beso, jadeando. —Vas a hacer que me pierda todas las citas de esta semana.

Sonreí, trazando la línea afilada de su mandíbula. —Podríamos parar.

—Ni hablar.

Aplastó su boca contra la mía. Su mano se deslizó bajo mi vestido, acariciando mi trasero. Agarrando mis bragas con el puño, me las arrancó. Sus ojos se oscurecieron cuando notó lo mojada que estaba. Su tacto desapareció, y luego me levantó en sus brazos. Me llevó a una habitación oscura, lanzándome sobre una cama de matrimonio.

Este acuerdo iba a funcionar mejor de lo que pensaba. Todo estaba encajando. Con él, podría reconstruir mi vida según mis condiciones. Podía manejarlo. Si interpretaba bien mi papel, sería yo quien tuviera el control. Siempre y cuando nunca notara cuánto bebía.

SIETE

SANTINO

Dos meses después

Deseaba que Delilah estuviera aquí.

Pasar tiempo con Delilah era más divertido que estar recibiendo a la gente en Afterlife. Mi guardaespaldas hizo pasar a una fila de plebeyos, y un hombre se presentó frente a mí, aferrándose a una gorra de béisbol de los Red Sox.

—Buenas noches, Sr. Costa.

Asentí. —¿Quién eres?

—Greg, señor. Greg Cafaro —su voz era tan baja que tuve que inclinarme para oírle—. Le agradezco la oportunidad de conocerle.

—¿Qué necesitas?

Greg tragó saliva. —Pedir prestado algo de dinero. Seis mil. No, *ocho*.

—¿Son seis u ocho?

Hizo una mueca, como sacudiéndose algo. —Ocho.

—¿Para qué?

—El suelo de mi restaurante está destrozado. Hubo un incendio en el local de al lado, y se inundó con agua del piso de arriba. Ha arruinado completamente la madera.

—Entonces presenta una reclamación a tu seguro.

—Ya lo hice, pero no es suficiente. Estoy lidiando con daños de las bandas callejeras. Puertas pintadas con grafitis. Ventanas rotas. La semana pasada, robaron nuestros sistemas de punto de venta. Todo se va sumando.

Suspiré, muy consciente de las bandas callejeras que infestaban Boston. Los Animals. La banda de la Calle 12. Mayhem. Algunos serraban los convertidores catalíticos de los coches y los vendían. Otros asaltaban pequeños negocios, robando todo lo que no estaba clavado al suelo.

—Deberías habernos pagado por protección.

Se sonrojó. —No puedo permitírmelo.

—Entonces abandona.

—No puedo, Sr. Costa. El restaurante ha estado en mi familia durante generaciones.

—¿Cómo me lo devolverás?

—En cuanto abra, ganaré lo que le debo en un mes. Hemos tenido mala suerte —murmuró, girando la gorra entre sus manos—. Ha sido un retraso tras otro. Tardó semanas en secarse todo, luego problemas con la cadena de suministro. Ahora estoy quemando dinero solo para mantener a mi personal...

—¿Cómo se llama tu restaurante?

—Vito's.

Ah, ese elegante asador con ambiente de *El Padrino*. Reservados de cuero negro. Cantantes de jazz susurrando en los micrófonos. Un comedor exclusivo llamado La Sala del Puma porque exhibía un

puma disecado real. Había estado allí un par de veces. La comida estaba bien.

—¿Y llevas cerrado cuánto tiempo?

—Seis meses —dijo, con voz recuperando ímpetu—. Pero somos uno de los mejores restaurantes de Boston. Nos recuperaremos. Todavía conservo a mis empleados.

—Ve al banco. Soy tu peor opción.

—No puedo, señor. No me aprobarán un préstamo porque ya he pedido una segunda hipoteca sobre mi casa.

Idiota. —Te gusta arriesgarte, ¿eh?

—Tengo que salvar el negocio familiar.

Sonreí con indulgencia. Greg era el tipo de desesperado del que me aprovechaba. Normalmente, le prepararía una trampa, pero no había manera de que recuperara el dinero, y no me apetecía enviar al equipo de Kill para liquidar a este tipo. Prestarle capital sería como tirarlo por el desagüe.

Sí me gustaba la idea de poseer su propiedad. Su ubicación en Newbury Street le daba una mezcla ideal de alto tráfico peatonal, establecimientos comerciales y viviendas. Perfecto para un desarrollo residencial de lujo.

Fingí estar pensándolo. —Esto es lo que haré por ti, Greg. Te prestaré los ocho mil, pero será a dos puntos por semana. Tienes tres meses. Y necesitaré un aval: tu restaurante.

Un espasmo de pánico cruzó su rostro.

Me encogí de hombros, ofreciéndole una sonrisa inofensiva. —Si no puedes pagar, me quedo con la propiedad. Pero si puedes, conservas tu legado. Es lo mejor que puedo ofrecerte, dadas las circunstancias.

Se mordió el labio. —De acuerdo.

—¿Tenemos un trato?

—Sí, Sr. Costa.

Me estrechó la mano.

Hice un gesto a mi guardaespaldas. —Encárgate de él.

—Muchísimas gracias, Sr. Costa. Esto va a cambiar mi vida.

—Te sugiero que te concentres en ganar dinero.

Lo despedí con un gesto, viéndolo escabullirse. La misma historia, cara diferente. Gente como Greg —e incluso Delilah— eran mi pan de cada día. Su desesperación me mantenía próspero.

El siguiente tipo murmuró algo sobre protección, pero todo lo que podía ver era a Delilah. Su risa, su sonrisa burlona, cómo le brillaban los ojos cuando conseguía lo que quería.

Un mensaje vibró en mi móvil.

PRINCIPESSA

Adivina qué llegó por correo ;)

Una foto de ella con la lencería de encaje que compré hace dos días apareció bajo el mensaje. Pensé que se vería sexy en ella, y tenía razón, a juzgar por la imagen tentadora que me envió.

Estaba inclinada, con el teléfono entre sus piernas desnudas. Su cabeza colgaba boca abajo, y lucía una sonrisa coqueta. La lencería se aferraba perfectamente a sus curvas. Una delgada tira de tela apenas ocultaba su coño, y con la mano libre se agarraba el trasero.

Joder.

El calor se enroscó bajo mi cintura. Guardé la foto en un álbum privado y desplacé las otras, con la sangre precipitándose hacia mi polla. Solo ella podía ponerme duro mientras había hombres a mi alrededor.

Llévatelo puesto esta noche. Te recojo a las 8.

PRINCIPESSA

Vale.

Gracias. <3

Apreté el agarre sobre el teléfono antes de guardarlo de nuevo en el bolsillo y ponerme en pie, indicando a mi guardaespaldas que se hiciera cargo. El aire fresco de la noche me despertó al salir de Afterlife.

El día que nos conocimos seguía ardiendo en mi mente. Delilah era inolvidable. Con aquel pintalabios rojo intenso y el delineado de ojos, parecía un anuncio andante de chica de gánster.

Colpo di fulmine.

Significaba ser alcanzado —como por un rayo—. Mi Nonno solía hablar de ello, decía que le hizo robarle la mujer a un capo. Lo llamaba una maldición, aunque pasó el resto de su vida con ella. Se reía de cómo no tuvo elección. En el segundo en que la vio, fue como si le encendieran fuego bajo la piel. No podía respirar. No podía pensar.

Siempre pensé que eran sus arterias obstruidas.

Nunca pensé que *me* golpearía a mí.

Entonces ella entró en Afterlife.

Alcanzado.

Era demasiado perfecta para ignorarla, y me necesitaba.

No sentía ningún aprecio por los Romanov, pero algo en ella me hizo dudar. Una princesa rusa suplicando ayuda a su enemigo.

Mientras subía a mi coche, fantaseaba con Delilah. Su sonrisa, su cuerpo, la forma en que me hacía sentir. Agarré el volante, mis nudillos blancos contra el cuero.

No podía permitirme perder el control.

No con la venganza al alcance de mi mano.

OCHO

DELILAH

Santino me folló en la cama.

Las sábanas eran un desastre enredado en el suelo, los cojines estaban esparcidos por todas partes y la habitación apestaba a sexo. Mis músculos dolían como si hubiera escalado una montaña escarpada.

Unas manos ásperas reposicionaron mis caderas. Santino metió un cojín debajo de mí. El nuevo ángulo me penetró tan profundamente que enrosqué los dedos con más fuerza en las sábanas. Cada embestida empujaba un gemido más allá de mis labios. Apretando los dientes, me concentré en el cabecero que golpeaba la pared y no en el guapísimo hombre de metro ochenta y ocho que me reclamaba una y otra vez.

—Córrete para mí.

Su delicioso susurro me acarició la oreja, y su dedo aterrizó en mi clítoris. Lo provocaba mientras se hundía en mí, extrayendo más placer hasta que me tambaleé al borde. Oleadas de calor incandescente se unieron al éxtasis de sus embestidas, pero luché contra las ganas de correrme. Cada orgasmo se sentía como entregar una parte de mí misma que había jurado mantener escondida. Ya poseía suficiente de mí. No le permitiría tener esto también.

Pero era implacable.

—Dame lo que quiero, Delilah.

La oscura amenaza proporcionó la chispa final, y estallé. Dejé escapar un grito ahogado y me derrumbé. Un dulce alivio recorrió mi cuerpo.

Santino gimió. La caliente liberación de su orgasmo me llenó, uniéndose a las otras tres descargas de semen que había dejado dentro de mí. Sus muslos se sacudieron mientras me agarraba con fuerza, saliendo solo para desplomarse a mi lado, arrastrándome contra su pecho.

Me hundí en el éxtasis. Cuando me abrazaba, demasiado agotado para moverse, casi olvidaba quiénes éramos.

Enterró su rostro en mi cuello, respirando con dificultad. —¿Estás bien?

Pasé mis dedos por su pelo. —Exhausta.

Toda la noche, había sido zarandeada. Devorada. Santino follaba como un loco, con la frente cubierta de sudor y los costados jadeantes. Yo era su juguete, y cuando terminaba conmigo, me sentía completamente usada. Chupada, lamida, aporreada, mi cuerpo marcado con sus dientes. A cambio, me pagaba cada semana con sobres llenos de dinero en efectivo. Me regalaba joyas, viajes a Nantucket, cualquier cosa que quisiera. Llevaba meses desviando su dinero a una cuenta comercial, planeando una tienda física de ropa vintage. Retro Rose Boutique.

Se quedó esta noche, lo cual era raro. Normalmente, Santino salía por la puerta tan pronto como se recomponía. Con un rápido arreglo de su apariencia, volvía a ser el mafioso intocable que gobernaba su mundo con mano de hierro. Pero esta mañana, se quedó, su respiración sincronizándose con la mía, y el suave sube y baja de su pecho tocaba mi espalda. Su presencia me envolvía en un inquietante confort.

Santino trazó sus dedos a lo largo de mi costado. —Estás callada.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En cómo acabé aquí.

Santino se inclinó, besando mi hombro. —Simplemente quédate conmigo.

Ese era el problema. Era demasiado como estar en Providence, atrapada en un ciclo de ser propiedad de un hombre. No podía depender de Santino para siempre.

—¿Qué hora es? —murmuró.

Cogí mi teléfono de la mesilla. —Las diez y media.

Santino maldijo.

Se desenredó de mí y se deslizó fuera de la cama. Le había visto desnudo muchas veces, y aun así, una llama parpadeó entre mis piernas ante la visión.

Me levanté de la cama y me dirigí al baño, vislumbrándome en el espejo. Era un desastre. Tenía el pelo enredado y su semen pegado a mis muslos. Probablemente también sabía a él. Habíamos festejado duro anoche. Santino sabía que me gustaba beber, así que me cambiaba sorbos de Dom Perignon por mis labios envueltos alrededor de su polla. Durante toda la noche, había ido y venido entre él y la botella.

Santino tomó mi mano y me llevó al baño, encendiendo la ducha. Una vez que el agua estaba lo suficientemente caliente, ambos entramos. Enjabonó sus manos y me masajeó, luego puso champú en mi pelo, sus dedos relajantes en mi cuero cabelludo. Mis párpados revolotearon. Era tan suave. Después de lavar la espuma de mi cabeza, sus labios tocaron mi cara, breves y dulces.

Me puse tensa.

Mantener los límites era más fácil cuando Santino seguía el guion: follarme, pagarme, irse. Cualquier cosa más allá amenazaba el delicado equilibrio que había conseguido mantener.

—Santino, deberíamos hablar.

Trazó pequeños círculos en mi cadera y se movió, acercándome más. —Nada de hablar. ¿No es eso lo que dijiste cuando empezamos esto? ¿Nada de hablar, solo sentir?

Un nudo se instaló en mi estómago. —Sí.

—Nada de hablar, principessa. Quiero disfrutarte.

Contuve la respiración, atrapada entre inclinarme hacia su contacto y alejarme. —Yo...

Besó la piel sensible detrás de mi oreja. —Shh. No tiene por qué ser complicado.

Pero lo era. Todo sobre nosotros estaba enredado en dinámicas de poder. ¿Cómo podría no serlo? Vine a Boston para escapar de una prisión, solo para atraparme en otra envuelta en sábanas de seda y dinero fácil. No podía permitirme hundirme en esto. Porque fuera lo que fuese, tenía cuerdas atadas que tiraban de partes de mí que había cerrado.

Mi garganta se tensó. —¿Estás intentando dejarme embarazada?

Se rio, un sonido profundo y despreocupado que resonó en los azulejos mientras rotaba la cabeza bajo el chorro de agua.

—*Contéstame*.

Suspiró, cerrando el agua. —¿Por qué preguntas eso?

Lo miré fijamente. —Te lo dije, no estoy usando anticonceptivos.

—Lo sé. No te preocupes por eso.

Sonaba tan seguro mientras estaba allí, quitándose el agua del pelo.

—Santino, necesito que te lo tomes en serio.

—Nos ocuparemos si ocurre.

Su confianza no coincidía con el pánico que apuñalaba mi pecho. Me entregó una toalla, sus movimientos enérgicos. Se secó de pies a cabeza, luego dobló la toalla y la colgó en un toallero.

Mi pelo goteaba sobre mis hombros mientras lo seguía al dormitorio. Recogió su ropa y se vistió, pieza por pieza. Calzoncillos. Pantalones. Camisa blanca arrugada. Zapatos de cuero italiano. Finalmente, se colocó un reloj vintage en la muñeca.

—Santino, no quieres tener un hijo conmigo.

Hizo una pequeña pausa mientras se ponía la chaqueta. —Te veré más tarde.

—Espera...

Besó mi mejilla. —Tengo que irme.

Estaba en la puerta cuando le pregunté: —¿Qué esperas que haga si estoy embarazada?

Agarró el pomo de la puerta. —Supongo que tendrías que casarte conmigo.

Ni siquiera miró atrás para ver cómo habían caído sus palabras. Salió, cerrando la puerta tras él como el mazo en un juzgado.

¿Casarme con él?

Eso quedó flotando en el aire, burlándose de mí. Miré con furia a la pared, imaginándole riéndose mientras subía a su coche. No lo decía en serio. Yo solo era la chica con la que se acostaba.

Antes de escapar de Dimitri, sabía que tenía que vincularme a un hombre poderoso. Santino parecía la elección perfecta: peligroso, extremadamente celoso y rico.

Yo era su amante. Ese papel me venía bien.

Pero se había vuelto demasiado cómodo. Olvidando usar preservativos. Bromas sobre matrimonio. Besos dulces en la ducha. Esto no podía continuar. Nuestros mundos no se mezclaban. No podían.

El nudo en mi estómago se apretó. Tenía que trazar una línea y recuperar el control que se me escapaba. Cuanto más le dejaba entrar, más arriesgaba perderme a mí misma. No podía permitir que eso ocurriera.

No otra vez.

Necesitaba alejarme de una habitación que olía a él. Me peiné y me sequé el pelo con el secador. Poniéndome los tacones, cogí el sobre que había dejado en la mesa de la entrada. El pasillo se difuminó mientras me dirigía afuera. Cerré con llave la puerta de mi casa adosada y bajé los escalones.

El sol bañaba las calles de oro, resaltando el calor que emanaba del pavimento. La gente recorría apresuradamente la acera con sus cafés, cabizbajos, reduciendo su mundo al resplandor de sus pantallas. Un paseo por Boston Common me vendría bien.

Respiré hondo, calmando mis nervios.

Una mano fuerte se aferró a mi hombro, con un agarre tan apretado que me provocó un sobresalto de miedo. Me di la vuelta, con el pulso acelerado, y me encontré con los ojos vacíos de un hombre de rostro demacrado con una chaqueta vaquera gastada. Uno de los hombres de Dimitri.

Me ha encontrado.

NUEVE

DELILAH

Sentí una puñalada de hielo en el estómago.

Ivan era como un gato callejero, rudo y ágil. Oscuras cicatrices marcaban su rostro curtido, trofeos de una vida pasada en callejones y peleas de bar. Desde que le conocía, había sido un cabrón despreciable. No podía contar las veces que había visto cómo Dimitri me abofeteaba. Si él estaba aquí, mi ex no andaba lejos.

Podría estar observándome ahora mismo.

El agarre de Ivan se intensificó mientras sonreía con malicia. —Delilah, qué casualidad encontrarte aquí. Pareces cansada. ¿Te ha montado demasiado fuerte Santino?

Le dediqué una sonrisa gélida. —¿Qué te saca hoy de la alcantarilla?

Señaló un coche en la acera. —Hablemos en privado.

—Mejor no.

Con una mueca despectiva, me arrastró hacia el Mercedes. —Tu prometido sigue buscándote. Y a menos que me mantengas contento, descubrirá dónde te has estado escondiendo. Así que sé una buena putita y ven sin hacer ruido.

Puta.

La palabra fue una chispa en el pozo de petróleo de mi autodesprecio.

—Que te jodan, Ivan.

La mano de Ivan salió disparada, y un dolor cegador me golpeó la mejilla. Tropecé y caí. La gente a mi alrededor o fingía no darse cuenta o era demasiado cobarde para intervenir. *La historia de mi vida*.

Me levanté del suelo. Pequeñas piedras se habían incrustado en mi palma. Me las quité, haciendo una mueca. Ivan me agarró por el pelo, arrastrándome a través de un cruce concurrido y empujándome hacia el coche aparcado. Un hombre se bajó y abrió la puerta.

Mierda.

Pateé y abofeteé, gritando, pero él me forzó la cabeza hacia abajo. Luego me empujó, y caí dentro del coche. Me lancé hacia la puerta del copiloto y tiré del tirador: cerrada. Me abalancé sobre el conductor, pero el hombre de delante sacó una pistola.

—Siéntate.

Me eché hacia atrás, respirando con dificultad.

Joder. Esto no era nada. Había lidiado con cosas peores.

Ivan se deslizó en el asiento a mi lado, cerrando la puerta de golpe. Se rio, sacudiendo la cabeza, un sonido escalofriante. —Eres una zorra dura, eso tengo que reconocértelo.

El coche se puso en marcha.

—Déjame salir —gruñí.

Me guiñó un ojo, y mi corazón se aceleró.

—Pobre Dimitri —chasqueó la lengua Ivan—. Se sentirá tan decepcionado. Ha estado tan seguro de que te habían secuestrado.

Me burlé. —¿Eso es lo que le está contando a todo el mundo?

Ivan se inclinó hacia mí, con su aliento apestando a cigarrillos. —Oh, sí. Está interpretando el papel del prometido con el corazón roto, buscando por todas partes a su novia secuestrada. Mientras tanto, tú has estado abriendo las piernas para Santino y quién sabe para quién más.

Lo fulminé con la mirada. —No sabes nada.

Se rio entre dientes. —Todos vimos las imágenes de las cámaras de la calle cuando *saliste corriendo* de la iglesia.

—¿Cómo se lo tomó Dimitri?

Hizo una mueca. —Ha perdido la cabeza. Cree que te llevaron contra tu voluntad, pero todo el mundo está hablando de cómo lo dejaste plantado en el altar. Eres la chica que dejó tirado al Sovetnik de la Bratva de Providence. Dimitri es el hazmerreír.

—Me alegro.

Sonrió. —Va a hacer de tu vida un infierno cuando te atrape.

—¿A ti qué más te da?

—Soy la única razón por la que Dimitri no te ha encontrado todavía. Así que si yo fuera tú, sería un poco más amable conmigo.

—Lo único que estás haciendo es darle a Santino más razones para partirte el culo.

—No eres más que un agujero para calentar su polla.

Ladeé la cabeza. —¿Quieres poner a prueba esa teoría?

La sonrisa burlona de Ivan flaqueó. El coche giró bruscamente, lanzándome contra la puerta. Contuve un grito y me cuadré frente a él.

—Detén el coche. Deberías saber que no es buena idea meterte con la propiedad de Santino.

—Propiedad —reflexionó Ivan, golpeando con los dedos en su rodilla —. Eso es lo que eres, ¿eh? Una posesión. Pero las posesiones pueden intercambiarse.

Tragué saliva, odiando lo ciertas que se sentían sus palabras. —Santino nunca me cambiaría.

—¿Estás segura de eso?

No, la verdad es que no.

No confiaba en los hombres. En este momento, a Santino le gustaba lo suficiente como para mantenerme a su lado. ¿Qué pasaría cuando descubriera que no era la chica de sus sueños que había construido en su cabeza?

Me mordí el labio.

—Mira, lo único que quiero es información. Estás cerca de Santino. Necesito detalles sobre sus operaciones. Cualquier cosa que sirva de palanca sobre Dimitri.

Me reí amargamente. —¿Planeas tomar el control?

—Está a punto de caer.

—Santino me matará si siquiera sospecha que lo estoy traicionando.

—No si eres inteligente al respecto. Tú me das lo que necesito, y Dimitri se queda a oscuras sobre tu ubicación. Ambos ganamos.

—¿Y si me niego?

La sonrisa de Ivan se ensanchó. —Entonces estarás por tu cuenta. Y créeme, los hombres de Dimitri ya están rondando. Solo es cuestión de tiempo antes de que te atrapen.

Me incliné hacia delante, lo suficientemente cerca como para oler su sudor mezclado con colonia barata. La intimidad del espacio me hacía erizar la piel, pero me obligué a mantener su mirada.

—No voy a delatar a Santino.

Su rostro se oscureció, con la mano temblando como si quisiera golpearme de nuevo. —Tienes hasta el final de la semana. O cooperas, o Dimitri recibe una llamada muy interesante.

El coche se detuvo y las puertas se desbloquearon.

La abrí y caí en la calle mientras el Mercedes se alejaba a toda velocidad.

Llegué a casa y me serví una copa.

El fuego se deslizó por mi garganta. Necesitaba matar a Ivan. *Hijo de puta. Cabrón. Lacayo de gánsteres*. Abrí la nevera de golpe, mirando una caja de poliestireno llena de sobras. La agarré, apenas saboreando su contenido, y luego lo bajé con vodka.

Al crecer en Providence, nunca fui más que un peón. Papá no me veía como su hija, solo como otro activo. Mamá murió cuando yo era pequeña, y la mujer con la que la reemplazó me trataba como una rival por el afecto de mi padre.

Él siempre la elegía a ella. El amor era una transacción, y yo no tenía suficiente para comprarlo. Mi único amigo era Luca, un chico que conocí cuando tenía diez años.

Cuando cumplí veintitrés, papá me entregó a Dimitri, un monstruo que llevaba la crueldad con tanta facilidad como sus trajes Brioni. Huir no se trataba solo de escapar de un mal matrimonio. Luca decía que era más sobre liberarme de una vida que nunca me perteneció.

Boston se suponía que sería diferente, pero aquí estaba, todavía atormentada por los hombres que intentaban poseerme.

El impulso de aniquilarme tiraba de mi ombligo. Quería romper todos los cristales de mi apartamento, pero tenía cosas que hacer.

Me dirigí a la mesa de la cocina, donde me esperaba una pila de bocetos para Retro Rose Boutique. La boutique era mi escape del mundo violento de mi padre, y no dejaría que nada descarrilara mis planes.

Saqué mi portátil y abrí un mensaje de mi diseñadora de interiores, Claudia. Había enviado maquetas para la distribución de la boutique, cada diseño más hermoso que el anterior. Los revisé, tomando notas sobre lo que me gustaba y lo que necesitaba ajustes. La estética vintage que había imaginado estaba cobrando vida.

El siguiente correo era de un proveedor potencial, confirmando la disponibilidad de piezas vintage que llevaba meses buscando. Una sonrisa tiró de mis labios mientras respondía. Cada pequeña victoria al montar la boutique se sentía como un paso hacia algo normal.

Mientras trabajaba, mis pensamientos volvieron al encuentro con Ivan. La adrenalina aún recorría mis venas. No dejaría que el miedo dictara mis acciones. Retro Rose Boutique era mi futuro.

Cogí mi teléfono y le envié un mensaje a Claudia.

Acabo de revisar los diseños. Se ven fantásticos, pero tengo algunas sugerencias. ¿Podemos reunirnos mañana para hablar de ellas?

Mientras concertábamos la reunión, respiré con más facilidad. Sin importar lo que pasara, llevaría esto hasta el final. Al colgar, comencé a organizar el papeleo: facturas de mercancía y contratos con proveedores. Pedí una ensalada de pollo a la plancha para cenar y me la devoré.

Mi teléfono vibró.

Miré la pantalla.

SANTINO

¿Cómo estás?

Contéstame.

La pantalla del teléfono parecía la única luz en una caída libre hacia el infierno.

Estoy bien. <3

¿Y tú, guapo?

SANTINO

Todavía fuera.

Ooh. ¿Ocupándote de negocios o causando problemas?

SANTINO

Ambos. Mantiene la vida interesante.

La vida contigo nunca es aburrida. No estoy segura de si eso es bueno.

SANTINO

Solo es un problema si no puedes manejar la emoción.

Quizás añado un poco demasiado de eso a tu vida... pero te gusta, ¿verdad?

SANTINO

Eres mía. Yo decidiré qué es demasiado.

Sonreí, sintiendo una calidez que florecía dentro de mí. Incluso a través de mensajes, las palabras de Santino goteaban con una intensidad oscura que me emocionaba. Después de esa pelea desastrosa con Ivan hoy, una parte de mí estaba aquí para esto: *sí, reclámame, protégeme, mata por mí.*

Tenía que contarle sobre Ivan.

Escribí un mensaje en mi teléfono, con los dedos temblorosos.

¿Cuándo te veré?

SANTINO

Cuando quieras.

¿Qué tal esta noche?

Su respuesta llegó unos segundos después.

SANTINO

Enviaré un coche a tu casa.

DIEZ

DELILAH

El chófer de Santino me llevó a un almacén abandonado en el puerto de South Boston. En el interior había una cacofonía de rugidos primitivos y el repugnante golpeteo de los guantes contra la piel. Sangre, sudor y el sabor metálico del miedo se mezclaban en el aire, un cóctel penetrante que llenaba el recinto. Los hombres se agolpaban en torno al ring, vitoreando aquel baño de sangre.

El ring de peleas de Santino era un barril de pólvora cargado de testosterona, pero la gente mantenía una distancia respetuosa. Todos sabían que yo pertenecía a Santino, y si no lo sabían, el guardia apostado junto a mi silla se encargaba de recordárselo.

Miré de reojo a un hombre alto vestido de traje, uno de los soldados de Santino. Vitale era un tipo callado que expresaba tantas emociones como la corteza de un árbol.

—¿Qué tal está, Vitale?

—Bien.

—¿Algún plan para este fin de semana?

Se encogió de hombros. —¿Y usted?

—Supongo que eso depende de su jefe.

La atención de Vitale volvió a la multitud. —Santino estará aquí en un minuto.

Di un sorbo a mi bebida, intentando calmar mis nervios alterados.

Mientras el frenesí de la multitud crecía, mi mente se desvió hacia el tintineo de las perchas moviéndose por los estantes de mi boutique.

Un hombre canoso de unos cuarenta años tropezó contra mi mesa. Su vaso se agitó, derramando cerveza por el borde que fue a parar a su camisa, oscureciendo la tela. Apenas lo notó, pues su mirada alcoholizada se clavó en mi escote. Ladró algo, pero sus palabras se perdieron en el ruido.

Me incliné hacia delante. —¿Qué?

—¡He dicho que parece que necesitas otra! —eructó, añadiendo—: Déjame invitarte a una copa.

Me vendría bien rellenar el vaso. Santino me mantenía con un molesto límite de dos copas por razones que nunca había aclarado, pero a mí me gustaba consentirme.

Le sonreí al hombre. —Sería un detalle, gracias.

Me devolvió la sonrisa. —Ahora mismo.

La corpulencia de Vitale se deslizó frente a mí, bloqueando la vista del hombre.

El borracho frunció el ceño. —¿Qué quieres?

La postura de Vitale se endureció. —Nadie habla con la chica de Santino.

¿Nadie?

Bueno, eso explicaba las respuestas cortantes de Vitale a cada una de mis preguntas durante el último mes.

El Tipo Borracho pareció tomárselo como algo personal. Se erizó. —¿Por qué no dejas que ella decida por *sí misma*?

Cuando el hombre clavó un dedo en el pecho de Vitale, este lo agarró y lo retorció con un chasquido repugnante. El hombre gritó, sujetándose el dedo roto.

El rugido en el ring de combate palpitaba. En el escenario, un hombre con pantalones cortos de gimnasia azules levantaba el puño enguantado en el aire, con la cara salpicada de sangre. La multitud enloqueció. Golpeaban las cuerdas que los separaban del ring. Se produjo una pelea en las gradas antes de que los hombres de traje se ocuparan de ello, separándolos.

Un familiar aroma a cítricos con un toque de sal marina inundó mi nariz, y Santino apareció a mi lado. Su presencia no solo alteraba el aire. Lo aferraba como el abrazo de un amante alrededor de mi garganta. Su mano se deslizó sobre mi hombro, agarrándolo suavemente. El calor de su tacto calmó mis nervios desgastados.

—¡Me lo ha roto! —balaba el Tipo Borracho, confundiendo a Santino con un gerente preocupado—. Es un maldito maníaco. Deberían encerrarlo. Lo único que hice fue ofrecerme a invitarla a una copa.

Aquello resonó como el horrible remate de un chiste malo.

Santino me miró de reojo, fulminándome con la mirada, y hebras de calor me envolvieron. Luego dio un paso al frente, encarándose al Tipo Borracho. Santino se erguía sobre él. Debía ser algo territorial porque los hombres de mi familia actuaban igual, mucho alardeo y postureo masculino. Habría puesto los ojos en blanco, pero demasiados secuaces de Santino me observaban. Minar su autoridad en público no era una buena idea.

El Tipo Borracho frunció el ceño. —¿Cuál es tu problema?

—Estás tirando los tejos a mi chica —gruñó.

Esas palabras deberían haberme asfixiado, pero me envolvieron suavemente como seda de lujo. Todo el mundo me conocía como la puta de Santino. Su compañera de cama, su chica pistolera, lo que fuera. Estábamos *juntos*, pero no en el sentido de hasta-la-muerte. Yo era la chica con la que se acostaba. Nada más. Pero Santino lo dijo como si significara algo.

Tenía que detener esto. Todo era culpa mía.

Me agarré al brazo de Santino. —Cariño, no es para tanto.

Los ojos de Santino se clavaron en los míos. Se abrieron ligeramente, bajaron por mi vestido de tirantes hasta los zapatos de punta abierta, subieron por mis piernas y cintura, deteniéndose en mis pechos. Cuando su mirada hambrienta chocó con la mía, mis rodillas temblaron.

—Santino, es inofensivo.

El hombre bufó. —¿Crees que soy una especie de broma? Solo eres una pequeña zorra a la que le gusta la atención. Si no fueras tan *provocadora*, no necesitarías un guardaespaldas.

Santino lanzó un puñetazo al estómago del hombre, que se dobló y gimió. Luego hizo un gesto a sus guardias. Agarraron al Tipo Borracho, que entró en pánico.

—Lo siento...

Santino lo ignoró. —Lleváoslo a la parte de atrás.

Los hombres de traje se lo llevaron a rastras mientras el Tipo Borracho gritaba. Nadie le prestó atención, pero el grupo de espectadores disminuyó, probablemente asustados por si eran los siguientes.

¿Qué significaba *lleváoslo a la parte de atrás*? ¿Había matado antes a alguien por ser un idiota borracho? Estudié la línea sombría de su mandíbula, las fosas nasales que se dilataban cuando me miraba.

Hace dos meses, entré en Afterlife, buscando al famoso prestamista. Había investigado a Santino Costa. Nacido y criado en Boston. Uno de seis hermanos. Familia típica italoamericana. Un anciano que tenía una charcutería me contó que solía trabajar allí cuando era adolescente. Era un buen trabajador pero muy callado.

Había convencido a los lugareños para que me contaran más detalles, lo que no fue fácil porque nadie quería enfadar a los Costa. Eran el tipo de personas con las que no te metías, y Santino emanaba vibraciones de tócame-y-muere. Era demasiado intimidante para la mayoría de las mujeres, y la oscuridad se aferraba a él como sus ajustados trajes de Tom Ford. El tipo de oscuridad que devoraba a todos a su alrededor.

Santino me tomó de la mano.

Nos alejamos del caos hacia un corredor solitario con muchas habitaciones. Su agarre se tensó mientras me llevaba a un despacho escasamente iluminado, la pesada puerta cerrándose con un gemido tras nosotros. Estanterías sucias y pósteres cubrían las paredes, con un escritorio de madera en el centro de la habitación.

Santino se volvió para mirarme, con ojos ardientes.

Puse una mano en mi cadera. —¿Vas a golpear a cada tipo que piense que soy atractiva?

Sus fosas nasales se dilataron. —Te llamó puta.

—¿Por qué no puedes ser el más maduro y dejarlo pasar? —Enlacé mis dedos con los suyos—. Soy tuya. Lo sabes.

Todavía parecía enfadado. —¿Te tocó?

—No.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Solté una risa forzada. —Solo estás buscando una excusa para matarlo.

—No necesito ninguna.

Su gruñido grave llenó mi estómago de chispas. Estaba loco. Hacía que el hombre del que había huido pareciera razonable. Estaba obsesionado conmigo. Peligrosamente obsesionado.

Me lo había buscado yo misma. Me había unido voluntariamente a un asesino sin remordimientos que me miraba directamente a los ojos y hablaba de matar a un hombre por ser grosero conmigo. ¿Lo estaba haciendo a propósito? ¿Intentaba advertirme?

Tragué los nervios que tenía en la garganta. —No vas a matar a nadie. No me sirves de nada en la cárcel.

—No me preocupa la cárcel.

¿Le cuento lo de Ivan?

El hombre me había agredido a plena luz del día, pero por alguna razón, involucrar a Santino me asustaba aún más. ¿Qué otra opción tenía? Si descubría que le había ocultado esto, sus sentimientos hacia mí podrían apagarse tan rápidamente como se habían encendido, y entonces ya no me miraría como lo hacía ahora. Como si fuera capaz de masacrar a una sala llena de hombres por mí.

Sus dedos se deslizaron bajo mi barbilla. —¿Qué te pasa?

Me mordí el labio. —Nada.

—Pareces distante.

—Mira quién habla. Solo son las ocho y ya tienes un asesinato en tu haber.

Gruñó. —He tenido un día largo.

Le acaricié el pecho. —¿Quieres que lo mejore?

Sus ojos negros chocaron con los míos, y asintió. Tenía las manos apretadas a los costados, y tomé una para llevarla a mis labios,

besando cada nudillo cicatrizado. Gradualmente, su cuerpo se relajó y abrió la palma, permitiéndome sostenerla.

Demasiadas chicas asumen que los hombres siempre quieren sexo. A veces, necesitan ser tocados y venerados. Pasé una mano por su pelo arreglado. Odiaba cuando se lo desordenaba, pero me encantaba cómo sus gruesos mechones se deslizaban entre mis dedos.

Sus ojos se cerraron bajo mis suaves caricias. Cuando los abrió de nuevo, estaban nublados, como los de un gatito ebrio de leche. La agresividad se disolvió, dejando a un hombre cuyo pelo alborotado y rasgos suavizados lo hacían casi... tierno. Me puse de puntillas y le di un suave beso en los labios.

Su lengua rozó mi boca. La abrí más para él, mi mano viajando por su abdomen. Mis dedos recorrieron la impresionante forma que abultaba sus pantalones. Ya estaba duro. Un gruñido escapó de su garganta. El brazo de Santino rodeó mi cintura y me arrastró más cerca, un movimiento tan violento que mi pie derecho se salió del tacón. Me inclinó hacia atrás sobre el escritorio, esparciendo papeles por el suelo.

Respiré profundamente mientras sus manos agarraban mi cintura. Su calor encendía mi piel y mi corazón se aceleraba. Santino se colocó entre mis piernas. Era el diablo que yo había elegido. La apuesta más segura contra el hombre que me perseguía.

Mi vestido corto de tirantes rosa subió por mis muslos. Él lo empujó aún más, colocándolo sobre mi estómago. El aire fresco tocó mi sexo. Había dejado de usar bragas hacía semanas. Uno por uno, tomó mis tobillos, sus dedos como anillos de fuego mientras colocaba mis pies en el escritorio, abriéndome completamente para él.

—No puedo creer que te deje caminar vestida así.

Un escalofrío recorrió mi pierna. —Solo lo hago porque sé quién está mirando.

Su expresión se endureció y su mano se detuvo. —¿Intentando volver locos a todos los hombres de mi establecimiento? ¿O solo a mí?

—*A ambos*.

—Provocadora —murmuró.

—¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Quizás te secuestre y te mantenga en mi casa. Podría atarte a mi cama, con las piernas abiertas, cada centímetro de ti mío para saborearlo cuando quiera.

Mi cara ardió.

Su boca sucia siempre me hacía sonrojar. A veces me tomaba el pelo por eso, llamándome su dulce *principessa*. Otras veces, no hablaba tanto. Me sujetaba y me follaba como una bestia enfurecida.

—Estás callada —dijo, acariciando mi clítoris—. ¿Te gusta esa idea?

Chispas estallaron en la parte baja de mi vientre. —Suena como un buen plan.

Ronroneó. —Eres demasiado confiada.

—Me gustan los hombres peligrosos.

Los ojos de Santino se estrecharon. —Vas a meterte en un verdadero problema uno de estos días.

—¿No es para eso que estás? ¿Para protegerme?

Sus manos desaparecieron de mi sexo mientras se inclinaba, su peso pesado comprimiéndome contra el escritorio. —Delilah, no querrás estar en deuda conmigo para siempre.

—¿No?

—No. Yo soy el problema del que no puedes escapar.

—No busco escapar. —Le desabotoné la camisa, mis dedos rozando el vello de su pecho.

Se echó hacia atrás. —Cuidado. Asumiré que es una invitación para tomarlo todo.

El sexo anal era un límite que aún no habíamos cruzado, y sabía que él lo deseaba. Lo había dejado claro desde el principio. Nunca lo había hecho antes, y ofrecerle esa última parte de mí se sentía como una apuesta. Confiaba en él con mi cuerpo, pero ¿y si me descartaba una vez que hubiera tomado todo?

Una sonrisa depredadora se dibujó en su rostro.

Tragué saliva mientras él retrocedía, volviéndose hacia su escritorio. Sacó algo largo y afilado de un cajón: un cuchillo.

Mi sangre se heló. —¿Quieres hacerme daño?

—No. Quiero sostenerlo contra tu garganta mientras te follo.

Dios mío.

Un delicioso escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero entonces, recuerdos no deseados surgieron: los dedos de Dimitri apretándose alrededor de mi cuello. Mi estómago se retorció, el miedo abriéndose paso hasta la superficie, y luché por no dejarlo notar.

Levanté la barbilla, sonriendo. —Ya has pagado por mí. No hay necesidad de fanfarronear.

Levantó el cuchillo, su filo atrapando la luz. —Esto es sobre confianza.

Mi pulso se aceleró. —¿Sostener un cuchillo contra mi garganta me hará confiar en ti?

Santino dio un paso más cerca. —Te hará darte cuenta de lo profundamente que te poseo.

Me encogí de hombros, con el corazón acelerado. —Hazlo, entonces.

El hambre en sus ojos se intensificó. —¿Estás segura?

—Demuéstrame cuánto me posees.

—Puedes decir que no. No tienes que...

Me incorporé, tirando de él hacia mí y cortándole con un beso. Un movimiento audaz, pero ese era el ritmo al que bailábamos. Su sorpresa se transformó en fervor, y sus manos se movieron a mi cintura, sujetándome como si temiera que pudiera escapar. Una mano se deslizó hacia abajo, agarrando la parte posterior de mi muslo mientras la otra sostenía el cuchillo.

La parte plana de la hoja golpeó suavemente mi pierna, una fría promesa. Mis muslos se abrieron para él. Rompió el beso, una sonrisa maliciosa curvando sus labios mientras pasaba su lengua por mi labio, una provocación que me dejó anhelante. Le dio un lametón juguetón y tiró del escote de mi vestido, sus ojos brillantes. El cuchillo se deslizó bajo la tirante, el filo rozando mi clavícula. Una oscura emoción me recorrió.

Lentamente, cortó el tirante. Se rompió, y mi vestido cayó, exponiendo mis pechos. El aire fresco golpeó mis pezones antes de que su calor lo ahuyentara. Besó mis curvas, lamiendo y mordisqueando. La hoja siguió su ardiente boca.

Descendió, cada beso inflamando mi piel. Cuando llegó a la unión de mis muslos, levantó la mirada.

—Estás temblando.

—Estoy un poco nerviosa —susurré—. Pero aún te deseo.

—Bien. Voy a hacer que lo sientas todo.

Su boca cubrió mi sexo. Su lengua azotó mi hendidura, y una calidez floreció dentro de mí mientras descargas eléctricas me sacudían. Un borde duro se presionó contra mi muslo mientras me arqueaba hacia

él, mis manos enredándose en su pelo mientras luchaba por mantenerme anclada.

Tragué un nudo de nervios. Mi corazón era un pájaro, sus alas golpeando contra mis costillas. Todos mis sentidos se concentraron en el cuchillo mientras lo raspaba de lado a lado, tan ligero que hacía cosquillas. Su boca me hacía sentir tan bien, pero todo lo que veía era la hoja.

Jadeé, mi cuerpo temblando. —Por favor, necesito...

—¿Qué necesitas?

—*A ti*.

Hizo un sonido complacido y volvió a lamer. Calor húmedo se hundió dentro de mí, frenético, empujando. Cada remolino caliente se sentía como un rayo. El cuchillo intensificaba cada sensación, haciendo el placer más intenso.

Presionó más fuerte, mordiendo mi piel lo suficiente para recordarme su presencia. Mis ojos seguían fijándose en la deliciosa visión de Santino entre mis piernas, su rostro enterrado en mí. Succionó mi clítoris, y gemí.

Levantó la cabeza, su atención absorta en mi rostro. Una codicia pura iluminaba su cara.

—*Santino*.

Se rió. —Aún no he terminado contigo.

Con eso, se sumergió más profundamente, su boca trabajándome hasta el frenesí. Grité, mi cuerpo tensándose mientras el deseo se enroscaba dentro de mí como un resorte apretado.

Mis muslos se tensaron, y me quebré, el frío beso del cuchillo siendo lo único que me anclaba a la realidad. Temblé con la fuerza de mi liberación y me derrumbé hacia atrás, jadeando, remolinos de color bailando en mi visión desenfocada.

Santino desabrochó su cinturón, el tintineo metálico cortando a través de mis respiraciones pesadas. Bajó sus pantalones para liberar su dura y palpitante verga.

—Piernas arriba —ordenó.

Mis pantorrillas se deslizaron sobre sus muslos, abriéndome para él mientras acariciaba su miembro. Separó mis pliegues, exponiéndome a su mirada hambrienta.

Lentamente, entró en mí. Inhalé bruscamente mientras me llenaba, centímetro a centímetro, hasta que se asentó con un gemido profundo. El cuchillo volvió a mi cuello.

—¿A quién perteneces? —exigió mientras se movía dentro de mí.

—A ti.

Embistió más fuerte. —¿Quién paga por follar este coño?

—*Tú*.

Sus ojos se clavaron en los míos. —Te poseo. Dilo.

—Tú... tú me posees.

—Maldita sea, claro que sí —gruñó.

Me golpeó más fuerte. El cuchillo permaneció en mi garganta, recordándome su control sobre mí. Cómo un movimiento en falso podría hacer que dejara de sentir lujuria por mí.

—Dilo otra vez, principessa —dijo, su voz espesa de necesidad.

Mi cuerpo se arqueó hacia el suyo. —Tú me posees.

—Buena chica, joder. Eres mía. Siempre.

La parte plana del cuchillo presionó sobre mí, amplificando el placer que corría por mis venas. Cada embestida me acercaba más al borde.

El ritmo de Santino se aceleró, su respiración entrecortada mientras perseguía su liberación. Podía sentir la energía enroscada lista para romperse. La intensidad de su mirada me mantuvo cautiva mientras profundizaba sus embestidas. Se tensó, sus caderas se sacudieron, y una ola caliente inundó mi interior.

Cuando los últimos temblores se apagaron y arrojó el cuchillo a un lado, se derritió en mis brazos y acarició mi rostro, susurrando una disculpa mientras besaba mi frente. Asentí, pero ambos sabíamos que no lo lamentaba.

Nos desenredamos, Santino entregándome un puñado de pañuelos de una caja sobre su escritorio. Era un desastre. El tirante roto del vestido seguía cayéndose por mi hombro, y lo até, inquietándome la suave mirada de Santino.

Santino agarró algo del escritorio. Un aro metálico que tintineó mientras me lo acercaba. Mis dedos se cerraron alrededor del frío metal de las llaves, su peso arrastrándome como un ancla.

—¿Qué es esto? —solté.

—Llaves de mi casa.

Llaves. De su casa.

Esto no formaba parte del plan. Teníamos límites. Esto era un negocio, no... lo que fuera que se estaba convirtiendo. ¿Era esta otra jugada para controlarme? ¿Como el hecho de que "no intentaba" dejarme embarazada?

El pánico atenazó mi corazón. —¿Por qué?

—Para que puedas venir cuando quieras —murmuró, acariciando mi espalda—. Me gustaría eso.

Aclaré mi garganta. —¿Para qué?

—Podríamos pasar el rato.

—Eso lo hacemos todo el tiempo.

—En restaurantes, bares y este lugar —hizo un gesto alrededor de la habitación—. Mi casa sería más privada.

—Tenemos mi apartamento.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. —Quiero despertar en mi cama. Contigo a mi lado.

Mi pecho se tensó. —¿Qué tiene eso de especial?

—Estar contigo en mi espacio. Donde solo estamos nosotros. Sin interrupciones.

—Esto no es lo que acordamos —dije, con voz tensa—. No busco nada más que lo que tenemos. Esto... esto es un gran cambio.

—¿A qué tienes tanto miedo?

Apreté los dientes. —A nada, pero esto suena como si estuviéramos saliendo.

Ladeó la cabeza. —¿Y qué si lo es?

—Nosotros no salimos. Me acuesto contigo por protección y dinero.

—Soy consciente de ello.

Agarré con fuerza el llavero metálico. —¿Entonces por qué me das tus llaves como si estuviéramos en una relación o algo así?

—A veces un hombre quiere follar en su casa. No le des tantas vueltas.

No, no, no.

Yo recogía mi dinero y cada uno seguía su camino. Ese era el trato. Nuestro sexo siempre era distante. Impersonal. Follábamos en escaleras, en su despacho, en su coche. Él también venía a mi casa, pero yo tenía el control sobre cuánto tiempo se quedaba.

Evitaba desafiarlo. Le daba lo que quería. Era lo que me hacía tan adictiva. Era un sueño húmedo hecho realidad. Cada vez que me

arrodillaba, le bajaba la cremallera de los pantalones y metía su enorme polla en mi boca, lo sabía. Había hecho todo lo que me había pedido sin oponer resistencia, pero no podía darle esto.

Las llaves significaban algo. Confianza. Compromiso. No podía soportar eso. No después de todo lo que había pasado. No después de lo que había aprendido sobre los hombres y sus promesas. Cada relación que había tenido con hombres terminaba con ellos usándome o traicionándome. Coger esas llaves era como caminar hacia una trampa. Una vez que abriera esa puerta, no habría vuelta atrás.

Forcé una sonrisa falsa. —Si quieres que vaya a tu casa, solo tienes que llamarme.

—Quiero que tengas las llaves.

Las coloqué sobre el escritorio, tragándome el nudo que tenía en la garganta. —Agradecería que mantuviéramos nuestro acuerdo actual. Sea lo que sea esto, no me interesa. Espero que esté bien.

A juzgar por cómo ardían sus ojos, no lo estaba.

Chasqueé la lengua, enrollando su corbata alrededor de mi mano. Tiré, y él se acercó. Mis labios tocaron los suyos, y la tensión se derritió de sus músculos. Mientras mi lengua se deslizaba en su boca, metí la mano en el bolsillo de su chaqueta y saqué su cartera. Me agarró la muñeca y se apartó.

—¿Intentando arruinarme?

Me encogí de hombros. —Una mujer tiene necesidades.

Suspiró, soltándome. —¿Cuánto?

Saqué todo el fajo de billetes y lo metí en mi bolso. La osadía del gesto no pareció desconcertar a Santino. Nunca lo hacía.

Alzó una ceja. —Eso son cinco mil dólares. ¿Para qué necesitas tanto dinero?

—¿Otro bolso Birkin?

Necesitaba cada dólar para financiar Retro Rose Boutique. Lo usaría para el alquiler del primer mes y para comprar el inventario que tenía en mente. Me dirigí hacia la puerta, pero su mano salió disparada, agarrándome del brazo, y me arrastró hacia atrás. Mientras chocaba contra su cuerpo, su brazo me inmovilizó contra su pecho mientras su otra mano se deslizaba por mi pelo y cerraba el puño, echándome la cabeza hacia atrás.

—Cogerás las llaves y me lo agradecerás.

Esa voz oscura no admitía discusión.

—Pero...

—Yo pongo las reglas. —La mano en mi cintura bajó demasiado—. Necesitas que te recuerde cómo ser una buena chica. ¿Debería ponerte sobre mis rodillas y azotarte el coño?

Mis rodillas se convirtieron en gelatina. —No, no necesito que hagas eso.

—¿Segura? —gruñó—. Estaría más que encantado.

—Conozco las reglas. Aun así, no voy a agradecerte lo que no he pedido.

Aflojó su agarre. —No le doy mis llaves a cualquiera.

Me enderecé. —Dáselas a alguien a quien le importe, entonces.

—Quizás jodidamente lo haga.

Casi me estremecí. —Es simple. Si quieres que vaya, envíame un mensaje. Nuestro acuerdo es para sexo. Eso es todo lo que es y todo lo que será. Me estoy ganando mi dinero. Nada más. No me tengas lástima. No seas blando conmigo.

Me atravesó con la mirada. —Créeme, no lo soy.

—Bien —respondí.

Santino gruñó algo en italiano. Se dejó caer en la silla detrás del escritorio y abrió su teléfono. Levantó la vista para fulminarme con la mirada. *Menudo* ego.

No tenía problema en correrse dentro de mí, pero si me quedaba embarazada, ¿estaría sola? La broma de Santino sobre casarse conmigo me había irritado. Las llaves no eran una oferta para mejorar nuestra relación. Eran para mantenerme cerca. Quería que le mullera la almohada por la noche y le chupara la polla por la mañana.

Los hombres eran mentirosos. Prometían cosas y no cumplían. Engañaban. Fingían que les importabas, solo para dejarte al día siguiente. Desaparecían.

Santino me mimaba hasta el hartazgo, pero rara vez me enviaba mensajes a menos que fuera para concertar una cita. No era malvado como mi ex, pero me utilizaría mientras yo se lo permitiera. Igual que todos los demás.

El amor no existía. El amor era para incautas como mi madrastra, que había suspirado por mi padre infiel, otro hombre que me había decepcionado toda mi vida. Él fue la razón por la que acepté la propuesta de Dimitri y huí de Providence a Boston para buscar refugio, por retorcido que fuera, en los brazos de Santino.

Salí por la puerta con paso firme.

Santino no dijo nada, dejándome marchar con un bolso lleno de su dinero.

ONCE

DELILAH

Vitale me escoltó afuera. El aire estaba cargado con la promesa de lluvia, y nubes oscuras se arremolinaban sobre la ciudad. El viento azotaba mi cabello alrededor de mi cara, y me ajusté el abrigo contra el repentino frío. Al salir, los sonidos amortiguados del ring de combate se desvanecieron detrás de nosotros, reemplazados por el distante retumbo de truenos.

La calle estaba desierta, la multitud habitual se había dispersado ahora que el evento principal había terminado. Mantuve la cabeza gacha, tratando de procesar todo lo que había ocurrido dentro, cuando pasé junto a una figura desplomada contra la pared. Mi estómago se encogió cuando reconocí al hombre que me había tirado los tejos.

Le habían dado una paliza brutal. La sangre le apelmazaba el pelo, tenía los ojos hinchados y cerrados. Su ropa estaba rasgada y su cabeza caía hacia un lado. Una punzada me retorció las entrañas. Esto era culpa mía.

Comencé a acercarme a él, pero la mano de Vitale se cerró sobre mi brazo.

—No lo haga —me advirtió.

—Está herido. No puedo dejarlo así.

El agarre de Vitale se tensó. —Sí puede.

Señalé al hombre. —¡Mírale! ¡Ni siquiera puede caminar!

—Si le ayuda, solo empeorará las cosas para él y para usted.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Solo conseguirá que lo maten. Y si Santino la ve ayudando a ese tipo, lo tomará como una traición. No puede permitirse eso.

Liberé mi brazo. —Esto es una locura.

Dudé, mirando al Tipo Borracho. Su respiración era superficial, y parecía que estaba a punto de desmayarse. Otra oleada de culpa me golpeó. Esto era lo que el mundo de Santino le hacía a la gente. Me había apuntado a esta vida para sobrevivir, pero eso significaba mirar hacia otro lado.

La puerta del ring se abrió de golpe, y Santino salió furioso. Se acercó a grandes zancadas, con la mandíbula apretada mientras su mirada se dirigía al hombre en el suelo.

—¿Qué ha hecho ahora? —exigió saber.

—Nada. Estaba intentando ver si podía ayudarle.

Santino miró a Vitale, quien asintió. —¿Así que crees que puedes jugar a ser la buena samaritana?

Tragué saliva con dificultad, la garganta seca. —Está herido.

—No es tu problema, principessa.

—Santino, estás siendo un imbécil.

Se acercó hasta cernirse sobre mí, haciendo un gesto a Vitale para que se apartara. —Vete. Yo la llevaré a casa.

Vitale dio media vuelta y desapareció dentro del edificio.

Mi corazón martilleaba. El viento arreció, y las primeras gotas de lluvia salpicaron el pavimento.

—Cruzó una línea —dijo Santino con suavidad—. Te faltó al respeto, y hay consecuencias por eso. Pero tú no eres quien tiene que ocuparse de ello.

El Tipo Borracho se había derrumbado en el suelo. Santino siguió mi mirada, suavizándose. Extendió la mano, tomando suavemente la mía. La lluvia golpeaba mi cabeza. Santino se quitó la chaqueta y la colocó sobre mis hombros. Una calidez se arremolinó en mi estómago mientras su aroma me envolvía. Me sentía acalorada y confundida.

Me empujó suavemente hacia su coche.

Me quité la chaqueta y se la devolví a Santino. La lluvia caía con más fuerza, empapando mi ropa, pero no me importaba. —No voy contigo.

—¿Por qué?

—Esto no está bien. No puedes simplemente... hacerle esto a la gente.

Su ceño se profundizó. —Así es como funciona mi mundo.

—Pues en el mío no. No puedes decidir quién recibe una paliza basándote en algún retorcido sentido de propiedad.

—Así son las cosas.

Mi mente recordó las llaves que me había dado antes, la forma en que había asumido que yo me sometería como si fuera mi única opción.

—No necesito que me protejas así. No puedes seguir tratándome como si fuera una posesión.

La mandíbula de Santino se tensó. —No te veo como una posesión. Te veo como mía.

—Es lo mismo.

La lluvia pegó el pelo a mi cara. Santino permanecía allí, su camisa volviéndose translúcida por el aguacero.

Esto se suponía que sería simple. Dinero, protección, sexo, nada más. Pero la mirada en sus ojos era cualquier cosa menos transaccional. Era posesiva, y eso me aterrorizaba. Ya había tomado control de mi cuerpo. ¿Qué pasaría si le permitía tomar mi corazón?

Apreté los dientes. —Acordamos liarnos durante unos meses, no en lo que esto se está convirtiendo.

—¿Y qué es eso? —preguntó, dando un paso adelante.

Me quedé en silencio. Había construido muros por una razón. Una bonita relación transaccional. Sin emociones complicadas. Sin ataduras. Sin promesas que pudieran romperse.

—Dímelo. ¿Qué. Es. Esto?

Mi mirada sobresaltada chocó con la suya. —Amigos con derecho a roce.

Se rio. —No soy tu *amigo*.

—Eres mi jefe.

—Tampoco soy eso, cariño. Inténtalo de nuevo.

Se acercó hasta que quedé acorralada contra el coche.

—Eres... un amante.

La risa de Santino fue baja, casi peligrosa, mientras se inclinaba más cerca, su cuerpo protegiéndome de la lluvia. —¿Eso es lo que soy? ¿Solo una aventura casual?

—Eso es lo que se supone que debe ser.

—Pero no lo es.

Abrí la boca para protestar, para negarlo, pero las palabras no salieron. Lo sentía, la atracción entre nosotros, incluso cuando debería haber huido en dirección contraria. Tenía razón, y ambos lo sabíamos. Esto iba más allá del sexo. Siempre había sido absorbente. No podía querer más. Ese era el trato que había hecho conmigo misma. Dejar entrar a Santino era más de lo que podía manejar. ¿Y si me destruía?

Mi irritación aumentó. —No sé qué te ha pasado últimamente, pero necesitas dar un paso atrás.

Su mirada negra me atravesó.

Todo lo que podía hacer era mantenerme firme, pero a juzgar por su completa falta de interés en ceder, no había vuelta atrás. No había escapatoria de la oscuridad que se enroscaba a mi alrededor.

Santino abrió la puerta del coche. —Entra.

Lo miré fijamente, con el corazón acelerado.

—Ahora —espetó.

DOCE

DELILAH

Cuando llegué a casa, me desnudé hasta quedarme en ropa interior y cogí un albornoz del armario. Luego me senté en el suelo de la cocina de baldosas blancas y negras y bebí Sambuca negro.

Había terminado la mitad de la botella y todavía no podía sacarme a Santino de la cabeza. Sus manos ásperas atormentaban cada pensamiento ebrio, tirando de algo imprudente dentro de mí.

The Shangri-Las sonaba en mi tocadiscos de vinilo, la misma canción en bucle. "I Can Never Go Home Anymore." Ese era el himno de mi vida. La ponía a todo volumen cuando mi padre me empujó a un compromiso con Dimitri, y resonaba en mi cabeza la noche que huí de Providence.

Me ajusté el albornoz mientras me apoyaba contra los armarios. Mis pensamientos se centraban en las llaves, una oferta que parecía una trampa. Mientras hacía girar el líquido oscuro en mi vaso, el aroma herbal se mezclaba con la desesperación que me carcomía el estómago. Las llaves yacían sobre la mesa, destrozando la ilusión de que esto era solo un negocio.

¿Por qué me las había dado?

Mi corazón se aceleró. Quería tener un control más firme sobre mí. Quizás debería ceder. Más tiempo con Santino significaba más dinero, no tener que pagar por nada y satisfacer mis necesidades

físicas. Sin mencionar poder pasar el rato en su increíble ático cuando quisiera. Tener acceso a sus cosas. Pero si seguía apareciendo en su casa, pensaría que éramos más que un acuerdo temporal. Ya lo pensaba.

Me sentía dividida entre huir de él y desear ceder. Cogí mi teléfono y lo desbloqueé, desplazándome por la lista de contactos. Me detuve sobre el nombre *Luca*. Mi corazón latía con fuerza.

Mi pulgar resbaló, pulsando el botón de llamada.

Sonó una vez, y él contestó.

Lentamente, me llevé el teléfono a la oreja. Nada me saludó excepto el crepitar de la estática. Me humedecí los labios, intentando no exhalar.

—No deberías estar llamándome.

La voz suave de mi amigo se filtró por el altavoz.

—Lo sé.

Luca suspiró. —¿Estás bien?

—Estoy viva. ¿Cómo van las cosas por tu lado?

—Todo el mundo te está buscando. Dimitri tiene gente buscándote hasta en Seattle. Dondequiera que estés, quédate ahí.

—Quedarme quieta no es una opción —murmuré, haciendo girar mi vaso—. El hombre con el que estoy está loco. Él quiere... bueno, no estoy segura de qué.

—¿Estás con otro tío? ¿Quién?

Me mordí el labio. —Santino Costa.

—Él está en Boston, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

Luca guardó silencio por un momento. —¿Cómo es?

—Es agradable... da miedo a veces, pero tiene debilidad por su madre. Le gustan las artes marciales mixtas. Le encanta llevarme a sitios y comprarme cosas.

Luca hizo un sonido neutral. —¿Has conocido a su familia?

—No tenemos ese tipo de relación. Soy su *comare*.

—¿No es eso una novia?

—No, significa amante.

—Eso no supone ninguna diferencia para él. Si estás en su vida, eres suya. Punto.

—Ya veo.

—Necesitas tener cuidado, Delilah. Santino Costa no es alguien que debas tomar a la ligera. Tipos como él están en el negocio del poder, no de la caridad.

Mi sangre se congeló. —Creo que quiere más. Me dio llaves de su casa.

—Eso es bueno.

—¡No! Estoy entrando en pánico, Luca. Es mucho más intenso de lo que pensaba. Tendrías que haber visto lo que le hizo a un tipo borracho cualquiera que me tiró los tejos. Le dio una paliza brutal. Fue una locura.

—Eso tiene sentido.

—Además, sigue sin usar protección. ¿Por qué hace eso?

—O es un completo idiota, o está intentando atraparte.

Tragué saliva. —¿Qué se supone que debo hacer?

Se rio. —No te lo folles sin condón.

Escuchar a Luca hacerse eco de mis miedos hizo que una enorme piedra se hundiera en mi estómago. Santino desestimó mis preocupaciones cuando las mencioné, pero Luca tenía razón.

Santino sabía lo que estaba haciendo. Había perdido la cuenta de cuántas veces tuvimos sexo sin protección. Cada vez que aceptaba usar protección, parecía que me seguía la corriente. Nunca me había gustado cómo me hacía sentir la anticoncepción hormonal, pero necesitaba examinar las opciones y programar una cita. Entre Santino y la planificación de la boutique, no había tenido tiempo.

—Lo resolveré —susurré—. Gracias por hablar conmigo.

—Cuídate, Delilah. No bajes la guardia ni por un segundo.

La línea se cortó.

Dejé caer el teléfono junto a la botella de Sambuca, la pantalla oscureciéndose. Ya no podía negar la verdad. Santino estaba intentando atraparme. Tenía que protegerme. Esta era mi vida. Eso significaba desligarme de él, sin importar cuánto me doliera.

TRECE

SANTINO

Mi soldado bloqueaba la única salida.

Una precaución innecesaria, ya que el hombre a mis pies no podía caminar. Ivan se retorcía en el suelo de hormigón, gimiendo, sus vaqueros empapados de orina y sangre. El carmesí manchaba el bate de béisbol de aluminio con el que le había partido las piernas. Sus brazos. Sus gritos resonaban en el almacén. Tan fuertes. Debería haberlo amordazado.

Ivan intentó incorporarse pero resbaló en su propia sangre. Las súplicas brotaban de su labio partido. *Para. No hagas esto. Lo siento.* Se había disculpado cien veces, se había arrastrado sobre sus manos, rogado.

Había pasado una hora haciendo un ejemplo con él, y mi cerebro todavía se sentía como si estuviera en llamas. No dejaba de ver lo que le había hecho a ella.

Tiré el bate a un lado.

Uno de mis soldados lo recogió.

Entonces me acerqué a Ivan y lo agarré del pelo. Lo obligué a ponerse de rodillas y presioné el cañón del arma contra su frente, sintiendo su piel estremecerse bajo el metal.

Hice un gesto hacia Vitale, quien me entregó mi teléfono. Lo abrí en la grabación de vigilancia. —Un civil te grabó atacando a mi novia. Justo fuera de su negocio, hace dos días.

Ivan temblaba y sus ojos se desviaron.

Puto cobarde. —La golpeaste, así que pensé en devolverte el favor.

—No pretendía faltarle al respeto.

—Atacaste a mi novia.

—Lo siento. No sabía que era algo suyo —la voz de Ivan se quebró, y el hedor del miedo era tan penetrante como el de la orina—. Todo el mundo decía que era su puta.

Esa palabra me atravesó como un relámpago.

Le golpeé la cara con la pistola.

La sangre brotó sobre la cuenca del ojo de Ivan mientras rodaba sobre su espalda. Le di una patada, estrellando mis zapatos de cuero contra su caja torácica. Agarré su pelo y volví a poner la pistola contra su cráneo.

—¡Lo juro, todo lo que hicimos fue hablar! —gritó, con lágrimas mezclándose con sangre—. Dimitri nos ha estado presionando para encontrarla. Nos dijo que buscáramos en Boston.

Ya sabía de la búsqueda frenética de su ex. Era difícil no notarlo, la forma en que Dimitri escarbaba en los bajos fondos de la ciudad para localizar a la mujer que se le había escurrido entre los dedos.

Me incliné más cerca, susurrando. —Bueno, ahora lo sabes. Y vas a enviarle un mensaje a Dimitri de mi parte. Si siquiera piensa en acercarse a ella, destruiré a su familia. Sus hermanas. Sus hermanos. Sus maridos y esposas. Cada uno de vosotros, cabrones rusos.

Ivan asintió frenéticamente. —Lo haré, lo prometo. Por favor, déjeme ir.

—Otra pregunta, y te dejaré libre.

—Claro —balbuceó—. Lo que sea.

Sonreí. —¿Sabe que está conmigo?

La respiración de Ivan se entrecortó. —No.

Qué pena. —¿Estás seguro?

—Él no lo sabe. Lo juro por Cristo.

Levanté el arma, apuntándole.

Ivan se incorporó, haciendo una mueca. —Eh, espera, espera, *espera*. ¡Haré lo que me pediste! ¿Q-qué pasa con el mensa...?

Le disparé en el pecho.

Una, dos, tres, cuatro-las detonaciones ni siquiera me hicieron parpadear. Vacié todo el cargador, e Ivan cayó al suelo sucio con un suspiro gorgoteante. La sangre se filtraba a su alrededor. Me quedé sobre él, tentado de acompañar a mis soldados cuando tiraran su cuerpo en Providence. Lo arrastraron sobre una lona de plástico.

Necesitaba tomar aire.

Salí fuera, con la cabeza palpitando. ¿Por qué demonios no me dijo que un hombre la había agredido a plena luz del día? La metió a la fuerza en su coche. Podría haberla matado.

Mi garganta se tensó. Nunca más la dejaría fuera de mi vista.

Un muscle car entró en el aparcamiento. El Dodge de mi hermano. Kill salió del coche y caminó hacia mí.

—Tu *comare* está a salvo.

—¿Seguro?

—Sí. Está bien. Christian la está vigilando.

Asentí. —Bien.

Frunció el ceño. —Sonny, ¿por qué pasar por todo esto por una Romanov?

—Porque es mía.

Su boca se crispó y apareció un hoyuelo. —¿Tú eres su dueño? ¿O es al revés?

—Vete a la mierda.

Kill sonrió, cruzando los brazos. —¿Cuánto dinero le has dado?

Lo miré con furia. —No es asunto tuyo.

Inclinó la cabeza. —¿Cincuenta mil?

Ojalá.

—Mmm —murmuró, con un tono cada vez más divertido—. ¿Más de cincuenta?

—Ochenta.

Su pecho se sacudió con una risa grave. —Estoy impresionado. Normalmente eres tú el que estafa.

—Cállate. No soy un idiota enamorado.

Levantó las manos. —Solo te estoy tomando un poco el pelo.

No podía culparlo.

Esta mujer me dejaba seco. Mi cuenta bancaria podía soportarlo, pero no mi orgullo. Gastaba dinero como alguien desesperado por deshacerse de él. Era una cazafortunas de principio a fin.

—Dejo que piense que me está estafando. Es parte de un plan mayor.

Kill se apoyó contra su coche, sonriendo con suficiencia. —Hasta donde yo sé, no mantienes peones en tu cama.

Me encogí de hombros y me di la vuelta, mirando hacia el cielo que oscurecía. Los últimos vestigios del atardecer habían desaparecido bajo el horizonte. Esta obsesión con Delilah era problemática. Salir llevaba a sentimientos, y los sentimientos llevaban al amor.

¿Y el amor?

Bueno, hacía que la gente hiciera estupideces.

Mi viejo, un jugador degenerado y un borracho, me enseñó esa lección desde temprano. Crecimos en la pobreza porque no podía alejar sus manos de las cartas. Llegaba tambaleándose a casa después de perderlo todo en el hipódromo, apestando a alcohol y listo para empezar una pelea. Lo odiaba. Todos lo odiábamos excepto Julia, la pequeña de la familia, y mamá. Ella se aferraba a él como a un salvavidas, creyendo que cambiaría. Nunca lo hizo. Su lealtad solo nos trajo miseria.

El amor la había encadenado a un hombre que la lastimaba repetidamente. Juré que nunca caería en esa trampa. Así que perseguía aventuras rápidas y rollos de una noche, chicas que no significaban nada para mí. Delilah debía ser una distracción.

Dos meses después, seguía enganchado.

Esta chica era diferente. *Se sentía diferente*. Follarla no era suficiente desahogo. Con ella, actuaba como un drogadicto buscando a su camello para conseguir una dosis. Necesitaba más, pero cuanto más intentaba acercarme, más se alejaba bailando fuera de mi alcance. Eso hacía que la deseara aún más.

Delilah *solo* quería mi dinero.

Me estaba convirtiendo en el tipo de hombre del que me aprovechaba. Esos hombres tristes y delusivos que hacen cola en los clubs de striptease, lanzando dinero a mujeres que nunca corresponderán sus sentimientos. Creía que era mejor que ellos. Que eso nunca podría pasarme a mí.

Menuda gilipollez.

Delilah había "tomado prestada" una cantidad obscena de dinero, y yo seguía dándole más. Había perdido la cabeza. Por más cosas que hiciera, nada me impedía imaginar cosas que no tenía derecho a imaginar.

No tenía ni idea de dónde venía esta obsesión o por qué había escogido a Delilah Romanov, pero era real. Como una bestia viviendo bajo mi piel, royendo mi caja torácica, inflamando mi cerebro con celos. Tenía que ser mía. Me consumía y ocupaba mis pensamientos, cada momento despierto lleno de su imagen, su voz, su sabor.

Le había dado mis llaves. Me las había devuelto como si le hubiera ofrecido calderilla. Pensaba que habíamos superado esta mierda transaccional. No le faltaba de nada. Le había dado más que suficiente para asegurarme de que no tuviera que preocuparse. Quizás ese era el problema. En su mente, esto seguía siendo un acuerdo. Sin ataduras.

Yo *necesitaba* más.

Le había dado todo, y ella lo había cogido todo. Dinero, protección, un estilo de vida lujoso. ¿Pero las llaves? Demasiado para ella. Devolvérmelas demostraba que no estaba preparada.

Quizás no quería nada más profundo.

No. No podía aceptar eso.

Kill arqueó una ceja, aún escéptico. —Cuanto más cerca la mantengas, más atención atraes. Los Romanov no la dejarán ir.

—Nunca me la arrebatarán.

Su mirada se desvió hacia la puerta detrás de mí. —¿Y qué pasa con su ex? ¿Y si él la encuentra primero?

—No lo hará. Le estoy siguiendo la pista.

Vendría a por ella. ¿Quién no lo haría?

Y cuando lo hiciera, yo lo mataría.

CATORCE

DELILAH

Hombres.

Justo cuando más los necesitas, desaparecen. Llevaba días sin saber de Santino. Esperaba que se aburriera eventualmente, pero con Ivan acosándome a plena luz del día, insinuando que Dimitri se estaba acercando, era un mal momento. Necesitaba estar cerca de Santino cuando mi ex me encontrara.

Y me encontraría, sin duda.

Todavía no le había contado a Santino lo de Ivan, aunque debería haberlo hecho. Santino tenía esa forma de hacer que todo pareciera... manejable. Se estaba convirtiendo en lo único estable en todo este caos. Pero, ¿eso lo hacía menos peligroso? Quizás no para mi cuerpo, pero definitivamente para mi corazón.

Santino no era Dimitri. No me controlaba, no me pegaba, no me trataba como basura. Me escuchaba y me hacía sentir segura. Pero, ¿y si esa seguridad era solo el cebo?

Las llaves seguían dándome vueltas en la cabeza. Era obvio que quería algo más. Una parte estúpida de mí no odiaba la idea. Pero los tíos como él nunca daban sin esperar algo a cambio. Las llaves eran solo otra forma de poseerme. No podía permitir que eso volviera a suceder.

Actuaba como si no le importara dejarme embarazada. ¿En qué mundo era eso normal? Si me quedaba embarazada, llevaría esta obsesión a otro nivel. Por suerte, me había hecho una prueba y dio negativo. Eso no descartaba completamente un embarazo, pero había contactado con mi médica para que me enviara urgentemente píldoras anticonceptivas. La incertidumbre me corroía. Caminaba de un lado a otro del salón, pasando una y otra vez junto a las cajas de inventario empaquetadas. Mi orgullo flaqueó y me senté en el sofá para enviarle un mensaje.

¿Cuándo nos vamos a ver otra vez?

Su respuesta llegó un minuto después.

SANTINO

Me dijiste que me alejara.

Si quieres verme, pídelo.

Fruncí los labios.

Genial. Probablemente seguía enfadado por lo del otro día. Tal vez estaba ocupado. Después de todo, dirigía la mitad del submundo de Boston. O quizás estaba con otra persona. Eso me reconcomía.

Me obligué a levantarme de nuevo, con las rodillas temblorosas. Necesitaba pensar. Tenía que mantener la calma y decidir mi próximo movimiento. Respiré hondo, intentando calmar el torbellino de emociones que sentía dentro.

Sonó el teléfono.

Contesté con una sonrisa. —Hola, Santino.

—¿Santino? —gruñó la voz de mi ex desde el altavoz.

Mis dedos se crisparon alrededor del teléfono. —¿Cómo has conseguido este número?

—¿Quién coño es Santino? —siseó Dimitri.

—Es un buen amigo.

No podía oír nada, ni siquiera su respiración, pero estaba allí. Hirviendo de rabia. Conectando los puntos. El silencio solía ser su arma favorita. A veces volvía a casa con los puños apretados, su mirada de acero escudriñándome. Podíamos pasar toda una cena en silencio antes de que yo le suplicara que me dijera qué había hecho mal.

Dimitri soltó una risa baja. —Me estás provocando.

—No. Es la verdad.

—¿Dónde has estado, Delilah?

Tragué la bilis que sentía en la garganta. —No te debo la respuesta a esa pregunta.

—Me dejaste plantado en nuestra boda.

—Sí, supongo que tienes razón. Eso merece una explicación. —Solté un suspiro—. ¿Cuánto tiempo tardaste en darte cuenta de que me había ido?

Volvió a reírse. —Tendré que ver si eres igual de graciosa en persona.

La cabeza me palpitaba. —¿Dónde estás?

—Aquí.

—¿Qué significa *aquí*?

—Estoy cerca. Eso es todo lo que necesitas saber. —El tono aceitoso de Dimitri sugería impaciencia, no rabia—. Es bueno oír tu voz.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Chasqueó la lengua. —Eso no es algo agradable para decirle a un prometido que no has visto en dos meses. Deberías estar más

agradecida conmigo. No hay muchos hombres que aguantarían lo tuyo.

—Pobrecito —me burlé—. ¿Cuántos ojos morados tuviste *tú* que cubrir con maquillaje?

Hizo una pausa al otro lado de la línea. Podía imaginármelo, con la mandíbula apretada, esa vena loca de su cuello palpitando. —Siempre has tenido una lengua afilada. Tendré que recordarte lo que pasa cuando la usas.

—Nunca volverás a verme.

—Yo no estaría tan seguro de eso, *kotyonok*. Quizás estoy esperando ahora mismo fuera de tu puerta. O quizás te estoy dando la oportunidad de entrar en razón. De ser la buena chica que sé que puedes ser. —Un tono erótico entró en su voz, inundándome de náuseas—. Ven a mí ahora y seré indulgente contigo. Te dejaré elegir tu castigo.

—Vete al infierno.

—Mmm. Estoy en el Hilton de Back Bay por si cambias de opinión.

Está en Boston.

Mi columna se puso rígida. —Aléjate de mí.

Se rio entre dientes. —Todavía me tienes miedo, ¿eh?

Aquella burla me hirió. Nuestro compromiso solo había durado unas semanas, pero él me había controlado desde el día en que mi padre nos presentó. Meses antes de que lo nuestro se hiciera oficial. Mi padre no me había advertido lo más mínimo sobre Dimitri. Me había arrojado a un lobo sin dudarlo un segundo.

—He terminado contigo, Dimitri.

—Ambos sabemos que no puedes huir para siempre.

—Moriré antes que volver contigo.

Una larga pausa. Luego se rio. —Siempre has sido dramática. Te encanta la emoción de la persecución. Por eso te fuiste, para ver si te seguiría.

Mi pulso se aceleró. —Me fui porque eres un monstruo.

—Puede que lo sea, pero aún te poseo...

Terminé la llamada, lanzando el teléfono sobre la cama como si me quemara la mano. Estaba demasiado cerca. Podía sentirlo. Si me quedaba, me encontraría.

Tenía que irme.

Cogí una bolsa mientras mi mente daba vueltas. Metí mis polos Fred Perry, faldas y vestidos que, según Dimitri, tenían un escote demasiado pronunciado. Empaqué cuidadosamente las piezas vintage más valiosas y documentos esenciales. Cada objeto guardado era un pedazo del futuro que estaba decidida a salvar. Me dolía dejar atrás mis vinilos, pero no podía meter todo en la bolsa.

Luego tomé un taxi hasta un hotel donde Santino tenía una reserva permanente. Asalté el minibar en cuanto me registré. Santino lo notaría en la factura, pero no me importaba. Necesitaba calmarme. Una vez que el dolor de cabeza que palpitaba en mis sienes desapareció, marqué el número de Santino.

Respondió al segundo tono.

—Hola.

Su voz ahumada acarició mis oídos, calmándome al instante.

—¿Dónde estás?

—En un evento ahora mismo —dijo, mientras el ruido de fondo disminuía—. Una aburrida cosa de trabajo.

—Oh, ya veo.

La estática crepitó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Me mordí el labio.

—¿Por qué tiene que ocurrir algo?

—Lo noto en tu voz.

Mi corazón latía con fuerza mientras las palabras de Dimitri se repetían en mi cabeza. *¿Todavía me tienes miedo, eh?* El cabrón era tan arrogante. Como si aterrorizar a las mujeres le hiciera un hombre importante. No quería correr hacia Santino. Quería enfrentarme a Dimitri por mí misma.

Y sabía exactamente qué hacer.

Suspirando, organicé cuidadosamente mis pensamientos.

—No me gusta cómo dejamos las cosas en el ring. Quiero verte.

Santino hizo una pausa.

—Puedo estar allí en veinte minutos.

El alivio me golpeó con fuerza. Santino no era del tipo que me dejaba colgada. Se presentaría, y solo saber eso hacía que mi pecho se sintiera más ligero.

—Estoy en el hotel ahora mismo. Necesitaba un cambio de escenario.

—Te veré allí y te llevaré al evento.

—¿Adónde voy?

—Una gala benéfica para la Iniciativa Boston Hope. Es en un museo en el muelle. Vístete y reúnete conmigo abajo.

—De acuerdo.

Santino no dijo nada durante un rato.

—Y si alguien te está molestando, dímelo. Necesito saberlo.

Era fácil caer rendida ante los gestos de Santino: la forma en que me protegía, me cuidaba, me hacía sentir deseada. Era embriagador. Pero, ¿no era así como siempre empezaba? Unas cuantas promesas susurradas y, de repente, volvía a estar en una jaula. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que el hombre en quien confiaba se convirtiera en otro monstruo?

Quería confiar en Santino, pero cuanto más lo creía, más insistía esa voz en mi cabeza que me estaba preparando para una decepción.

Enrollé un mechón de pelo alrededor de mi dedo.

—Estoy bien.

Suspiró.

—Nos vemos pronto.

La culpa me carcomía mientras colgaba.

Pero entonces seguía repitiendo las palabras de ese imbécil engreído. Dimitri estaba tan seguro de que volvería corriendo a él. De que no había seguido adelante con otro hombre. Podría habérselo dicho, pero la venganza definitiva sería mostrárselo.

Envié un mensaje al número desde el que Dimitri me había llamado.

No iré a ti, pero estoy dispuesta a reunirme.

DESCONOCIDO

¿Dónde?

Le reenvié la dirección del museo.

Sobreviviría. Encontraría la manera de vivir mi vida libre de la sombra de Dimitri. Sin importar lo que costara, nunca más le permitiría controlarme.

QUINCE

DELILAH

Había puesto el cebo para Dimitri.

Con suerte, caería en mi trampa.

Tenía demasiados monstruos persiguiéndome. Era hora de eliminarlos, empezando por mi ex. Era arriesgado, pero era la única manera de enfrentarme a ese cabrón. Y quería restregarle a Santino en la cara.

Estaba junto a él en el museo tenuemente iluminado. Me había vestido para matar: un vestido vintage carmesí de mi colección privada, tacones de infarto, el pelo recogido, y las joyas que Santino me había regalado brillaban en mis orejas y muñecas. No me había soltado desde que entramos al evento.

—Vas a provocarle un infarto a cada anciano que te mire. Siempre buscando formas de complicarme la vida, ¿verdad?

El calor de su mirada me calentó la piel. —Solo porque lo pones tan fácil.

—No creas que no he notado cuánto disfrutas vistiendo las cosas que te compro —su voz burlona se transformó en algo más oscuro —. Te encanta que no pueda apartar los ojos de ti.

¿A quién no le encantaría eso?

Me encogí de hombros. —Sí. Es agradable.

Su mano se tensó alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca.

Mi pulso se aceleró. Provocarle era divertido, pero era más difícil ocultar la verdad cuando me miraba así.

—Actúas como si fuera una especie de trofeo.

—Lo eres —su mano se aflojó, su pulgar trazando un círculo lento en mi espalda—. Y me gusta cómo me desafías.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Desafiarte?

—No me das lo que quiero. Me haces trabajar para conseguirlo.

Tragué con dificultad. —¿Qué puedo decir? No soy un premio fácil.

—Sí, eso lo descubrí rápido.

—Le estás dando demasiadas vueltas. Tú me das lo que necesito, y yo te doy lo que quieres. Eso es todo.

El agarre de Santino se tensó lo suficiente para que sintiera el calor de su frustración, pero su voz seguía tan suave como siempre. —Mira, sé que estás conmigo por el dinero. No me molesta. No tengo ilusiones sobre lo que es esto, pero necesito más.

Se me cerró la garganta. Dios, quería decir que sí. Que sentía todo lo que él sentía, pero no podía. Ya había pasado por esto antes, confiando en un hombre, pensando que sería diferente. Siempre terminaba igual: decepción.

—Santino, nunca he estado con nadie como lo he estado contigo —mi voz tembló, pero seguí adelante—. Esto es lo más cerca que he estado de una relación, y te admiro. La forma en que tomas el control y me proteges. Nunca he tenido a nadie así en mi vida.

Sus ojos brillaron con algo... ¿esperanza?

Un camarero se acercó con una bandeja de bebidas.

Tomé una copa de líquido dorado burbujeante. —Gracias.

El camarero sonrió. —Por supuesto. Avísame si hay algo más que pueda hacer por ti.

Santino lo fulminó con la mirada hasta que se alejó. —Todo el mundo está demasiado amistoso esta noche.

Me recosté contra él. —No estés celoso.

—¿Cómo podría estarlo cuando llevas todos mis regalos?

Su mano se elevó para recorrer el collar que me había dado en nuestro tercer encuentro. Sus labios rozaron la unión de mi cuello y hombro, despertando calor en mi inquieto corazón. Cada caricia me arrastraba a un mar de sentimientos en el que no estaba lista para ahogarme. Mis ojos se cerraron a medida que otro beso tocaba mi mejilla. La calidez se derramó por mi cuerpo mientras me abrazaba. Su abrazo se estrechó mientras permanecíamos entre los suaves tintineos de copas y el murmullo bajo de la conversación.

—Estás distraída. ¿Hay algo que no me estás contando?

Forcé una sonrisa. —Solo estoy disfrutando de la velada.

—Delilah, sé cuando algo te pasa. Háblame.

—No hay nada que decir.

Suspiró. —¿Por qué te escondes de mí?

—No soy tu posesión, Santino. No te debo cada pensamiento que pasa por mi mente.

Enganchó un dedo alrededor de la cadena de platino en mi cuello. —Dice la mujer que lleva puesto todo lo que le he comprado.

—Los regalos no me compran. Solo mi obediencia.

—Al menos deberían ganarme honestidad.

Me recosté en su cuerpo. —Quizás me gusta mantener el misterio.

—¿Así es como llamamos ahora a los secretos?

Me giré entre sus brazos, quedando frente a él. —Mantiene la emoción entre nosotros.

Me estudió por un momento, su toque persistiendo mientras trazaba los pendientes de diamantes. —No cuando siento que te estás escapando de mis manos.

—No voy a irme a ninguna parte.

Resopló. —Te asustaste cuando te di las llaves.

¿Podía notar cuánto me alteraba por dentro? Cuando usaba ese tono posesivo, una chispa encendía todos esos sentimientos locos que tanto me esforzaba por ocultar. ¿Cuánto tiempo más podría fingir que solo me importaba el dinero cuando cada segundo con él me arrastraba más profundamente a algo que me aterrorizaba?

Aparté la mirada. —Todavía estoy escapando de mi ex. No estoy cambiando un amo por otro.

—¿Amo, eh? ¿Eso te convierte en mi esclava?

Le di un golpe en el pecho. —Para ya.

—Oye, solo intento entender las reglas. Que yo sepa, los esclavos no negocian condiciones.

—No te burles de mí. Controlas todo lo que te rodea.

—Controlo situaciones que lo requieren.

Resoplé. —¿Ahora soy una situación? ¿Vas a arreglarme?

Tiró de mi cintura. —Estoy aquí para protegerte. No me disculparé por mantenerte cerca.

—Santino, no soy el tipo de persona que puedes retener.

Santino no dijo nada, mirándome con la determinación tranquila que había visto muchas veces antes de que su verga embistiera dentro

de mí. Sus ojos brillaron como si le hubiera lanzado un desafío.

—Demuéstralo.

Fruncí el ceño. —¿Qué?

—Demuestra que no puedo retenerte.

Me reí. —¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

—La puerta está justo ahí. Márchate.

Levanté la cabeza. —Tal vez lo haga.

La voz de Santino bajó de tono. —Adelante, pues.

—¿Crees que no lo haré?

Sonrió. —Creo que estás ganando tiempo.

Capullo engreído.

Sabía perfectamente que no podía irme. No con mi ex acechando mis pasos. Quería demostrarle que estaba equivocado, pero no podía. Aún no.

—Esto no significa que hayas ganado —gruñí.

Me acarició la espalda, sonriendo.

Una campana sonó anunciando el inicio de la subasta benéfica. Santino me rodeó la cintura y me llevó lejos del ruido hacia una zona más pequeña con comida para los invitados. Se acercó a un grupo sentado en una mesa.

Un niño pequeño con pelo oscuro y ondulado se deslizó de su silla, y una mujer menuda con un vestido de lentejuelas y rizos rubios sueltos le arrastró de vuelta. El niño se liberó de su agarre, chocando contra las piernas de Santino.

Santino le ayudó a levantarse, ajustándole la pequeña corbata. —¿Adónde vas corriendo, eh?

Los ojos del niño se agrandaron.

El labio de Santino se curvó. —¿Qué, no hay un *hola* para tu tío favorito?

El niño miró a Santino como si fuera un dios. —Hola.

Santino se agachó junto a su sobrino. —¿Cuándo vas a venir a visitarme?

El niño se encogió de hombros. —¿Cuándo me vas a comprar otro regalo?

La mujer rubia cerca de ellos se sonrojó intensamente. —Oh, Jack. No acabas de decir eso.

Santino se rio. —Mis disculpas, jefe. No me di cuenta de que iba atrasado con tu calendario de pagos. ¿Qué tal si te traigo algo bonito la semana que viene?

—¡Un regalo grande! —exclamó Jack.

Santino le revolvió el pelo. Luego metió la mano en su bolsillo y sacó un trozo de chocolate envuelto. —Aquí tienes, chaval.

Jack destrozó el envoltorio y se metió el chocolate en la boca. —¿Quién es ella?

Santino me reclamó por la cintura otra vez. —Mi novia.

Le lancé una mirada, irritada, pero no podía decir nada delante del niño. Jack me miró boquiabierto, comiendo su chocolate.

—¿Tu *novia*?

Santino me besó en la cabeza. —Sí. ¿No es guapísima?

El niño asintió.

La mujer rubia que rondaba cerca se acercó a nosotros, su expresión era una mezcla de curiosidad y cortesía. Me ofreció una cálida y acogedora sonrisa, aunque con un ligero filo. Volviéndose hacia mí

con una sonrisa, Santino se enderezó. —Delilah, te presento a mi cuñada, Violet.

Violet me estrechó la mano. —Así que tú eres la que mantiene a este hombre sonriendo. Es un placer conocerte.

—Encantada de conocerte también.

Santino observaba nuestro intercambio, con el brazo casualmente apoyado en mi hombro.

Los ojos de Violet se dirigieron a Santino. —Así que parece que encontraste a alguien que te mantenga a raya, ¿eh?

Santino me miró con una sonrisa burlona. —No sé yo eso.

La risa de Violet fue ligera, su tono teñido de agudeza. —Recuerdo cuando Achille solía ser todo un duro. Le llevó un tiempo admitir que me necesitaba. Parece que tú aún estás trabajando en esa parte.

Su mandíbula se tensó. —Delilah me está haciendo replantearme algunas de mis reglas.

Los ojos de Violet brillaron. —Delilah, debes ser toda una encantadora para tenerle tan confundido.

Disfruté del sutil tira y afloja entre las bromas juguetonas de Violet y el intento de Santino por mantener el control. A pesar de su actitud burbujeante, Violet no era de las que dejaban que Santino se sintiera demasiado cómodo.

Un rubor subió por mi cuello. Sus dedos rozaron mi brazo, agitando el tumulto dentro de mí. ¿Era yo algo más para él, o era otra estratagema para atraparme? El afecto, la cercanía parecían genuinos, pero ¿cómo podía ser real cuando cada momento estaba pagado? El pensamiento me carcomía.

Kill se acercó a nuestro grupo, su postura relajada pero imponente. Violet se inclinó hacia él con un suspiro.

—Es bueno verte fuera del ring. Sonny no trae a cualquiera.

—No somos...

Santino me apretó el costado. —Llevamos saliendo un tiempo. Lo he mantenido en secreto. Ya sabes cómo se pone mamá. En cuanto le diga que tengo novia, empezará a planear la boda.

Mi cara enrojeció.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Kill sonrió con suficiencia. —Tal vez deberías darle lo que quiere, tío.

Las bromas juguetonas me envolvieron como cadenas. ¿Cómo podía presentarme como su novia a su familia? Cada contacto estaba contabilizado en su libro de cuentas.

—Si vosotros dos alguna vez lo hacéis oficial, tenemos la mejor capilla de Tennessee. —Violet sonrió radiante, dando un codazo a Kill —. ¿No es así, cariño?

Él besó la frente de Violet.

Una punzada me golpeó. Me disculpé, murmurando que necesitaba un momento. La mano de Santino se demoró en mi espalda, su tacto quemándome a través de la tela del vestido. La forma en que me tocaba, cómo me incluía en su familia... se sentía demasiado real.

Me dirigí hacia los aseos. El espacio menos concurrido fue un alivio, pero hizo poco por calmarme. Santino seguía empujando mis límites. Se había corrido dentro de mí como si dejarme embarazada fuera su trabajo. Luego me había dado *llaves*.

Y ahora, ¿*esto*?

Había recorrido un largo camino desde la chica asustada que Dimitri había controlado, pero Santino me estaba haciendo cuestionarlo todo. ¿Por qué era tan difícil mantener la guardia alta con él? Nada entre nosotros era real. ¿O sí?

Mis manos aferraron el borde del lavabo, la fría porcelana me devolvió a la realidad. Podía oír el débil murmullo de la gala fuera: risas y música que parecían estar a mundos de distancia.

Salí del baño y escapé al bar, donde pedí un chupito doble de vodka con hielo. Me lo bebí de un trago y mi pulso se estabilizó. *No* podía dejar que Santino se metiera en mi cabeza. Era un hombre cuyo hermano se ganaba la vida matando a gente. Un hombre del mismo mundo del que yo había huido. Un mundo que obligaba a las mujeres a casarse con monstruos y a engendrar a sus hijos.

Nunca más.

Santino era solo un medio para conseguir un fin: el fin de Dimitri.

Dejé el vaso mientras la multitud se apartaba ligeramente en la entrada del local, enmarcando a un hombre con traje y una rebelde onda de pelo negro que acababa de entrar. Un nudo frío se formó en mi estómago.

Dimitri.

DIECISÉIS

DELILAH

Dimitri me localizó casi inmediatamente.

Entrecerró los ojos al ver mi vestido rojo que se ajustaba perfectamente a mi figura. A Dimitri no le gustaba que enseñara piel, así que para este evento, elegí un vestido halter con un escote pronunciado. Un último gesto obsceno al hombre que había sido un cabrón controlador.

El día que anunciamos nuestro compromiso, irrumpió en mi dormitorio y examinó cada prenda de ropa. Odiaba cualquier cosa que mostrara escote, no le gustaba el color azul en mí y afirmaba que los bolsos cruzados hacían que mis pechos fueran demasiado prominentes. Pañuelos, mangas largas y colores apagados se convirtieron en mi vestuario. La mayoría de mi ropa vintage acabó en cajas transparentes arrinconadas en mi armario.

Lo aguanté durante un tiempo. Siempre me dijeron que no valía nada, así que ¿por qué no renunciar a todo por mi única oportunidad de matrimonio? Nadie más me amaría jamás. Quizás haría que mi padre estuviera orgulloso. Me trataría como si existiera, y no me sentiría como un ser humano sin valor.

Dimitri fue probablemente la peor pareja que mi padre podría haber elegido para mí. Cualquier autoestima que tuviera antes, y no tenía mucha, quedó reducida a escombros. Dimitri me gritaba por mirar a otros hombres. Por hablar con hombres. Simplemente cruzar la

mirada con ellos estaba prohibido. Ya no podía hablar con Luca, a pesar de que solo era un amigo, y Dimitri me hizo dejar el gimnasio. La gota que colmó el vaso fue cuando canceló una cita médica a mis espaldas porque se oponía a que un médico hombre me tocara.

Cuando me colé en Afterlife, fue la primera vez en meses que me permití vestir como yo quería. Se sintió increíble, como si hubiera estado metida en un corsé y por fin pudiera respirar. Recuperarme a mí misma no ocurrió de la noche a la mañana. Pedirle ayuda a Santino se sintió como saltar de un fuego a otro. Pero él era diferente a Dimitri. A pesar de su reputación, Santino me trataba con respeto. Dimitri controlaba todo sobre mí: cómo vestía, con quién hablaba, qué hacía. Santino me daba espacio.

Me sentía segura con él. Nunca me ordenó vestir más recatada, y me regalaba cosas que se ajustaban a mi estilo, nada que me cambiara. Se sentía como si estuviera celebrándome, a diferencia de Dimitri, que me trataba como una pieza decorativa para complementar su imagen.

Dimitri no había podido resistirse al cebo. Me fulminó con la mirada mientras se abría paso entre la multitud.

Levanté la barbilla cuando se acercó.

Dimitri se sentó a mi lado en la barra, mirándome con lascivia. —¿Así es como me provocas? ¿Vistiéndote como una *shlyukha* y pidiéndome que me reúna contigo en público?

El camarero nos miró, limpiando un vaso.

Le sonreí y me volví hacia Dimitri. —Ahora me visto para mí misma.

Él se burló. —Pareces desesperada.

—Curioso que menciones eso porque he visto a los hombres que has estado enviando tras de mí. Parece que eres tú quien no puede dejarlo ir.

Pasó el brazo por encima de mi silla, enseñando los dientes. —No te hagas ilusiones. Eres un cabo suelto que necesita ser *atado*.

—Siento lo mismo por ti.

La mirada de Dimitri se clavó en mí. Sus dedos recorrieron mi cuello, un toque helado que me hizo estremecer. —Todavía eres mía. Nadie te querrá una vez que conozcan a la verdadera tú. Por eso huiste, ¿no? Porque no hay escapatoria.

—Te dejé para estar con otra persona. —Hice una pausa, dejando que la tensión aumentara, deleitándome con el apretón de mandíbula de Dimitri—. Se llama Santino Costa. ¿Quizás has oído hablar de él?

Su agarre sobre el vaso se tensó, los nudillos volviéndose blancos. —¿Te has prostituido con los italianos?

—Él compró este vestido que llevo, los pendientes, el collar. Prácticamente todo lo que llevo puesto.

—Me estás provocando —dijo Dimitri con voz entrecortada.

—No. Solo estoy siendo honesta.

Se frotó la cara sonrojada, apretando y soltando los puños.

—Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. —Bebí el resto de mi cóctel, saboreando su rabia—. Sin arrepentimientos.

—¿Crees que eres lista corriendo hacia Costa? Es solo otra jaula. Ya verás. Una vez que se aburra, te entregará, rota y usada. Y yo estaré esperando.

Me tensé. —Si yo fuera tú, me olvidaría de que existo, daría media vuelta y saldría por esa puerta. Antes de que te vea hablando conmigo y te arranque la garganta.

Se rio. —Ya he tenido suficiente de tus gilipolleces.

Dimitri me agarró del brazo y me levantó del taburete.

Agarré el vaso vacío y se lo estrellé en la cabeza.

La multitud jadeó mientras Dimitri se tambaleaba, agarrándose la frente sangrante. Me miró, con furia y humillación deformando sus facciones.

Una figura oscura se interpuso, bloqueando su camino. El alivio me invadió cuando la mano de Santino salió disparada y agarró a Dimitri por el cuello. Dimitri se abalanzó sobre Santino. Santino esquivó, los nudillos de Dimitri rozando su mejilla, y luego hundió su puño en el estómago de Dimitri, expulsando el aire de sus pulmones con un satisfactorio gruñido.

Mi corazón latía con fuerza mientras Dimitri arremetía contra Santino con un gancho salvaje. Santino atrapó su muñeca en el aire, retorciéndola, pero no antes de que la otra mano de Dimitri agarrara la camisa de Santino. Se estrellaron contra una mesa, enviando vasos volando, antes de que Santino estrellara a Dimitri contra la barra. Las botellas se estremecieron mientras Dimitri luchaba por recuperar el equilibrio. Santino golpeó la mandíbula de Dimitri.

Dimitri rugió de dolor, dando un cabezazo a Santino. Recuperándose, Santino agarró el cuello de la camisa de Dimitri. Dimitri tropezó con una silla, y ambos cayeron. A horcajadas sobre Dimitri, Santino martilleó su cara, mejilla y nariz. Un chorro carmesí brotó del labio de Dimitri.

Santino se puso de pie, imponente sobre él. —Levántate. No hemos terminado.

Dimitri escupió sangre, levantándose con una mueca de dolor. —Ella es mía. Os enterraré a los dos antes de dejarla ir.

Santino se rio. —¿Crees que puedes retenerla, pedazo de mierda patético? Ni siquiera pudiste mantener el control de tus pelotas.

La multitud a nuestro alrededor zumbaba con una mezcla de conmoción y curiosidad mórbida. La gente susurraba entre sí, con

los ojos pegados a la escena. Algunos parecían incómodos, mientras que otros sonreían con malicia.

La burla de Santino había tocado un punto sensible. Dimitri se sonrojó de un rojo intenso y furioso. Fue un desmantelamiento público de su ego, y todos en la sala podían verlo. La forma en que Santino le trataba como si fuera una broma solo añadía leña al fuego.

Los puños de Dimitri se cerraron, su respiración entrecortada. —Me la robaste.

—Pobrecito —se burló Santino, sonriendo.

—Te mataré...

Santino le pateó la pierna, enviándolo al suelo con un golpe. Dimitri intentó levantarse, pero Santino lo inmovilizó con un zapato de cuero sobre su pecho. —Perteneces ahí. Quédate quieto antes de que decida joderte de verdad la noche.

Una oleada de satisfacción surgió dentro de mí mientras Dimitri perdía los estribos, gritando una retahíla de insultos en ruso. Esto estaba saliendo mucho mejor de lo que había imaginado. Santino pateó las costillas de Dimitri hasta que se calló. Luego, los hombres de Santino aparecieron de la nada, arrastrando el cuerpo inmóvil de Dimitri.

Santino se volvió hacia mí. —¿Te golpeó?

Negué con la cabeza, alzando las manos para alisarle las solapas y enderezarle la corbata. Santino recogió mi mano temblorosa entre las suyas y se la llevó a los labios. Sus nudillos estaban rojos y parecía que le dolían.

Santino no lo dejó notar. *Por supuesto*. Los hombres con los que crecí preferirían morir antes que emitir el más mínimo quejido. Mi corazón se encogió cuando sus dedos hinchados se entrelazaron con los míos. Me condujo hacia la salida.

—Lo siento, Santino.

Santino escribió un mensaje a alguien en su teléfono. —¿Por?

Se me hizo un nudo en la garganta. —Es mi culpa que te metieras en una pelea.

—Qué va. Eso iba a pasar de todos modos.

—No. No lo entiendes. Me llamó y me amenazó. Dijo que estaba en la ciudad. —Me agité bajo la intensa mirada de Santino—. Lo sé. Debería habértelo dicho.

Guardó el teléfono. —Y no deberías haber hablado con él a solas.

—Tenía que defenderme. Necesitaba demostrarle a Dimitri que no era la misma chica que intentó controlar. Y una parte estúpida y egoísta de mí quería que nos viera juntos. Lo siento. Te mereces algo mejor que eso.

Las farolas proyectaban sombras sobre su rostro.

—Hablaremos de esto más tarde. —Un coche se detuvo en la acera, y Santino me abrió la puerta—. Vitale te llevará a casa.

Entré.

Santino cerró la puerta detrás de mí y se inclinó a través de la ventanilla abierta. —Quiero que te quedes en mi casa.

Agarré su mano antes de que se alejara. —¿Estás enfadado conmigo?

Se tensó, confirmando mis sospechas. —Tengo algo que solucionar, pero te veré pronto.

—¿Estás en problemas por mi culpa? —susurré.

Se soltó de mi agarre. —No te preocupes por eso.

Dio un golpecito en el techo y retrocedió. Mientras el coche se alejaba, le observé a través de la ventanilla trasera, con una

sensación de pesadez en el estómago.

¿Qué había hecho?

Santino había luchado por mí, y yo le había mentido y le había tendido una trampa. Miré mi reflejo en la ventana, con las luces de la ciudad difuminándose al pasar. No podía quitarme de la cabeza la imagen de los nudillos en carne viva de Santino. Él me había defendido, pero ¿a qué precio? Jugueteé con mi teléfono, desesperada por asegurarme de que estaba bien. Pero ¿qué podía decir? ¿Perdón por arrastrarte a mi lío? Las palabras sonaban vacías.

El nudo en mi garganta se apretó.

El coche se detuvo frente al edificio de Santino, y salí con las piernas temblorosas. Subí en el ascensor hasta su apartamento y usé la llave que me había dado. Una vez dentro, cerré la puerta con llave y me apoyé contra ella, cerrando los ojos.

DIECISIETE

SANTINO

Amordacé a Dimitri y lo até. Había empapado un trapo en gasolina antes de metérselo en la boca. Luego lo transportamos a un lugar seguro.

Dimitri estaba arrodillado en la tierra junto a un pequeño tanque rojo. Sus ojos se abrieron de par en par mientras me veía hacer girar el mechero entre mis dedos. Quemarlo vivo parecía un final apropiado para un matón de los Romanov.

Después de lo que hicieron, esto nos dejaría en paz.

—No lo hagas, Sonny —me advirtió Romeo.

Romeo se abrió paso a codazos entre la multitud furiosa para ponerse a mi lado. Hacía mucho tiempo que no desempeñaba el papel de hermano mayor. Pero estaba haciendo una buena imitación. Manos en las caderas. Voz severa, su mirada entrecerrada llena de desaprobación.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Ocupándome de un problema.

Miró a Dimitri de reojo. —Iniciarás una guerra con los rusos.

—Son unos salvajes, Rome. Merecen algo peor.

Se endureció. —¿Y qué dirá el jefe cuando se entere de que tomaste esta decisión sin consultárselo primero?

Lo miré con furia. —Le importa una mierda el protocolo cuando se trata de los Romanov.

La mandíbula de Romeo se tensó. —Quemarlo sin la aprobación de Vinn es un deseo de muerte.

No quería oír esto. —Es un cabo suelto.

—Matarlo nos traerá más problemas. Tenemos que hacer esto bien.

—¿Cuál es tu plan entonces?

—Lo llevamos a Vinn —dijo Romeo con firmeza—. Dejemos que él decida el destino de Dimitri. Seguirá muriendo, solo que de una manera que no nos haga parecer idiotas impulsivos.

La llama vacilaba en mi mano, y me quedé mirándola, con la rabia bullendo bajo la superficie.

Cerré el mechero de golpe, indicando a los hombres que agarraran a Dimitri. —Vámonos.

Una vez, cuando era pequeño, tomé el camino largo para volver de la escuela y pasar por la casa de mi primo. Vinn solía trabajar fuera con coches antiguos y siempre tenía una chica guapa colgada de su brazo. Era lo más cool que había. Nunca perdía los estribos.

Hasta que un par de tipos con chaquetas de cuero me pararon e intentaron que vendiera cigarrillos para ellos. Corrí el resto del camino hasta la casa de Vinn, y él me hizo entrar en su garaje. Tan pronto como le conté lo de los hombres, agarró un bate de béisbol y se subió a su coche. Me dijo que entrara, y recorrimos las calles hasta que los localicé. Paró, salió con el bate y les dio una paliza.

Los dejó en la acera, gimiendo, y saltó de nuevo al asiento del conductor. Luego me compró un helado.

Ese día se convirtió en mi héroe. Me enseñó que cuando alguien se metía contigo, no solo ajustabas cuentas, sino que enviabas un mensaje.

Y ahora, años después, de pie frente a él otra vez, vi la misma determinación fría que lo hacía intocable.

—Vamos a usar esto como una oportunidad —Vinn se levantó de su escalón en el porche.

Intercambié una mirada con Romeo. —¿Para qué?

—Organizaré una reunión. Sonny, tú estarás allí. Dimitri también. Lo dejaremos ir y les haremos creer que cometimos un error, que queremos *paz*. —La pétrea mirada de Vinn me taladró—. Pero es solo para hacer salir a Mikhail. Si cree que estamos cediendo, Mikhail sacará el cuello. Quizás lo suficiente para que yo se lo corte.

Mis dedos se crisparon. —¿Y Dimitri?

Vinn me hizo un gesto despectivo. —Después de que haya terminado con Mikhail, haz lo que quieras con Dimitri.

Mi estómago se endureció. No sentía ningún aprecio por el padre de Delilah, pero matar a su papá quizás no me haría ganar puntos con ella.

—Ni una puta palabra de esto va más allá de este círculo hasta que todo esté preparado. —La mirada hostil de Vinn se desvió hacia mí —. Esto se trata de vengar lo que ocurrió hace catorce años.

Asentí, pero un peso de plomo se hundió en mis entrañas.

La mano de Vinn salió disparada y agarró mi chaqueta, arrastrándome cerca. Lo bastante cerca para vislumbrar detalles que normalmente no notaba: los ojos ligeramente enrojecidos y la sombra púrpura que crecía debajo de ellos. Vi las llamas danzando

en las pupilas negras de Vinn, trepando por la casa, destruyendo, *ahogando*...

—Lo que le hicieron a Luca tiene que pagarse con sangre. —Vinn aflojó su agarre, su mirada taladrándome—. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí.

Me soltó, asintiendo. —Entonces ponte a trabajar.

DIECIOCHO

DELILAH

Mi estómago se retorció mientras miraba la pantalla del teléfono con el corazón acelerado. Santino había estado tan tranquilo cuando se marchó, pero su silencio no había sido precisamente reconfortante. Gritaba decepción. Con cada segundo que pasaba, me sentía más y más angustiada.

Le envié un mensaje.

¿Cuándo vas a volver?

Su respuesta llegó un minuto después.

SANTINO

La reunión se alargó. ¿Qué pasa?

Miré fijamente el mensaje, temblando. ¿Qué se suponía que debía decir? La culpa me carcomía.

Nada.

Santino tenía todo el derecho a estar cabreado. Lo había puesto en peligro al no contárselo antes. Había dejado que Dimitri me acorralara, y Santino había tenido que limpiar el desastre que yo había provocado.

SANTINO

Estaré ahí pronto.

Miré fijamente su respuesta, entrando en pánico. Estaba enfadado. Lo sabía. Tiré el teléfono al sofá. Había pasado las últimas horas desde la pelea con Dimitri en el apartamento de soltero de Santino, un lugar elegante en pleno centro. En cuanto crucé la puerta, me dirigí directamente a su mueble-bar. Cogí la botella de vodka de la mesa. Mi mano temblaba mientras servía otra copa, y el líquido transparente salpicó los bordes. Me la llevé a los labios y di un trago ardiente.

SANTINO

¿Te estás cuidando?

Puede que esté dándome un pequeño capricho.

SANTINO

¿Bebiendo?

Brindando por la supervivencia.

Podía imaginarlo frotándose el puente de la nariz.

SANTINO

No me gusta que bebas sola.

Pues ven a hacerme compañía.

Sonreí con malicia, los bordes de mi visión ligeramente borrosos.

SANTINO

Tenemos que hablar.

Dejé el teléfono a un lado, el último mensaje flotando en el éter como una hoja en el viento. Mientras la habitación giraba a mi alrededor, bebí más. *Tenemos que hablar*. Todo el mundo sabía lo que eso significaba.

Tragué el último sorbo de alcohol, con los ojos ardiendo. Una presentación de diapositivas de nuestra *relación* pasó por mi cabeza en imágenes vibrantes. Nuestra primera cena juntos. Aquella cita hace unas semanas, cuando fuimos a desayunar a Paramount y de compras por Charles Street en Beacon Hill. Se había gastado varios miles en vestidos para mí. Su voz suave y burlona cuando me llamaba *principessa*. El vodka no podía ahogar el calor de esos recuerdos.

Mi labio tembló y mis manos se agitaron.

Entré tambaleándome en su dormitorio y me desnudé, poniéndome una de sus camisas de manga larga. Él siempre insistía en que usara su ropa. Su manera de marcarme como suya, incluso cuando no estaba allí para hacerlo él mismo. Luego me remangué las mangas y me peiné el pelo con los dedos. El espejo reflejaba una imagen de belleza calculada mientras me aplicaba maquillaje en las mejillas. Tenía que parecer que me importaba una mierda, pero sabía que cuando cruzara la puerta, me vería tal como soy. Igual que cuando me envió una sola rosa blanca con una nota que decía: *No puedes esconderte de mí*.

A mí *no* me importaba. No se suponía que fuéramos a seguir juntos de todos modos. Si quería marcharse, *bien*, pero no antes de restregarle que nunca más me tendría.

El pestillo de la puerta giró, y mi corazón se detuvo.

Salí corriendo de su dormitorio y lo esperé en la cocina. Sus zapatos resonaron en el suelo impecable mientras entraba, y sus ojos oscuros se entrecerraron al verme. Era la viva imagen de la indiferencia mientras me apoyaba en la isla de porcelana de la cocina con su camisa, una copa en la mano.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó.

Agité el líquido en mi copa con un giro de muñeca.

—¿Quieres acompañarme?

Sus dedos rozaron los míos mientras me quitaba suavemente la copa de la mano y la colocaba en la isla con un tintineo decisivo. Su mirada se posó en la botella vacía de vodka que había olvidado esconder. Ni siquiera intentó ocultar su decepción, su mirada escrutando mi rostro como si buscara encontrarme bajo el rubor del alcohol.

—Principessa —me regañó—. ¿Toda la botella?

Un dolor punzante me atravesó.

—¿Con qué frecuencia bebes así? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Me gusta darme caprichos. ¿Y qué?

Frunció el ceño.

—¿Pero una botella entera? Deberías estar en el hospital.

—Soy rusa. Beber está en mi sangre.

Alzó una ceja.

—¿Ah, sí? Quizás deberíamos probar esa teoría con algo más fuerte.

—¿Como aguardiente casero?

—Disolvente de pintura.

Esbocé una sonrisa.

—Solo si te unes a mí.

Santino se apoyó en la encimera de la cocina, ya sin sonreír.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

Llevaba bebiendo desde los doce años. Empezó poco a poco, escapándome de la escuela con amigos y saqueando el mueble-bar de papá, reuniéndome con Luca fuera de los eventos familiares,

pasándome la botella, y bebiendo durante el día en bares. Salas de billar. Tomando chupitos.

—*¿Principessa?*

La calidez que vi en sus ojos me asustaba más que la necesidad que arañaba mi cerebro. Alargué la mano hacia la copa, pero él me agarró la muñeca. Me arrastró hasta el fregadero y cogió un vaso del escurridor. Luego lo llenó de agua y me lo puso en las manos.

—Bebe.

Suspiré.

—No tengo sed.

—Hazlo, o te lo haré tragar yo mismo.

Resoplé. Luego di un trago. Y otro. Cuando terminé, lo rellenó. Aparté su mano, pero mi puntería estaba un poco desviada, y acabé golpeando el aire.

El ceño de Santino se hizo más profundo.

Le hice un gesto de desdén.

—No necesito una niñera. Estoy bien.

Me agarró por los hombros.

—Te has bebido una botella de vodka. En dos horas.

—Mi cuerpo puede soportarlo.

La habitación giraba, y sus manos eran lo único que me mantenía en tierra. Intenté zafarme, pero él me sujetó con firmeza.

—Solo necesito un poco de aire.

—Delilah, ¿has estado alguna vez en rehabilitación?

Ya he pasado por eso.

Todo el mundo pensaba que la rehabilitación era una solución mágica. Que salías de ella transformado. Arreglado. Curado. Pero no era así. Era solo el primer paso de un viaje muy largo. Cada vez que iba, me sentía consumida, cansada y enferma. Quizás no podía lograr vivir sobria.

Mis mejillas se sonrojaron. —No iré a rehabilitación.

—No permitiré que te destruyas.

—¿Y si quiero destruirme?

—Eso no tiene gracia.

—No pretendía tenerla —respondí bruscamente.

Le miré, sintiendo que me rompía por dentro. Santino no podía entender lo que había pasado. Mi gilipollas ex tenía razón. Santino se sentía atraído por la imagen que me había pasado meses perfeccionando, no por el desastre que tenía delante. Probablemente había perdido toda la atracción hacia mí. Estaba asqueado.

Ya había decidido romper conmigo. Simplemente no lo había dicho todavía. Tal vez quería que le chupara la polla una vez más, o estaba buscando palabras que no me destrozaran. Porque aunque infringía una docena de leyes a diario, siempre había sido amable conmigo.

No llores, joder. Arranca la tirita de una vez.

—Creo que deberíamos romper —solté de golpe, con la garganta apretada—. Esta relación ha llegado a su fin.

Santino parecía como si hubiera arrojado una cerilla a un barril de gasolina. —Tú no decides eso.

—Pero nunca íbamos a funcionar.

—No te vas a deshacer de mí tan fácilmente, principessa. No soy un rollo que puedas tirar a la basura.

Eso caló hondo, mezclándose con el alcohol en mis venas. Una parte de mí quería disolverse en él. Sentir la seguridad que había estado anhelando.

Se inclinó, su expresión llena de un anhelo que se hinchó dentro de mí. Sus labios presionaron contra los míos, y su erección se clavó en mi cadera. Me agarró por la cintura, atrayéndome más cerca como si pudiera fundirnos.

Los nervios de mi cuerpo se encendieron. Tenía que liberarme de su agarre alrededor de mi corazón, pero cada feroz caricia de su boca me dejaba saborear la pasión bajo la dominación. Su lengua me persuadía a ceder. Mis manos se deslizaron hasta su pecho, los dedos aferrándose a su camisa mientras le devolvía el beso.

Se apartó. —No vuelvas a mencionar lo de romper jamás.

—Pero no soy lo que quieres —tartamudeé, con los labios hormigueantes—. Tú quieres una muñeca viviente para follar, pero yo... soy un desastre. No soy la fantasía que tienes en tu cabeza.

—Bien. Quiero lo real.

Mi corazón martilleaba. —Ahora dices eso.

—¿Crees que no sé lo que es luchar?

—*Soy tóxica*. Te arruinaré.

Sonrió con suficiencia. —Te estás dando demasiado crédito. He visto la ruina. Tú no lo eres. Además, me debes.

Mis entrañas se retorcieron. —¿Por qué?

—Por todo el dinero que pediste prestado —dijo con suavidad.

—¿*Prestado*?

—Sí. ¿Qué, pensabas que era *gratis*? ¿Después de coger suficiente para la entrada de una casa?

Se rio, y el pánico se entrelazó con mi miedo. Luché contra el impulso de mostrarle la web de la boutique y demostrarle que no estaba malgastando su dinero.

Apreté los dientes. —Eran regalos.

—Los regalos en efectivo son para esposas y novias serias. Has dejado claro que no quieres ser ninguna de las dos. —Se encogió de hombros, con la boca temblando—. Si no quieres ser más para mí, tendré que tratarte como si no lo fueras.

—Pero yo no *sabía* que eran préstamos —dije ahogadamente.

—Delilah, soy un prestamista.

La irritación arañó mi piel. —Nunca mencionaste que hubiera condiciones más allá del sexo vinculadas al dinero.

—Tengo cada dólar contabilizado en mi libro. Has estado a dos puntos. Eso es el dos por ciento del principal. Se acumula rápido.

Me erispé. —¿Cuánto te debo entonces?

—Casi cien mil.

Le miré furiosa, con las manos en las caderas. —Nunca hubo un asterisco junto a las joyas que me diste, ¿por qué iba a haberlo en el dinero?

—Siempre hay un asterisco, nena. Elegiste no verlo.

Di un paso atrás. —¡No puedes soltarme esto así!

Se encogió de hombros. —Te lo advertí. No escuchaste.

—¡Y una mierda! No recuerdo *esa* conversación.

—Lo hice, en el ring de lucha. Te dije que tuvieras un plan. Tú dijiste, y cito, 'No estoy buscando una escapatoria'.

—¡Estaba coqueteando contigo!

Su labio se crispó. —Todo tiene un precio.

Mi estómago se anudó. —Pensaba que éramos... pensaba...

Los ojos negros de Santino taladraron los míos. —Tienes que pagar tus deudas, principessa. Así funciona este mundo.

—No puedo creer que confiara en ti.

—Yo tampoco —dijo arrastrando las palabras—. Pero lo hiciste, y no hay vuelta atrás.

Había sido ingenua al pensar que los miles que cogía de la cartera de Santino eran regalos. El gasto despreocupado, el estilo de vida lujoso... todo tenía un precio.

Negué con la cabeza. —He sido tan estúpida.

—No lo eres. Simplemente no entendías las reglas.

Le miré, con la visión borrosa. —¿Me estás chantajeando para que sea tu novia?

—Te estoy recordando las condiciones. Si quieres seguir fingiendo que esto es solo un rollo, puedo hacer que lo parezca. Pero ambos sabemos que no lo es.

Quería apartarlo, pero verle dar una paliza a Dimitri había aflojado algo dentro de mí. ¿Y si le hubiera pasado algo? Los pañuelos arrugados en la mesa de Santino demostraban que él significaba algo para mí, y eso me asustaba.

—Nunca pedí esto. Solo quería estar segura.

Se encogió de hombros. —Yo tampoco pedí esto. Pero aquí estamos.

Mi corazón aleteó y las lágrimas me escocieron los ojos, pero las contuve. No confiaba en los hombres. No podía permitírmelo, pero Santino no era como Dimitri. Nunca me haría daño. No de la forma en que me habían herido antes.

—Delilah, puedes retorcerte como un pretzel pensando en cómo me vas a pagar. O puedes ser honesta conmigo.

—¿De qué estás hablando?

No se inmutó. —Quiero más.

—¿Qué significa eso? No entiendo lo que quieres...

—Dime algo real, no algo para acariciar mi ego.

Solté un bufido. —¿Como qué?

—¿Qué te hace sentir segura? ¿Cómo puedo dártelo?

Parpadée, atónita por la suavidad de su voz. —¡Quiero ser libre! ¿No lo entiendes? Crees que eres diferente, pero no lo eres. ¡Eres igual que todos los otros hombres que quieren poseerme, usarme y desecharme cuando han terminado!

Apretó la mandíbula. Se quedó allí de pie, observándome desmoronarme.

—¡Intentas atraparme! Me mantienes cerca, me das cosas y luego las usas en mi contra cuando te conviene. Pero no soy como las mujeres a las que estás acostumbrado. No soy alguien a quien puedas controlar.

El rostro de Santino se ensombreció. —¿Crees que no lo sé?

Le miré fijamente. —¿Por qué me exiges esto?

—Eres lo único en mi vida que no puedo comprar con dinero. Estoy intentando entender esto, igual que tú.

—Pensaba que esto era solo un negocio para ti.

—Empezó así, pero dejó de serlo en el momento en que me di cuenta de que realmente me importabas.

Mi corazón latía con fuerza. —Pero tú no... ¿cómo podrías siquiera...?

—Eres la primera persona que me ha hecho sentir así. No sé qué demonios es esto que hay entre nosotros, pero es real. Y tú estás intentando huir de ello.

—¡No estoy huyendo! —grité, con la garganta en carne viva—. Me pides cosas que no puedo dar. Quieres que me abra, que crea que eres diferente a todos los hombres que me han utilizado, ¡y no puedo hacerlo! ¡*No puedo* confiar en ti de esa manera!

—No quiero utilizarte. Quiero que sientas que perteneces a mi lado.

Negué con la cabeza. —Quieres dejarme embarazada. Admítelo. No tienes sentimientos por mí. Esto es solo otra forma de control.

—No, cariño. Entiendo mis sentimientos. Eres tú quien no entiende lo que esto podría ser.

Mi corazón latía con fuerza, dividido entre el profundo temor de que estuviera mintiendo y la desesperada esperanza de que tal vez no lo estuviera.

Su expresión se suavizó. —Delilah, no soy perfecto. Probablemente la cague. Pero la diferencia entre yo y los demás es que no voy a irme a ninguna parte.

Me rindo.

La lucha se esfumó de mi interior mientras me dejaba caer en una silla. No tenía energía para alejarlo. Santino me agarró la mano, y la visión de sus nudillos en carne viva retorció algo dentro de mí.

—Quiero que nos vayamos a algún sitio.

Le miré. —¿Como de viaje?

—Sí, por unas semanas.

No podía irme. La tienda estaba empezando a tomar forma.

Mi respiración se entrecortó. —¿Adónde?

Santino solo me besó en la frente. —Haz las maletas.

DIECINUEVE

DELILAH

Santino subió nuestro equipaje por las escaleras de un jet privado. Le seguí, agarrándome a la barandilla mientras desaparecíamos de la húmeda pista de aterrizaje y entrábamos en un avión de lujo.

La azafata sonrió. —Bienvenida, señorita Romanov. ¿Qué le gustaría beber?

Un vodka con hielo y lima, por favor.

Crucé la mirada con Santino y me aclaré la garganta. —Una Coca-Cola. Gracias.

Santino agarró un asiento junto a la ventana y se abrochó el cinturón. —Yo tomaré lo mismo. —La azafata se alejó rápidamente mientras me deslizaba en el asiento a su lado, todavía furiosa. El lujoso cuero parecía burlarse de mí, un recordatorio de la trampa lujosa en la que me había metido.

—Todavía no me has dicho adónde vamos.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura? —bromeó.

—Ya he tenido suficiente, gracias. ¿Piensas darme una pista, o tengo que adivinar?

Se recostó en su asiento, pareciendo irritantemente relajado. —Lo descubrirás pronto. Siéntate y disfruta del viaje.

La azafata regresó con nuestras bebidas, y yo di un sorbo a mi Coca-Cola. —Al menos dime por qué tuvimos que marcharnos con tanta prisa.

Su expresión se ensombreció. —Las cosas se están calentando, y no quiero que te veas atrapada en el fuego cruzado.

El avión rodó por la pista.

Se me tensó la garganta. —¿Qué ha pasado?

—No te preocupes por eso.

—Santino, no puedes mantenerme en la oscuridad para siempre.

—Tú tampoco a mí —dijo con frialdad, bebiendo un sorbo—. Enfrentarte a Dimitri en la gala fue peligroso. Podrías haberte hecho matar por ser demasiado orgullosa para pedirme ayuda.

—Estoy acostumbrada a manejar las cosas por mi cuenta. Llevo cuidando de mí misma mucho tiempo.

Levantó una ceja. —Eres la hija de un Pakhan.

—¿Crees que eso significaba que tenía todo lo que quería? No tenía nada. Papá estaba demasiado ocupado con su trabajo, y mi madrastra estaba ausente. —Miré por la ventana, observando cómo pasaban las nubes—. Empecé a beber cuando tenía doce años. Siempre había vodka por ahí. Los hombres de mi padre traían cajas de licor caro, y nadie se daba cuenta cuando desaparecían algunas botellas. Bebía para adormecer la soledad. Nadie me detuvo nunca.

»A los catorce, me escapaba a fiestas, haciendo lo que fuera por sentir algo. A los chicos les gustaba la idea de estar con la hija del Pakhan, pero ninguno me veía realmente. Yo solo era una conquista. Volvía a casa borracha, y papá ni siquiera lo notaba. O tal vez sí, y no le importaba. Era invisible.

La azafata pasó a ver cómo estábamos, pero Santino la despidió con un gesto.

Tragué con dificultad, el dolor de aquellos años aún fresco. —Intenté encontrar consuelo en el colegio, pero incluso allí era una extraña. Los otros niños sabían quién era. O querían ser mis amigos para obtener protección o me evitaban por miedo. Siempre estaba sola.

Su pulgar trazó círculos en mi mano. —¿Qué cambió?

Suspiré. —Cuando cumplí dieciséis, me di cuenta de que no podía seguir así. Tenía que hacer algo para salir. Así que empecé a ahorrar dinero, a esconderlo, pero la bebida no paró. Empeoró. Era la única forma en que podía afrontar las cosas. Las cosas estaban realmente mal cuando cumplí dieciocho. Estaba fuera de control. Mi padre finalmente se dio cuenta, pero no porque estuviera preocupado por mí. No, le preocupaba su reputación.

Santino escuchaba atentamente, sin apartar sus ojos de los míos. Continué, con la voz temblorosa. —Cuando tenía veinte años, fui a una fiesta. No recuerdo lo que pasó, pero monté una escena. Llamaron a la policía, y salió en las noticias locales. Papá estaba furioso. No porque me estuviera haciendo daño a mí misma, sino porque le había avergonzado. La hija de un Pakhan aparecía en los titulares por las razones equivocadas.

Hice una pausa, el dolor aún fresco. —Me obligó a ir a rehabilitación. Dijo que era para sanarme, pero era para salvar las apariencias. Necesitaba que estuviera fuera de la vista hasta que el escándalo pasara. Pasé meses en ese lugar, más sola que nunca.

»Cuando me soltaron, hice todo lo posible para mantenerme limpia. Me fue bastante bien durante unos años. Y entonces mi padre arregló mi matrimonio con Dimitri. 'Una alianza estratégica para fortalecer los lazos entre las familias'. Apenas conocía a Dimitri, pero lo acepté. Necesitaba demostrar que podía ser una buena hija.

Los ojos de Santino se oscurecieron. —¿Qué te hizo?

Aparté la mirada. —Era controlador. Quería moldearme según su idea de la esposa perfecta. Me sentía atrapada. Empecé a beber de

nuevo. Al principio lo oculté, pero cada vez era más difícil mantenerlo en secreto. Me emborraché tanto que me desmayé en una cena familiar. Dimitri estaba furioso. Me arrastró fuera delante de todos, llamándome de todo, y me mandó de vuelta a rehabilitación, pero no funcionó. Ya estaba demasiado perdida. Sabía que no podía casarme con Dimitri. Fue entonces cuando planeé visitarte.

Un músculo se crispó en la mandíbula de Santino. —Deberías haberme contado todo esto antes.

—No es como si habláramos cuando estamos juntos.

—Arreglaremos eso.

—¿Y si te lo cuento todo, seguirás queriéndome?

Sonrió con ironía. —Podría decirse que tengo un tipo. Chicas que necesitan ser salvadas y luego intentan estafarme ochenta y cinco mil dólares.

—Pues estás haciendo un trabajo terrible si me dejas robarte a ciegas.

La sonrisa de Santino se desvaneció. —Delilah, no soy un idiota al que puedas manipular.

—Lo sé —susurré, tragando con dificultad—. Nunca te he visto así.

—¿Qué ves en mí?

Belleza masculina en estado puro. Lealtad feroz. Fuerza. Amabilidad inesperada. Como cuando me arreglaba las mantas y me besaba la frente.

—Alguien que es fuerte. Eres leal a las personas que te importan, incluso cuando te cuesta. Tú... cuidas de tu familia... de mí. Me has mostrado amabilidad de formas que no esperaba. No eres el monstruo que pensé que eras cuando nos conocimos, y eso me asusta.

Veo a un hombre del que me estoy enamorando.

La forma en que me miró hizo que me costara respirar. Era como si hubiera escuchado ese pensamiento, alto y claro.

Me sujetó la cara entre sus manos. Luego me besó, sus labios aplastando los míos. Me ablandé como mantequilla, vertiendo todo mi anhelo en el beso. Me agarró por la cintura, acercándome más, profundizando el beso hasta dejarme sin aliento. El suave deslizamiento de su lengua hizo que floreciera el calor en mi pecho. Me derretí en el asiento.

Nos separamos. Se inclinó, sacando una manta del compartimento lateral y extendiéndola sobre nuestros regazos. Luego me atrajo hasta que me recosté contra él.

Lentamente, me permití relajarme en su abrazo. Cuando las luces de la cabina se atenuaron, Santino cogió el mando a distancia y eligió una película. Una comedia romántica se reprodujo en la pequeña pantalla. Con su brazo alrededor de mí, manteniéndome cerca, empecé a sentir cosas. Calor. Recorrí con mis dedos su muslo, y él contuvo la respiración.

Le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

Su cuerpo se tensó. Luego atrapó mi mano y se la llevó a los labios.

—Solo quiero esto. Tú, yo y una película.

Parpadee mirándole. —¿En serio?

Se encogió de hombros. —Es agradable estar contigo.

La mano de Santino encontró la mía bajo la manta y entrelazó nuestros dedos. Cerré los ojos, saboreando la sensación.

La película terminó demasiado pronto. Mientras rodaban los créditos, Santino se estiró y me dedicó una sonrisa traviesa.

—No está mal.

—Nunca pensé que llegaría el día en que Santino Costa se acurrucaría bajo una manta, viendo una comedia romántica conmigo.

—Ahí es donde te equivocas. Siempre he tenido debilidad por los finales felices, pero me gustan más los que creamos nosotros.

—Créeme, lo sé. —Me incliné más cerca, con nuestras narices casi tocándose—. Supongo que puedo quedarme para unos cuantos más.

Su boca carnosa se amoldó a la mía como seda. Una lenta quemazón se extendió por todo mi cuerpo. Presioné mis labios contra los suyos, mis nervios zumbando de necesidad. Se sentía tan correcto. Mi corazón estalló de anhelo. No podía evitar desear esto.

Él gimió, apartándose de mí. Hubo un momento en que parecía que iba a besarme de nuevo, pero se contuvo y miró hacia la pantalla. Un intenso rubor cubrió sus mejillas.

Quizás podía confiar en él. Con él, las cosas podrían ser diferentes. No acabaría destrozada. Apoyé mi cabeza contra su hombro, su respiración me arrullaba hasta dormirme, y no quería estar en ningún otro lugar.

VEINTE

DELILAH

La calidez del sol italiano me envolvió al salir del coche. Habíamos aterrizado hace una hora en Florencia. La única vez que había estado en el extranjero fue en un breve viaje a San Petersburgo cuando era una niña pequeña. Nuestro trayecto fue tranquilo, rodeados de verdes colinas ondulantes y extensos viñedos de la Toscana.

La villa era preciosa con sus paredes cubiertas de hiedra y su tejado de terracota. El ama de llaves, una mujer de mediana edad con ojos amables y una cálida sonrisa, nos recibió fuera.

—Bienvenida, señorita Delilah, señor Costa —dijo, con un acento denso y melodioso—. Tenemos todo preparado para ustedes.

El interior era igual de impresionante. Techos altos con vigas de madera expuestas, grandes ventanales que inundaban las habitaciones de luz solar, y una mezcla de muebles antiguos y modernos le daban un encanto atemporal.

Santino me observaba como si ansiara mi aprobación. —Esta era la casa de mi abuela.

—Preciosa —contemplé boquiabierta las hileras de uvas en el jardín trasero—. ¿Voy a desintoxicarme en un viñedo?

—No hacemos vino. Vendemos las uvas.

—Ya veo.

Me apretó la mano. —No te preocupes, principessa. No encontrarás ni una gota de alcohol en toda esta propiedad.

—Vale, pero aún no me has dicho por qué estamos aquí.

—Hay demasiado drama en Boston ahora mismo.

—Estás siendo críptico. ¿De qué estamos huyendo?

Se detuvo, su mirada recorriendo el viñedo antes de posarse en mí. —Hice algo contra las órdenes de mi jefe. No está contento conmigo. Tuvimos que irnos antes de que las cosas se complicaran.

—¿Qué hiciste?

—No te preocupes por eso.

—Odio que me mantengan en la oscuridad.

Sonrió. —No es algo que debas preocuparte. Yo me encargo.

—Pero estoy involucrada, ¿no? He dejado todo atrás. Tengo que saber qué está pasando.

—Y lo sabrás. Te lo prometo. Pero necesito que te centres en tu salud.

Intenté sacudirme la persistente sensación de que sus secretos eran más peligrosos que las verdades que compartía, pero quería creer en el hombre que me había llevado a Italia.

Trasladó su agarre a mi mano. —Hay alguien a quien quiero que conozcas en el pueblo. Es un médico. Va a ayudarte.

El olor estéril a antiséptico impregnaba el aire mientras yo estaba sentada en el borde de la mesa de exploración. La habitación estaba

fría, y el papel debajo de mí crujía con cada movimiento. Santino estaba de pie a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome con una intensidad que me provocaba escalofríos.

—Relájate —ordenó.

—Fácil decirlo —murmuré, jugueteando con el dobladillo de mi jersey—. No eres tú quien está siendo pinchado y examinado.

—Es por tu bien. Quiero que estés sana.

La puerta se abrió y el Dr. Moretti entró con un portapapeles en la mano. Nos saludó con un educado asentimiento.

—Delilah —comenzó, mirando las notas—. He revisado tus análisis de sangre y algunas de las pruebas preliminares.

Mi estómago se retorció. —¿Y?

El Dr. Moretti me miró, luego a Santino, antes de volver a fijar su mirada en mí. —Las enzimas de su hígado están elevadas, lo cual es típico para alguien que ha estado bebiendo mucho. No hay daño inmediato, pero es una señal de advertencia. Su cuerpo está bajo mucho estrés, y debemos abordarlo antes de que se convierta en un problema serio.

La expresión del médico se ensombreció. —La desintoxicación puede ser peligrosa. Necesitamos gestionarla para evitar síntomas de abstinencia. Reduciremos gradualmente su consumo durante los próximos días. Es más seguro que parar bruscamente, lo que podría causar convulsiones.

Un escalofrío me recorrió ante la idea.

—La vigilaremos de cerca —me aseguró—. Le recetaré medicamentos que ayuden.

La mano de Santino encontró la mía, su agarre cálido.

—La hidratación será clave. Beba mucha agua y evite la cafeína y el azúcar, que pueden empeorar la abstinencia. Coma comidas

equilibradas. Su cuerpo necesitará los nutrientes para recuperarse.

Asentí. Ya había pasado por esto antes. —¿Y qué pasa cuando... sienta que necesito beber?

La mirada del médico era compasiva. —Eso es una parte normal de la recuperación. Cuando lleguen los antojos, busque algo que la distraiga. Dé un paseo, llame a alguien, participe en una actividad que mantenga su mente alejada de eso.

Santino me apretó la mano. —Te ayudaré a superar esto.

El Dr. Moretti le dio un gesto de aprobación. —El apoyo es crucial.

Nunca había tenido a alguien como Santino de mi lado. Quizás podría superarlo sin desmoronarme.

El Dr. Moretti sonrió amablemente. —Está dando el primer paso hacia una vida más saludable. No es fácil, pero vale la pena. Si tiene alguna pregunta, no dude en contactar.

Después de algunas instrucciones más y una receta para medicación, el Dr. Moretti salió de la habitación, dejándonos a Santino y a mí solos.

Bajé la mirada, mis dedos retorciéndose en mi regazo. —He intentado dejarlo antes. Nunca funciona.

Él se acercó, levantando mi barbilla para que lo mirara. Sus ojos eran una tormenta de emociones. —Esta vez será diferente.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

Su pulgar rozó mi labio inferior, enviando una emoción a través de mí. —Porque me tienes a mí.

Mi corazón latía con fuerza. —¿Pero por qué te importa tanto?

—Te necesito sana. No solo por ti. Por nosotros.

—¿*Nosotros*?

—Sí. Tengo planes para nosotros, y no incluyen que te ahogues en una botella.

—¿Un futuro juntos? —pregunté.

Sonrió. —Un paso a la vez. Primero, necesitas cuidar de ti misma.

Mi respiración se entrecortó, imaginando el futuro que él visualizaba. Uno lleno de estabilidad, compromiso y... un bebé. Mi pulso se aceleró. Nunca había dejado que nadie se acercara lo suficiente para querer eso conmigo, pero Santino era diferente. Me hacía sentir cosas que no sabía que era capaz de sentir.

Tragué saliva. —No sé si puedo.

Su agarre en mi cintura se apretó. —Eres más fuerte de lo que piensas.

Me apoyé en él, su latido constante me arrullaba hacia la paz. Santino me abrazó fuerte como si pudiera protegerme del mundo. Quizás podría. Quizás todo estaría bien.

Pero en el fondo, sabía la verdad.

Nada sobre nosotros era seguro.

VEINTIUNO

DELILAH

Los primeros días de desintoxicación fueron un infierno. El Dr. Moretti y su enfermera, Maria, hacían visitas frecuentes a la casa. Ambos eran amables y profesionales, pero no había forma de escapar de la tortura de la abstinencia. Náuseas, sudoración, temblores... mi cuerpo se rebelaba contra la ausencia de alcohol con una ferocidad que me agotaba.

Santino nunca se apartó de mi lado. Estuvo presente en cada momento agonizante, sosteniendo mi mano, ayudándome a ducharme, susurrando palabras de ánimo mientras limpiaba el vómito de mi barbilla y recordándome por qué estaba haciendo esto.

Cada noche, mientras el sol se ponía sobre los viñedos y el dolor desgarraba mis entrañas, Santino me llevaba al balcón. Me abrazaba, y sus palabras tejían un tapiz de esperanza que parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Imagina una vida donde lo más difícil de tu día sea elegir por qué viñedo pasear.

Pintaba una imagen vívida de un sueño tan hermoso, haciendo que pareciera alcanzable: estabilidad, seguridad y quizás amor. Me aferraba a ello a través de los temblores y las lágrimas.

Después del cuarto día, los deseos de beber me mordían con dientes afilados. Me sorprendía a mí misma mirando el teléfono,

considerando llamar a un bar local o, peor aún, intentando encontrar alguna reserva oculta que Santino hubiera pasado por alto.

Pero nunca lo hice. Porque Santino estaba allí. Notaba el ligero temblor en mis manos y aparecía con una distracción: un libro, un juego, un paseo entre las uvas o simplemente su presencia. Aparte de besarnos, no hicimos nada sexual. Quería que me centrara en sanar.

Al final de la primera semana, lo peor de la abstinencia había pasado. Mi cuerpo, aunque todavía débil, encontró un nuevo equilibrio. Los deseos acechaban en el fondo, pero me sentía como yo misma otra vez.

—Estoy orgulloso de ti —dijo Santino mientras nos sentábamos en la terraza, el sol toscano bañándonos con su dorada calidez—. Lo has conseguido.

Lo miré. —No podría haberlo hecho sin ti.

—Podrías haberlo hecho, pero me alegro de haberte ayudado.

—Tú me mantuviste en pie. Creíste en mí cuando yo no lo hacía.

Me estaba enamorando de él.

La realización se acercó lentamente, como la luz del sol extendiéndose por mi rostro. No podía negarlo más. No quería hacerlo. En algún momento entre el caos de Boston y la tranquilidad de este campo toscano, él se había metido bajo mi piel, y no podía sacudírmelo.

Había empezado a apoyarme en él, no solo como un salvador de mi antigua vida, sino como un pilar en la nueva. Era aterrador. Cuanto más dependía de él, más miedo me daba perder todo esto.

—Has sido paciente conmigo, y ha sido muy agradable aquí. Gracias por hacer esto.

Me apartó el pelo de la cara, haciendo que mi corazón doliera. —Estamos juntos en esto. Para bien o para mal.

—¿Qué... qué quieres decir con eso?

Santino deslizó su mano por mi espalda. —Me perteneces, y eso nunca va a cambiar.

¿Nunca? —Eso es un gran acto de fe.

—Es más que eso, principessa. Es un hecho.

Me reí, con las mejillas enrojecidas. —Vale. Tranquilízate.

Sonrió. —Todavía no lo entiendes.

Mi cara se sonrojó. —¿Entender qué?

—No hay nada que no haga para poseerte completamente.

La advertencia en su tono me puso en alerta. Había contenido su posesividad en las semanas que llevábamos en Italia, pero ahora que me había recuperado, el monstruo estaba listo para jugar.

—Eres el único hombre en mi vida, Santino.

—No es de eso de lo que estoy hablando.

Mi cuerpo se tensó cuando puso una mano en mi rodilla, el contacto quemando a través de mi vestido de verano. La sonrisa de Santino seguía siendo ligera, pero la oscuridad retumbaba en sus palabras.

—¿Te has hecho ya una prueba de embarazo?

La pregunta quedó suspendida en el aire como una nube de tormenta. Miré fijamente a Santino, mi mente dando vueltas.

—Um, no desde hace tiempo.

Santino dejó caer un paquete delgado sobre el reposabrazos de la tumbona, su expresión grave. —Háztela.

—¿Ahora?

—Sí.

Tragué saliva con dificultad. —¿Por qué?

—Porque si no lo estás, tenemos que seguir intentándolo.

Parpadeé mirándole, la conmoción recorrió mi cuerpo. —¿Intentando mejorar mi italiano?

Los labios de Santino se crisparon, pero su mirada permaneció firme. —No podemos volver a casa hasta que estés embarazada.

Negué con la cabeza. Miedo, confusión y un inexplicable destello de esperanza se enredaron, dejándome sin aliento. —¿De qué diablos estás hablando?

Sonrió mientras yo le miraba boquiabierta. —La amenaza en Boston no va a desaparecer, pero si estás embarazada, estarás a salvo. Tendré poder para negociar algo con mi jefe.

—¿Qué tiene que ver tu jefe con esto?

—Mi jefe te quiere muerta.

Mi garganta se tensó. —¿Qué le he hecho?

—Nada. Vinn quiere venganza por una vieja disputa.

—¿Qué disputa?

—Es una larga historia. Ocurrió hace años. —Santino miró fijamente los viñedos, su postura rígida—. Quería que atrajera a tu padre a una reunión, lo matara, y luego te matara a ti. No podía dejar que te pasara nada, así que te traje a Italia.

Me hundí en la silla. —¿Me trajiste a Italia... para dejarme embarazada?

—Para protegerte —corrigió—. Mi jefe no vendrá a por ti si vamos a tener un bebé.

—¿Esa es tu *solución*?

—Es la única manera de mantenerte a salvo.

Miré la prueba de embarazo en el reposabrazos. —Así que todas esas noches que has estado terminando dentro de mí sin condón. ¿Este era tu plan desde el principio?

—Hice lo que tenía que hacer, Delilah. Si estás embarazada, Vinn no puede tocarte. Serás la madre de mi hijo, y eso te da protección.

Una oscura sospecha entró en mi cabeza.

Durante semanas, no había tomado mis píldoras anticonceptivas. En el momento en que aterrizamos en Italia, las busqué para tomar mi siguiente dosis. Juraba que las había empacado, pero no estaban ni en mi bolso con cremallera ni en mi neceser. Se lo mencioné a Santino, pero me dio una palmadita en la mano y me dijo que me centrara en mejorar. No tuvimos relaciones durante mi recuperación, así que se me fue de la cabeza.

¿Las había tirado él?

Fue como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. El mundo se inclinó, y no podía respirar.

Mi corazón latía con fuerza. —Entonces... ¿todo esto, traerme aquí, ayudarme con la desintoxicación? ¿Todo fue para mantenerme viva el tiempo suficiente para *dejarme embarazada*?

Santino sonrió. —No puedes quedarte embarazada si tu alcoholismo está fuera de control.

—Estás jodidamente loco.

Intenté incorporarme, alejarme de él, pero mis piernas flaquearon. Santino me sujetó, con su brazo alrededor de mi cintura, y me ayudó a ponerme de pie.

Su agarre se hizo más firme. Luego recogió lentamente el test de embarazo del reposabrazos, como si me diera la oportunidad de

reaccionar. Pero no podía. Estaba paralizada, dividida entre la realidad y la esperanza imposible de que esto no fuera real.

—Vamos dentro —dijo, frotándome la espalda—. Necesitas hacerte esto.

Abrí la boca para protestar, pero no salió nada. Le dejé guiarme de vuelta al interior, con su mano cálida contra mi espalda mientras me conducía hacia el dormitorio.

Cuando llegamos al dormitorio, Santino se detuvo en la puerta. Una suavidad persistía en su mirada depredadora, haciendo toda esta situación aún más surrealista.

—Te corriste dentro de mí la primera noche que estuvimos juntos.

Sonrió con suficiencia. —Simplemente me gustaba la idea de mancillar a una novia Romanov.

—Así que querías humillarme.

—Nunca se trató de hacerte daño, principessa. Pensé que jugaría contigo un tiempo, y luego... no sé. Quizás me enamoré desde el principio. No estoy seguro.

Aquello me envolvió como grilletes de terciopelo. El calor de sus manos alivió el frío que se instalaba en mi corazón. Todo el alcohol que había bebido en el pasado debía de haber dañado mi cerebro. ¿Por qué si no no estaba luchando contra él con uñas y dientes?

Me empujó dentro de la habitación.

Como una niña indefensa, le dejé guiarme. Un nudo se alojó en mi garganta al ver la cama. Una excitación perturbadora recorrió mis extremidades cuando él rodeó mi cintura con un brazo. Agarré su muñeca, con la intención de apartarla de mí.

—*Para* —gemí.

—Delilah, sabías que venir a mí era un riesgo.

—¡Se suponía que te divertirías y seguirías adelante!

—¿Para que puedas beber hasta matarte? No lo creo, principessa. Eres demasiado valiosa para tirar tu vida. —Cerró la puerta del dormitorio.

—Traer un niño a este lío no es la solución.

—Es la única forma de mantenerte a salvo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté, con la voz temblorosa—. ¿Por qué esperar hasta ahora?

—Tenías que centrarte en desintoxicarte. No quería añadirte más presión.

Solté una carcajada. —Siempre tan preocupado por mi bienestar.

—Ni siquiera podías manejar las llaves de mi casa. Habrías montado un escándalo si hubiera mencionado intentar tener un bebé.

—Esto es una locura —siseé.

—Muchos tipos tienen hijos con sus amantes, y yo pretendo convertirte en mi esposa. Así que. Si no te importa. Hazte la prueba. —Me empujó hacia el baño, encendió las luces y colocó la caja rosa sobre la encimera.

Niños. Matrimonio.

Había perdido completamente la cabeza.

Necesitaba escapar, encontrar algo de espacio para respirar, pero Santino bloqueaba la salida. —¡Eres un cabrón manipulador!

—No pretendamos que soy el único manipulador en esta habitación.

—No voy a hacerme la maldita prueba —gruñí.

—No me moveré hasta que lo hagas.

Capullo.

Abrí la caja de un tirón, odiándole, y cerré la puerta de golpe. Me apoyé contra ella, respirando con dificultad. Hice mis necesidades en el baño y me hice la prueba, con las manos temblando tanto que era difícil mantenerla estable. Luego la dejé en la encimera y esperé, con el corazón acelerado.

Los minutos se arrastraron, cada uno extendiéndose en una eternidad. Miré fijamente la ventanilla de plástico mientras aparecía una línea fina.

Negativo.

Una extraña mezcla de alivio y decepción me invadió. No estaba atada a Santino de la manera que él quería, pero la amenaza seguía acechando tras la puerta.

La abrí.

La mirada esperanzada de Santino se clavó en la mía. —¿Y bien?

Le entregué la prueba.

Miró hacia abajo, frunciendo el ceño. —Negativo.

Asentí, mordiéndome el labio. —¿Y ahora qué?

—Lo intentaremos de nuevo —dijo.

—Santino...

Acortó la distancia entre nosotros, agarrándome el cuello. Sus labios chocaron contra los míos, robándome el aliento. El beso fue intenso, lleno de toda la lujuria contenida por no poder tocarme las últimas semanas.

A pesar del torbellino de ira dentro de mí, mi cuerpo respondió. Le devolví el beso, vertiendo toda mi confusión en el momento. Su mano me anclaba a él como si temiera que pudiera escaparme.

El beso se profundizó. Sus labios eran exigentes, casi punitivos, pero yo agradecí la rudeza, cómo hacía que todo se desvaneciera en

segundo plano. No había amenaza de Dimitri, ni ultimátum inminente. *Solo nosotros*.

El agarre de Santino se tensó mientras se echaba ligeramente hacia atrás. Sus ojos me mantenían cautiva. —Te necesito. Ha pasado demasiado tiempo.

VEINTIDÓS

DELILAH

Santino volvió a besarme, sus labios explorando los míos con una ternura que me hacía doler el pecho.

Me guió hacia atrás, con sus manos firmes en mi cintura, sin romper el sello de nuestras bocas mientras nos movíamos. Mi espalda chocó contra el poste de la cama, y jadeé en su boca, la sensación enviando un escalofrío por mi columna. Eso me sacó de su hechizo.

Me aparté de él, escabulléndome de sus brazos y moviéndome al otro lado de la cama. —¿Por qué estás haciendo esto?

Su suave sonrisa hizo que mi corazón diera un vuelco. —Así es como te mantienes a salvo de tus enemigos.

—¿Encerrándome? ¿Atrapándome con un bebé?

Santino se rio. —No seamos melodramáticos, principessa. No es una trampa cuando entras en ella con los ojos bien abiertos.

—Eres un cabrón manipulador.

—Tú me manipulaste primero, nena.

—Nunca hice *nada* como esto.

—¿Así que Dimitri apareció en la gala al mismo tiempo que tú por casualidad? ¿No querías que lo matara por ti? ¿Y qué hay de todas las veces que te pusiste de rodillas, me chupaste la polla y te

quedaste con mi dinero? Hiciste todo lo posible para que me volviera adicto a tu coño, y luego tienes la osadía de actuar sorprendida cuando funcionó. —Negó con la cabeza, sonriendo—. Podrías dar una clase magistral sobre manipulación.

—¡No quería un bebé como resultado!

—No, querías utilizarme. Yo solo jugué mejor la partida.

—Te juro por Dios que no lo hice.

Se rio. —Querías que matara a tu ex prometido. Por eso lo atrajiste a la gala. Luego ibas a dejarme sin siquiera un beso de despedida. ¿Me equivoco?

—No fingamos que te habría roto el corazón.

—No sabes eso —dijo, dejándome atónita—. Nunca preguntas por mis sentimientos. Tienes demasiado miedo de lo que pueda decir.

—E-eso no es cierto.

—Solo pregunta, Delilah. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Apreté los dientes. —Tus sentimientos no son asunto mío.

Él se acercó acechante, rodeando la cama. —Tienes tanto miedo de querer más, y no deberías tenerlo. Me enfurece. Quiero matar a todos los que te hicieron sentir así. Empezando por el mierda de tu padre.

Retrocedí, pero él agarró mi brazo, atrayéndome más cerca. Su agarre era firme pero no doloroso. —Santino, no lo entiendes.

—Entiendo más de lo que crees. Te han herido, usado y descartado. Pero yo no soy como ellos. No voy a dejarte ir.

—No puedes simplemente reclamarme como una posesión.

Inclinó la cabeza, con un brillo peligroso en sus ojos. —¿No puedo?

—¡Estás loco si crees que aceptaría ser criada como una especie de *yegua reproductora* para tu imperio!

La sonrisa de Santino no vaciló, pero sus ojos se endurecieron. —Tú y yo somos inevitables. Lo verás con el tiempo.

—¿Y si no lo veo?

Acarició mi cadera, su voz una amenaza aterciopelada. —Entonces pasaré cada día convenciéndote.

—¿No ves lo jodido que es eso? Somos dos personas desequilibradas, y este bebé va a salir *mal*.

—Nuestro bebé estará perfectamente.

Negué con la cabeza. —No estoy embarazada. No quiero estarlo, ¡así que ni siquiera lo pienses!

—Pero ya lo hemos estado intentando.

—No —gruñí—. Te pregunté si estabas intentando dejarme embarazada, ¡y dijiste que no!

—Te mentí.

—¿Qué coño te pasa? —grité.

—Podría preguntarte lo mismo. Prefieres que te traten como a una puta que como a alguien importante para mí.

Me aparté de él nuevamente, temblando. —Nunca te pedí que aparecieras y... me arreglaras. Solo quería tener algo parecido al control.

—Todo lo que he hecho siempre ha sido intentar cuidar de ti.

—Atraparme no es cuidarme.

—Llámalo como quieras —dijo encogiéndose de hombros—. Pero es la única manera de mantenerte a salvo. Ya he elegido nuestra casa.

Tan pronto como estés embarazada, nos mudaremos a un lugar junto al de mi hermano para que nuestros hijos puedan jugar juntos.

Un escalofrío frío recorrió mi espina dorsal. —Hay algo seriamente mal contigo.

—Lo que está mal es que tienes demasiado miedo para admitir que tú también quieres esto. —Sus manos encontraron mi cintura, arrastrándome contra él.

Intenté apartarlo, pero él se mantuvo firme, su agarre fuerte. —Eres un monstruo.

—Y te encanta. ¿Verdad? Te encanta cómo te follo. Cómo te hago sentir segura.

Me giré, pero él agarró mi barbilla. —Mírame. Dime que no quieres esto.

Sus palabras eran un dulce veneno. Una vergonzosa oleada de calor se arremolinó en mi vientre.

—Santino, por favor...

Me besó de nuevo, más fuerte esta vez. Su cercanía me desorientó, y su aroma a sal marina y cítricos me envolvió.

—Santino, yo...

Sus labios se encontraron con los míos otra vez, esta vez con una ferocidad que derritió mis defensas. Su beso era exigente. Su lengua trazó mis labios antes de profundizar más, provocándome un gemido que no pude contener.

Mis manos encontraron su camino alrededor de su cuello, acercándolo más. El beso se profundizó, y me perdí en el torrente que ahogaba el miedo. Él gimió, y nuestros labios se separaron.

—Quítate el vestido.

No me moví. Este frágil trozo de tela era todo lo que me protegía de él y de mi insano impulso de ceder a sus exigencias.

—Tendrás que obligarme —siseé.

Sus ojos destellaron, y entonces me tiró sobre la cama.

Mi cuerpo doblado sobre la cama, sus manos subiendo mi vestido. Me lo quitó por la cabeza, y luego su palma golpeó mi trasero. Una vez. Dos veces. Me estremecí por el rudo impacto.

Jadeé, con el corazón palpitando mientras el ardor de su mano en mi piel enviaba ondas de choque por todo mi cuerpo. La ira y algo más oscuro se retorcían dentro de mí.

—¡Santino! —intenté sonar furiosa, pero salió desesperado.

Otra palmada en mi trasero me hizo chillar.

Se inclinó sobre mí, su aliento caliente contra mi oreja. —Voy a llenarte, una y otra vez, hasta que no haya duda de a quién perteneces.

—¿Crees que esto me hará quedarme?

Soltó una risa oscura, sus dedos deslizándose hacia donde ya estaba húmeda. —No vas a ir a ninguna parte.

Cada caricia hacía más difícil resistir el poder que ejercía sobre mí. Lo odiaba por ello y me odiaba aún más a mí misma por desearlo.

—No tienes que hacer esto —jadeé.

—¿De qué otra forma te daré un bebé?

—Estás enfermo —susurré—. Deberían encerrarte.

—Puedes fingir todo lo que quieras, pero ambos sabemos que nunca te irás.

Odiaba lo acertado que estaba. Cada parte lógica de mí gritaba que corriera, que luchara, pero Santino tenía un control sobre mí que no

podía romper. No tenía idea de qué era más aterrador: el miedo a estar atrapada o el miedo a desearlo.

Mordisqueó mi oreja. —Cuando termine contigo, suplicarás por todo lo que te estoy ofreciendo.

Jadeé cuando sus dedos encontraron mi clítoris.

—No me posees —logré escupir.

Se detuvo, sus dedos quedándose inmóviles. Su agarre sobre mí se suavizó, y la esperanza parpadeó en mi pecho. Pero entonces su mano se tensó, y me giró para mirarlo a la cara, con los ojos ardiendo.

—Me perteneces, y me aseguraré de que nunca lo olvides. —Sus labios se estrellaron contra los míos mientras sus manos ásperas recorrían mi cuerpo, ahuecándose en mi vientre—. Voy a poner a mi bebé dentro de ti. Justo aquí.

Mi respiración se entrecortó. —No, no lo harás.

—Sí lo haré. Y te pondrás grande con nuestro bebé, y te mimaré hasta el hartazgo, y te encantará.

—*No*.

Sus labios se curvaron en una sonrisa perversa, sus manos deslizándose hasta mis caderas, inmovilizándome. Contuve un gemido. Su fuerza se estaba convirtiendo en un retorcido santuario.

Estoy enferma de la cabeza.

Rota.

—No debería querer esto —gimoteé.

—Pero lo quieres. Estás mojada por mí, incluso ahora. Y cuando lleves a mi bebé, sabrás que es donde siempre necesitaste estar.

Sus manos dejaron mis caderas mientras retrocedía ligeramente. Su cinturón tintineó al arrancarlo de sus pantalones. El sonido de la cremallera cortó mis pensamientos dispersos, y luego sus muslos desnudos presionaron contra los míos. Sus palmas se deslizaron por la parte posterior de mis piernas, apretando mi trasero, y luego bombeó sus dedos dentro de mí. Me arqueé contra su tacto, jadeando.

—*Por favor*.

¿Estaba pidiendo más o suplicando que se detuviera?

—No más huidas, principessa —dijo, alineando su polla con mi dolorido coño—. Esta es tu vida ahora.

Su polla se clavó dentro de mí.

Mi traicionero coño lo recibió.

Sus fuertes embestidas sacudieron mi cuerpo. Ser follada por él dolía. Dolía tan bien, uniéndose al placer que estremecía mis nervios. Se suponía que esto era temporal, pero cada dulce nombre que me había llamado insinuaba sentimientos más profundos. No podía decirme que no. Nunca había sido capaz de negarme una sola cosa.

Yo tenía poder sobre él. Era embriagador, la forma en que se derretía cuando lo tocaba, cómo sus ojos se suavizaban cuando bajaba la guardia. Como si anhelara mi aprobación tanto como yo anhelaba su consuelo.

No quería que se detuviera.

Quería más. Quería ahogarme en la intensidad de lo que teníamos.

—Santino, por favor.

Soltó una risa oscura. —¿Por favor, qué? ¿Por favor fóllame más fuerte? ¿Por favor llénname?

Gemí. —Más fuerte.

Se retiró, luego se estrelló contra mí, haciéndome gritar.

La vergüenza y la excitación se combinaron en un potente cóctel que me dejó mareada. Su dedo frotaba mi clítoris. Su toque enviaba ondas de choque por mi cuerpo, el placer insoportable. Estaba al borde, tambaleándome al filo de un precipicio sin forma de detener la caída.

—Córrete para mí —exigió—. Muéstrame a quién perteneces.

El orgasmo me invadió, mi cuerpo convulsionándose mientras ola tras ola de placer me desgarraba. Grité, mis uñas clavándose en las sábanas mientras me perdía en el éxtasis que me imponía.

No se detuvo, embistiendo dentro de mí. —Eso es. Tómalo todo.

Mientras el placer disminuía, me desplomé sobre la cama, jadeando. Él permaneció dentro de mí, su polla aún dura. Empezó a moverse de nuevo.

Me puso boca arriba, moviendo mis piernas sobre su pecho. Santino trabajó su cuerpo hasta el frenesí, su rostro contraído en la máxima concentración. Su frente brillaba de sudor mientras embestía dentro de mí como una máquina.

Mi mirada dispersa se fijó en sus ojos negros. Tan negros. Sus pupilas casi habían devorado sus iris mientras observaba mi rostro. Sin parpadear, como un perturbado. Como si realmente le importara lo que yo sentía. Otros hombres me miraban como un objeto.

Santino miraba directamente a mi maldita alma.

Enredé mis dedos en su pelo, acercándolo más. Mis piernas se cerraron alrededor de su cintura, los talones clavándose en su espalda. Él gimió.

—Oh joder, Delilah.

Lo deseaba. No me importaba lo jodido que estuviera o cómo prácticamente me había engañado para ponerme en esta posición.

Yo tenía un cerebro roto. Eso no era noticia. Mis uñas lo arañaron mientras me aferraba a su espalda, desgarrando su carne mientras me follaba tan fuerte que mi cuerpo se deslizaba por la cama. Besé su boca jadeante y chupé su labio, mordiéndolo con fuerza.

Él se corrió, aferrándome más cerca mientras se vaciaba dentro de mí. Se quedó allí, con los ojos cerrados, respirando con dificultad. Finalmente, sus ojos aturdidos se abrieron.

—Puedo ir de nuevo en unos minutos —dijo.

—Estás loco, ¿lo sabes?

Su boca se curvó en una hermosa sonrisa.

Tracé sus labios con el dedo. —Santino, ¿por qué quieres tener un bebé *conmigo*?

—¿Por qué crees tú?

—No lo sé. Creo que estás loco.

—Tú me has llevado a este punto —susurró con dureza mientras introducía lentamente su miembro en mi húmedo sexo—. Me has hecho desearte de formas que nunca pensé que querría.

Esto era una idea pésima.

Y, sin embargo, mis caderas se elevaron para encontrarse con las suyas, y gemí cuando él succionó mi pezón. Mordió mi pecho como una bestia reclamando a su pareja. Cada gemido que escapaba de mis labios era una rendición que no había acordado dar. Escapar ya no era una opción.

VEINTITRÉS

SANTINO

Delilah estaba cabreada.

Estaba acurrucada en el sofá, con la boca tensa mientras miraba la televisión. Había abandonado el dormitorio en mitad de la noche. La seguí, manteniéndome a distancia. Necesitaba su espacio.

Después de la noche anterior, necesitaba reajustar sus expectativas sobre esta relación. No se había dado cuenta de lo serio que yo había sido a pesar de las indirectas que no dejaba de lanzarle. Delilah a veces era un poco ilusa. No pasaba nada.

La observé desde la isla de la cocina mientras pasaba por los canales italianos locales. Se detuvo en un programa de repostería protagonizado por una morena delgada como una modelo que parecía que nunca se había comido un cornetto en su vida. ¿A Delilah le gustaban los pasteles? No había comido mucho desde que llegó aquí. Solo un poco de pastina mezclada con caldo. La abstinencia le había golpeado con fuerza, y me hacía sentir como una mierda por no haberlo notado antes.

No tenía ni idea de su problema con la bebida. Dos meses saliendo, teniendo sexo y divirtiéndonos. Pensaba que sabía controlar el alcohol. Era buena ocultándolo, pero cuando la vi en mi apartamento... Fue entonces cuando lo entendí. Cuando me di cuenta, investigué sobre el alcoholismo en internet. Hacía tanto tiempo que mi viejo había muerto que apenas recordaba nada sobre

la enfermedad. Toda la literatura decía que la abstinencia del alcohol era peligrosa. Podría haber muerto sin un equipo médico que la vigilara de cerca, así que contacté con algunos tíos que aún vivían en Italia, y ellos me ayudaron a encontrar médicos. Estaría bien. Lo peor ya había pasado. Tal vez el programa de televisión que eligió significaba que su apetito estaba volviendo.

Le mandé un mensaje a Anna, la ama de llaves, para que trajera pasteles frescos por la mañana. El sofá de cuero crujió cuando Delilah se dio la vuelta, frunciendo el ceño.

—¿Vas a quedarte ahí parado mirándome?

Guardé el móvil. —Estoy intentando darte espacio.

Me miró con enfado. —Ven aquí, anda.

Caminé hasta el sofá y me senté a su lado, lo suficientemente lejos para que no se sintiera agobiada. Volvió a girar la cabeza hacia la pantalla mientras un pastelero aplicaba una capa brillante de chocolate a un pastel.

—¿Tú ves programas como estos?

Negué con la cabeza. —Soy más de noticias y deportes.

Volvió a quedarse en silencio, subiéndose el tirante del camisón por el hombro. Difícil creer que horas antes, había estado enterrado hasta el fondo en su estrecho coño.

Mi polla se endureció al recordar la noche anterior. Había estado enfadada, sin duda, por la forma en que me agarró la espalda. Y sus uñas se clavaron en mi cuero cabelludo mientras me sujetaba contra su cuerpo, con su lengua en mi boca, sus caderas sincronizadas con las mías.

Era perfecta.

Se sentía bien haber arrancado esa última capa de secretismo. Cabalgó sobre mi polla justo como sabía que lo haría, sujetándome

con fuerza con sus muslos, tomando cada gota de mi semen como una buena chica. Manteniéndolo dentro durante mucho tiempo. Lo investigué, y los expertos recomendaban de veinte minutos a una hora. Así que simplemente seguí follándola. A ella le encantó. Gritó mi nombre y se corrió una y otra vez. Y cuando estaba demasiado somnolienta para continuar, la acuné en mis brazos, con su cara enterrada en mi cuello, y ella me abrazó también. Por fin me trató como si le perteneciera.

Ahora estaba malhumorada de nuevo.

Rompí el silencio, intentando mantener las cosas ligeras. —¿De qué va el programa?

—De repostería —dijo secamente.

—Sí, eso lo veo. ¿Te gusta la repostería?

Se encogió de hombros. —Está bien. Solo me gusta ver a gente hacer cosas bonitas.

—Quizás podríamos intentarlo juntos.

Me miró, suavizando su expresión. —¿Tú haces repostería?

—No realmente, pero sé seguir instrucciones.

Vimos el programa en un cómodo silencio durante un rato. La morena delgada como una modelo probó el trozo más pequeño de un pastel con flores intrincadas y habló con una chica que llevaba un delantal.

Delilah suspiró, con los ojos aún en la pantalla. —Solía hacer pasteles con mi madrastra. Antes de que se amargara por las infidelidades de mi padre. Cada año, se esmeraba con los dulces para Navidad. Tratando de impresionar a mi padre, supongo. —Se ajustó la manta más fuerte a su alrededor.

—¿Y tu madre?

Delilah negó con la cabeza, su mirada fija en las imágenes parpadeantes de la pantalla. —Murió cuando yo era pequeña.

—Lo siento. Es un tipo de pérdida de la que no te recuperas sin más.

Me acerqué y le coloqué un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Se inclinó hacia mi contacto, luego se apartó, levantando sus muros de nuevo. Delilah se volvió hacia la televisión, con el cuerpo tenso.

El programa pasó a la fase de evaluación, y los concursantes esperaban el veredicto con el aliento contenido. Miramos en silencio, los únicos sonidos eran las críticas de los jueces y las ocasionales risas grabadas.

—¿Y tu familia? —preguntó ella.

—Mi viejo era un jugador y un borracho. Mi madre hizo todo lo posible por protegernos, pero no era fácil. Él entraba como un huracán, lo destrozaba todo y luego se marchaba como si nada hubiera pasado.

Los ojos de Delilah se ablandaron. —Suena familiar.

—No todos los padres son lo que deberían ser.

—¿Y tus hermanos? Los mencionaste antes.

—Son un poco de todo. Nos cuidamos entre nosotros lo mejor que podemos. La familia es la familia, ¿verdad? Incluso cuando te vuelven loco. —Hice una pausa, con los recuerdos emergiendo como fantasmas del pasado—. Después de que un incendio matara a mi primo, todo se vino abajo.

—¿Un incendio?

—Un incendio en una casa. Mi tía y mi tío no tuvieron ninguna oportunidad. Luca, que tenía diez años en ese momento, tampoco. Toda la familia fue aniquilada.

Sus ojos se agrandaron. —Eso es terrible.

—Me ha atormentado desde entonces. Esa noche lo cambió todo. Mi padre empezó a beber aún más. Mi madre perdió la cabeza. Rome y yo tuvimos que asumir la responsabilidad y trabajar para la Familia. Durante unos años, tuvimos que arreglárnoslas por nuestra cuenta.

Se dio la vuelta completamente para mirarme. —Eso es realmente jodido.

—Sí.

—¿Es por eso que empezaste a trabajar para ellos?

Asentí. —Alguien tenía que ayudar a poner comida en la mesa. Seis hijos. Dos padres.

Se tensó. —¿Por qué me cuentas todo esto?

—Conozco tu secreto más oscuro. Pensé que debería contarte el mío.

Alzó una ceja. —Tener una infancia difícil no es un secreto.

—Quizás no, pero la idea de volver a eso me quita el sueño por las noches. Estar indefenso otra vez. Es lo que motiva todo lo que hago. Es por eso que no puedo mostrarme débil.

—¿Es por eso que tiraste mis anticonceptivos?

Un paquete de píldoras era todo lo que se interponía entre yo y conservarla para siempre. Si le dijera eso, ¿se enfadaría? Quería que siguiera hablándome, que dejara de parecer tan herida cuando entraba en la habitación. Suspirando, me pasé la mano por el pelo.

—Era la única manera de conseguir lo que quería.

Ella se enfureció. —Ni siquiera intentaste buscar otra forma.

—No. No puedo decir que lo hiciera.

Contarle sobre mis sentimientos no había funcionado. Tampoco darle las llaves. La terquedad de Delilah habría arruinado una relación

perfectamente buena, y no podía permitir eso.

Delilah volvió su atención al televisor, frunciendo el ceño. El programa continuaba, y ella se acomodó entre su manta y sus almohadas, con el pie casi tocando mi muslo.

Me miró de reojo.

Fingí observar a un pastelero glasear un pastel mientras Delilah me repasaba con la mirada. Sus ojos se detuvieron en mi polla, que se endureció. No pude evitarlo.

La vi morderse el labio. La habitación estaba bañada en una luz suave que hacía bailar sombras por su rostro.

Poco a poco, me acerqué más. Cuando no se apartó, extendí la mano y rocé su pie con los dedos. No lo retiró bruscamente. Comencé a masajear, liberando la tensión de su arco. Un suave suspiro se le escapó. Su expresión se derritió en algo más maleable. Mantuve mis ojos fijos en los suyos, observando cada sutil rendición. Mis manos subieron por sus pantorrillas.

Sus ojos revolotearon.

Tiré de sus piernas, arrastrándola sobre mi regazo. Pasé mis brazos por debajo de ella y me levanté. Se aferró a mi cuello mientras la sacaba del salón.

—No sé por qué te permito hacerme esto —suspiró.

Podía fingir estar desconcertada por su deseo hacia mí. Si eso la llevaba a mi cama sin complicaciones, me venía perfectamente.

La llevé a través del umbral del dormitorio, igual que una pareja recién casada. Un recuerdo de nuestra primera noche juntos ardió en mi cabeza. Ella con ese vestido de novia. La novia Romanov robada que estaba decidido a mancillar. Se presentó en mi habitación de hotel, lo más hermoso que había visto jamás. Tan preciosa. Debería haberme casado con ella allí mismo.

La deposité suavemente en la cama.

Subiendo a la cama, me coloqué entre sus piernas abiertas, con mis manos ásperas empujando su vestido de seda hasta la cintura. Ella contuvo la respiración bruscamente, su piel cubierta de piel de gallina en el aire fresco. Sus bragas estaban empapadas, y se las arranqué por las piernas.

Sus caderas se elevaron, invitándome a entrar. Sonreí con suficiencia, bajando la cabeza entre sus muslos. Mi lengua salió, provocando su clítoris, y ella jadeó, agarrando las sábanas. Su sabor era adictivo, llevándome a lamerla con un hambre feroz. Mi lengua rozó su punto más sensible. Sus gemidos llenaron la habitación.

Su cuerpo tembló, y supe que estaba cerca. Envolví mis labios alrededor de su clítoris, succionando con fuerza, y ella se deshizo, su orgasmo atravesándola como una tormenta. Gritó mi nombre, sus manos aferrándose a mi pelo.

No me detuve hasta que fue un desastre tembloroso debajo de mí. Su cuerpo se agitaba, sus uñas dejando dolorosos rastros por mi cuero cabelludo mientras se deshacía.

Me incorporé, limpiándome la boca con el dorso de la mano. Me acerqué a ella, posicionando mi polla en su necesitado coño. Luego me incliné hacia delante, mi polla rozándola. —Voy a llenarte, nena.

Me introduje en ella, duro y profundo. Ella jadeó, un sonido que hizo que me dolieran los huevos. Establecí un ritmo brutal, cada embestida destinada a reclamar. Sus sonidos, su aroma y la sensación de tenerla estrechamente envuelta a mi alrededor me llevaron más cerca del límite.

Ella respondió a cada una de mis embestidas, sus gritos llenando la habitación, diciéndome que estaba cerca de nuevo. Eso era todo lo que necesitaba. Con unas cuantas estocadas más, profundas y castigadoras, me dejé ir, corriéndome con fuerza.

Me desplomé sobre ella, respirando pesadamente, el sudor de mi frente goteando sobre su piel enrojecida. Nos quedamos allí entrelazados, los únicos sonidos nuestras respiraciones entrecortadas. Me aparté, tumbándome de espaldas, sintiéndola moverse a mi lado para apoyar su cabeza en mi pecho. El silencio se extendió entre nosotros, una manta espesa que ninguno parecía listo para levantar. Pero entonces, la voz de Delilah lo cortó, baja y más firme de lo que esperaba.

—No estás perdonado solo porque te haya dejado correrte dentro de mí.

Besé su obstinada mandíbula. —Lo sé.

—No puedes follarme hasta la sumisión —murmuró, manteniéndose acurrucada contra mí.

Le acaricié el pelo. —Es un comienzo.

Ella resopló. —Así no es como funciona, Santino.

—Sí que es así. Cuando reclamas algo con todo lo que tienes, es tuyo.

Permaneció callada durante un largo momento, su aliento cálido contra mi piel. —Necesitas terapia. Joder, yo también.

Me encogí de hombros.

Delilah levantó la cabeza, fulminándome con la mirada. —Necesitarás más que buen sexo para conquistarme.

—Duérmete, principessa.

VEINTICUATRO

DELILAH

Los extensos viñedos de la villa se extendían ante mí, un mar verde bajo el cálido sol italiano. Deambulé entre las hileras, maravillándome ante las vibrantes y exuberantes vides cargadas de uvas. La belleza y serenidad del lugar parecían irreales, como si hubiera entrado en otro mundo. Alargué la mano y arranqué una uva de la vid, metiéndomela en la boca. Hice una mueca.

Definitivamente no estaba madura.

Continué mi exploración, disfrutando de la soledad y del sonido de la brisa entre las hojas. Era un raro momento de paz, lejos del caos que había definido mi vida últimamente.

—¿Disfrutando de las vistas?

Di un respingo, con el corazón acelerado. Santino estaba a unos pocos metros.

—Maldita sea, Santino.

Sonrió, acercándose más. —Te asustas con facilidad.

—Quizás sea porque me secuestraste e intentas dejarme embarazada como si fuera una yegua de premio.

Se detuvo, a pocos centímetros. —¿Tan malo es querer algo permanente contigo?

¿Lo era?

No estaba segura de cómo sentirme. Una parte de mí anhelaba estabilidad, alguien que se preocupara lo suficiente como para luchar por mí, pero no había entrado en este acuerdo con Santino esperando una relación real. También estaba el hecho de que los hombres mentían. Continuamente. Santino lo había hecho varias veces.

Me crucé de brazos. —¿Se supone que debo creer que de repente te importo? ¿Dónde estaban tus cálidos y tiernos sentimientos cuando te supliqué ayuda?

—No sentía por ti entonces lo que siento ahora.

—Actúas como si tus intenciones fueran puras cuando han sido todo lo contrario.

—Nunca dije que lo fueran. Dije que cambiaron.

Mis mejillas ardían. —¿Cómo?

Se encogió de hombros, dando otro paso más cerca. —La gente cambia de opinión. No es algo que deba asustarte.

—¿Cómo cambiaron? No hacemos nada juntos. Apenas hablamos. Lo único que hacemos es tener sexo.

—Te llevaré a salir más. Lo prometo.

Suspiré. —¿Por qué crees que estaríamos bien juntos?

—No lo sé —murmuró—. No he pensado mucho en el porqué. Se siente correcto. Eso es suficiente para mí.

—¿Se siente correcto?

—Sí. Eso es lo que he dicho.

—¿Cómo lo sabes?

Parecía molesto con las preguntas. —Compré un anillo hace dos semanas.

Mi corazón latía con fuerza. —Estás de broma.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Lentamente, sacó una pequeña caja negra y la abrió con el pulgar. Un anillo con el diamante más grande que había visto jamás brilló en su interior. Apenas lo vislumbré antes de que cerrara la tapa de golpe, metiéndolo de nuevo en su chaqueta.

Había comprado un anillo. Para mí.

Seguía mirando hacia donde había desaparecido el anillo, convencida de que lo había imaginado.

—Delilah, no soy del tipo que se arrodilla. Tampoco soy de los que hacen grandes discursos, pero te quiero a ti. Es lo único que he sabido durante los últimos dos meses. Siempre te quiero a ti.

Sus palabras despertaron algo profundo dentro de mí, un destello de esperanza que sofoqué. El hecho de que hubiera comprado un anillo no significaba que estuviera *enamorado* de mí.

Se encogió de hombros, con la comisura de la boca temblando. —Aunque no se trata solo de lo que yo quiero. Tú necesitas estabilidad. Yo puedo proporcionártela.

Sus palabras me sumergieron en agua helada. Fruncí el ceño, y de repente el idílico entorno del viñedo me pareció menos encantador. —Lo haces sonar como una transacción.

—Puede ser ambas cosas. Tú consigues el apoyo que necesitas, y yo... bueno, yo consigo mantenerte a mi lado.

No era la declaración de amor con la que soñaba cuando era niña y aún me aferraba a fantasías. Sonaba como una estrategia.

—¿Y si digo que no?

Me estudió, con la mirada firme. —Te convenceré.

Su confianza me estremeció. Predecía que nos casaríamos como si ya me hubiera visto caminando hacia el altar hacia él. Habría sido dulce si no fuera por su manera de decirlo. *Te convenceré*. Mi corazón se hundió. No era la súplica de un amante, sino la estrategia de un táctico.

—Estás asumiendo demasiado —murmuré.

—No, estoy apostando por nosotros.

Mis mejillas se sonrojaron. —Lo haces sonar tan clínico.

—¿No es mejor una estrategia para mantenerte a mi lado que ponerme de rodillas?

No, quería gritar. Quería decirle que su practicidad despojaba de belleza el gesto. Pero en su lugar, una tristeza profunda y agotadora resonó dentro de mí. Me estaba ofreciendo permanencia, sí, pero estaba ligada a la necesidad. No al amor.

Santino me ofreció su brazo. —Ven conmigo.

Lo tomé, con la tristeza espesa en mi garganta. —¿Adónde vamos?

—Ya verás —dijo.

Caminamos en silencio, nuestros pies crujiendo sobre la grava. Llegamos a un pequeño claro donde se alzaba un cenador destartalado, con la pintura desconchada y enredaderas trepando por sus costados. Parecía fuera de lugar en medio del viñedo bien cuidado.

—Este lugar perteneció a mis abuelos —dijo Santino, con un tono inusualmente sombrío—. Después de que murieran, no había nadie para cuidar la propiedad. Cayó en mal estado como tantas otras granjas repartidas por toda Italia. Hasta que comencé las renovaciones, recuperándolo poco a poco como solía ser.

—¿Quieres vivir aquí algún día?

—Me gusta la idea de envejecer aquí con una familia. Lejos de toda la mierda de Boston. Pero probablemente no estoy hecho para la vida aquí.

Lo estudié, tratando de reconciliar al hombre despiadado que conocía con esta versión de él que soñaba con una vida más sencilla. Era difícil imaginar a Santino viviendo una vida tranquila en un viñedo.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero que veas que hay más en mí que peleas ilegales y cobro de deudas. Una parte de mí anhela algo normal.

—¿Es eso posible para ti? Tendrás un objetivo en la espalda el resto de tu vida. También tus hijos.

Su expresión se ensombreció, y supe que estaba recordando el incendio que se llevó la vida de su primo. Cada vez que cruzaba por mi mente, el horror me atenazaba el estómago. Tomó mi mano, y salimos de la finca a un camino de grava.

Bajamos por el serpenteante camino de piedra hacia un pequeño mercado al aire libre. Mujeres ancianas encorvadas vestidas completamente de negro entraban en fila a una pequeña iglesia. Las puertas se abrieron, y vislumbré a un sacerdote con túnicas blancas agitando incienso sobre los bancos. Un funeral. Se me erizó la piel cuando Santino me llevó a una cafetería.

Nos acomodamos en una pequeña mesa en el exterior, mientras el aroma a pan recién horneado y café recién hecho inundaba el aire. Santino pidió por los dos en un rápido italiano, y la camarera se sonrojó. La irritación calentó mi pecho mientras ella se alejaba contoneándose.

—¿Es esta tu forma de demostrarme que serás un buen padre?

—Creo que eso ya lo sabes, principessa. Te cuidé, ¿no? Todo el que te hace daño tiene que vérselas conmigo. Dimitri. Ivan. Cualquiera

que te mire mal.

¿Cómo sabía lo de Ivan?

Me quedé paralizada.

—Te ayudé a desintoxicarte por primera vez en años. Te sujeté el pelo cuando vomitabas, te lavé cuando apenas podías mantenerte en pie, te preparé la comida.

Todo lo que decía me hacía sentir peor.

—No sé por qué quieres tener algo que ver conmigo. Tu padre era alcohólico. ¿No temes que yo sea igual de desastre?

La expresión de Santino se suavizó. —Mi padre se rindió a sus demonios. Pero tú los estás combatiendo. Eso te hace fuerte.

Me aparté. —Eso no cambia lo que soy.

—Todos tenemos nuestros problemas. La cuestión es si dejamos que nos controlen.

Fijé la mirada en mi café, la oscuridad arremolinada reflejando mis pensamientos tumultuosos. Me permití imaginarlo: un verdadero nuevo comienzo con Santino.

Mientras regresábamos a la villa, el sol se ponía, proyectando largas sombras sobre los viñedos. Era una visión hermosa, casi inquietante, un recordatorio de la naturaleza fugaz de la paz.

Cuando llegamos a la casa, hombres con traje estaban reunidos alrededor de un coche negro, sus expresiones tensas. La actitud de Santino cambió, la máscara del mafioso volviendo a su lugar.

—Quédate aquí.

VEINTICINCO

SANTINO

Los Romanov nos habían encontrado.

Los soldados Costa apostados en la villa me informaron que habían visto a varios hombres en el pueblo. No tenía intención de dejar que se acercaran más. La villa era un refugio para Delilah, y no permitiría que se manchara con violencia. Nos metimos en un coche y nos dirigimos directamente al café que acababa de dejar con Delilah.

Los vi en cuanto llegamos: cinco rusos sentados tranquilamente. Salimos del coche sin molestarnos en ocultar nuestras armas.

Los lugareños se dispersaron cuando nos acercamos. Los hombres nos miraron, sus expresiones cambiando. Entonces, sonó el primer disparo, un estallido ensordecedor. Una mujer gritó.

Levanté mi arma. Disparé. El primer ruso cayó, la bala atravesando su cráneo, su sangre salpicando el pavimento. El café estalló en caos. Los clientes se apresuraron a buscar cobijo, volcando mesas en el frenesí.

Uno de los rusos, un chico con un traje mal ajustado, intentó sacar su arma. Golpeé su cara con la culata de mi pistola. Retrocedió tambaleándose, la sangre brotando de su nariz rota. Lo rematé con una rápida patada en la rodilla, derribándolo.

Apunté un arma a su cabeza. Sonó otro disparo, rozándome el costado. El dolor se intensificó, pero lo aparté, concentrándome en la pelea.

Mis hombres se acercaron, implacables y eficientes. Dos rusos huyeron, tratando de escapar hacia el pueblo. Les señalé, sujetándome el costado sangrante. Marco y los demás los persiguieron. Volví mi atención al chico, que no podría tener más de diecinueve años. Me importaba una mierda.

Era una amenaza para la mujer que había jurado proteger. No vi nada más. Mis puños golpearon su cara y costillas. Gritó. La sangre cubría mis nudillos, y aun así, no me detuve. Merecía sufrir.

Mis hombres alcanzaron a los rusos que huían. No les concedieron la misericordia de una muerte rápida. Los golpearon hasta matarlos. Huesos crujiendo. Carne desgarrándose. Hombres adultos gritando por su madre.

Uno de ellos contraatacó, pero Marco lo agarró por el pelo, estrellando su cabeza contra los adoquines hasta que dejó de moverse. Otro de mis soldados pateó a un hombre en el estómago, haciéndole caer antes de pisotear repetidamente su pecho, cada impacto expulsando el aire de sus pulmones.

Debajo de mí, el chico yacía en el suelo, apenas consciente, con sangre formando un charco a su alrededor. Me erguí sobre él, respirando con dificultad, mis nudillos ardiendo, y levanté mi arma. Sus ojos se ensancharon, y apreté el gatillo. El disparo resonó por toda la calle.

Mi costado palpitaba. Presioné la mano contra la herida, la sangre cálida y resbaladiza bajo mis dedos. Delilah no podía verme así, no después de que intentara mostrarle que había algo más en mí que solo la violencia. ¿Cuántas personas habíamos matado?

¿Cinco? ¿Siete?

—Marco —llamé.

Acudió rápidamente, con preocupación grabada en su rostro. —*Sei ferito*.

—Solo un rasguño. Asegúrate de que la zona esté segura.

Asintió, pero sus ojos se detuvieron en mi herida. —*Dobbiamo farti medicare, capo*.

—Trae al médico. Dile que me vea fuera de la casa.

El viaje de regreso a la villa fue una nebulosa de dolor y adrenalina. Delilah ya tenía suficientes problemas sin añadir mis heridas. Pero cuando llegamos al patio, ella estaba allí, esperando.

—Dios mío. ¿Qué demonios ha pasado?

Jadeó cuando salí del coche, y miré hacia abajo. La sangre había empapado mi camisa. Me enderecé, el dolor atravesándome. —Parece mucho peor de lo que es.

Me arrastró hasta la tumbona del exterior. Un sirviente trajo un cuenco con agua, vendas, y una aguja e hilo. Probablemente se habían abastecido antes de que yo llegara volando a la ciudad.

La boca de Delilah se tensó mientras rasgaba mi camisa, examinando el corte en mi costado. —Parece que te han rozado. Qué idiota con suerte.

Sonreí. Podía llamarme todos los nombres del libro. Verla trabajar, concentrada y competente, despertó algo en mí. Tenía una forma de ser que exigía atención. Su pelo caía en ondas, enmarcando su rostro como una pintura renacentista.

—Se te da muy bien esto —murmuré.

Levantó la mirada. —Crecí en una casa donde aprendías a curarte o a callarte. No había espacio para los aprensivos.

Su tono pragmático cortó el aire. Gruñí por el escozor de la aguja. No éramos tan diferentes, ella y yo, ambos forjados en el caos.

—Me gusta eso de ti —dije, observándola enhebrar cuidadosamente la aguja—. No eres una damisela en apuros. Tienes agallas.

Delilah resopló. —Las agallas no evitarán que te desangres.

—Pero te mantendrán luchando, ¿no es así?

Hizo una pausa, frunciendo el ceño. —Alguien tiene que mantenerte vivo. Estás empeñado en que te maten.

Cuidado, principessa. Pensaré que te importo.

Siguió trabajando en mi herida, con manos firmes. Había algo en Delilah que me anclaba, pero no iba a desahogarme con ella. Los tipos como yo no soltamos prenda ni aunque nos abran en canal. Las palabras eran baratas y, en mi línea de trabajo, podían ser demasiado reveladoras. Las acciones importaban.

—Delilah, ya sabes que no soy de muchas palabras.

Hizo una pausa y me miró. —Lo he notado.

—Pero tienes buena mano. Te lo agradezco.

Su sonrisa socarrona se suavizó, y volvió a su tarea. —Solo te mantengo entero.

—Gracias por cuidarme.

La sonrisa regresó a su rostro. —Con una herida así, probablemente tendrás que posponer los planes de hacer bebés.

Arqueé una ceja. —¿Crees que esto va a frenarme?

—Qué tonta soy. Supongo que hará falta más que un roce de bala para mantener a Santino Costa fuera de juego.

—Por supuesto —gruñí, el dolor agudizándose mientras me movía.

El rostro de Delilah se volvió serio, y colocó una mano suave sobre mi hombro. —Solo intenta mantener el heroísmo al mínimo, ¿de acuerdo?

El comentario era ligero, pero la preocupación subyacente era clara. Le importaba más de lo que yo esperaba, y eso removió algo dentro de mí.

Terminó de vendar la herida y se echó hacia atrás. —Ya está. Vivirás. Solo mantenla limpia e intenta no recibir otro disparo en un futuro próximo.

—Haré lo posible.

Momentos como este me daban esperanza. Quizás no para una vida tranquila, pero sí para una con ella a mi lado. Ella podía enamorarse de alguien como yo. Estaba metida en esto tan profundamente como yo. Eso era algo por lo que valía la pena luchar, aunque tuviera que sangrar para conseguirlo.

Delilah estaba profundamente dormida, su cuerpo extendido sobre la cama.

Me senté en una silla junto a la puerta, con la mano en mi arma. El peso de nuestra situación se asentó sobre mis hombros. Permanecer escondidos para siempre no era una opción. Dimitri seguiría volviendo.

Una parte de mí quería quedarse en esta burbuja donde solo estábamos ella y yo, lejos de toda la mierda, pero eso era una fantasía. La realidad ya había llamado a mi puerta. El teléfono vibró en mi bolsillo, con el nombre de Kill parpadeando en la pantalla. Contesté, manteniendo la voz baja.

—¿Sí?

Mi hermano soltó un suspiro. —Estás vivo. Bien.

—Hasta ahora.

—Vinn quiere que vuelvas a Boston —gruñó Kill.

—Dile que estoy de vacaciones.

—No voy a decirle eso. —Hizo una pausa—. No se suponía que te marcharas con la chica.

Sonreí. —No me dijo que no lo hiciera.

—A Vinn no le gusta la improvisación. Lo sabes. Necesitas volver y afrontar las consecuencias.

Apreté la mandíbula. —¿Y si no lo hago?

—Los hombres que custodian esa villa son soldados de Costa. Son leales a la Familia, y han estado informando de todo a Vinn. Me dijo que te lo dijera —explicó Kill, con un tono de inquietud—. También quiere que sepas que si no vuelves, ha ordenado a sus soldados que os eliminen a los dos.

—Eso es extremo.

—Desobedeciste una orden directa.

—Soy un puto capitán. ¿No tengo algo de margen?

Soltó otro pesado suspiro. —Mira, estoy seguro de que puedes arreglar esto con él. Cálmate, sube a un avión y trae tu culo de vuelta a Boston.

VEINTISÉIS

DELILAH

—Papá, no puedo creer que hayas hecho esto —siseé al teléfono—. ¿Enviaste hombres a matar a Santino? ¿Has perdido completamente la cabeza? ¿Cómo pudiste?

Hice una pausa, con la respiración entrecortada mientras luchaba por encontrar las palabras. —Es la única persona que me ha protegido jamás. Y tú... intentaste arrebatármelo. No sé cómo nos encontraste, pero te juro por *Dios* que si alguna vez te acercas a nosotros otra vez, si siquiera respiras en nuestra dirección, me aseguraré de que te arrepientas. Ya no soy tu niñita, y no dejaré que controles mi vida. Mantente alejado de nosotros. Lo digo en serio, papá. Esta será la última vez que intentes hacer daño a alguien que me importa.

Terminé la llamada, con el pecho agitado. El mensaje de voz era una pequeña victoria, un intento desesperado de trazar una línea entre la locura de mi padre y mi relación con Santino. Pero mientras permanecía allí, con el teléfono aferrado en mi temblorosa mano, sabía que no sería suficiente para detenerlo.

—No sabía que tenías ese carácter, principessa.

Me di la vuelta. Santino estaba apoyado en el marco de la puerta, sonriendo con aire de suficiencia. El vendaje que asomaba por su camisa me recordaba lo cerca que estuve de perderlo, pero él

actuaba como si no hubiera recibido un disparo hace apenas dos días.

—Nunca pensé que te vería alterarte así por mí.

—¿En serio? —repliqué, todavía furiosa—. Porque puedo volver a llamarle si quieres más espectáculo.

Él se rio mientras se acercaba a mí. Se veía diferente. Mi mirada bajó hasta unas Converse. Sus vaqueros estaban remangados en la parte inferior y llevaba una camiseta blanca metida por dentro. Incluso se había peinado el pelo en ondas despreocupadas.

—¿Qué demonios llevas puesto? —pregunté.

Santino se alisó la camiseta. —Encontré algunas cosas en mi bolsa que pensé que podrían llamar tu atención.

—¿Cómo te has hecho el pelo?

—Tutorial online.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Hiciste eso... por mí?

Asintió y se encogió de hombros.

Parpadee. —Pues estás impresionante.

—Me alegra que lo apruebes.

Más que aprobarlo. Mi corazón se hinchó. Santino se había tomado todas estas molestias solo para hacerme sonreír. Era surrealista, esta mezcla de mafioso despiadado y hombre que ve tutoriales de peinado para impresionarme. No tenía que hacer nada de esto, pero lo había hecho. Por mí.

Era casi demasiado para asimilar. En cuanto se plantó frente a mí, tracé los músculos bajo su camiseta.

Su boca se cernió cerca mientras yo enroscaba los dedos en su camiseta. Su aroma me envolvió cuando sus labios cayeron sobre los

míos, ardientes e insistentes. Un sentimiento tumultuoso amenazaba con desestabilizarme mientras me aferraba a él, saboreando cada caricia de su lengua. El calor se acumuló en mi centro mientras le devolvía el beso, rindiéndome al deseo que me perseguía en cada momento de vigilia. Mi mano se deslizó bajo su camiseta y acarició su piel bronceada.

Santino gimió, separándose suavemente. —Ahora no, cariño. Voy a llevarte a una cita.

—¿Es eso una buena idea?

—Sí. Hemos estado encerrados en esta maldita villa demasiado tiempo. Es hora de que salgamos.

La idea parecía ridícula. Acababan de dispararle, pero el duro borde de sus ojos se suavizó solo para mí y me resultó imposible decir que no. Entrelacé mi mano con la suya, sonriendo.

—¿Adónde vamos?

Su sonrisa se ensanchó. —A un lugar que te recordará por qué estás conmigo. Pero primero, una parada rápida en una cafetería.

Sosteniendo mi mano, me sacó de la habitación.

Salimos y paseamos hasta el pueblo por la carretera, la calle bullía de gente. Entramos en la misma cafetería del otro día. Santino eligió una mesa apartada al fondo y se sentó contra la pared.

La inquietud comenzó a volver, royendo los bordes de mi felicidad. Ya había estado aquí antes: atrapada en el calor del afecto de alguien, solo para quemarme cuando bajaba la guardia.

Pero Santino era diferente. No intentaba conquistarme con palabras vacías. Había visto lo peor de mí, y aun así, se quedaba. El pensamiento me provocó un dolor en el pecho. Me hacía creer en nosotros.

Después de nuestro café, caminamos por las calles empedradas, la vibrante energía del pueblo nos envolvía como una manta reconfortante. Santino nos llevó a una tienda de discos, su exterior estaba empapelado con carteles antiguos.

Dentro, el aire estaba impregnado con el olor a moho de las viejas fundas de vinilo. El rock clásico sonaba en un tocadiscos en la esquina, y Santino me observaba con una sonrisa divertida mientras yo iba de un cajón a otro, mis dedos bailando sobre los discos.

—¿Cómo sabías que me gusta esto?

Me dio una sonrisa pícara, encogiéndose de hombros. —Lo mencionaste una vez.

No lo recordaba. Debió de ser un comentario casual que él había guardado. Mi corazón revoloteó. Santino me prestaba atención. ¿Cuánto tiempo habría pasado pensando en mí? ¿Creando listas de lo que me gustaba y lo que no?

Pasamos la siguiente hora pasando discos, compartiendo historias sobre nuestras bandas favoritas. Santino me sorprendió con su conocimiento de música ragtime. Mientras caminábamos de regreso a la villa, con el sol poniéndose detrás de nosotros, me sentía delirante de felicidad. Incluso con todo el caos que nos rodeaba, esto se sentía correcto. Pero esa sensación de paz se hizo añicos en el momento en que revisé mi teléfono.

Un correo electrónico urgente apareció en la pantalla:

Asunto: Urgente: Boutique Retro Rose

Delilah, tenemos un problema grave con los permisos de zonificación. Amenazan con revocarlos a menos que proporcionemos documentación adicional antes del fin de semana. Necesitamos que vuelvas aquí de inmediato para solucionar esto. Responde inmediatamente, por favor.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Todo bien? —preguntó Santino.

Forcé una sonrisa. —Sí.

Me estudió por un momento y luego asintió.

No podía quitarme de encima la angustia que se instalaba en mi estómago. Necesitaba volver a Boston, pero ¿cómo podía explicar eso sin revelarle todo a Santino?

Mientras cenábamos en la terraza, mi mente trabajaba a toda velocidad. Tenía que averiguar cómo arreglar la situación con la boutique sin darle pistas. Milagrosamente, el propio Santino resolvió el problema. Cuando el sol se hundía bajo el horizonte, se volvió hacia mí, frunciendo el ceño.

—Tenemos que volver a Boston. Hay algo que necesito resolver en casa. Desearía que pudiera esperar, pero no puede.

Perfecto.

Aunque me encantaban las colinas toscanas, también necesitaba volver a Boston. Tenía una montaña de trabajo pendiente además del permiso de zonificación.

—Me parece bien —dije.

—Y a partir de ahora, te quedarás conmigo. Te mudarás a mi casa.

Parpadee, sorprendida. —Santino, *no*.

—No está a discusión.

—No puedo simplemente mudarme contigo.

—Tienes que hacerlo —gruñó—. Mi jefe sigue siendo una amenaza para ti.

Agarré la copa de sidra espumosa, deseando que fuera alcohol. —No entiendo por qué vendría a por mí. No tengo nada que ver con lo que haya hecho mi padre.

—Estás emparentada con él. Eso es suficiente. —Sus ojos se oscurecieron—. Y tu ex sigue buscándote. ¿Crees que puedes manejar todo eso tú sola?

—No estoy sola —dije, deslizando mi mano sobre la suya—. Te tengo a ti cuidándome.

—No puedo estar en todas partes todo el tiempo.

—Pues pon a algunos hombres fuera de mi puerta. No me importa tener unos cuantos guardaespaldas.

La mirada de Santino se fracturó. —O podrías mudarte conmigo.

Sus palabras retorcieron algo dentro de mí. Quería estar con él. Anhelaba la seguridad que me ofrecía, pero la idea de perder mi independencia me aterrorizaba.

—No voy a hacer eso.

Santino se pasó los dedos por el pelo. —Que vivas en un lugar completamente distinto hace más difícil mantenerte a salvo.

Tragué saliva. —Pero no imposible.

—No voy a dejarte quedar en ese apartamento.

—¡Pero mudarme contigo lo cambia todo!

—Esa es la idea, principessa. Te dije que este acuerdo ya no era suficiente para mí. Y recuerda —añadió, dando golpecitos con el dedo índice en la mesa—, hay un incentivo económico si lo hacemos oficial. Cásate conmigo, quédate embarazada, y todo será tuyo.

Dinero. Siempre con el dinero.

Me había cavado esa tumba al tratarle como un cajero automático. Debería haber estado encantada. El matrimonio era el objetivo de la mayoría de las cazafortunas. La idea de ser su esposa pendía ante mí como un billete dorado. Nunca había podido permitirme realmente lo que quería, gracias a la tacañería de mi padre. La

posibilidad de llevar el anillo de Santino flotaba en el aire como una brillante pompa de jabón.

Su sincera súplica atravesó mis defensas. Parecía tan sincero, sus ojos negros hambrientos de mí. Tal vez sí sentía algo por mí. Si todo lo que quería era una esposa trofeo, podría haberse casado con una con mucho menos esfuerzo. Santino nunca me dejó dudar de que me deseaba, ni por un segundo. Cada vez que le miraba, veía su necesidad de mí.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la pequeña caja. Abrió la tapa. Un anillo tan hermoso. Las lágrimas inundaron mis ojos. Lo deseaba tanto. La parte racional de mi cerebro gritaba que mantuviera las distancias, pero mi corazón ya había tomado su decisión.

Sus atormentados ojos negros me observaban. —Di que sí, Delilah.

—Santino.

—Confía en mí.

Negué con la cabeza, tratando de defenderme de su aterciopelado ronroneo que se filtraba en mi cabeza. Su voz era como un cóctel pecaminoso, enredándose en mi torrente sanguíneo, haciéndome sentir demasiado calor.

—Déjame cuidar de ti.

Respiré rápido, de repente mareada. Quería decir que sí. Todo dentro de mí anhelaba decir que sí.

Santino agarró mi mano y la apretó. —Tómalo, nena.

La pregunta que no podía hacer ardía en mi mente: *¿Acaso me amas?*

Eso destrozó la hermosa ilusión de esta escena perfecta, el viñedo toscano bañado en luz dorada, que hacía que todo lo que tocaba pareciera más suave. Esta era la propuesta perfecta. Santino se veía

increíble. Su pelo, su ropa e incluso esa mirada en sus ojos encajaban con la fantasía de una devoción eterna.

—Dices que esto es lo mejor para mí, pero ¿qué es lo mejor para ti? ¿Qué es lo que realmente quieres de mí, Santino? Porque no sé si puedo darte todo lo que me pides sin perderme a mí misma.

—Te quiero conmigo, Delilah. Sea como sea.

Extendí la mano, dejándola suspendida sobre la caja, y cerré la tapa. —Necesito más tiempo. No estoy diciendo que no.

Santino frunció el ceño, como si lo hubiera esperado pero siguiera decepcionado. Metió la caja en su chaqueta y se encogió de hombros. Su sonrisa era resignada, casi triste. Su disposición a darme espacio retorció algo dentro de mí.

—No estamos listos para esto, Santino.

—Tú no. Yo sí.

Me levanté, con las manos temblorosas. —No te estoy alejando. Necesito estar segura de que lo hago por las razones correctas.

—Esto siempre ha sido por dinero. Has estado tomando lo que te doy desde el principio. Dinero, protección, cualquier cosa que necesitaras. Así que ¿por qué parar ahora? —Se acercó, con la mirada dura—. Quieres seguridad. Te estoy dando eso.

—No puedes comprarme con dinero.

Santino me observó con calma. —Sí, puedo.

Escalofríos recorrieron mi columna vertebral, sus palabras resonando en el espacio vacío entre nosotros como una amenaza. Retrocedí, mi resolución fortaleciéndose.

Sonrió. —Digas que sí ahora o más tarde, eres mía.

VEINTISIETE

SANTINO

Delilah tenía las manos fuertemente entrelazadas sobre su regazo. Estaba sentada a mi lado en el coche, mirando por la ventana. Durante el vuelo de regreso, apenas me había hablado.

Me había dado con un muro.

Todo porque le había pedido que se casara conmigo. Me lanzaba miradas cuando creía que no la estaba viendo. Echándome vistazos por debajo de su pelo. No estaba contenta conmigo.

Yo tampoco estaba muy entusiasmado con ella. El rechazo no me sentaba bien. No debería tener que suplicarle a una mujer que se case conmigo. ¿Qué parte de mí no era lo suficientemente buena? Tenía todo el dinero del mundo. Una buena familia. Me entrenaba constantemente. Le daba todo, y aun así me dijo que no.

¿Por qué no era suficiente?

Los árboles pasaban rápidamente junto a la ventanilla mientras conducía por las afueras de Boston. Delilah finalmente abandonó su pretensión de ignorarme y giró bruscamente la cabeza hacia mí.

—Te has pasado el desvío.

Mis dedos se tensaron en el volante. —No vamos a mi casa.

—¿Adónde, entonces?

Mantuve la boca cerrada. Si ella *solo* quería ser mi novia, entonces no tenía derecho a conocer cada pequeño detalle.

—Santino —insistió, más alto esta vez—. ¿A dónde vamos?

—Siéntate y relájate. Llegaremos pronto.

El suspiro petulante de Delilah me dio ganas de desviarme hacia la cuneta, salir y doblarla sobre el capó del coche.

Una hora después, una cabaña surgió en el horizonte, un triángulo negro recortado contra el azul oscuro. La grava crujió bajo los neumáticos cuando giramos por el camino flanqueado de árboles.

Salimos del coche. La cabaña parecía la misma: rústica, un poco deteriorada, pero sólida. Un trozo del pasado que había presenciado muchos finales espeluznantes. Miré hacia el cobertizo en la distancia. Mi hermano solía matar a gente allí. Los arrastraba a ese pequeño cobertizo y salían en pedazos, que luego enterraba por la propiedad.

Entré a grandes zancadas, con Delilah siguiéndome. Encendí un interruptor y las bombillas parpadearon hasta iluminarse, proyectando un cálido resplandor. El intenso aroma a pino desencadenó aún más recuerdos.

Cogí periódicos viejos y leña menuda, colocándolos bajo los troncos que había puesto en la chimenea. Encendí una cerilla y prendí el periódico. Se volvió negro y se enroscó, las llamas devorando el papel.

Delilah salió de la habitación, su largo cabello cepillado en ondas brillantes y sueltas. Llevaba una de mis camisas y un par de calcetines. Nada más. Podía ver sus tetas rebotando libremente, con los areolas como círculos oscuros asomando a través del algodón blanco translúcido. Mi polla se estremeció.

Volviendo a sus viejos juegos.

La irritación calentó mi pecho como un sarpullido. Me enseñaba el coño para conseguir lo que quería de mí, y funcionaba. Todas y cada

una de las veces. Había hecho demasiado bien su trabajo. Me había convertido en un yonqui adicto a su sabor. ¿Llegaría alguna vez el momento en que no me empalmara con solo pensarlo?

Delilah se arrodilló a mi lado, su aroma floral embriagándome.

Un resplandor anaranjado comenzó a llenar la habitación. La luz parpadeaba en los ojos de Delilah mientras se frotaba los dedos. La cabaña estaba helada. El único calor provenía de la chimenea.

Tomé sus manos, frotándolas para darles calor. —¿Mejor?

La boca de Delilah se suavizó. —Sí.

El fuego prendió, las pequeñas llamas lamiendo ávidamente la madera. Delilah dio un pequeño salto cuando un tronco crujió.

—¿Es aquí donde pasabais las vacaciones familiares? —preguntó.

—No exactamente. Esto era más bien un campo de entrenamiento. Mi Nonno por parte de madre creía en prepararnos para el mundo real.

Su versión del mismo, en todo caso.

—¿Entrenamiento para qué?

—Supervivencia. Poder. Control.

Se escabulló de mis manos, y me senté sobre mis talones, observando las llamas.

—Nonno era del viejo país. Vino siendo joven, marcado por la pobreza y la guerra. Italia no fue amable con él, y no sabía si América lo sería tampoco. Así que se aseguró de que fuéramos más duros que el resto.

—Parece que era un hombre duro.

—Tenía que serlo. Había perdido demasiado antes incluso de poner un pie en América. Cuando finalmente llegó aquí, estaba decidido a

no dejar que el mundo nos rompiera.

Ella frunció el ceño. —¿Alguna vez te molestó eso?

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en mis rodillas. —No. Solo quería que estuviéramos preparados.

—¿Es eso lo que quieres para tus hijos?

Buena pregunta. —Estarán preparados, pero sabrán que son amados.

Ella frunció el ceño. —¿Cómo sabes que serás un buen padre?

—Has conocido a mi hermano Kill. Estás familiarizada con su reputación, ¿verdad? —La vi asentir, recordando cómo se tensaba cada vez que él entraba en la habitación—. Si él puede ser un buen padre, yo también puedo.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

—No me parezco en nada a él o a Violet. Mi infancia fue... horrible.

Me reí sin humor. —¿Y la mía fue mucho mejor? Dormíamos cuatro en una cama en un apartamento infestado de ratas. Mi padre era un viejo amargado que se bebía y se jugaba cada céntimo que ganábamos.

—Aun así, sería mucho más fácil encontrar a alguien sin mis problemas.

—No quiero algo fácil. Quiero algo interesante y complicado.

Su risa, ligera aunque teñida de tristeza, llenó la cabaña. —¿Estás seguro de que eso es realmente lo que quieres? Porque es todo lo que puedo ofrecerte.

—Me diste una razón para preocuparme por algo más que simplemente sobrevivir.

Sus ojos brillaron. —Soy un imán para los problemas.

—Quiero algo que arda con intensidad, aunque sea un poco peligroso.

—Estás loco —susurró.

Le apreté la mano. —Estamos juntos en esto, sin importar lo oscuro que se ponga. Quiero lo bueno y lo malo.

Sonrió con ironía. —Así que todo, entonces.

—Sí —asentí, escapándoseme una pequeña risa—. Si vas a querer algo, mejor tómalo todo.

Su mirada cayó al suelo. —Ya te lo dije, no se me da bien que me tengan encerrada.

Soy muy consciente de eso, principessa.

Necesitaba dejarla embarazada.

Estirándome sobre ella, cogí su teléfono de la mesa. Lo encendí y lo acerqué a su cara para desbloquearlo.

Frunció el ceño. —¿Qué estás haciendo?

—Mis hermanas tienen aplicaciones para seguir sus ciclos. Tú probablemente también.

Pasé el pulgar por ellas y pulsé un icono rosa. Se abrió en la fecha de hoy, un gigantesco círculo magenta destacaba las palabras: *¡Estás fértil!*

Mi sonrisa creció. —Momento perfecto, Delilah.

—¡Eh, no puedes mirar mis cosas así!

Dejé el teléfono a un lado, deslicé el brazo sobre su hombro y la arrastré a mi regazo. Besé ese precioso hoyuelo en la base de su garganta, mis labios recorriendo su suave piel.

Se estremeció. —¿Hablas en serio?

—Quiero esto —susurré entre besos—. No pararé hasta que tus tetas se hinchen y tu vientre crezca.

Su piel se sonrojó, pero me dejó acariciarla por encima de la camiseta. Besé sus pezones, los círculos oscuros poniéndose en alerta. La mordisqueé, y ella clavó sus uñas en mi cuero cabelludo. La succioné a través de la tela, jugando con las puntas que se endurecían.

—Santino, esto es una locura.

—Es lo que ambos necesitamos.

La coloqué en el sofá y le arranqué las bragas, deslizándome al suelo para arrodillarme entre sus piernas. Su coño estaba ampliamente abierto, brillante. Estaba lista para mí antes de que la hubiera tocado. Qué chica tan perfecta.

—Eres irresistible —gruñí.

Mis manos se deslizaron por la tierna piel de sus muslos internos, provocándola. El agarre de Delilah se tensó en mi pelo, atrayéndome.

Me reí entre dientes. —No puedes esperar, ¿eh?

Pero yo también había terminado de provocarla. Mi boca se cerró sobre ella, mi lengua salió disparada para saborearla. La espalda de Delilah se arqueó del sofá, un agudo jadeo cortando el aire mientras mi boca se movía con precisión.

—Sabes tan jodidamente bien —murmuré, amortiguado por su humedad. Sujeté sus caderas, acercándola más. Mi otra mano subió para rodear su clítoris, presionando justo donde debía para enviar descargas de placer a través de su cuerpo tembloroso. Fui aumentando el ritmo lentamente, alternando entre movimientos rápidos y lentos lametones que la hacían retorcerse.

Los dedos de Delilah se tensaron en mi pelo, sus respiraciones saliendo en cortos y agudos jadeos. Sus palabras murmuradas se interrumpieron en un gemido cuando aumenté la presión, mi lengua y mis dedos moviéndose en un ritmo implacable que la empujaba más cerca del límite.

Podía sentir su cuerpo tensándose, las señales de su inminente clímax claras en la forma en que sus piernas temblaban y su respiración se volvía errática. Levanté la mirada hacia ella, nuestros ojos encontrándose mientras la llevaba al borde.

Con un fuerte grito, el cuerpo de Delilah se arqueó, su clímax la recorrió en oleadas. No cedí, mi lengua empujando dentro de ella, alargándolo hasta que quedó sin aliento. Un rubor se extendió por sus mejillas y su pecho.

Mientras sus temblores disminuían, fui besando su cuerpo hacia arriba, mis labios trazando el camino de sus músculos estremecidos hasta llegar a sus labios. La besé profundamente, desabrochándome los pantalones.

Me puse de pie, levantándola conmigo. Sus ojos estaban nublados, su cuerpo aún temblando por su orgasmo. La giré y la incliné sobre el brazo del sofá, con el culo levantado, presentándose perfectamente para mí.

Entré en ella de una sola embestida. Los dedos de Delilah se clavaron en los cojines. Establecí un ritmo exigente, empujando mis caderas hacia adelante. Los sonidos de mi polla golpeando contra su coño mojado llenaban la habitación, destacados por los gemidos de Delilah. Estaba tan apretada, ciñéndome de todas las maneras correctas.

Mía. Toda jodidamente mía.

El cuerpo de Delilah se tensó, su clímax construyéndose de nuevo. Podía sentirlo en la forma en que se apretaba a mi alrededor.

Empujaba hacia atrás con sus caderas, encontrándose con mis embestidas. Gimió.

—Córrete otra vez para mí —ordené, mi voz áspera—. Déjame sentirte.

Delilah se convulsionó a mi alrededor, gritando. La embestí más fuerte, mi propio alivio disparándose a través de mí. Mis testículos se tensaron, y chorros calientes se dispararon en su coño. Seguí follándola con breves sacudidas, cabalgando cada ola.

Colapsamos sobre el sofá, jadeando. La atraje entre mis brazos, abrazándola estrechamente. Sonreí, aún navegando en la euforia. Mi mano acarició su vientre bajo.

—Un día, aquí crecerá nuestro bebé.

La frente de Delilah se arrugó, pero lo borré con un beso.

Necesitaba prepararla para la siguiente ronda.

Tenía muy buenas posibilidades de estar embarazada. Todavía me quedaban tres días más antes de que se cerrara la ventana de fertilidad, y luego serían otras semanas de espera.

Delilah se había quedado dormida alrededor de las once de la noche. Yo no podía dormir, así que estuve mirando el móvil durante horas. Luego llamé a su padre. Me senté en la desvencijada mesa de la cocina mientras sonaba una vez antes de ser contestado.

—Me sorprende oír de ti —dijo Mikhail.

Cabrón. —Me lo imagino.

—No sé de qué estás hablando.

—Delilah es la única razón por la que sigues respirando.

—¿Es así? —se burló—. No tienes ni idea de con quién estás tratando.

—Eres una serpiente. Enviaste a tus soldados a Italia y arriesgaste la vida de tu hija solo por la oportunidad de matarme. ¿Y para qué? ¿Porque la aparté de Dimitri?

—¿Santino?

Me giré hacia ella.

Delilah estaba de pie en la entrada, llevando mi camisa abotonada. La luz del fuego suavizaba su figura, y llevaba el pelo en un moño despeinado, con mechones enmarcando su rostro. Se acercó, vacilando, antes de sentarse a mi lado.

—¿Está todo bien? —preguntó.

La línea crepitó con su respiración pesada. Finalicé la llamada y dejé el teléfono, esbozando una sonrisa.

—Sí, nena. Está bien.

Delilah miró el teléfono. —¿Quién era?

—Nadie importante.

Me agarró la muñeca, apretando con fuerza. —Te oí decir Mikhail.

—Vuelve a la cama.

Ella se enfureció. —Hablas de querer algo más conmigo, pero no me cuentas nada real. Me das migajas, no toda la verdad.

Jugueteé con un mechón de su pelo. —No quiero que te preocupes por nada, principessa.

—Pues lo hago. Así que, ¿podemos saltarnos a la parte donde me cuentas qué está pasando?

Los hombres en mi línea de trabajo no se confiaban a sus mujeres. Saqué mi cartera del bolsillo trasero.

—Ve de compras. Eso te distraerá.

Me fulminó con la mirada. —No quiero tu dinero.

—Mi cuenta bancaria dice lo contrario.

Delilah se sonrojó hasta el cuello, ese precioso tono rosado extendiéndose por todas partes. Sus ojos se abrieron mientras intentaba dar con una excusa, pero no necesitaba escucharla.

—No me importa que solo quieras dinero de mí —dije entre dientes, la mentira quemándome el pecho—. Mientras estés conmigo.

—¿No te molesta que te utilicen por dinero?

Claro que sí.

Mantuve mi voz serena. —Tú consigues lo que quieres, y yo también.

—Apenas parece que valga el dinero.

—Discrepo. Tengo a la mujer más hermosa de la ciudad justo donde la quiero. Y pronto, tendremos una familia. ¿Crees que renunciaría a eso solo porque me cuesta?

—Quizás empiece a cobrar intereses.

—Con las tasas que probablemente cobres, estaré en bancarrota antes de la boda.

Ella arqueó una ceja. —Suponiendo que habrá una boda.

—La habrá.

—No sé. No tengo precisamente un historial estelar en lo que respecta a llevar a cabo esas cosas.

Mis labios se curvaron. —Querrás casarte conmigo.

Lo dije como una certeza, pero no estaba seguro de nada. La molesta sensación de que me dejaría se retorcía en mis entrañas.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Porque ingresaré un cuarto de millón de dólares en tu cuenta bancaria cuando estés embarazada. Y recibirás más cuando estemos casados. Además, joyas y ropa. Lo que quieras.

Sus ojos se iluminaron. —¿En serio?

—Lo pondré en el acuerdo prenupcial.

Crecí siendo pobre. Entendía el atractivo de la riqueza mejor que nadie. ¿Quién no querría la libertad completa? Había fantaseado con ser rico. No solo cómodo, sino *rico*. Vacaciones extravagantes. Casas hechas a medida. Coches de lujo.

Delilah había crecido con una cuchara de plata en la boca. Tenía gusto por las cosas caras. Pocos hombres podían permitirse mantener a Delilah. Casarse conmigo debería haber sido obvio. Sin embargo, parecía conflictiva.

La necesitaba conmigo. El dinero no era suficiente, pero era la única ventaja que tenía. Eso era todo lo que era para ella. Una cuenta bancaria andante. Un medio para un fin. En cuanto consiguiera lo que quería, se marcharía.

—No puedo aceptar casarme contigo por dinero —murmuró.

—¿Qué quieres, opciones sobre acciones?

Me fulminó con la mirada, luego se bajó de la silla y plantó su trasero en mi regazo. Entrelazó sus brazos alrededor de mi cuello. —No estoy *solo* interesada en tu dinero, ¿sabes?

Claro, nena. —Empezaba a pensar que necesitas una factura detallada para recordarte por qué estás conmigo.

Ella bufó. —Para ya.

Sonreí con suficiencia. —¿Qué tal un informe de gastos detallado?

Delilah puso los ojos en blanco, pero las comisuras de su boca temblaron. —Debería empezar a enviarte facturas por toda la terapia que necesitaré después de ser secuestrada. Otra vez.

Deslicé un dedo entre los botones de su camisa, rozando su estómago. —Te queda bien mi ropa.

Los dedos de Delilah se quedaron quietos, y sus ojos se cerraron. Cuando los abrió de nuevo, parecía la chica perdida que había entrado tambaleándose en mi club. Toda su fiereza la abandonó.

Le besé la mejilla. —Escucha, tengo que ir a un sitio.

Clavó sus uñas en mi camisa. —¿En medio de la noche?

—No te preocupes. Estás segura.

Todavía parecía asustada.

Suspiré, sacando mi Glock. —El seguro está puesto. Está cargada con una en la recámara.

Me miró boquiabierta mientras la dejaba sobre la mesa.

La levanté de mi regazo y me dirigí al perchero. —Sabes usar una pistola, ¿verdad?

Hizo una mueca.

Me puse de pie, dirigiéndome hacia la puerta. —Tendré que llevarte al campo de tiro.

En lo profundo de Franklin Park, a través de un sendero recortado y subiendo escalones de piedra cubiertos de líquenes, había un grupo de enormes recintos oxidados. Los viejos fosos de osos de un zoológico. Habían sido abandonados décadas atrás, dejados para pudrirse hasta sus restos esqueléticos. La luz del sol de la mañana

temprana se filtraba a través de las ramas, iluminando la talla de piedra de dos osos de pie sobre sus patas traseras.

Miré mi reloj.

Al levantar la vista, un movimiento captó mi atención. Una fuerte silueta salió de detrás de un árbol, flanqueada por otras dos. Vinn y sus guardaespaldas.

Le saludé con un gesto de cabeza.

Los ojos de Vinn eran como dos pozos de alquitrán. —Por fin das la cara después de largarte a Italia.

—No pude hacer lo que querías que hiciera.

Cruzó los brazos. —¿Por qué?

—Está embarazada.

Vinn exhaló bruscamente. —Dejar embarazada a la chica Romanov complica mi plan de borrarlos de la faz de la tierra.

—Entonces déjalo a un lado. No estamos preparados para un conflicto abierto con los rusos. Todavía estamos luchando por territorio en Chelsea. Tenemos a la banda de la Calle 12 y a los Animals creciendo en Dorchester y Beacon Hill. Otra guerra nos destrozará.

—Sonny, tú trajiste este conflicto a *mi* puerta.

Un pie raspó el sendero, y el frío metal besó la parte posterior de mi cuello. No me moví. No estaba demasiado preocupado. Si el jefe quisiera verme muerto, ya estaría acabado. Tenía una razón para arrastrarme hasta aquí.

—Mira, entiendo que estés cabreado. Pero los Romanov se están muriendo. Mikhail no tiene herederos excepto Delilah. Este matrimonio nos permitirá meter las manos en Providence, algo que ningún jefe Costa ha podido hacer nunca.

La mirada fulminante de Vinn no vaciló, pero un destello de interés brilló en sus ojos. —Esos cabrones convirtieron a nuestro primo en una antorcha humana.

—Necesitamos pensar en asegurar nuestro futuro.

Sonrió con ironía. —*Tu* futuro, querrás decir.

—Los muelles de Providence son una mina de oro, sin mencionar las rutas de contrabando a través de Nueva York. Podríamos expandirnos más allá de Boston. ¿No es eso mejor que una guerra que nos deje debilitados? Este crío podría tender un puente entre nuestras familias. Es paz o ventaja, dependiendo de cómo lo juguemos.

—Mikhail no se va a quedar de brazos cruzados y dejar que su hija se case con la familia que ha estado intentando matarle.

—Tenemos a su hija. Haremos un trato con Mikhail. Le ofreceremos estabilidad bajo nuestra gestión. Lo hemos hecho antes con los MC.

—¿Puedes conseguir que acepte?

Sostuve su mirada firmemente. —Creo que sí. Se está haciendo viejo. Sabe que Delilah es el único futuro que tiene.

Vinn asintió. —De acuerdo.

—Funcionará —le aseguré—. Si manejamos esto con cuidado, saldremos más fuertes.

Vinn hizo un gesto a sus hombres, y retrocedieron, dándome espacio. —Si la cagas, será culpa tuya.

Asentí.

No necesitaba que me recordaran lo que estaba en juego.

VEINTIOCHO

DELILAH

Un ruido de cremallera me sobresaltó y me despertó.

Parpadee, apartando las sábanas. Había estado en medio de un sueño extraño, así que me tomó un momento que mis ojos se adaptaran. El crujido venía del otro lado de la cama. Me di la vuelta y vi a Santino inclinado sobre su maleta. La estaba llenando con ropa, haciendo el equipaje como si su vida dependiera de ello.

—¿Estás llevando vaqueros? —pregunté.

Metió mi sujetador en su maleta. —Necesito que te vistas.

—¿Qué pasa?

Me miró. —Nada.

—Estás haciendo mucho ruido para ser nada.

—Nos vamos a casa —dijo, metiendo mi neceser en la maleta.

¿Casa?

Un breve recuerdo de Providence apareció en mi cabeza, pero eso no había sido un hogar desde hace mucho tiempo. Quizás cuando era demasiado pequeña para entender el abandono. No, Boston era mi hogar. Era donde había convertido mis sueños en realidad.

Santino me dio una palmadita en la rodilla a través de las sábanas. —Levántate, nena. Quiero salir de aquí.

—¿Cuál es la prisa?

—Estoy muerto de hambre, y hay un buen restaurante por la carretera.

Me apretó la pierna, el contacto me recordó la noche anterior. Debió terminar dentro de mí cuatro veces. Cada vez que sugería que tomáramos un descanso, Santino me ponía a cuatro patas o me giraba boca abajo y me comía el coño hasta que *necesitaba* tenerlo dentro.

Hombres como Santino no paraban hasta conseguir lo que querían. Me quedaría embarazada. Una vez que eso ocurriera, su familia nunca me dejaría en paz. Había estado en algunas de sus reuniones familiares, y los italianos se volvían locos por los bebés.

Tener un hijo suyo no *parecía* una opción. Parecía una fantasía absurda. No importaba cuántas veces Santino insistiera en lo contrario, gente como nosotros no podía tener una bonita casa en las afueras y niños.

A regañadientes, quité la colcha de mis piernas y me vestí. Santino rondaba mientras seguía mi rutina de cuidado de la piel, su mirada negra palpitando de impaciencia. Me apresuró hacia el coche. Nos dirigimos rápidamente a un restaurante de estilo de los años cincuenta junto a la autopista, Santino tamborileando con los dedos sobre la mesa de formica hasta que la camarera tomó nuestros pedidos.

Su desayuno llegó en varios platos: tortitas, huevos, bacon. Una sobrecarga de azúcar, grasa y carbohidratos. Yo empecé con mis claras de huevo y avena. Con todos sus defectos, mi madrastra había sido buena cocinera. Borscht con una cucharada de nata agria, pelmeni, pirozhki y las dulces y delicadas capas del pastel medovik. La cocina rusa no tenía nada que ver con la italiana.

Santino cortó las tortitas, pinchó un montón con el tenedor y se las metió en la boca. Las devoró con una intensidad obsesiva, ignorando todo a su alrededor. Habíamos salido a cenar antes, pero siempre había un aire de mantener las apariencias. Los dos íbamos vestidos de punta en blanco. Ver a Santino engullendo tortitas resultaba casi entrañable. Quizás con otros cinco hermanos, había tenido que aprender a comer rápido.

Santino frunció el ceño. —¿Qué?

Sonreí. —Realmente te gusta la comida.

Continuó comiendo, señalando mi plato con el tenedor. —Deberías comer algo más consistente que eso.

Puse los ojos en blanco, pero sentí un cálido aleteo en el estómago. —Quizás verte comer es suficiente para los dos.

Gruñó.

Apoyé la barbilla en mi mano. —¿Entonces adónde fuiste anoche?

Dudó. —¿Dormiste bien?

—Buen esquive. —Le guiñé un ojo—. Sí, dormí bien.

—Bien.

—Intenté quedarme despierta hasta que volvieras, pero me quedé dormida. —Pasé dos horas mirando el teléfono, esperándole—. ¿Está todo bien?

Asintió. —Sí.

—¿Puedes elaborar?

Una vez más, tardó una eternidad en responder.

—Mi jefe necesitaba garantías, pero ahora estamos bien.

Bebí un sorbo de café. —¿Así que ya no quiere matarme?

—Si te quedas conmigo, estás a salvo.

Me recosté en la silla.

Todo lo que tenía que hacer era mantener las piernas abiertas, y mi cara no aparecería en las noticias de la noche. Qué bonito. Dimitri también seguía por ahí, esperando su momento.

—Vamos a cenar con mi hermano en su casa más tarde.

—¿Qué debería esperar? —pregunté.

—Nada elegante, solo una cena.

Suspiré. —De acuerdo.

Santino sacó su cartera. —Relájate. Todo irá bien.

Los chuletones chisporroteaban en la parrilla. Santino y Kill bebían cerveza, discutiendo sobre la última plantilla de su cuadrilátero de lucha, mientras Jack, el sobrino de Santino, chillaba mientras corría a través de un aspersor. Santino me miró y me guiñó un ojo.

Sonreí, con el estómago hecho un nudo.

Violet salió de la casa llevando dos bebidas. Vino directa hacia mí, deslizándome en las manos la alta bebida verde. —Te he preparado un cóctel sin alcohol.

—Gracias. Eres muy amable.

Mis mejillas se sonrojaron mientras lo tomaba de sus manos. Santino debió haberles advertido de antemano sobre mí, pero agradecí que no me dieran un mal rato.

—Pensé en venir a ver cómo estás —dijo Violet mientras se hundía en la silla a mi lado—. ¿Cómo lo llevas?

—No estoy segura de a qué te refieres.

Sonrió con complicidad. —Esta familia puede requerir un periodo de adaptación. Mi suegra tardó unos meses en confiar en mí. Solo quiero asegurarme de que te sientas bienvenida.

Apreté la bebida. —Gracias, Violet. Es mucho para asimilar, pero todos han sido muy acogedores.

Asintió con la cabeza. —Es como entrar en un baile donde todos ya conocen los pasos menos tú.

Me reí. —Exactamente. Me crié en un entorno ruso. Somos muy diferentes.

El gesto de Violet estaba lleno de simpatía. —Oh, cariño, conozco ese sentimiento. Soy de Tennessee, nacida y criada allí. Probablemente se note por mi acento. Destacaba como un pulgar dolorido cuando llegué aquí. Pero ser una forastera no siempre es una desventaja. Te da una forma de ver cosas que otros podrían pasar por alto.

—¿Cómo lograste encajar?

Dio un sorbo a su bebida, con una sonrisa pensativa en los labios. —No intentando demasiado. Me traje un poco del Sur aquí conmigo. Santino y los demás se adaptaron. No hay nada como la hospitalidad sureña.

Su risa era contagiosa, y no pude evitar unirme. —¿Quizás debería empezar a traer un poco de Rusia a la mezcla, entonces?

—Absolutamente. Esta familia es como una colcha. Cada pieza añade color. Encontrarás tu lugar, ya lo verás.

Violet era tan forastera como yo, y sin embargo esencial en la dinámica de esta familia. —Se trata de encontrar el equilibrio, ¿verdad? Entre de dónde venimos y hacia dónde vamos.

—Así es. Y recuerda, si alguna vez te sientes fuera de lugar, ven a buscarme. Las *forasteras* tenemos que permanecer unidas.

—Te tomaré la palabra.

Violet me guiñó un ojo. —Entre tú y yo, no todo es malo. Espera a las fiestas de Navidad. Son algo especial.

—Te creo.

—Me alegra que te estés llevando bien con Santino. Es un buen hombre, solo un poco intenso. Ha tenido una vida dura. Todos la han tenido. —Violet hizo una pausa como si estuviera decidiendo cuánto más decir—. Cuando has pasado por lo que ellos han pasado, la confianza no llega fácilmente. Siempre estás esperando que caiga el otro zapato.

—Supongo que eso nos hace dos entonces.

Extendió la mano, tocando la mía ligeramente. —Solo dale tiempo. Tiene sus demonios, claro, pero también tiene un buen corazón.

El sonido de risas nos devolvió al presente. Santino sonrió con suficiencia ante algo que dijo su hermano, pero miró de nuevo en nuestra dirección. Su mirada encontró la mía a través de la distancia, y su sonrisa se ensanchó.

—Ven. —Violet se puso de pie, tirando suavemente de mi brazo—. No tiene sentido darle vueltas a cosas que están fuera de nuestro control, ¿verdad?

—Verdad.

Me dejé llevar mientras mi mente divagaba.

Santino deslizó su brazo alrededor de mi cintura. Me besó la mejilla y frunció el ceño. —¿Todo bien?

—Sí. —Sonreí, compartiendo una mirada con Violet—. Estábamos hablando de lo difíciles que pueden ser los hombres Costa.

—¿Y cuál es el veredicto?

—Ella dijo que la paciencia es clave, pero creo que voy a necesitar algo más que eso.

—Tienes todo lo que necesitas para manejarme, principessa.

—¿Princesa? —exclamó Violet, aferrándose a su marido—. Ese es el apodo más adorable. Mucho más adorable que *Bumpkin*.

Su hermano sonrió. —Es más suave que lo que estamos acostumbrados a oír por aquí.

—Oh, vamos, cariño. —Violet hizo un puchero—. Es dulce. Es un buen cambio de toda esa charla de tipos duros.

Kill sonrió. —¿Quieres cambiarlo por algo más elegante? ¿Quizás duquesa?

Violet puso los ojos en blanco.

Santino me alejó de ellos, bajando la voz. —¿De verdad era eso de lo que estabais hablando?

—Sí, ¿por qué?

—Pareces alterada.

—Solo estoy nerviosa. Tu familia es diferente a la mía. —Me lamí los labios mientras sus ojos se clavaban en los míos—. Son muy agradables.

—Te adaptarás.

Levanté una ceja. —Pareces bastante seguro de ello.

—Eso viene con saber lo que quieres.

—¿Que es...? —susurré.

Sonrió con picardía, moviendo su mano hacia mi vientre.

Mi corazón latía con fuerza. —Realmente tienes la mente fija en una sola cosa, ¿verdad?

—Mi hermano pequeño ya me ha ganado la partida con un niño de cuatro años y otro en camino.

—¿Así que es una competición?

Su agarre sobre mí se intensificó. —Quiero tener los míos contigo.

—¿Estás tan ansioso por formar una familia?

—Claro que sí. Siempre estoy pensando en llenarte.

Mi cara se sonrojó. —Dios mío, Santino. Dilo un poco más alto.

—No me importa lo que piense nadie.

Me eché hacia atrás ligeramente, tratando de valorar si hablaba en serio o si se había dejado llevar por el momento. Ya no sabía qué hacer con él. Me hacía cuestionar constantemente mi propia cordura. Luchar contra él me parecía inútil. No podía ganar contra este maníaco. Todo lo que podía hacer era mantener la vista en el futuro. Construir mi negocio.

Los brazos de Santino me atraparon en una jaula de calor. Por encima de su hombro, vislumbré a Violet mirándonos. Sonrió e intercambió miradas con su marido. Nosotros nunca seríamos como ella y Kill.

Eso me molestaba.

No podía construir una vida con un hombre que me tiraba billetes a la cara. Algo en lo profundo de mí anhelaba más. Yo *merecía* un hombre que me amara. ¿Podría encontrar eso con Santino? ¿Podría confiar en que me viera como algo más que una transacción? El miedo a ser utilizada me carcomía.

No confiaba lo suficiente en mí como para decirme la verdad. ¿Cómo podríamos criar a un hijo? Tiró mis píldoras anticonceptivas. Y yo seguía luchando contra el impulso de ahogarme en alcohol.

—Necesito una copa —murmuré.

—Es normal tener antojos.

—Lo sé, pero ¿y si solo tomo una?

—No te detendrás en una. Lo sabes. —Santino se separó de nuestro abrazo, acunando mi cara—. ¿Recuerdas lo que dijo el médico?

—Dijo muchas cosas.

Un destello de calidez brilló en sus ojos. —Solo tienes que tomar una decisión: no tomar esa primera copa. Después de eso, está fuera de tu control. Es como entregarle las llaves de tu coche a un lunático.

Tenía razón. Solo necesitaba oírlo de nuevo.

Suspiré, tratando de calmar mis nervios. —A veces es difícil recordarlo cuando todo parece tan abrumador.

—Por eso estoy aquí, principessa.

Asentí, sintiéndome un poco más tranquila.

Pasamos el resto de la velada disfrutando de la comida y la compañía. Santino y su hermano compartieron historias de su infancia, y me sorprendí a mí misma riendo más de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

Mientras el sol se ponía, arrojando un cálido resplandor sobre el jardín, nos reunimos alrededor de la mesa para el postre. Violet sirvió tarta de manzana casera, cuyo dulce aroma flotaba en el aire. Todos estábamos relajados y contentos, y se sentía como una auténtica reunión familiar.

Justo cuando estábamos terminando, mi móvil vibró. Lo saqué y vi una notificación de mensaje de voz de un número desconocido. Mi estómago se retorció mientras me disculpaba y me alejaba unos pasos para escucharlo.

Santino me siguió. —¿Qué ocurre?

—Creo que me ha enviado un mensaje.

Su rostro se ensombreció. —Reprodúcelo.

Pulsé el botón y el gruñido de Dimitri estalló desde el altavoz.

—Eres una puta idiota si no vuelves conmigo. Te cazaré, y cuando te ponga las manos encima, suplicarás por la muerte. Esto no ha terminado, zorra.

VEINTINUEVE

SANTINO

Aléjate de Delilah.

Pensé que había dejado claro ese punto con una ejecución simulada, una paliza brutal y humillándolo completamente antes de dejarlo tirado en la puerta de Mikhail. El muy imbécil no captaba las indirectas. Ella le dejó plantado el día de su boda, y él seguía sin dejarla en paz.

Me cabreaba.

Había estado dispuesto a dejarle vivir. Pero ahora, iba a decapitarlo y patear su cabeza hasta el puerto. Al día siguiente, pasé en coche por su casa en Providence, con una Sig en el regazo, pero no estaba allí. Delilah me había dado los nombres de algunos negocios que poseía. Nada. Así que hice un desvío a la casa de mi futuro suegro.

Uno no entra simplemente en la casa de un Pakhan sin que los guardaespaldas le disparen, así que llamé a Mikhail. Le dije que estaba en la zona y quería hablar.

Las puertas se abrieron después de una minuciosa inspección de mi coche y un cacheo. La finca de Mikhail era una fortaleza. Más cámaras que un centro de rehabilitación de famosos.

Los guardias me condujeron a través de un jardín cuidado donde Mikhail me esperaba en la terraza, con aspecto de dictador de un

país pequeño y corrupto. Llevaba una bata de satén negra, su expresión impasible.

Mikhail asintió. —Costa.

—Gracias por recibirme.

Uno de sus hombres abrió la puerta de la casa, y él se adentró con paso pesado. Le seguí, sintiéndome desnudo sin mi arma. La casa apestaba a humo de puro y dinero antiguo. Pesadas cortinas de terciopelo arrojaban una tenue palidez sobre todo, y las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura.

Mikhail me condujo a un despacho. Me indicó que me sentara, y tomé la silla frente al escritorio. Mikhail se tomó su tiempo, rodeando lentamente el escritorio, la silla crujiendo cuando se sentó. Hizo un espectáculo de organizar papeles y apilarlos antes de finalmente mirarme a los ojos.

—Nunca pensé que mi hija se involucraría con uno de vosotros.

Me senté. —¿Un italiano?

—Un Costa —escupió.

—Quizás deberías haberla cuidado mejor.

Me apuntó con el dedo. —*Cuida tu boca*. Estás en *mi* casa. Si quieres salir de una pieza, me hablarás con respeto.

¿Quién se creía que era este tipo?

El número de tipo duro no funciona cuando has arruinado tu reputación permitiendo que un psicópata abuse de tu hija.

Sonreí, sabiendo que eso le enfurecería. —Tu hija vino a mí.

—Has mancillado a mi niña. Robado la novia de otro hombre.

Sí, lo hice. —Necesitaba mi protección contra el hombre al que *tú* la vendiste.

Hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Nunca debí criarla en este país. Le llenó la cabeza de tonterías. Dimitri es un buen hombre.

Discutible.

—Te aprovechaste de mi niña. —Mikhail me señaló con el dedo tembloroso—. La *forzaste*.

—No hubo ninguna coacción.

Los ojos de Mikhail ardían. —Estaba comprometida.

Me encogí de hombros. —Huyó de la boda.

—No lo creo. Debes haberla engañado.

Quería reírme. —¿No hay imágenes de ella huyendo de la iglesia?

Una pregunta retórica, considerando que lo había visto semanas atrás cuando el vídeo circuló por los bajos fondos criminales.

Mikhail negó con la cabeza. —Mi hija nunca me desobedecería.

Este tipo estaba delirando.

—Mira —dije, manteniendo un tono uniforme—. Delilah ha tomado su decisión. Ahora está conmigo.

—O eres muy valiente o muy estúpido.

Mi paciencia se agotaba. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en el escritorio. —Ella volverá corriendo a mí cada vez que la fuerces a los brazos de Dimitri.

—No si te mato *ahora mismo*.

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio. —Mikhail, no vine aquí sin respaldo. Si me haces daño, harán que lo que le hiciste a mi primo parezca una muerte piadosa.

La cara de Mikhail se tornó de un intenso tono rojo. —¿Por qué estás aquí?

—He venido a negociar una tregua. Planeo casarme con tu hija. No hay necesidad de más derramamiento de sangre. Centrémonos en nuestros negocios y dejemos a nuestras familias fuera de esto.

Sus ojos se entornaron. —¿Qué gano yo?

—Paz. Estabilidad.

Mikhail se removió en su asiento, el cuero crujiendo bajo él. —¿Y los términos?

—Quiero que Dimitri desaparezca.

Los ojos de Mikhail parpadearon. —¿Por qué mataría a un hombre que me ha sido leal?

—Es un buen negocio. Delilah nunca volverá con él voluntariamente. Si intenta algo contra ella, solo escalará las cosas. Además, estoy dispuesto a ofrecerte un pago de buena fe para demostrar que voy en serio. —Hice una pausa, dejando que el peso de mis palabras calara—. Medio millón de dólares. Tus negocios continuarán sin ninguna interferencia por nuestra parte, y retiraré cualquier operación que invada tu territorio.

Me estudió durante un largo momento. —¿Medio millón por mi hija?

—Te daré doscientos mil ahora y el resto cuando Dimitri esté bajo tierra.

Meditó sobre esto, el silencio extendiéndose entre nosotros. Finalmente, Mikhail asintió lentamente. —Tenemos un trato.

Extendió su mano.

Dudé antes de estrecharla. —¿Cuándo estará hecho?

—Podría llevar unos días, pero me pondré en contacto contigo.

El padre de Delilah me despidió con un gesto. Me levanté con el estómago revuelto. Ni siquiera pestañeó antes de entregar a uno de

sus hombres. Capté la mirada del guardia que me acompañó fuera de la casa. Me pregunto cómo se sentirían sus tipos respecto a eso.

Salir de esa casa fue un alivio.

Nunca en mis sueños más locos imaginé estrechando la mano de un Romanov. Hacer un trato con su padre iba en contra de todo instinto sensato, ¿y Delilah pensaba que yo la había atrapado?

Menuda puta mentira.

Ella era mía. Y yo era todo suyo.

Le conté a Vinn sobre el trato con Romanov.

Me dijo que hablaría con Mikhail para ultimar algunos detalles más. Habría semanas de negociaciones, pero parecía que la alianza avanzaba.

Los Costas y los Romanov.

Trabajando juntos por primera vez en décadas. Tenía mis dudas. Mikhail no era conocido por su honor. No confiaba en él, pero no tenía por qué hacerlo. Yo tenía algo que él quería. Mientras nos tuviéramos agarrados por los cojones, ninguno podría moverse.

Cuando llegué a casa, Delilah estaba posada en el sofá, con las piernas cruzadas. Llevaba un vestido negro con un escote pronunciado, la tela abrazando su figura. Ondas castañas sueltas caían sobre sus hombros, sus labios pintados de un rojo intenso. Se veía preciosa, como una actriz de una película noir.

Levantó la mirada hacia mí, sonriendo. —¿Cómo ha ido?

Algo se agitó en mi pecho. Su sonrisa siempre me desarmaba. Crucé la habitación y me paré frente a ella.

—El trato va adelante.

Arqueó una ceja. —¿Y confías en mi padre?

—Para nada.

Delilah tomó mi mano, tirando suavemente hasta que me senté a su lado. —¿Preguntó por mí?

—Le dije que estaba cuidando de ti.

Me dedicó una sonrisa triste. —Así que simplemente me entregó. ¿De nuevo?

—Intentó recuperarte, pero soy un buen negociador. —Me incliné y le besé la mejilla—. Con todos excepto contigo.

Puso su mano en mi pecho, llenando mi piel de chispas. Cualquier rastro de tristeza en su rostro desapareció cuando se montó a horcajadas sobre mi cintura. Sus dedos trazaron la línea de mi mandíbula.

—Hablando de eso, necesito más dinero.

Mi mirada se deslizó por su cuello. —Así que por eso estás tan arreglada, ¿eh?

—Me conoces tan bien —ronroneó.

Mi principessa no tenía concepto del dinero. ¿Cómo había gastado ya lo que le di?

Acaricié su pelo, inhalando el aroma de su champú floral. Delilah besó la base de mi garganta. Ya no necesitaba acostarse conmigo por dinero. Solo tenía que pedirlo. ¿Debería recordárselo? No podía pensar mientras sus labios me provocaban.

Gemí cuando la calidez rozó mi piel. Me mordisqueó. Mi pulgar trazó su boca, y ella lo dejó deslizarse dentro. Sus labios formaron un sello apretado a mi alrededor. Entonces succionó. Su lengua giró alrededor, y mi polla se endureció.

—¿Cuánto quieres, nena? —susurré.

—Ocho.

¿Ocho *mil*? —¿Para qué?

—Hay un vestido vintage de Dolce en una web de subastas que es exactamente de mi talla. Lo quiero.

¿No me había dado ya esa excusa?

Las preguntas se desvanecieron cuando se deslizó entre mis muslos. Se arrodilló a mis pies, con las manos en mis muslos, y comenzó a desabrochar mi cinturón. Lo arrancó y tiró de mis pantalones. Levanté las caderas, y ella arrastró mis pantalones y calzoncillos hasta mis tobillos.

Delilah envolvió mi polla con su mano. Apretó alrededor de la cabeza, y el líquido preseminal se deslizó por mi eje. Se inclinó hacia delante y lamió. No me tomó completamente, pero su lengua giraba, acariciando la parte inferior de mi polla.

Los músculos de mis muslos se estremecieron.

La primera vez que envolvió sus labios a mi alrededor fue en el hotel. Había arrastrado su boca a mi polla en algún momento de la noche, disfrutando de la visión de la princesa rusa a mis pies, haciéndome una paja con su anillo de compromiso todavía puesto.

Luego me tomó en su boca. Recuerdo haberme sentido fuera de mi elemento. Que había planeado poseerla, pero... ¿la forma en que me hacía sentir? Ella me poseía a mí. Comenzó mi obsesión con ella. Pagaría hasta el último céntimo de mi cuenta bancaria por mantenerla.

Delilah enterró su rostro entre mis muslos. Su pequeña boca apenas podía contenerme, pero su garganta se abría perfectamente. Mantuve las manos a mis costados todo lo que pude antes de agarrar su pelo. Mis caderas se balanceaban ligeramente mientras guiaba su boca arriba y abajo por mi eje. Ella zumbó alrededor de

mí, y mis testículos se tensaron. Se sentía demasiado bien. La saqué de mi polla empapada de saliva, subiéndola por mi cuerpo.

Trepó sobre mi regazo, y mi polla se deslizó en su coño empapado. Se apoyó en mis hombros y me cabalgó, dándolo todo. Me recosté, observándola. Sus ojos revolotearon. El tirante de su vestido se deslizó. Lo bajé aún más, exponiendo sus tetas. Mi brazo la rodeó, atrayéndola hacia mí. Perdió el equilibrio, sujetándose en el respaldo del sofá. Agarré su pecho. Lo succioné en mi boca. Mi lengua jugó con su pezón, y mi polla palpitó dentro de ella. Gimió, sus manos deslizándose hacia mi pelo y apretando.

Niña mandona.

Su teta salió de mi boca con un sonido húmedo. La levanté, mis manos agarrando su culo. Sosteniéndola, me puse de pie y tropecé hacia el dormitorio. Se deslizó por mis brazos, pero la atrapé antes de que sus dedos tocaran el suelo. Ella estampó sus labios contra los míos. *Realmente* quería ese dinero.

Agarré su pelo, echando su cabeza hacia atrás. —Por ocho mil, necesitas darme más que tu boca y tu coño.

Su boca tembló. —¿Quieres follarme el culo?

La sangre martilleaba en mis oídos. —*Sí*.

—Tómalo, entonces.

Cuando se ofrecía así, no podía resistirme. La coloqué sobre la cama, tomando unas esposas de un cajón y atando su tobillo a las cuerdas unidas al pie de la cama. Luego levanté su otra pierna, atándola también. Cuando terminé, estaba inclinada, perfectamente expuesta ante mí. Agarré un bote de lubricante antes de deslizarme dentro de su coño empapado y echar una gota sobre ella. Agarré su culo, mi pulgar siguiendo el rastro de lubricante y deslizándose dentro de ella.

Tan jodidamente apretada.

Delilah gimió mientras mi pulgar la trabajaba. Apliqué más lubricante, abriéndola lentamente con otro dedo. Luego dejé el lubricante a un lado. Mi polla pulsaba dentro de ella mientras la veía retorcerse. Era toda una visión: atada, expuesta y lista para mí. Seguí embistiéndola, mis bolas tensas y doloridas. Joder. Se sentía demasiado bien. Me hundí profundamente mientras me corría.

Recuperé el aliento y salí lentamente, sin querer abandonar el calor de su coño.

Jadeando, giró la cabeza hacia un lado. —Dios mío, Santino.

Me incliné sobre ella, mi pecho presionando contra su espalda. —¿Más, principessa?

—Sí. Sí, por favor.

Mi polla palpitaba. Salí completamente de ella, cubierto con nuestros fluidos combinados. Agarré el lubricante, untándolo sobre ella y sobre mí, preparándola para la siguiente ronda. Me coloqué en su ano. La punta de mi polla presionaba contra el orificio fruncido. Lentamente, empujé hacia dentro. Su cuerpo se tensó, pero hizo el esfuerzo de relajarse y empujar contra mí. Centímetro a centímetro, me abrí paso dentro, y ella jadeó.

Una vez que estuve completamente dentro, hice una pausa, dándole tiempo para adaptarse. Se contrajo a mi alrededor, su cuerpo temblando. Me retiré ligeramente y luego embestí de nuevo, con más fuerza.

—Joder —gimió.

Estaba apretada. Se necesitó todo mi control para no simplemente arremeter contra ella. Empecé a moverme, construyendo un ritmo lento. Ella cerró los ojos con fuerza, acompañando mis embestidas. Sus jadeos se convirtieron en lamentos agudos.

Mi mano se deslizó alrededor de su cintura, encontrando su clítoris. Lo froté al ritmo de mis embestidas, su cuerpo convulsionando con

cada toque. Sus gemidos eran diferentes esta vez, más profundos, más primitivos. Estaba cerca.

—Córrete para mí, Delilah.

Gritó, su cuerpo tensándose mientras se corría intensamente, sus músculos apretándome como un tornillo. Seguí embistiendo, cabalgando su orgasmo hasta que sentí mi propio clímax formándose. Con una última embestida profunda, me corrí dentro de ella otra vez, llenándola por completo.

Nos quedamos así por un momento, ambos recuperando el aliento. Salí lentamente, observando cómo mi semen goteaba de ella. Parecía completamente follada, su cuerpo agotado y tembloroso.

La desaté, levantándola en mis brazos y llevándola a la cama. La acosté suavemente, apartándole el pelo de la cara.

—Lo has hecho bien —murmuré, besando su frente—. Te conseguiré ese dinero.

Sonrió débilmente, sus ojos cerrándose.

Mientras se quedaba dormida, mi corazón latía con fuerza. Esa claridad post-orgasmo me golpeó como un tren de carga. Delilah había estado gastando dinero más rápido que un incendio forestal. Vestidos vintage y mierdas así, claro, le gustaban, pero esto empezaba a sentirse extraño.

Me deslicé fuera de la cama, mi mirada captando su portátil descuidadamente abierto sobre la cómoda. Un movimiento tan impropio de Delilah, que siempre estaba cubriendo sus huellas. La curiosidad me carcomía. Quizás eran mis problemas de confianza hablando, pero necesitaba saber.

Crucé la habitación silenciosamente, abriendo su portátil. Cobró vida bajo mis dedos, la pantalla iluminándose para mostrar su correo electrónico abierto y con la sesión iniciada. Mis ojos se dirigieron a

sus notificaciones bancarias: demasiadas transacciones recientes como para no levantar sospechas.

Hice clic. Los extractos bancarios se alineaban como un rastro de migas de engaño. Revisé las pestañas, escaneando las transacciones. Mi mandíbula se tensó mientras las piezas empezaban a encajar. Grandes sumas de dinero estaban desapareciendo en cuentas que no reconocía. Vestidos, una mierda. Me había estado mintiendo.

Cada transacción era como una puñalada en mi estómago. Pagos a proveedores, alquiler, honorarios de diseño... había construido algo grande a mis espaldas. Cada euro que le daba estaba siendo canalizado hacia su vida secreta.

Desde el principio sabía lo que esto era. Ella quería mi dinero y protección. Yo había aceptado. Joder, incluso me había gustado al principio. Pero ahora me agotaba. Cuanto más tomaba, más sentía que nada de lo que le diera sería suficiente.

Me volví hacia la cama. La mujer a la que llamaba *principessa* se movió en la cama, murmurando algo en sueños. Una tormenta se gestaba dentro de mí. Mikhail y Dimitri seguían siendo amenazas, y ahora tenía el secreto de Delilah encima de todo.

Necesitaba confrontarla, pero no esta noche.

Cerré el portátil de golpe.

TREINTA

DELILAH

Al día siguiente, me dirigí a la tienda.

Le dije a Santino que necesitaba parar en mi apartamento para recoger algunas cosas, pero hice un desvío de camino a su casa. Había solucionado el problema con el permiso de zonificación y necesitaba abrir la puerta para el artista que había contratado para pintar un mural en el interior de ladrillo blanco.

Abrí la puerta y entré, encendiendo las luces. El espacio vacío parecía un lienzo en blanco, esperando el toque del artista para cobrar vida. Me ocupé con algo de papeleo en el mostrador, perdiendo la noción del tiempo mientras revisaba facturas.

La puerta se abrió.

Levanté la mirada, con el corazón en un puño cuando Santino entró tranquilamente. —¿Qué haces aquí?

Él entró, cerrando la puerta tras de sí. —Podría preguntarte lo mismo, principessa.

Tragué saliva con dificultad, mi mente acelerada.

Sus ojos escanearon la habitación, observando los estantes vacíos y las cajas de mercancía. —¿Qué es Retro Rose Boutique?

Mantuve su mirada con firmeza. —Una tienda que estoy abriendo.

—¿Para qué? —preguntó.

—Ropa vintage —susurré, aliviada de que no pareciera enfadado—. Quería hacerla más accesible. Es una de mis pasiones. Pensé... esperaba poder volverme más independiente si empezaba mi propio negocio.

Santino se apoyó en el mostrador, su mirada recorriendo los cubos de pintura junto a la pared. —Me dejaste creer que eras una cazafortunas.

—No está tan lejos de la realidad.

—Sí lo está cuando estás firmando contratos de alquiler, contratando pintores, diseñadores y comprando inventario para tu jodida tienda. Eso es diferente a usar mi dinero para irte de compras.

—Lo sé.

Suspiró profundamente, con las manos metidas en los bolsillos. —Así que estás preparando un plan B, ¿como si estuvieras lista para marcharte?

Me moví inquieta. —No, solo... era más fácil así. Si pensabas que iba detrás de tu dinero, no harías preguntas.

—¿Por qué mantuviste esto en secreto?

—No tenía elección. Tenía que protegerme.

Sus ojos buscaron los míos. —¿De mí?

—Sí. Dimitri me dijo que me ayudaría con la tienda, y luego me engañó. No podía permitir que volviera a ocurrir.

—No soy como ese cabrón.

Me mordí el labio, dolida por su expresión pétrea. —Tenía miedo de perder la poca libertad que tenía.

—Delilah, te he dado todo lo que has pedido. —Rodeó el mostrador, su voz oscureciéndose—. Sabes por qué hago eso, ¿verdad?

Tomé aire con dificultad, negando con la cabeza.

Sus dedos se deslizaron bajo mi barbilla, obligándome a encontrarme con su intensa mirada. —Por *ti*. Porque me tienes enganchado. Cada vez que te marchabas con mi dinero, lo único en lo que podía pensar era en tenerte de vuelta en mi cama. Pero quiero más. Quiero hijos. Quiero ponerle un candado a ese bonito coño.

Mis mejillas ardieron. —Qué romántico.

Una sonrisa irónica inclinó su boca. —Tú no quieres romanticismo.

—Sí, lo quiero. Quiero más que un acuerdo donde todo gira en torno a lo que tú me das y yo tomo. Quiero una relación de verdad.

Parpadeó, sus dedos quedándose quietos bajo mi barbilla. —¿Qué significa eso para ti?

—Significa que no solo me lanzas dinero cada vez que crees que necesito algo.

—Tú *insististe* en el dinero.

—Y ahora te estoy diciendo que no es suficiente. No quiero ser parte de tu imperio. Quiero una relación real. Quiero reírme contigo, hablar de cosas estúpidas que no sean de vida o muerte. Quiero ser algo más que una mujer que compraste.

Me miró fijamente, con la mandíbula tensa. Lentamente, la tensión en su rostro se alivió y sus labios se curvaron en una media sonrisa. —¿Lo dices en serio?

—Sí.

Se acercó. Las mariposas revolotearon en mi pecho cuando Santino acunó mi cara entre sus manos antes de subirme al mostrador. Me

besó con firmeza, haciendo que mi corazón latiera con fuerza, y le devolví el beso.

Cuando nuestros labios se separaron, me incliné hacia atrás ligeramente. —Debería haberte contado lo de la tienda. Siento haberlo mantenido en secreto.

—Lo entiendo. Has estado intentando protegerte.

Un nudo en mi pecho se aflojó. —¿Entonces no estás enfadado?

—No, nena. Entiendo por qué lo hiciste. —Hizo una pausa, con su mano aún descansando en mi cara—. Te han hecho daño antes. Pero escucha, no soy otro tío del que necesites protegerte.

—Estoy empezando a darme cuenta de eso.

Me acarició el pelo. —Solo quiero tenerte a mi lado.

¿Cómo conseguía este hombre hacerme sentir tan valorada? Una calidez se extendió por mi cuerpo, llenando los espacios que habían estado tan vacíos durante tanto tiempo. Estaba tan acostumbrada al tira y afloja entre nosotros, pero esto era diferente. Había algo crudo en la forma en que me miraba.

Algo cálido y abrumador floreció dentro de mí. No podía decirlo en voz alta todavía, pero yo... lo amaba. Él luchaba por mí. Me daba espacio incluso cuando quería mantenerme cerca.

—Me haces feliz, Delilah.

Sonreí. —Tú también me haces feliz.

No añadí lo que mi corazón gritaba: que me había enamorado de él.

Sonrió. —Lo sé.

Sus manos descansaban en mis caderas mientras mis dedos trazaban su mandíbula. La atracción entre nosotros era más fuerte que nunca. No era solo alguien que quería en mi vida. No podía imaginar mi vida sin él.

Se apartó y miró alrededor. —Entonces, ¿cuál es el siguiente paso para poner en marcha este sitio?

Me deslicé del mostrador. —El mural. Contraté a una artista para pintarlo, y debería venir pronto. Luego está el inventario, el marketing y un millón de cosas más.

La artista apareció por la puerta un momento después y se puso a trabajar. Mientras tanto, puse a Santino al día sobre todo lo que necesitaba la boutique. Después de terminar las cosas en la tienda, fuimos a casa, al ático de Santino.

Él desapareció en su gimnasio, y yo me dirigí a la cocina. Mientras las pesas sonaban, miré en la nevera.

Saqué ingredientes para spaghetti carbonara, la comida reconfortante favorita de Santino. Una ofrenda de paz. Puse el agua a hervir y corté ajo y panceta, dorándolos en la sartén.

Entró en la cocina, secándose el sudor de la frente con una toalla alrededor del cuello. —Huele bien.

—Es tu favorito, ¿verdad?

Asintió, con un atisbo de sonrisa en los labios. Desapareció en el baño para darse una ducha, dejándome terminar la comida. Puse la mesa, sirviendo la pasta con un toque de perejil fresco. El aroma llenó la cocina, haciendo que me rugiera el estómago.

Unos minutos después, Santino regresó, con el pelo húmedo y una camisa limpia que se adhería a su musculoso cuerpo. Se sentó a la mesa, con una expresión llena de anticipación.

Coloqué un plato frente a él. Esperó, con el tenedor preparado, mientras yo me sentaba con mi propio plato. Entonces Santino comenzó a comer, engullendo la carbonara. Gimió con el primer bocado. Terminó su plato cuando yo iba por la mitad del mío, su tenedor raspando los últimos restos de huevo y queso.

Santino dejó el tenedor y se limpió la boca. —Qué bueno.

—De nada.

Dio unas palmaditas en su regazo. Me deslicé de mi silla y me acerqué, acomodándome en sus piernas. Sus manos encontraron mis caderas y me acercaron a él.

—Preparándome la cena, sentada tan guapa en mi regazo. ¿Qué estás tramando?

Me apoyé contra él, jugueteando con su camiseta. Algo rondaba en el fondo de mi mente que había tenido demasiado miedo de mencionar antes. Quizás era la suavidad de la noche o la forma en que Santino se había abierto conmigo últimamente, pero sentí que podía preguntarle.

—El incendio —comencé, mis dedos deteniéndose en su pecho—. El que... mató a tu primo. Nunca has hablado realmente de ello.

Todo su cuerpo se tensó. —¿Qué quieres saber?

—¿Qué ocurrió?

Exhaló un suspiro áspero. —Era solo un crío. Doce años. Mi tía y mi tío eran como unos segundos padres para mí. Mi tía, mi tío y mi primo. Desaparecieron en una noche. Vi todo lo que pasó.

—Debió de ser horrible.

—Lo fue —admitió, con voz ronca—. Mi primo solo tenía diez años. Habíamos estado jugando juntos ese mismo día. Y luego desapareció.

—¿Qué pasó?

Su mandíbula se tensó. —Fue un incendio provocado.

—¿La policía llegó a atrapar al responsable?

Negó con la cabeza, fulminando con la mirada.

—¿Cómo era tu primo?

—¿Luca? Era un pequeño cabroncete duro. Más feroz que la mayoría de los hombres que conozco ahora. Una vez, la policía nos pilló robando bicicletas. Luca juró que estaríamos montando de nuevo antes del anochecer. No se equivocó. Mi tío movió algunos hilos, y horas después, pedaleábamos por la calle como si nada hubiera pasado.

Intenté sonreír, pero me salió más bien una mueca. —Suena muy parecido a ti.

Santino se encogió de hombros, con la mirada perdida hacia la ventana. —Nunca llegamos a averiguarlo, ¿verdad?

—No, supongo que no.

Sacó su cartera del bolsillo y extrajo una fotografía gastada. —Este es él.

Me la entregó. Un niño pequeño con una sonrisa traviesa sonreía a la cámara.

Cogí la foto, y mi corazón se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Santino.

Me quedé mirando la fotografía. —Se parece a ti.

—Sí, un poco.

Mis dedos se demoraron en la foto, trazando el contorno de la cara de Luca. —Es extraño pensar en lo diferentes que podrían haber sido vuestras vidas.

Mientras miraba al chico de la fotografía, mis manos temblaban. Conocía esa cara. La había visto antes, muchas veces. Se me cortó la respiración cuando las piezas encajaron.

Este chico... Luca... estaba vivo.

Había crecido con él. Trabajaba para la Bratva de Providence y, a juzgar por la expresión vacía en su rostro, Santino no tenía ni idea.

TREINTA Y UNO

DELILAH

Está vivo.

No podía creerlo.

El chico por el que Santino guardaba luto era el mismo chico con el que yo había crecido en Providence. Luca —mi amigo de la infancia — había sido criado de *alguna manera* en la Bratva. Lo reconocí inmediatamente en la foto de Santino.

Tenía que ser él.

Un italiano en una familia rusa destacaba, especialmente con pelo oscuro y piel permanentemente bronceada. Nadie por parte de mi padre tenía esas características. Todos tenían el aspecto eslavo estereotípico: pelo rubio o castaño claro y piel pálida. Yo había heredado mis ondas morenas de mi madre. Se daba a entender que Luca había sido adoptado. Nunca pedí una explicación y nadie me la ofreció.

Dejé de hacer preguntas sobre cualquier cosa que ocurriera en mi casa después de tercer grado. Dos de mis tíos arrastraron a un hombre que nunca había visto —cubierto de sangre— al comedor formal y lo tendieron sobre la mesa. Cerraron las puertas, y escuché ruidos extraños durante toda la tarde. Paré a mi padre fuera del comedor y le pregunté qué le estaban haciendo. Me dijo que cerrara

la boca y nunca hiciera preguntas. Cuando le desafié preguntando de nuevo, presentó mi cara al dorso de su mano.

Así que no me lo pensé dos veces cuando mi padre me presentó a Luca cuando tenía diez años. Fue durante uno de sus muchos intentos de suavizar las líneas fracturadas de nuestra familia con despliegues de riqueza. A lo largo de los años, Luca se mantuvo apartado, acechando en las sombras durante las reuniones, igual que yo.

Un invierno, nos sentamos en los escalones helados fuera de la mansión de mi padre durante Navidad y nos pasamos una botella de vodka robada, el alcohol quemándonos la garganta mientras ahuyentábamos la soledad. Luca, incluso entonces, luchaba contra demonios que yo no entendía, y nunca hablaba de su familia.

¿Por qué no?

Cada domingo era noche familiar.

El hermano menor de Santino, Kill, vivía en una acogedora casa suburbana. Llegamos a la casa de tres plantas, con el jardín delantero lleno de juguetes, un triciclo y una pequeña canasta de baloncesto.

Kill nos recibió en la puerta.

Vestía vaqueros y una chaqueta de cuero, su pelo oscuro despeinado y cayéndole sobre los ojos. Fotografías familiares añadían un toque de color a la paleta en blanco y negro de la casa. Un aroma mantecoso flotaba en el aire.

Violet salió apresurada de la cocina y me dio un abrazo. —Pasad, poneos cómodos. Estamos a punto de jugar al UNO.

En el salón, vi a dos de las hermanas de Santino con Jack. Él estaba profundamente concentrado en su juego de apilar bloques. Santino le revolvió el pelo al niño.

Jack levantó la mirada y sonrió. —¡Tío Sonny! ¿Vas a jugar a las cartas con nosotros?

—Por supuesto, colega —respondió Santino.

Nos acomodamos alrededor de la mesa del comedor. Kill tomó su lugar mientras Violet repartía las cartas con un brillo de emoción en los ojos.

—Muy bien, gente —anunció con una sonrisa juguetona—. Las reglas son sencillas. El perdedor tiene que comer de la lata de gominolas Bean Boozled.

Santino gimió.

Levanté una ceja, curiosa.

—Oh, ya verás —dijo Violet, con los ojos brillantes.

El juego pronto se volvió estruendoso, llenándose la habitación de risas y bromas. Era evidente que esto era una tradición para ellos, una forma de relajarse y disfrutar de la compañía mutua. Me encontré relajándome, atrapada en lo absurdo del juego.

A medida que avanzaban las rondas, la lata de Bean Boozled se convirtió en una fuente tanto de temor como de hilaridad. Las gominolas iban desde deliciosas hasta francamente asquerosas, con sabores como "Calcetines Apestosos" y "Huevo Podrido". Cada vez que alguien perdía, había un gemido colectivo y un estallido de risas mientras comían los sabores terribles.

Violet deslizó la lata hacia mí. —¡Te toca!

Dudé, mirando con recelo las coloridas gominolas. —¿Es obligatorio?

—Es una tradición familiar —bromeó Santino.

Suspirando, metí la mano en la lata y cogí una gominola. En el momento en que la mordí, una oleada de náuseas me golpeó. Era "Pescado Muerto", y era tan terrible como sonaba. Hice una mueca mientras todos se reían.

Me dieron arcadas.

Santino me dio palmaditas en la espalda. —¿Estás bien?

Asentí, haciendo una mueca. Mi estómago se revolvía. Mientras el juego continuaba, no podía quitarme de encima las náuseas. Tenía que ser el estrés de todo lo que había ocurrido recientemente.

Como lo de Luca.

No podía sacudirme la imagen del dolor de Santino cuando miraba la fotografía. No tenía ni idea de quién era realmente Luca. ¿Cómo podía decirle la verdad? ¿Cómo podía darle la noticia de que su primo, el chico por el que todavía guardaba luto, había crecido bajo el yugo de la Bratva? Y lo más importante, ¿por qué Luca nunca me había contado sobre su pasado? ¿Por qué no había escapado?

Recuerdos de nuestra infancia destellaron: noches frías en Providence, acurrucados juntos, pasándonos una botella de un lado a otro, tratando de escapar de nuestros demonios. Habíamos sido cercanos, pero él me había ocultado una gran parte de sí mismo.

Necesitaba decírselo a Santino, pero el momento tenía que ser el adecuado. La alianza con mi familia estaba sobre terreno inestable, a punto de explotar en cualquier momento. Santino tenía derecho a saberlo, y cuanto más esperara, peor sería. Agarré mi móvil y desaparecí en el baño, buscando el número de Luca. Mi dedo se cernía sobre el botón de llamada.

Pulsé el botón y me llevé el teléfono a la oreja.

La línea sonó una vez, dos veces, y saltó al buzón de voz.

Luca no devolvía mis llamadas. No podía contactar con él, y estaba perdiendo la cabeza. Mi estómago se agitaba por guardar el secreto.

Pero necesitaba más pruebas antes de contarles nada.

A la mañana siguiente, repasé minuciosamente los álbumes de fotos de Santino. Examiné detenidamente las imágenes y me atormenté buscando caras que pudieran ser Luca. Después de una hora así, Santino entró en el salón, donde yo había desplegado los álbumes.

Se hundió en el sofá con una sonrisa irónica. —¿Escribiendo una autobiografía sobre mi vida?

—Algo así.

Ladeó la cabeza. —¿Qué estás tramando?

Señalé con el dedo una fotografía. —¿Quiénes son las personas de esta foto?

Se inclinó. —Ni idea.

Fruncí el ceño, señalando otra. —¿Y esta?

Se encogió de hombros. —El hijo del vecino.

—¿Estás seguro?

—Fue hace un millón de años. —Su sonrisa se ensanchó cuando me hundí de nuevo en el sofá—. ¿Por qué te importa?

—Solo intento conocerte mejor.

La mirada de Santino se agudizó, pero luego suspiró, pasándose una mano por el pelo. —No tienes que hurgar entre fotos antiguas para eso. Simplemente pregunta.

—Me gustan las imágenes. Me ayudan a conectar los puntos.

Santino pasó una página, riendo. —Hace tiempo que no miraba estas. Jack es idéntico a mi hermano. Increíble.

Me incliné hacia él. —¿Es ese Luca?

Señaló otro rostro. —No, ese es él.

Examiné la foto, pero no podía decir que fuera la viva imagen de la versión adulta. —¿Puedes enseñarme más fotos suyas?

Santino dudó y señaló a tres niños abriendo regalos bajo un árbol. Entrecerré los ojos, intentando determinar si tenía una marca de nacimiento bajo el ojo.

Su sonrisa se desvaneció al llegar al final del álbum. Entonces cerró la tapa y pareció darse cuenta de que tenía más debajo. Me lanzó una mirada extraña. Finalmente, soltó un gran suspiro.

—Hay algo que deberías saber.

Apreté mis manos, esperando.

Los ojos de Santino no se apartaron de los míos. —El incendio que mató a mi tía, tío y primo fue orquestado por los Romanov. Luca quedó atrapado en el fuego cruzado de una larga disputa entre nuestras familias.

El suelo se desvaneció bajo mis pies. Me sentí enferma, la habitación girando a mi alrededor. ¿Mi familia había hecho esto?

—¿Por qué harían algo así? —susurré.

—Hace años, los Romanov estaban en Boston. Hubo una guerra de territorios. Las zonas de Southie estaban en juego, propiedades codiciadas por cualquier familia dispuesta a derramar sangre por ellas.

Se me cortó la respiración. —¿Y mi familia...?

Asintió con gravedad. —Tu abuelo quería control sobre los muelles. Quería enviar un mensaje a cualquiera que pensara que podía operar en su territorio.

—¿Así que provocaron un incendio?

—Sí. Pensaban que mi tío se estaba volviendo demasiado influyente. Tenía conexiones. Tu abuelo creía que eliminándolo dispersaría a sus aliados y consolidaría el control de los Romanov.

Eso me heló la sangre. —Pero Luca era solo un niño.

La expresión de Santino se ensombreció. —Daños colaterales.

Los álbumes de repente parecían reliquias de un pasado empapado en sangre.

Me sentí enferma. —¿Y ahora?

—Te cuento esto porque si tenemos alguna oportunidad juntos, necesitas conocer toda la historia.

Las fotos se volvieron borrosas cuando las lágrimas se agolparon en mis ojos. La idea de que mi familia pudiera ser responsable de tal crueldad despiadada era abrumadora. Mientras estaba sentada allí, un pensamiento desesperado cruzó por mi mente. El Luca que yo conocía podría ser realmente el primo de Santino.

—¿Existe alguna posibilidad de que Luca sobreviviera al incendio?

Las cejas de Santino se fruncieron. —Todos murieron.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros. —Todos desaparecieron.

—Pero ¿y si...?

Suspiró. —Delilah, déjalo estar.

Mi corazón latía con fuerza. —Santino, creo que sigue vivo.

—¿De qué estás hablando?

—Le he visto antes...

—Cariño, eso simplemente no es posible.

Santino me besó la mejilla. Apenas sentí el calor en mi piel fría. Su familia creía que estaba muerto, pero Luca estaba muy vivo. Necesitaba hacer que me escuchara.

Mi teléfono chilló.

Me incorporé, cogiéndolo de la mesilla. Las notificaciones aparecieron en la pantalla. Docenas de ellas de las cámaras de seguridad instaladas en la tienda. Mi corazón se aceleró mientras abría la transmisión en directo de la cámara llena de remolinos de humo negro. Las llamas devoraban las paredes recién pintadas.

Mi tienda estaba ardiendo.

TREINTA Y DOS

DELILAH

Llegamos demasiado tarde.

La boutique era una cáscara carbonizada, el mural a medio terminar manchado de hollín y rayas de agua. Los bomberos se movían de un lado a otro, recogiendo mangueras y equipos, mientras los últimos rastros de humo se elevaban hacia el cielo azul. Salí tambaleándome del coche, con el corazón hundido mientras contemplaba la devastación.

Santino me agarró del brazo, sosteniéndome. —Delilah, espera.

No podía. Pasé junto a él y entré en la tienda, mis botas crujiendo sobre los cristales rotos y los escombros. El aire estaba cargado con el acre hedor de tela y pintura quemadas. Todo estaba arruinado: las perchas de ropa vintage se habían reducido a jirones húmedos y humeantes, y los hermosos accesorios que había elegido personalmente estaban chamuscados más allá del reconocimiento.

Solo unas pocas cajas en la parte trasera, de alguna manera protegidas de lo peor del fuego y el agua, habían sobrevivido. No era suficiente. Ni mucho menos. Las lágrimas nublaron mi visión mientras examinaba los restos de lo que se suponía iba a ser mi nuevo comienzo.

La mano de Santino se posó en mi hombro, su tacto suave.

Negué con la cabeza, la desesperación vaciando mi voz. —Todo se ha ido.

No respondió de inmediato, solo permaneció allí conmigo entre las ruinas. —Esto no es el final. Reconstruiremos todo.

Lo miré, intentando respirar a través de mis lágrimas. —¿A partir de qué? Todo está destruido. Toda la ropa vintage que pasé *meses* buscando. ¿Cómo puedo siquiera empezar de nuevo después de esto?

—Averiguaremos qué pasó —su mandíbula se tensó, la ira ardiendo en sus ojos—. Y castigaré a los bastardos responsables.

—Dimitri hizo esto. Quiere castigarme por haberlo dejado. Sabía que esto me destrozaría.

—No se saldrá con la suya.

Asentí, secándome las lágrimas. —Pero incluso si lo encuentras, todo se ha perdido, Santino. Todo mi trabajo... mis bocetos.

—Te ayudaré. Lo haremos aún mejor que antes.

Un tipo diferente de dolor comenzó a roerme por dentro. El tipo que susurra por una solución rápida que podría lavar los horrores del día. Mi mirada se desvió hacia los restos de la caja registradora de la boutique, donde, una vez, había escondido una botella.

—Necesito salir de aquí.

Me alejé de los escombros. La destrucción me empujaba hacia un borde sobre el que me había prometido nunca más tambalearme.

Santino me cogió del codo suavemente. —Vamos a casa.

El viaje de regreso fue silencioso. Santino me miraba de vez en cuando, sus ojos llenos de preocupación. Cuando llegamos a su ático, el ansia era un cable vivo dentro de mí.

En el ascensor, me apoyé contra la pared, mis pensamientos acelerados mientras subíamos. Santino se mantuvo cerca. Tan pronto como las puertas se abrieron, me dirigí a la cocina. Mis manos temblaban mientras tomaba un vaso de agua, el líquido fresco apenas apagaba mi sed.

—Principessa, habla conmigo.

—Lo único que quiero es una copa. Olvidar solo por un momento.

—Sabes que no puedes hacer eso.

Apreté los dientes. —¿Y si fuera solo una?

—Sabes lo que pasa cuando haces eso. No es una opción —Santino sacó su teléfono, enviando un mensaje a alguien—. La mujer de mi hermano te hará compañía mientras me ocupo de esto.

—No necesito una niñera.

—Viene para acá —gruñó—. Quédate aquí y no hagas ninguna locura.

Necesito una copa.

El pensamiento cruzaba mi mente cada cinco minutos mientras Violet y yo jugábamos a un juego de mesa llamado Azul. Jack, el hijo de cuatro años de Kill, rebotaba por la habitación, intentando periódicamente añadir sus propias fichas al juego, lo que solo hacía las cosas más caóticas. Violet se rio, su acento sureño intensificándose mientras lo recogía en su regazo.

Él soltó una risita, retorciéndose en sus brazos antes de calmarse para vernos jugar.

Violet notó mi mirada distraída mientras yo jugueteaba con una ficha, sus ojos suavizándose. —Jack ha estado metiéndose en todo

últimamente. Está en esa edad en que la curiosidad le hace hurgar donde no debe.

Forcé una sonrisa. —Los niños son así, ¿verdad? Siempre explorando.

—Sí, justo el otro día, lo encontré intentando trepar por los armarios de la cocina para llegar a las galletas que escondí. Tuve que echarle una buena reprimenda, pero a veces es difícil no reírse.

—Parece un manojo de nervios. —Coloqué una ficha e intenté mantener mis manos firmes. El olor a humo parecía persistir, un aroma fantasma que se negaba a abandonar mis fosas nasales.

—Lo es, pero también es el niño más dulce. Le encanta traerme flores del jardín. Justo el otro día, recogió un montón de dientes de león y dijo que eran para la «señora más bonita del mundo». Me derritió el corazón.

Sonreí, una sonrisa genuina esta vez, al imaginar al pequeño Jack con su brazada de flores amarillas. —Eso es muy tierno.

—Jack siempre ha sido una luz en mi vida. Los tiempos fueron difíciles, pero él siempre encontraba la manera de hacerme sonreír. Los niños tienen esa magia, ¿sabes? En mi tierra, todo se trata de la comunidad, de ayudarse mutuamente. Se necesita un pueblo no solo para criar a un niño sino para seguir adelante en tiempos difíciles.

Sus palabras resonaron dentro de mí. Quizás necesitaba apoyarme más en los demás y no intentar manejarlo todo yo sola.

—Delilah, no estás sola aquí. La familia, nueva o vieja, está aquí para ti. Y si ese canalla hizo lo que tú crees que hizo, bueno, tendrá que responder ante más personas que solo tú.

Parpadeé para contener las lágrimas. —Gracias.

—A veces la vida nos lanza estas bolas curvas, y simplemente tenemos que seguir adelante. Centrarnos en lo bueno, por pequeño que parezca.

Asentí, con un nudo en la garganta.

El teléfono de Violet vibró sobre la mesa. Miró la pantalla, su rostro tensándose mientras leía. —Lo siento, tengo que atender esto.

La observé alejarse, su voz bajando a un susurro mientras contestaba la llamada. Un minuto después, regresó, quejándose. —¡Oh no, se me olvidó por completo! Se suponía que debía llevar a Jack a gimnasia. Lo siento muchísimo. Necesito llevarlo rápidamente o se lo perderá.

Sonreí. —No pasa nada, adelante.

Recogió a Jack rápidamente, llevándolo hacia la puerta. —Gracias por entenderlo, Delilah. Santino está en camino.

Se marcharon apresuradamente, y una sensación de aislamiento se apoderó de mí, el escudo de compañía desvaneciéndose mientras ella cerraba la puerta.

Sola otra vez.

El juego de mesa estaba sobre la mesa, las fichas de colores volviéndose borrosas. Mis manos temblaban ligeramente, y un inquietante impulso me susurraba seductoramente al oído.

Solo una copa.

La boutique había desaparecido. Mis sueños, reducidos a cenizas. Una copa amortiguaría el dolor que arañaba mi pecho. Caminé hacia la cocina. Miré el armario, donde solía guardar una botella. Mi garganta se tensó, mi cuerpo anhelando el calor que el alcohol traería.

Nadie tiene por qué saberlo.

Alcancé la puerta, el frío metal del tirador bajo mis dedos.

—¿Delilah?

La voz de Santino resonó por el ático, sacándome de la bruma. Me quedé inmóvil. Mi pulso rugía en mis oídos.

La puerta se abrió detrás de mí, y sus pesadas pisadas llenaron el espacio. No me di la vuelta.

—Delilah, ¿qué estás haciendo?

—Quería una copa.

Apartó suavemente mi mano de la puerta y me giró para que lo mirara. No dijo una palabra, simplemente me atrajo contra su pecho.

Enterré mi cara contra él. La tienda, el incendio, Dimitri... era demasiado. Pero Santino estaba allí, manteniéndome con los pies en la tierra.

—Está bien —murmuró en mi pelo—. No voy a dejarte caer.

TREINTA Y TRES

DELILAH

Mi teléfono vibró de nuevo, esta vez mostrando otro mensaje del contratista sobre las reparaciones. Suspiré, silenciándolo mientras permanecía de pie en medio de la cocina, contemplando la abrumadora pila de papeles sobre la encimera: presupuestos de proveedores, correos electrónicos de vendedores y una interminable lista de tareas que no dejaba de crecer.

El incendio lo había destruido todo. Toda la ropa vintage, los expositores, los muebles personalizados que había pasado meses seleccionando... desaparecidos. Había pasado horas al teléfono con la compañía de seguros, intentando explicar las pérdidas, compilando listas de todo lo que había poseído y resolviendo la reclamación del seguro de inquilino para la mercancía y los accesorios. La aseguradora daba largas, reteniendo los pagos debido a "circunstancias sospechosas".

Fue un incendio provocado. La gente de Santino ya me había dicho eso. Lo estaban manejando discretamente, lejos de la vista de la policía, pero no saber con certeza quién estaba detrás me carcomía.

El rostro de Luca pasó por mi mente otra vez, pero lo aparté. No podía concentrarme en eso ahora. Ya tenía suficiente en mi plato sin añadir otra capa de estrés.

Hojeé los papeles de nuevo, con la cabeza dándome vueltas. El incendio. El inventario. El dinero que había perdido. La reaparición

de Luca. Todo estaba enredado, y apenas mantenía la cabeza a flote.

Santino entró en la cocina. —¿Qué ocurre?

—Estoy pensando en el inventario que perdí. No creo que pueda reemplazarlo todo.

Santino se acercó, apoyando su mano en mi espalda. —Lo haremos.

Forcé una sonrisa, pero mi mente seguía dando vueltas. Necesitaba concentrarme en otra cosa para no caer en espiral.

—No has comido mucho últimamente. ¿Te encuentras bien?

Me encogí de hombros. —No he tenido mucho apetito.

Santino frunció el ceño. —¿Seguro que es solo eso? Has estado un poco diferente.

—¿Cómo?

Santino extendió la mano, inclinando mi barbilla para que lo mirara. —Estás más cansada de lo normal. Y has estado evitando la comida. Eso no es propio de ti.

Me incorporé. —Quizás no tengo ganas de comer.

—Delilah, creo que deberías hacerte una prueba de embarazo.

Mi corazón dio un vuelco.

Trazó círculos en mi espalda. —Quiero decir, podría explicar algunas cosas, ¿no?

Asentí, con el estómago revuelto.

Mi periodo se había retrasado un poco. Dos semanas. No quería examinar lo que eso significaba. La idea de estar embarazada no era algo en lo que quisiera pensar. La vida estaba demasiado loca ahora mismo: mi tienda se había quemado, los primos desaparecidos habían reaparecido y mi ex todavía quería matarme.

Santino me dio un toquecito en la espalda. —Hay un test en el baño.

—No voy a hacérmelo. Solo será una cosa más en mi plato.

—Ignorarlo no cambiará la verdad.

—No, pero me hará sentir mejor.

Santino me atrajo hacia él, envolviéndome en un fuerte abrazo. —No estás sola. Haremos esto juntos. Empecemos por saber con certeza.

Me di la vuelta, con las piernas temblorosas, y caminé hacia el baño.

Encontré el test en un cajón y lo desenvolví, con las manos temblando. Después de hacer lo necesario, me apoyé contra el lavabo y esperé los resultados. Una única línea oscura se formó en la pequeña ventana y permaneció sólida.

No embarazada.

Mis pulmones se deshincharon, y todo mi cuerpo se desplomó. ¿Por qué no estaba embarazada? Me agarré al borde del lavabo, con los ojos escociendo. ¿Estaba *llorando*? ¿Porque no estaba embarazada?

Tiré el test a la basura.

Santino levantó la mirada, sus ojos escrutando los míos.

—Es negativo —dije.

Debería estar encantada, ¿verdad?

Un peso de plomo se formó en mi estómago mientras me metía en la cama. Desaparecí entre las sábanas, tirando del edredón hasta la barbilla. No podía entender las emociones que rugían en mi cabeza. No iba a ser madre. El alivio luchaba contra una extraña tristeza.

Santino me apartó el pelo de la cara. —Está bien sentirse decepcionada.

Mi interior se hizo añicos.

La mano de Santino descansaba suavemente sobre mi brazo, su presencia me daba estabilidad, pero ni siquiera él podía detener la tormenta que se había instalado en mi pecho. Necesitaba contarle lo de Luca. Lo había intentado, pero tenía que insistir en que me escuchara. Cada día que pasaba, se hacía más difícil decir las palabras, más difícil explicar por qué no había dicho nada antes. Y ahora sentía que todo se escapaba de mi control.

—No sé lo que estoy haciendo.

Santino se movió a mi lado, su mano aún en mi brazo. —No tienes que resolverlo todo ahora mismo.

—Siento que todo se está desmoronando.

Su agarre se tensó ligeramente. —No has perdido nada, Delilah.

Negué con la cabeza, con lágrimas ardiendo en el fondo de mis ojos. ¿Cómo reaccionaría Santino si supiera la verdad sobre Luca? ¿Sobre el hombre en que se convirtió en las sombras de la Bratva? No tenía ni idea de lo que haría su familia cuando lo descubrieran.

No podía hacer nada por la tienda, pero podía ayudarles.

Su familia era un grupo unido. Habían soportado tanto juntos, y ahora yo formaba parte de ello. La sombra de Luca se cernía sobre nosotros, un secreto que amenazaba con deshacerlo todo. Les debía algo a estas personas.

Mi padre era el único con respuestas.

TREINTA Y CUATRO

SANTINO

Tardé más tiempo del que pensaba en conseguir las grabaciones de los negocios de alrededor. La tienda de enfrente mostraba a varios hombres enmascarados irrumpiendo en su tienda. Ocultaban sus rostros, pero estúpidamente llevaban chaquetas vaqueras con el cráneo de un animal con cuernos en la espalda.

Los Animals.

Así que había contratado a otros para el trabajo. Había registrado Boston en busca de Dimitri, pero como una rata escurriéndose por las alcantarillas, había desaparecido. Los medios se cebaron con el incendio. Los titulares denunciaban el crimen descontrolado, y el alcalde llamó a mi jefe, amenazando con contratar a la Guardia Nacional y cerrar la ciudad si las cosas seguían descontrolándose. Me enfurecía sin fin. La boutique era el sueño de Delilah y la habían quemado por mi culpa. Dimitri no podía tocarla directamente, así que fue tras lo que más le importaba.

Al día siguiente, la policía registró mi almacén. Una denuncia anónima afirmaba que tenía a alguien como rehén. Un equipo SWAT irrumpió en mi ring de lucha clandestino. Por suerte, había cancelado la pelea del jueves anticipándome a un movimiento contra mí. No encontraron nada, pero la interrupción fue otro mensaje de esa mancha de mierda.

Y Delilah actuaba de forma extraña desde el incendio. Pasaba mucho tiempo en la cama, apenas moviéndose. No dormía. Apenas comía. Contraté a un chef personal e hice que cocinara comida rusa. Esos pequeños dumplings rellenos de ternera. ¿Cómo se llamaban? ¿Pelmeni? Estaban en un cuenco junto a la cama, sin tocar. La observaba acurrucarse bajo las mantas, con los ojos bordeados de rojo, sus labios y nariz rojos.

Verla así me destrozaba por dentro. No tenía ni idea de cómo arreglar esta parte. Al menos su problema con la bebida tenía soluciones prácticas: rehabilitación, médicos, apoyo. No sabía qué hacer con *esto*. Estaba enfadada conmigo. No podía culparla. Le había fallado terriblemente. Me culpaba por el incendio de su tienda, y la culpa me corroía. Tampoco sabía qué hacer con eso.

Al tercer día, mostró señales de vida. Se arrastró fuera de la cama, se arregló el pelo y el maquillaje, y se sentó en la cocina, dibujando en un cuaderno. Rayos de luz dorada inundaban la habitación, pintando su hermoso rostro. Se detuvo cuando entré, sus mejillas tiñéndose de rosa como si la hubiera pillado engañándome.

Mi brazo rodeó su cintura, y ella se tensó. —Me alegra que hayas salido de la cama.

Se encogió de hombros. —Tengo algunos recados.

—Puedo llevarte. Estoy a punto de salir.

—No, gracias. P-prefiero hacerlos sola.

Asentí, y ella se apartó de mi alcance. —¿Te veo en la cena?

—Por supuesto.

Por supuesto.

Odiaba eso. Sonaba como algo que solía decir en mi época de mujeriego cuando estaba listo para desaparecer de la vida de alguien.

Pero entonces, Delilah me dio una sonrisa radiante, la que siempre usaba cuando quería algo. Se inclinó hacia delante, agarró mi hombro y me besó. Su beso fue lento y minucioso, y también sus manos. Deslizándose por mi trasero, rodeando el frente de mis caderas, su dedo trazando la cabeza de mi polla rígida.

Gemí.

No me había besado así en un tiempo. Su lengua rozó la mía, provocándome, mientras se alejaba. Sus dedos dieron otro apretón a mi polla, y luego sonrió con picardía.

—Adiós, guapo.

Cogió las llaves del coche y movió sus pequeños dedos en despedida. Luego desapareció por la puerta. Una oscura sospecha empezó a tejerse en mi cabeza. Que Delilah usara el sexo para conseguir lo que quería no me sorprendía, y mi cartera estaba intacta.

¿A qué estaba jugando?

A esto. Quiere que te quedes en la puerta con la polla en la mano.

Agarré mi abrigo y las llaves del coche.

Ella se metió en su coche. Yo también en el mío. Esperé unos minutos antes de seguirla, usando el localizador que tenía en todos mis coches para guiarme por la 95-S. Siguió conduciendo más allá de Milton y Foxborough.

Se dirigía de vuelta a Providence. Mi estómago se tensó. Esa ciudad era un maldito campo minado para ella, y lo sabía. ¿En qué demonios estaba pensando?

El coche de Delilah giró hacia una zona residencial tranquila con céspedes bien cuidados y casas idénticas. Cada giro que daba se sentía como un retortijón en mi estómago. Se detuvo frente a una gran casa que había visitado no hace mucho. La verja se abrió para ella, y entró conduciendo.

Aparqué unas casas más abajo, manteniéndome oculto pero con una vista clara de ella. Salió del coche y se dirigió hacia la casa de su padre.

¿Qué estás haciendo, Delilah?

Caminó hasta la puerta principal, y mi corazón martilleaba. Mi agarre se tensó en el volante mientras ella llamaba. Un hombre abrió la puerta, mayor, con una presencia que llenaba el umbral. Su padre.

Mi mente se disparó con mil posibilidades. ¿Estaba volviendo a su antigua vida? ¿O había algo más, algo más profundo que no me había contado? Mi visión se nubló mientras los veía intercambiar palabras. Mikhail se hizo a un lado, dejándola entrar en la casa.

A la mierda esto.

Salí del coche, con los puños apretados mientras me acercaba a la verja. Ver la cara arrogante de Mikhail me daban ganas de arrancar la puerta de sus bisagras.

¿Qué coño está pasando?

TREINTA Y CINCO

DELILAH

—¿Estás sola?

Asentí, pero papá miró por encima de mi hombro.

—Bien. Pasa.

Entré y me dio una palmada en el hombro. Papá nunca fue de hacer grandes demostraciones de emoción. No le había visto desde la boda hacía casi cuatro meses, y parecía haber envejecido años. Tenía bolsas bajo sus ojos enrojecidos. Una sombría decepción tensaba su mandíbula.

El aire estaba cargado con la tensión de nuestra relación deteriorada. Me llevó al salón, donde el aroma a cuero y humo de cigarro se mezclaba con el perfume de mi madrastra. Zofia estaba sentada en su silla habitual, entrecerrando los ojos.

—Vaya, si es la novia fugitiva —se burló, con voz cargada de desdén —. ¿Vodka?

Me sirvió un chupito de la botella que había sobre la mesa, sin molestarse en esperar una respuesta. Siempre había sido un ser humano horrible. Me senté en la silla más alejada de ella y me centré en mi padre.

Se sentó frente a mí, con la mirada dura.

—Huir de Dimitri ha sido la cosa más estúpida que has hecho nunca. ¿Tienes idea del caos que has provocado? ¿De la vergüenza que has traído a esta familia?

Zofia se recostó, cruzando las piernas. —*Solnyshko*, solo queremos lo mejor para ti. Lo sabes, ¿verdad?

—No realmente.

Zofia sonrió. —Siempre has sido testaruda. Es solo que... a veces, *solnyshko*, necesitamos pensar en algo más que en nosotros mismos. Nuestras acciones afectan a todos los que nos rodean.

Un movimiento clásico de Zofia: un cumplido mezclado con crítica.

—La familia lo es todo —continuó, inclinándose hacia delante, con sus ojos fijos en los míos—. Y a veces, la familia requiere sacrificio. Todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan por el bien de la familia. Es hora de que empieces a pensar en tu papel en todo esto.

Presentaba la sumisión como deber y la manipulación como amor. Era una habilidad que había perfeccionado a lo largo de los años, haciéndote sentir culpable por querer algo diferente.

—Y podemos perdonar, ¿sabes? —añadió suavemente, casi en un susurro—. Podemos superar este incidente. Podemos dejarlo todo atrás si te disculpas.

Miré de ella a mi padre, viendo la misma exigencia de sumisión en sus ojos. —No he venido a disculparme por mi decisión. No me arrepiento de haber dejado a Dimitri, ni por un segundo. Vine a preguntarte sobre Luca.

Mi padre se tensó. —¿Qué pasa con él?

—Necesito saber la verdad sobre él, papá. Creo que sé quién es realmente, y creo que tú también lo sabes.

Zofia frunció los labios, mirando a mi padre. —¿De qué está hablando?

Él hizo un gesto con la mano. —Está diciendo tonterías.

—Papá, he visto fotos suyas en casa de Santino. Lleva una foto de él en su cartera. ¿Realmente creíste que te saldrías con la tuya para siempre? ¿Que podrías... robar a un maldito niño?

La risa tintineante de Zofia rompió el silencio.

Papá negó con la cabeza. —Nunca he oído semejante *chepukha* en mi vida.

—Dime la verdad. ¿Quién es Luca?

La voz de papá era monótona, casi aburrida. —Luca no es nadie importante. Solo un chico que tu imaginación ha convertido en algo más.

El calor ardió en mi pecho. —No es solo un chico cualquiera. Es el primo de Santino que supuestamente murió en un incendio que tú provocaste.

Zofia volvió a reír. —Qué fantasías tan descabelladas.

La ignoré. —Papá, necesito la verdad. Esto no se trata solo de rencillas familiares o viejos crímenes. Las vidas de las personas están en juego.

—Si te gusta vivir, dejarás esto. Olvídate de Luca.

Tragué saliva. —No puedo hacer eso.

Se levantó bruscamente, arrastrando la silla hacia atrás con fuerza. —¡Entonces no eres hija mía!

Permanecí sentada. —¿Qué demonios le has estado haciendo?

—No le hice nada —espetó—. Lo salvé. Su familia fue asesinada, así que le di otra.

—Lo robaste de su verdadera familia y lo criaste en un mundo de mentiras. ¿Por qué?

Su cara se enrojeció. —Su familia era una amenaza. Acogerlo era la única forma de neutralizarlos.

—¿Convirtiéndolo en uno de nosotros? ¿Manteniéndolo escondido todos estos años?

—Un niño muerto no tiene valor. Pero uno vivo que cree que su familia lo dejó por muerto, eso es útil. Luca no está aquí porque no recuerde quién es. Está aquí porque le hice creer que no había nada a lo que volver.

Lo miré, horrorizada. —¿Le hiciste creer que su familia lo abandonó?

—No fue difícil. Era joven y estaba asustado. Me creyó porque no tenía otra opción. —Papá me fulminó con la mirada, elevando bruscamente su voz—. Le salvé la vida.

—¡Después de matar a sus padres!

La mirada de mi padre se endureció. —Luca es un adulto. Si quisiera irse, ya lo habría hecho. Pero no lo ha hecho. Sabe quién soy yo y lo que he hecho por él. No te engañes pensando que puedes cambiar eso con unas pocas palabras. Y si intentas cambiar su opinión, serás tú quien sufra.

Una sensación enfermiza se instaló en mi pecho. —Lo convertiste en uno de nosotros, le hiciste vivir una vida que nunca pidió. ¿Y para qué? ¿Para mantener cerca a tus enemigos?

No respondió, su silencio confirmaba todo. Mi madrastra se movió incómoda en su silla.

—¿Dónde está? —pregunté.

—No te lo diré.

—Papá, vamos. Debías saber que este día llegaría.

—¿Que es... qué? —Mi padre agarró el chupito que me negué a tocar y se lo bebió—. ¿Qué te hace pensar que querrá volver?

—Mataste a sus padres.

Su mirada desvergonzada me atravesó. —Hice lo que era necesario para nuestra familia. No lo entenderías. Has vivido una vida protegida.

—¡He vivido una mentira, rodeada de *asesinos* que justifican sus pecados como tácticas de supervivencia!

Papá se rió. —¿Y qué crees que es tu *makarony*?

—¡Él no es un cabrón egoísta!

—No le hables así a tu padre —gritó Zofia.

La miré con desprecio. —No me sorprende que estés defendiendo cómo secuestró a un niño.

—Luca es un adulto —siseó mi padre—. Si hubiera querido volver a casa, podría haberlo hecho.

—Voy a encontrar a Luca, con o sin vuestra ayuda. Y cuando lo haga, le contaré la verdad.

El rostro de papá se retorció. —Ya no formas parte de esta familia, eres una *suka* inútil. Estás sola, así que ni se te ocurra volver aquí suplicando ayuda cuando Costa se canse de ti y te arroje a sus hombres.

Me dirigí hacia la puerta.

Mi padre me siguió, gritando. Bloqueé la mayor parte de lo que dijo, pero algunos de sus insultos lograron penetrar el muro en mi cabeza.

Puta, puta, puta.

Salí de la casa, cerrando la puerta de un portazo.

Cuando le contara a Santino sobre Luca, se pondría furioso. Tal vez ya no me querría. ¿Y si decirle la verdad a Santino era lo que

finalmente le alejaba de mí?

Me había enamorado de él de una manera que nunca esperé. No era solo protección contra mi retorcida familia; era el hombre cuyos brazos anhelaba. Él hablaba de cómo yo le había atrapado, pero fue él quien me sedujo aquella primera noche. Cada encuentro con él me fortalecía, incluso aquellos de rodillas. Porque había sido él quien insistió en tener una relación. Él me había dicho que quería más. Me había mostrado lo que era ser cuidada.

Pero este secreto tenía el poder de destruirlo todo.

Conduje de vuelta a casa, aturdida. Luego aparqué el coche y subí en el ascensor, temiendo el momento en que esas puertas se abrieran.

TREINTA Y SEIS

SANTINO

Delilah caminó hacia su coche, con paso rápido pero sereno. Se detuvo junto a la puerta del conductor, sacando su teléfono. Escribió algo, luego guardó el teléfono y se marchó.

Mi teléfono vibró. Lo saqué del bolsillo.

PRINCIPESSA

He terminado los recados, voy a casa ahora.

Apreté la mandíbula. ¿Qué era tan importante que tenía que ver a su padre sin decírmelo? ¿Qué estaba ocultando?

Arranqué el coche y la seguí. El viaje de regreso fue un borrón de pensamientos oscuros. Cada giro me recordaba la distancia que crecía entre nosotros.

Aparqué mi coche en el garaje de nuestro edificio y subí a nuestra planta. Irrumpí en nuestro dormitorio, abriendo de golpe la puerta del baño. Abrí un cajón. Cogí otra caja rosa, y entonces vi la prueba en la basura.

Dos líneas. Claras como el día.

Mi corazón dio un vuelco.

Embarazada. Estaba embarazada.

Debió haberse hecho otra prueba. ¿Cuándo? ¿Por qué se hizo una prueba sin decírmelo? Estaba guardando secretos. ¿Era el embarazo solo uno de ellos?

Delilah entró, con el rostro pálido. Su mirada se desvió hacia la prueba de embarazo en mi mano.

—¿Por qué coño no me lo dijiste?

Ella se estremeció. —Acabo de enterarme.

—Jesús, basta de mentiras. La encontré en la basura. —La golpeé contra la encimera.

Ella la recogió, con expresión impasible. —Te lo iba a decir.

—Tus mentiras se vuelven más desesperadas, principessa.

—¡No estoy mintiendo!

—Me has estado ocultando cosas. Primero tu padre, ahora esto. Pensé que ya habíamos superado esta mierda.

La mirada feroz de Delilah se clavó en mí. —Tenía que preguntarle algo.

—¿Como pedirle ayuda para alejarte de mí?

—No se trataba de ti.

Claro, te creo.

Me burlé, acorralándola contra la encimera. Metí la mano en mi chaqueta y saqué la caja. Mi pulgar la abrió y agarré el anillo. Luego cogí su muñeca y lo deslicé en su dedo.

—Nos casaremos en un mes.

Ella mostró los dientes. —Eso no es una proposición.

—Vamos a tener un bebé. Necesitamos casarnos.

Se quitó el anillo y lo puso en la encimera. —En primer lugar, no, no lo necesitamos. Y en segundo lugar, no quiero casarme mientras nuestras familias están enfrentadas.

—Es lo correcto.

—¿Para quién?

—Para el bebé —vociferé—. Llevarás mi anillo, caminarás por el pasillo, comerás algo de pastel y sonreirás para los fotógrafos. Y luego, cuando todo termine, podrás volver a mentir con cada aliento.

—¡Estás siendo un capullo irracional!

—¿Crees que soy malo ahora? Solo espera a que nazca nuestro hijo.

Palideció. —Me hice la prueba hoy. Te lo iba a decir, lo juro.

—Qué conveniente.

Sus ojos se humedecieron, probablemente molesta porque la había pillado en una mentira. Se necesitaba mucho para hacerla derramar lágrimas. Solo la había visto así de alterada aquella vez que entró en Afterlife. Había evitado la fila de plebeyos y exigido una audiencia privada. La llevé a una habitación diferente y, tan pronto como se cerró la puerta, se desmoronó. Tanta gente se me acerca con una historia lastimera, mintiendo descaradamente, que estaba preparado para descartarla sin más.

Delilah no había mentido sobre su historia, pero sí había ocultado información. Fingió estar interesada en mí y usó su cuerpo para conseguir lo que quería. Y funcionaba cada maldita vez. Le pertenecía. Pensé que eso significaba que estábamos bien juntos.

Quizás me equivoqué.

Una gruesa lágrima rodó por su mejilla perfecta. —Santino, no estoy intentando dejarte.

—Sí, lo estás.

—No, te juro que...

Solté su barbilla, burlándome. —Es como dijiste. Esta relación siempre fue por dinero. Asegurando *tu* futuro.

—Eso no es justo.

—¿Te importa siquiera con quién te acuestas? Mientras *tú* consigas lo que quieres. —Un rubor oscuro se extendió por sus mejillas, y un destello mezquino de victoria calentó mi pecho—. Vi venir esto. No estoy ciego a quién eres realmente.

En el momento en que esas palabras aterrizaron, supe que la habían herido. Sentí el dolor dentro de mí al verlo reflejado en su rostro.

—Qué ironía, viniendo de ti. Usaste tu dinero para controlarme, ¿y ahora quieres actuar como si yo fuera la culpable?

—No dudaste en aceptarlo. Me has estado utilizando desde el principio.

Los ojos de Delilah brillaron. —Te *necesitaba*. Hay una diferencia.

—¿La hay? —Me acerqué más, cernido sobre ella—. ¿Querías que pensara que eras una cazafortunas y ahora te enfadas cuando te lo echo en cara? Eso es culpa tuya, Delilah.

Su labio tembló, pero apretó la mandíbula. Debería haber parado, pero no pude. La rabia ardía demasiado dentro de mí.

—¿Quieres hablar de confianza? Me has estado mintiendo desde el día que nos conocimos. Ocultando cosas, haciendo cosas a mis espaldas, siempre guardando tus secretos. ¿Qué más me estás ocultando?

Vi el momento exacto en que crucé la línea. Golpeé algo profundo dentro de ella. Se cerró, tensando todo su cuerpo como si tratara de protegerse.

—Delilah.

Era demasiado tarde. Ya había encendido la mecha. Delilah retrocedió, con el cuerpo rígido. Con las fosas nasales dilatadas, salió furiosa de la habitación. Sonidos de golpes estallaron en la cocina. Había abierto de par en par todas las puertas de los armarios y estaba rebuscando en los estantes de la despensa, buscando desesperadamente.

Mi corazón dolía. —Joder.

Ella apartó botellas de aceite de oliva y de canola, probablemente buscando vino de cocina. Sin éxito. Había tirado toda esa mierda. El arrepentimiento formó un nudo en mi garganta.

—¿Podemos hablar de esto?

—¿Para qué molestarse? Solo soy una puta para ti.

Me estremecí. —Yo no dije eso.

—Dices que soy yo quien te está utilizando —contraatacó ella, tirando las botellas de aceite de cocina con el brazo—. Pero actúas como si pudieras comprarme, como si ni siquiera fuera una persona real.

Me froté la cara. —Delilah...

—Simplemente déjame en paz, Santino.

La culpa se asentó pesadamente en mis pulmones.

—Delilah, no hay alcohol en la casa.

No me estaba escuchando. Seguía hurgando, buscando detrás de las latas de garbanzos una gota de alcohol que no existía. Finalmente, se detuvo, desplomándose en el suelo de la cocina. Inclinó la cabeza entre sus manos, y sus hombros temblaron.

No podía soportar esto. Me estaba desmoronando por dentro. Abrí la boca para arreglar la grieta que nos separaba. ¿Pero qué podía decir? ¿Que tenía miedo? ¿Que todos mis temores estaban

vinculados a ella? ¿Que no sabía cómo amar sin también intentar controlar?

Delilah se secó las mejillas, endureciendo su mirada. —Si solo soy una cazafortunas para ti, entonces quizás tengas razón, y no queda nada para nosotros aquí.

Mi estómago se hundió. —¿Recuerdas cuando nos conocimos?

Ella asintió, sorbiendo.

—Cuando entraste en Afterlife, cambiaste mi vida para siempre. Ibas toda arreglada. Falda ajustada, pelo recogido, maquillaje. Tan hermosa. Nunca había visto algo tan perfecto. Y cuando me dijiste tu apellido, no podía creer que hubieras venido a mí. Te acercaste directamente. No solo vi a una mujer hermosa que necesitaba ser salvada. Vi valentía. Eras feroz. Te he visto luchar y pelear. Nunca te rindes. Luego, cuando llegaste al hotel, vestida como una novia... —sonreí, el recuerdo brillando en mi pecho—. En ese momento, supe que había encontrado a mi igual.

Delilah se burló. —Me usaste para el sexo.

—Solo estaba tratando de retenerte. Usé lo que tenía: dinero. Pensé que si podía hacer que te quedaras, tal vez verías algo que mereciera la pena para quedarte.

Ella resopló. —Me pusiste dinero por delante, usaste mi cuerpo como si fuera tu derecho, ¿y ahora me dices que fue porque te importaba?

La miré directamente a los ojos. —Crecí en un mundo donde tomas lo que es tuyo y lo agarras con ambas manos. Y sí, usé lo que tenía para mantenerte a mi lado. Pero eso es porque sabía que lo valías.

La mirada de Delilah se suavizó por un momento. —No lo entiendes. Esto no se trata de si valgo la pena para ti. Se trata de si estoy segura contigo.

—Lo estás.

Sus labios temblaron, y negó con la cabeza. —Vete.

Mi pecho se hundió. —¿Qué?

—Necesitas irte. Necesito pensar en qué es lo mejor para mí.

—¿Quieres que me vaya?

Asintió, sus ojos llenándose de lágrimas. —Por favor.

Un dolor punzante latía en mi estómago. Siempre había temido esto. Me veía como solo otra versión de los hombres que la habían controlado. Era como si todo lo que había hecho se hubiera vuelto irreconocible. Me veía como una amenaza, no como un refugio.

La amaba más que a nada. No era solo un medio para un fin. Era el centro de mi mundo. ¿Cómo podía hacer que lo viera?

—Me iré. Si eso es lo que necesitas.

—Lo es —masculló ella.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la salida. Una parte de mí quería luchar, pero eso no haría que me viera de manera diferente. Me detuve en la puerta, esperando alguna señal de cambio, no el silencio que llenaba el espacio entre nosotros. Luego salí, cerrando la puerta tras de mí.

TREINTA Y SIETE

DELILAH

Me derrumbé en cuanto él salió.

Me quedé sola en el ático de Santino. Cada palabra que me había escupido resonaba en mis oídos mientras repasaba nuestra discusión. Lo único que me impedía hacer una visita a la licorería era la pequeña vida que crecía dentro de mí. No podía estar embarazada de más de unas semanas. El bebé apenas era una motita en este momento, pero ya tenía control sobre mí.

Hace solo unos días, la idea de estar embarazada me aterrorizaba, pero ahora era lo único que me mantenía cuerda. El dolor en mi pecho se intensificó, y cerré los ojos con fuerza, intentando que las lágrimas no salieran. No podía permitirme derrumbarme. Este bebé... nuestro bebé merecía algo mejor que esto. Merecía unos padres que se amaran el uno al otro.

Alguien llamó a la puerta.

Me levanté del sofá, corriendo hacia la puerta. Cuando la abrí, el hermano de Santino estaba en el umbral. Su expresión era indescifrable como siempre, su fría mirada recorriéndome.

—¿Puedo pasar?

Asentí, haciéndome a un lado.

La puerta se cerró en silencio tras él, y Kill se cruzó de brazos.

—Me he enterado de la pelea —dijo Kill sin emoción.

—No es asunto tuyo.

Kill no se movió, su mirada taladrándome.

Apreté la mandíbula. —Me metió un maldito anillo en el dedo y me *dijo* que nos íbamos a casar. Ni siquiera me lo preguntó. No quiso dejarlo estar, así que le eché.

—Él no hace las cosas a medias. Deberías saberlo a estas alturas.

Se me escapó una risa amarga. —Sí, lo sé.

—Eres importante para él —dijo Kill, con su barítono sorprendentemente suave—. Quizás más de lo que te imaginas.

Sus palabras dolieron porque quería creerlas. Sería agradable si la obsesión de Santino por el control estuviera arraigada en el amor, pero cada paso adelante me sentía como si cayera más en una trampa.

—Es tan... intenso. Como si intentara controlarlo todo.

Kill me estudió durante un largo momento. —Santino no es como tu padre, y no es Dimitri. Tiene sus propios demonios, claro, pero nunca te hará daño. Es protector. A veces, simplemente lo hace de una manera jodidamente retorcida.

—Está desequilibrado.

—Todos lo estamos.

—Sí, pero él ha hecho muchas cosas retorcidas.

Kill solía matar gente para ganarse la vida. No pestañearía si le contara sobre el secuestro, las píldoras anticonceptivas que desaparecieron misteriosamente, o el hombre en el ring de lucha al que probablemente había golpeado hasta la muerte.

—Si ha hecho alguna mierda mala, es porque le gustas tanto.

—Solo estás aquí para ayudar a tu hermano.

—Santino no es del tipo que pierde los estribos por una chica, pero contigo, es diferente. Está... —Sacudió la cabeza, sonriendo—. *Pillado*.

—Pues tiene una forma curiosa de demostrarlo.

—Nunca se le ha dado bien expresar sus sentimientos. Eso no significa que no estén ahí. Y nunca le he visto así.

Tragué saliva, con la garganta apretada. —Entonces, ¿por qué no lo dice sin más? ¿Por qué todo tiene que ser sobre el control?

Kill se encogió de hombros. —Porque así es como protegemos a las personas que amamos.

Miré a Kill, buscando en su rostro cualquier señal de engaño. Ya no estaba enfadada, solo confundida. ¿Podría ser realmente tan simple? ¿Que toda esta intensidad fuera porque Santino sentía algo más profundo de lo que podía admitir?

—¿Crees que me quiere?

Kill asintió. —Nunca le he visto tan atormentado por una mujer en mi vida. Y nunca le he visto marcharse cuando las cosas se ponen difíciles. Hasta hoy. Y eso solo porque tú se lo pediste.

Todo este tiempo, había estado tan centrada en mis propios miedos. No había visto lo que tenía delante.

—Está asustado —continuó Kill, suavizando su tono—. Está aterrorizado de perderte. Y eso le hace hacer cosas estúpidas. Pero es porque quiere asegurarse de que estás con él. Siempre.

Tragué con dificultad. —¿Y si estoy demasiado rota para él?

—Todos estamos rotos. Eso no significa que no merezcamos que luchen por nosotros.

Eso me reconfortó como una manta cálida. Quizás tenía razón.

—No quiero perderle —susurré.

—Entonces no lo hagas. Habla con él.

—¿Dónde está?

—Está en el ring de lucha.

Se me hizo un nudo en la garganta. —¿Qué está haciendo allí?

—Causando problemas. No solo con los luchadores, sino también con civiles. Se está descontrolando. Alguien tiene que frenarlo antes de que haga algo loco.

Se me encogió el estómago. —Iré a por él. Le haré entrar en razón.

Kill abrió la puerta. —Te llevaré.

Cogí mi abrigo y Kill me guió. Mientras salíamos, mi corazón latía con fuerza. Esto no era solo una misión de rescate. Era la última oportunidad para salvar nuestra relación o, al menos, traerlo de vuelta del abismo antes de que se destruyera a sí mismo.

—Gracias por venir conmigo —dije mientras entraba en su coche.

—Es lo que hace la familia. —Kill arrancó el motor y salió del aparcamiento.

Cuando llegamos, el lugar bullía con la multitud nocturna habitual. Seguí a Kill, cuya presencia abría un camino entre la gente.

Entrar en la sala que albergaba el ring era como acceder a un mundo donde las reglas del exterior no se aplicaban. El hedor a sangre y sudor saturaba el aire. Escudriñé entre la multitud, buscando a Santino.

Kill señaló con la cabeza hacia la esquina más alejada. Un grupo de tipos se empujaban entre sí. Santino estaba en el centro del alboroto, con los puños cerrados y la camisa rota. Hombres con traje formaban un círculo a su alrededor, protegiéndole de un hombre sin

camisa que llevaba guantes de boxeo rojos. Santino estaba luchando de la única manera que sabía.

Yo le había hecho eso.

Le había hecho sentir no deseado, demasiado asustada para admitir que le quería. Odiaba haberlo demostrado apartándole. Había estado tan centrada en no salir herida que no vi cómo nos estaba haciendo daño a ambos, quizás de forma irreparable.

Toda mi vida, me habían descartado. Entré en una relación con Santino, esperando que me dejara ir después de haberse saciado. En cambio, me había mantenido a su lado. Me ofreció una vida con él. Prácticamente me suplicó que dijera que sí. Y yo había estado demasiado atrapada en mis demonios para darme cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro. Mi corazón dolía al verlo tan perdido y desesperado.

Tenía algo hermoso con este hombre.

Pero si no lo reclamaba ahora, lo perdería.

—¡Santino!

Mi voz apenas logró atravesar el bullicio de la multitud.

Su cabeza se levantó de golpe, sus ojos fijándose en los míos. Durante una fracción de segundo, todo a nuestro alrededor se desvaneció: el ruido, el caos, el ring. No se movió.

Kill suspiró.

—Déjame hablar con él primero. Quédate aquí.

Se acercó a Santino, poniendo una mano firme en su hombro. Santino se giró, con expresión bestial. Intercambiaron unas palabras, demasiado bajas para que yo las escuchara por encima de la música, y entonces la postura de Santino se relajó.

Kill me hizo una señal para que me acercara. Respiré hondo y avancé, con el corazón martilleándome. Santino estaba golpeado

pero seguía siendo tan condenadamente hermoso. Sus ojos encontraron los míos, y una mezcla de emociones cruzó su rostro: ira, confusión y algo que parecía dolorosamente arrepentimiento.

Me abrí paso entre la multitud hasta quedar frente a él.

Sus labios se tensaron.

—Vete a casa, Delilah.

—*No*.

Sus fosas nasales se dilataron, y algunos de sus hombres se estremecieron.

Los ignoré.

—Tenemos que hablar.

Tomé su mano, apartándolo de los hombres. Él se resistió. Sus ojos negros ardían de necesidad, pero algo le impedía caer en mis brazos como solía hacer. Orgullo, quizás.

Así que lo besé.

Entrelacé mis brazos alrededor de su cuello y vertí mis sentimientos en un beso. Mis manos enmarcaron su rostro. Sabía a whisky, y eso me hizo ansiar cada caricia de su lengua. Su boca se suavizó, y sus brazos rodearon mi cintura, anclándome a su cuerpo. Me aparté y suavemente tomé la iniciativa de nuevo. Tiré de su mano. Me siguió, agarrando su chaqueta de una silla.

Una vez que estuvimos fuera, solos en el aparcamiento, pasé mis dedos por su mano ensangrentada.

—Tienes los nudillos destrozados.

—Me metí en una pelea.

—Lo siento —susurré, estrechando mis brazos a su alrededor—. Lo siento por todas las veces que te aparté. No es porque no me

importe, es porque me importa demasiado. Y yo... hay algo que necesito decirte. Intenté decírtelo antes, pero me ignoraste.

¿Sería esta la última vez que me miraría así?

Santino me miró fijamente, sin parpadear.

—¿Qué es?

Respirando hondo, reuní todo mi valor. Mi corazón gritaba por decirle cuánto lo amaba y lo desesperadamente que quería que construyéramos un futuro juntos. En cambio, me centré en la otra verdad que necesitaba ser compartida.

—Luca está vivo, y está en Providence.

TREINTA Y OCHO

DELILAH

Le entregué mi teléfono a Santino.

La pantalla iluminaba una foto espontánea de Luca y yo en Navidad, con gestos hoscos mientras alguien, probablemente mi tía, nos acosaba para que sonriéramos. Pasé a otra imagen, cada fotografía era una pieza de un rompecabezas que hasta ahora había tenido demasiado miedo de resolver. Todas mostraban a Luca, no como un recuerdo perdido en un incendio, sino como un chico que creció conmigo bajo los Romanov.

Había pasado horas escarbando en álbumes digitales, buscando pruebas que vincularan al hombre que conocía con el niño que todos creían había perecido en el incendio. Poco a poco, había reunido fotos de mi infancia y algunas raras en las que Luca y yo estábamos juntos, sus facciones inconfundiblemente similares a las del niño en la fotografía de Santino.

—Nunca estuvo en el incendio, Santino. Mi padre me lo contó todo. Fue allí y mató a sus padres, pero no pudo hacerlo cuando llegó al dormitorio de Luca. Lo sacó de la casa esa noche y lo entregó a un familiar para que lo criara, una de mis tías que ya tenía dos hijos.

Santino bajó el teléfono, con la mandíbula floja. —¿Se llevó a mi primo?

—Sí, y lo trajo a Providence.

—No me lo creo —murmuró, agarrando la foto de su cartera—. ¿Estás diciendo que es el mismo niño?

—*Sí*.

Apretó la mandíbula. —¿Me estás tomando el pelo?

—Es él. Incluso sigue usando el nombre de Luca.

Santino se pasó una mano por el pelo. —¿Todo el mundo lo sabe?

—No estoy segura. No até cabos hasta que me enseñaste esa foto en tu cartera. —Aspiré profundamente mientras Santino recorría la galería—. Papá nunca me contó nada sobre Luca, pero siempre desentonaba como un pulgar dolorido. Pelo negro, piel olivácea y hablando ruso.

—¿Habla *ruso*?

—Sí —susurré, con el corazón martilleando—. Debieron enseñarle.

El puño de Santino se cerró sobre mi teléfono cuando llegó a una imagen de Luca a los diecisiete, con aspecto frío y distante, haciendo una peineta a la cámara. —¿Tu padre confesó?

Asentí. —Por eso fui a Providence sin ti. Tenía que preguntarle sobre Luca. No te lo dije porque no quería darte falsas esperanzas.

Santino no dijo nada. Luego me devolvió el teléfono, agarrándome el hombro con un agarre mordaz. Me miró, con fuego ardiendo en sus ojos negros.

—Llévame con él.

—¿Trabaja aquí?

Santino se giró en el asiento del coche, lanzando una mirada de duda al colmado de Europa del Este, un edificio discreto

emparedado entre un abogado de divorcios y un servicio de limpieza de alfombras. El centro comercial era anodino.

Asentí. —Es uno de los negocios de blanqueo de dinero de mi padre.

Santino frunció el ceño. —¿Qué hace él?

—¿Aparte de cobrar a los clientes, quieres decir? No estoy segura. Puede que también se encargue del trabajo de trastienda, tal vez las cuentas. Pero siempre ha mantenido un perfil bajo, exactamente como mi padre quería. Lo suficientemente bajo para que tu familia nunca se diera cuenta de que seguía vivo.

La mirada de Santino se endureció. —Así que lo criaron para que pensara que lo habían abandonado. ¿Lo lavaron el cerebro o algo así? ¿A qué lo han estado obligando?

—No lo sé. Ojalá pudiera contarte más.

Santino dejó escapar un suspiro frustrado.

Me había interrogado durante el viaje a Providence, pero la mayoría de mis respuestas consistían en *no lo sé*. Había sentido especial curiosidad por saber por qué Luca no había escapado en quince años de cautiverio. De nuevo, no tenía ninguna explicación que darle. No tenía ni idea de si a Luca le habían amenazado o si sufría el síndrome de Estocolmo.

Todas las respuestas a las ardientes preguntas de Santino estaban en esa tienda, pero Santino no podía entrar en un negocio de la Bratva sin que le dispararan a la salida.

Empezó a desabrocharse el cinturón de seguridad.

Alarmada, le agarré del antebrazo. —¿Adónde crees que vas?

Se detuvo, a medio salir del asiento. —Necesito hablar con él. Cara a cara.

—Vale, pero ¿*cómo* vas a hacerlo?

Inclinó la cabeza hacia la tienda.

—*No*. Ni de coña. Es una idea *realmente* mala. No va a estar solo. Y te garantizo que tiene una pistola detrás del mostrador.

—Estará bien.

Abrió la puerta del coche.

Le vi dirigirse tranquilamente a la entrada del colmado, mordiéndome el labio. Luego salí y corrí hacia él. Mis bailarinas golpeaban el pavimento mientras entrelazaba mi brazo con el suyo. Santino no dejó de caminar, pero redujo el paso.

Abrimos la puerta y sonó una campanilla. Giramos a la derecha hacia un pasillo de productos enlatados. Cogí una cesta y caminé alrededor, llenándola con algunos artículos: pasta en espiral, cerezas ácidas, salchichas de la nevera. Santino alcanzó un artículo en el estante superior mientras su atención vagaba hacia la caja registradora.

Detrás de ella había una pequeña cocina. Una olla alta de acero inoxidable hervía a fuego lento en la cocina, y una radio por satélite emitía comentarios deportivos de una liga rusa de fútbol. Voces bajas retumbaban detrás de una cortina de plástico.

Se me tensó la garganta cuando Santino se acercó al mostrador. Su palma golpeó el timbre.

La cortina de plástico onduló, y Luca apareció. Parecía un típico matón callejero, con corte de pelo degradado, cejas con líneas afeitadas, sudadera grande y tatuajes en las manos y los nudillos.

—¿Listo para pagar? —preguntó.

Santino asintió.

Esperé alguna señal de reconocimiento mientras Santino empujaba la cesta hacia él, pero Luca no miró en mi dirección. El nudillo de

Santino golpeó la gruesa placa de cristal plástico frente a la caja registradora.

—¿Para qué es esto?

Luca pulsó las teclas de la caja. —Protección. Hay mucha delincuencia por la zona.

—¿Ah, sí? Qué pena.

Luca finalmente me miró, tragando saliva. Sus manos se detuvieron, y sus ojos se encontraron con los de Santino antes de volver a la caja. —¿Encontró todo lo que necesitaba?

—Sí.

—Bien —dijo Luca con tono inexpresivo—. Serán veinte con cincuenta y ocho.

Santino me miró. Negué ligeramente con la cabeza, con el estómago retorciéndose de nervios. Él volvió a mirar a Luca, con una expresión indescifrable. Le entregó el dinero en efectivo, y la caja registradora se abrió. Una pequeña máquina escupió un recibo, y Luca lo arrancó, metiéndolo junto con el cambio en la palma de Santino.

Luca metió la compra en una bolsa y la entregó por encima del mostrador.

—Que tenga un buen día.

Santino cogió la bolsa pero no se movió.

—¿Sabes quién soy?

La mirada penetrante de Luca se desvió hacia mí.

—No tengo ni idea.

—De acuerdo, Luca.

Luca ignoró completamente a Santino, tomándose su tiempo para cerrar la caja registradora. Su atención se dirigió a la cámara de

seguridad situada sobre el mostrador, y luego de nuevo a Santino.

Un hombre en la trastienda gritó en ruso: *¿Han terminado ya? ¿Por qué tardan tanto?*

Luca se tensó. *Están pidiendo indicaciones.*

Santino se inclinó más cerca.

—Luca, ¿qué coño pasa?

—Tenéis que iros —Luca señaló hacia la puerta—. Ahora.

La mandíbula de Santino se tensó.

—¿Me recuerdas?

—Señor, creo que está confundido. Solo estoy intentando trabajar aquí. Por favor, abandone el local antes de que llame a las autoridades.

Agarré la mano de Santino.

A regañadientes, dejó que lo condujera hacia fuera. Al salir de la tienda, la puerta se cerró con un suave tintineo. Miré por encima del hombro cuando llegamos al coche de Santino, pero él mantuvo la mirada hacia delante.

—Actuó como si no me reconociera. Algo va muy mal. Parecía tenso y receloso de las cámaras, la vigilancia... Nunca había notado eso en él antes.

Santino miró nuevamente hacia la tienda.

—Quince años, ha estado en mi patio trasero. *Solo*. Soportando Dios sabe qué. ¿Lo habrán torturado?

—N-no creo —una parte de mí quería decir que mi padre no era capaz de eso, pero sinceramente, ya no estaba segura—. Luca solo era un niño cuando lo secuestraron.

—Necesito resolver esto. No puedo dejarlo en esta situación.

—No lo haremos.

Entrelacé mis dedos con los suyos, y la tensión en su mandíbula se suavizó.

—Esto cambiará todo con tu padre. Mi jefe lo querrá muerto. Tenemos que sacarlo de la ciudad.

—¿Harías eso por mí?

Sonrió con ironía, y una ligereza revoloteó en mi corazón.

—No quieres tener su sangre en tus manos, principessa. No es algo de lo que puedas escapar. Si tengo que mantenerlo vivo por ti, eso es lo que haré.

—No quiero que arriesgues tu vida por mi padre.

Sus ojos ardieron con fuego negro.

—¿Qué quieres?

—A ti —susurré—. Solo a ti.

Me miró fijamente, suavizándose las líneas duras de su rostro. Esbozó una sonrisa pequeña pero hermosa. Extendió la mano, sus dedos temblando ligeramente al rozar mi mejilla.

Una tos áspera resonó en el silencio.

Miramos hacia allí. De pie, fuera de la entrada de la tienda, estaban Luca y varios hombres corpulentos, cada uno con una pistola apuntándonos.

TREINTA Y NUEVE

DELILAH

Registraron a Santino y le quitaron la pistola de la chaqueta. Luego confiscaron nuestros móviles y los tiraron. Los hombres de mi padre nos metieron en el coche de Santino, y Luca se sentó en el asiento del conductor, sin mostrar ningún signo de incomodidad mientras conducía hacia la casa de mi padre.

Las luces se encendieron cuando la puerta del garaje se levantó, y entramos. Muchas personas habían desaparecido tras entrar en el garaje de mi padre. Lo sabía porque los conductos de ventilación del garaje llegaban hasta el piso de arriba, a mi habitación. De pequeña, a veces escuchaba ruidos extraños. Cuando lo mencionaba, papá me decía que a sus hombres les gustaba ver películas de terror en el garaje. Pero un día, reuní el valor para colarme dentro del garaje, y solo vi hormigón, herramientas oxidadas y equipo de jardinería.

Santino no reaccionó cuando lo sacaron a rastras, empujándolo por la espalda con una pistola hacia una silla en medio de la habitación. Mi padre estaba detrás, con los brazos cruzados. A su lado estaba mi detestable exprometido. Una sensación de náusea me revolvió el estómago cuando su mirada furiosa se clavó en Santino.

Eso era todo.

Nunca volvería a ver a Santino.

Quería aferrarme a su brazo y gritar, pero mis pulmones no funcionaban. Santino ni siquiera me miró. Se recostó en la silla, con las piernas separadas y los músculos de sus brazos tensos.

—Buen chico, Luca.

Papá le dio unas palmadas en los hombros a Luca como si fuera un golden retriever. La mirada impasible de Luca me recorrió mientras permanecía en la esquina. Bueno, él me había advertido que no confiara en nadie.

—Delilah, ven —dijo mi padre, haciéndome señas—. No necesitas ver esto.

—No voy a ninguna parte sin Santino.

Dimitri le lanzó una mirada fulminante a Santino. —¿Qué le has hecho a mi prometida, cabrón?

Santino se encogió de hombros, con la boca contraída en una mueca. —Solo me divertí un poco con ella, nada más.

Mi corazón se retorció. Conocía demasiado bien a Santino a estas alturas y podía ver la mentira por lo que era: un intento desesperado de protegerme de lo peor que estaba por venir. Pensaba que estaba acabado, y esta era su manera de asegurarse de que yo no cayera con él.

Dimitri se burló, con los puños apretados a los costados. —¿Crees que puedes simplemente entrar y llevarte lo que es mío?

—Ya lo hice. Tuve a tu chica comiendo de mi mano.

El estómago me dio un vuelco mientras buscaba una vía de escape. Santino estaba intentando ganar tiempo. Papá hizo un gesto a uno de sus hombres, que agarró el pelo de Santino y le echó la cabeza hacia atrás.

—Basta —gruñó mi padre—. Delilah, ven aquí. Ahora.

La nuez de Santino subió y bajó, pero sus labios se curvaron en una sonrisa burlona. Una súplica silenciosa brillaba en sus ojos. Quería que me fuera.

Me aferré al respaldo de la silla de Santino, negándome a soltarla, con los dedos clavados en el cuero desgastado como si de alguna manera pudiera anclarlo a este mundo. La mirada de mi padre se endureció, y el rostro de Dimitri se retorció de furia.

—Estúpida zorra. ¿Lo estás defendiendo? ¿Después de todo lo que ha hecho?

La mandíbula de Santino se tensó. —Solo está confundida. No sabe lo que está haciendo.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Dimitri resopló con desprecio y levantó su pistola hacia la sien de Santino. —Si quieres trozos de cerebro en tu pelo, por mí perfecto.

Tenía que haber alguna salida de esto.

Capté la mirada de mi padre. —Por favor, no hagas esto.

Papá me fulminó con la mirada. —Sal de aquí. Este no es lugar para una mujer.

—¿Qué vas a hacer con él? —supliqué.

—Oh, nos vamos a tomar nuestro tiempo —gruñó Dimitri—. Haré una banda sonora con sus gritos y la pondré durante nuestra noche de bodas.

La nuez de Santino subió y bajó al tragar. Sus ojos solo decían una cosa: corre. Probablemente podría hacerlo. Desaparecería en la noche, me escondería con los parientes de Santino en Boston, y criaría al bebé de Santino en paz, lejos del alcance de mi padre.

Sería miserable el resto de mi vida. No, dejar a Santino era impensable. No podía forzarme a irme más de lo que podía dejar de respirar. Todo en mí quería luchar.

¿Pero cómo?

Tres hombres nos rodeaban, más mi padre. Todos tenían una pistola. Santino probablemente llevaba un cuchillo. Después de tener sexo, lo había visto colocarse sus armas. Cada funda y navaja.

Mi corazón latía con fuerza.

Siempre tenía una pequeña navaja automática escondida en la bota. Recordé que una vez bromeó diciendo que era su "amuleto de la suerte". ¿Podrían haberla pasado por alto?

Miré sus botas, tratando de adivinar si estaba preparado para usarla. Sus ojos se encontraron con los míos, y cambió sutilmente su postura. Santino no caería sin luchar. Si iba a hacer algún movimiento, tenía que ser pronto. Mi padre y Dimitri estaban ansiosos por sangre. Podía verlo en sus ojos. Le harían pagar por atreverse a tocarme.

Tragué saliva, con la mente acelerada. Si Santino tenía el cuchillo, podría acabar con uno de ellos. Pero entonces, ¿qué? Había demasiadas pistolas. Ambos estaríamos muertos en segundos.

La mirada de Santino se dirigió hacia mí. Conocía las probabilidades, pero no iba a rendirse. No si había una mínima posibilidad de sacarnos de esta con vida.

Tenía que actuar. No podía quedarme allí y ver cómo lo despedazaban. Mi mente trabajaba a toda velocidad. Necesitaba crear una distracción, algo que le diera a Santino la apertura que necesitaba.

La mano de Santino se crispó. La navaja seguía allí, escondida y esperando. Solo necesitaba un breve momento de caos para inclinar la balanza a nuestro favor.

Tenía que crear ese momento.

—Boris —espetó mi padre—. Sácala de aquí.

Un hombre calvo me agarró del brazo, arrastrándome hacia la puerta. Le di un codazo en el pecho y le arañé los brazos, gritando hasta quedarme ronca. El hombre me empujó hacia la puerta. Tropecé, agarrando una palanca de la pared. Me giré, balanceándola con fuerza.

Impactó en la cara de Boris. Él se tambaleó, sujetándose la mejilla. Entonces me lancé hacia delante, agarré el borde de una mesa y la volqué, enviando una caja de herramientas al suelo con estrépito.

La mano de Santino se dirigió velozmente a su bota. Luego hundió el metal plateado en el muslo de Dimitri. Dimitri gritó, agarrándose la pierna. Su pistola cayó al suelo con un estrépito. Santino se lanzó a por ella. Agarró la empuñadura—

Dos fuertes detonaciones estallaron.

Se me abrieron los ojos cuando Boris se desplomó en el suelo, con un agujero limpio entre los ojos. Luca sostenía una pistola, su mirada entrecerrada fija en mi padre. Mi padre se tambaleó, con sangre floreciendo en su camisa. Dimitri se retorcía en el suelo, revolviéndose en su propia sangre. Santino vació su cargador en Dimitri, los casquillos repiqueteando contra el hormigón.

La gente dentro de la casa gritaba. Luca pulsó el botón para abrir la puerta del garaje, y el sonido del motor ahogó los gritos de confusión. Santino me agarró, abrió la puerta de un coche y me empujó dentro mientras Luca se apresuraba a ocupar el asiento del conductor.

La puerta se abrió de golpe.

Varios hombres irrumpieron en el garaje con las armas desenfundadas.

Una lluvia de balas resquebrajó el parabrisas cuando Luca arrancó el coche. El motor rugió con fuerza, y Luca salió disparado del garaje, con los neumáticos chirriando. Santino me obligó a agachar la

cabeza completamente. No me soltó hasta que nos incorporamos a la autopista.

Santino se pasó una mano por el pelo, sonriendo. —¿Qué se siente al ser libre?

Luca gruñó algo ininteligible. No dijo ni una palabra más, su rostro era una máscara de concentración. La sangre en su camisa y la mirada salvaje en sus ojos eran los únicos indicios de que se había abierto paso a tiros de una trampa mortal.

—Luca —dije con voz quebrada.

Me miró por el retrovisor. —Hablaremos luego. Necesitamos llegar a un lugar seguro.

Santino me apretó la mano, devolviendo mi atención hacia él. —Todo saldrá bien.

Luca dio un giro brusco, los neumáticos chirriaron mientras el coche aceleraba hacia una carretera secundaria. Habíamos logrado salir con vida. La supervivencia era solo el comienzo.

CUARENTA

SANTINO

Luca mantenía en equilibrio un vaso de agua sobre su rodilla mientras se sentaba en mi sofá. —¿Tienes algo más fuerte que esto?

Negué con la cabeza. —Tenemos agua con gas y refresco sin azúcar.

—Vaya. Eres mucho más aburrido de lo que recordaba.

—Eso es culpa mía —dijo Delilah desde su asiento junto a Luca—. Ahora estoy sobria.

La boca de Luca se crispó. —Pues una de nosotros.

Se bebió el resto del agua como si fuera un chupito, y luego dejó el vaso sobre la mesa de centro. Delilah deslizó un posavasos debajo del vaso, con los ojos vidriosos y enrojecidos.

Tenerlo de vuelta debería haber sido eufórico. Esto era un maldito milagro. Y, sin embargo, no *se sentía* como tal. Quizás porque no reconocía al hombre sentado frente a mí.

Claro, se parecía a mi primo. Lo observé desde mi sillón de cuero, catalogando los detalles. La sudadera oversized, los vaqueros holgados, las zapatillas. Corte de pelo degradado. Tenía la apariencia dura de un matón callejero, junto con esa mirada vacía. Sus ojos negros taladraban agujeros en mi cabeza. Su acento había cambiado del argot obrero de Boston a un deje ruso. Se me endureció el estómago. ¿Qué más habían cambiado de él?

No podía dejar de mirarlo. No había podido apartar los ojos de él desde que entramos en mi casa, como si fuera a desvanecerse en el aire si parpadeaba.

—¿Me reconociste en la tienda?

—Obviamente —dijo, tamborileando con los dedos sobre el sofá—. Intenté sacarte de allí. No tenías ni idea de dónde te habías metido.

El calor me subió al pecho. —No la creí cuando me dijo que estabas vivo. Tenía que verte.

Luca se recostó en el sofá. —Me imaginé que no la creerías. Todo el mundo pensaba que estaba muerto.

¿Por qué no nos dijiste que no lo estabas?

La pregunta se me quedó atascada en la garganta. Tenía tantas preguntas, pero no estaba seguro de lo que él había pasado. No quería acosarlo a preguntas, pero necesitaba saberlo. *Ahora*.

Delilah deslizó una mano sobre su hombro. —Eres familia, y Santino se preocupa por ti. *Ambos* lo hacemos.

Luca se encogió de hombros. —¿Y ahora qué?

—Necesito hacer algunas llamadas a Vinn. Tiene que saber lo que ha pasado, pero primero, tengo que decidir qué voy a decirle. A todos. Mi madre va a perder la cabeza. Todavía llora cada año en el aniversario de tu muerte.

Su ceño se suavizó. —¿Todavía hace biscotti de café?

—Sí, siempre está en la cocina. Aunque, ahora que Kill tiene un hijo, está ocupada haciendo de niñera.

Luca parpadeó. —¿Ha tenido un hijo?

—Sí, un niño. Y tiene otro en camino. —Abrí mi móvil en la galería compartida de Jack, mostrándole fotos—. Mira.

Luca se inclinó hacia delante, contemplándolas.

Señalé una foto de padre e hijo. —Jack se parece mucho a Kill, ¿verdad?

—La última vez que vi a Kill, era más o menos así de grande. —Luca extendió una mano, imitando la altura de un niño.

—Luca, necesito que me digas qué pasó. Quiero que vuelvas al principio. Dame todos los detalles que puedas. Empieza por contarme qué recuerdas del incendio.

Luca se recostó, abandonándole la luz de los ojos. Sus dedos tamborileaban inquietos en el sillón, imitando el comportamiento nervioso durante la abstinencia de Delilah. Ella había mencionado que solían pasarse una botella de vodka como si fuera refresco. ¿Era alcohólico como ella, o algo peor?

—No recuerdo mucho de aquella noche —murmuró.

Mentira. —No eran mis padres, y aún tengo esa imagen de tu casa en llamas grabada en mi cerebro.

Su mirada afilada se encontró con la mía. —He dicho que *no recuerdo*.

—¿Por qué estás evitando la pregunta?

—Santino solo intenta entender lo que pasó —dijo Delilah en voz más alta—. Simplemente empieza con las cosas que sí recuerdas.

—La manta que picaba —murmuró—. Me llevaron a casa de alguien y me acostaron en un colchón duro, y tenía una manta de lana que rascaba.

—¿Y antes de eso?

Delilah me lanzó una mirada feroz, y cerré la boca.

—Ya te he dicho que no recuerdo una mierda. Todo son imágenes confusas. Recuerdo calor y humo. Recuerdo a un hombre extraño

sacándome de la casa. Me desmayé antes de llegar al coche. Y entonces... desperté en una cama extraña. Un hombre y una mujer se presentaron: Ilya y Svetlana. Me dijeron que un bombero me había salvado. Que mis padres estaban muertos, que la casa se había quemado. Me dijeron que una manta eléctrica en el salón había provocado el incendio.

—Eso es mentira...

—Lo sé. Es decir, lo descubrí más tarde, pero... —Su voz se apagó y se tensó—. Durante mucho tiempo, les creí. Yo solía meterme bajo la manta, encenderla y leer. Pensé que había olvidado apagarla. Me hicieron creer que había cometido un error, que era *mi* culpa.

El calor me rodeó la garganta.

Luca inhaló, con la respiración entrecortada. —Pensé que alguien vendría a buscarme. Alguna de mis tías o tíos, un abuelo, *alguien*, pero nunca vino nadie. Me encerraron en una habitación y dijeron que era por mi protección. Al principio estaba muy asustado, pero ellos fueron pacientes. Me dijeron que eran mi nueva familia. No tuve más remedio que confiar en ellos. Durante un tiempo, me trataron bien: me alimentaron, me vistieron, me enseñaron ruso. Dijeron que era por mi bien, para que pudiera entender su mundo. Y yo les creí porque solo era un crío. ¿Qué sabía yo?

Se me revolvió el estómago. —Te manipularon.

Luca me miró, con los ojos vacíos. —Sí, pero no lo sabía en aquel momento. Me hicieron creer que todos me habían abandonado. Que no tenía a nadie más. Empecé a aceptarlo. Me hicieron parte de su... familia.

—¿Es por eso que nunca contactaste con nosotros? —insistí.

—No podría haberlo hecho aunque hubiera querido. Me mantenían encerrado. No me permitían acceder a nada con lo que pudiera buscar a mi familia. Todo lo que podía hacer era concentrarme en intentar sobrevivir. Sabía que mi situación no era normal, pero

pensaba que me lo merecía por matar a mis padres. Mi mente seguía encontrando formas de culparme por sus muertes. Cuando fui lo suficientemente mayor para saber la verdad, ya era una cáscara de persona. No *quería* volver a casa. —Luca hizo una pausa, con la mirada fija en el suelo—. Había aceptado que no pertenecía a ningún otro lugar.

Me pasé la mano por el pelo. —Joder.

—Me estaba convirtiendo en un problema. Cuando me soltaban, empezaba peleas con cualquiera, rompía cosas y bebía hasta vomitar. La única persona con la que me llevaba bien era Delilah, que estaba atrapada en su propia prisión. Cuando me encerraban, lo único que podía hacer era mirar las cuatro paredes de mi celda. Entonces Mikhail intervino y me dio un trabajo —exhaló bruscamente, un sonido que casi parecía una risa, pero amarga—. Ahí fue cuando empezó. Fui ascendiendo. Tenía que ser útil. Aprendí a hacer cosas para ellos... pequeños recados al principio, pero con el tiempo, me dejaron hacer más. Era la única forma de conseguir algún tipo de libertad. Me convencí de que era lo correcto. Era más fácil que enfrentarme a que estaba atrapado.

Me incliné hacia delante. —¿Fue entonces cuando decidiste vengarte?

—Al principio, solo se trataba de sobrevivir. Mantenerlos lejos, evitar castigos. Pero cuanto más trabajaba para ellos, más empecé a ver las cosas de manera diferente. Observé cómo operaban. Vi las mentiras. Fue como si algo hiciera clic. Me di cuenta de lo que me habían quitado —apretó los puños—. Pensé en la familia que había perdido, en ti. Sabía que estabas ahí fuera, viviendo tu vida mientras yo estaba atrapado. Ahí fue cuando todo cambió. Dejó de ser sobre sobrevivir y empezó a ser sobre ajustar cuentas.

—No tenía ni idea —susurró Delilah—. ¿Por qué no hablaste conmigo?

Los labios de Luca se tensaron. —Eras la hija del Pakhan. No podía arriesgarme.

El silencio llenó la habitación. Estudié su rostro, reconstruyendo al primo que una vez conocí a partir del hombre sentado frente a mí. La transformación era inquietante y, sin embargo... la entendía.

Luca miró fijamente sus manos. —Tenía que demostrar que era más valioso vivo que muerto. Al principio no era nada para ellos. Solo una herramienta. Pero me hice indispensable. Observé, aprendí y esperé.

Delilah se movió a su lado. —¿Cómo conseguiste pasar desapercibido?

—Me convertí en uno de ellos —respondió Luca, con voz fría—. Me mezclé. Mantuve la cabeza baja y nunca les di motivos para sospechar de mí. Tardé años. Cada vez que pensaba que estaba cerca, me ponían a prueba, me empujaban para ver si me quebraba. Tenía que interpretar el papel a la perfección, o me matarían.

Levantó la mirada, encontrándose con mis ojos. —Esperé el momento adecuado. Pensé que quizás, si me acercaba lo suficiente, podría acabar con Mikhail, especialmente después de ver cómo trataba a Delilah. Pero entonces... —su mandíbula se tensó y miró a Delilah—. Entonces vosotros dos entrasteis en esa tienda.

Mi pecho se tensó. —¿Qué cambió?

Luca negó con la cabeza, formando una sonrisa amarga en sus labios. —Me di cuenta de que el momento perfecto nunca llegaría. Había pasado tanto tiempo planeando, convenciéndome de que habría una oportunidad impecable, pero no existe tal cosa. Cuando os vi a los dos, supe que tenía que actuar, o perdería mi oportunidad para siempre. La venganza no iba a esperar a que yo estuviera listo.

—Así que hiciste tu jugada.

Luca asintió. —Tenía que hacerlo. No iba a dejar que me arrebataran a nadie más.

—Lo entiendo —susurré—. Te acercaste a Mikhail y esperaste tu momento hasta que pudieras hacer un movimiento, pero necesito que me escuches en esto: nunca fuiste olvidado. No pasó ni un día sin que esta familia pensara en ti. Encendíamos velas, decíamos tu nombre en la cena y alzábamos nuestras copas por ti cada Navidad. Mi madre, todos nosotros... nunca dejamos de pensar en ti.

Saqué mi cartera, mostrándole el retrato que guardaba dentro.

Tragó saliva con dificultad. Podía ver la tormenta de emociones que se agitaban en su interior. Rabia, arrepentimiento, quizás incluso esperanza.

—Eres familia —dije, guardando la foto de nuevo—. Siempre tendrás un lugar aquí. Eso no cambia, sin importar cuánto tiempo estés lejos.

Los ojos de Luca se empañaron, pero parpadeó, endureciéndose. —No sabes lo que tuve que hacer para ellos.

—No me importa.

Su cara enrojeció. —Dices eso ahora... pero puede que no te guste quién soy.

Me encogí de hombros. —Cuidamos de los nuestros, por muy jodidos que estén.

Delilah suspiró. —Lo que Santino quiere decir es que te quiere incondicionalmente.

—Puedo hablar por mí mismo, principessa.

Ella arqueó una ceja. —Cualquiera lo diría.

Luca apartó la mirada, tensando la mandíbula. Delilah extendió la mano y le apretó el hombro. Sus ojos se dirigieron al suelo. Delilah lo rodeó con sus brazos, abrazándolo con fuerza. Luca se tensó, luego se inclinó hacia su abrazo, apoyando la barbilla en el hombro de ella.

Dudé. Luego me moví hacia el sofá y puse una mano en su espalda. —Ya no estás solo.

Luca se tensó, luego levantó la mirada, formando una sonrisa tenue, casi desafiante, en sus labios. Entonces lo vi: el primo que solía conocer, todavía ahí dentro, luchando por regresar.

CUARENTA Y UNO

DELILAH

dos semanas después

—¿Eres Delilah?

Esbocé una sonrisa. —Sí, soy yo.

Un hombre de piel aceitunada con pelo alborotado me estrechó la mano. —Soy Tony. Es un placer conocerla.

Asentí. —Igualmente.

—Esta es mi esposa, Evie —dijo, señalando a una joven con vaqueros y una chaqueta de cuero—. Solo quería agradecerle lo que hizo por nuestra familia. Si alguna vez necesita algo, no dude en avisarme.

Su mano adornada con anillos dio unas palmaditas a la mía, y desapareció entre la multitud de la fiesta. Tan pronto como se marchó, otro miembro de la familia se presentó. Michael. ¿O era Alessio?

Santino había organizado una fiesta para celebrar el milagroso regreso de Luca. Familiares, amigos y aliados no dejaban de entrar en el salón y estrecharme la mano. El ambiente era de éxtasis. La madre de Santino se había derrumbado contra mí, agradeciéndomelo entre un mar de lágrimas. Querían saber qué le

había pasado a Luca. Cómo había sido su vida. Me suplicaban que les contara historias. Todos querían conocer a la mujer que había devuelto a Luca a la vida.

Santino estuvo a mi lado la mayor parte del tiempo, su mano una presencia constante en la parte baja de mi espalda. Bebía agua con gas en su vaso. Toda la fiesta era sin alcohol. Intenté hacerle cambiar de opinión, pero me dijo que le importaba más yo que la comodidad de sus invitados.

—¿Estás bien, principessa?

Necesitaba un momento para respirar. —No puedo creer que toda esta gente quiera conocerme.

Santino sonrió, negando con la cabeza. —Hasta Tony ha salido de su cueva para ver a la chica de la que todos hablan.

Era abrumador, el constante flujo de personas, el ruido, las alabanzas. Me sentía como si me estuviera asfixiando bajo el peso de todo ello. Mi pecho se tensó. Necesitaba estar sola.

La mano de Santino subió hasta mi hombro. —¿Seguro que estás bien?

—Necesito un poco de aire —dije, intentando mantener mi voz ligera, sin querer preocuparle—. Es mucho, ¿sabes?

Sus ojos se suavizaron. —Ve, entonces. Yo te cubriré.

Me escabullí de la sala principal, maniobrando a través del laberinto de gente. El parloteo se desvaneció mientras encontraba un pasillo más tranquilo. Vagué por él, los sonidos de risas desvaneciéndose. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

Subí al segundo piso, giré una esquina y noté una puerta entreabierta. La luz se derramaba por la rendija, y dentro se oían movimientos. Me acerqué a la puerta silenciosamente, asomándome.

Luca estaba de pie en el centro de un pequeño estudio. Miraba fijamente una pared cubierta de fotografías antiguas, de espaldas a mí. La luz de una lámpara cercana proyectaba un cálido resplandor sobre la habitación, resaltando la tensión en sus hombros.

Dudé. —¿Luca?

No se dio la vuelta inmediatamente, pero sus hombros se relajaron. —No te oí entrar.

Entré en la habitación. —Necesitaba un descanso de la fiesta.

Asintió, sin mirarme todavía.

Me puse a su lado. Las viejas fotos en la pared mostraban niños jugando en el jardín, reuniones familiares, vacaciones. Vislumbré a un Santino más joven en algunas de ellas, siempre con esa misma mirada intensa.

La mirada de Luca se fijó en una foto de grupo de la familia tomada años atrás. Él estaba en ella, un niño pequeño de pie frente a sus padres, con una amplia sonrisa en su rostro. El tipo de foto que te rompería el corazón si conocieras la historia detrás.

—Debe ser extraño —dije suavemente—, ver todo esto después de tanto tiempo.

Luca finalmente me miró. —Ya no pertenezco aquí.

—Sí que perteneces. Eres familia.

Volvió a mirar la foto, tensando la mandíbula. —Me convirtieron en otra persona. ¿Cómo se puede volver de eso?

No tenía una respuesta, así que me quedé en silencio.

—No me conocen. Me ven como ese niño de la foto, pero ya no soy él —se rió amargamente—. No encajo. Hablo ruso, no italiano.

—Dale tiempo.

—Ni siquiera sé quién soy, así que ¿cómo pueden saberlo ellos?

Extendí la mano, colocándola en su brazo. —Eres Luca, y no estás solo. Tienes personas que se preocupan por ti y quieren ayudarte a encontrarte a ti mismo de nuevo.

Luca se cruzó de brazos, todavía tenso. Miró mi mano en su brazo, luego a mí. Había una vulnerabilidad en sus ojos que no había visto antes, una crudeza.

La puerta se abrió.

Santino entró tranquilamente. —Me imaginé que estaríais escondidos juntos. Os están buscando abajo —agarró el hombro de su primo.

Luca se escabulló del agarre de Santino y salió de la habitación.

Santino frunció el ceño, mirándolo alejarse. —Ha estado raro toda la noche.

—Considerando lo que ha pasado, probablemente esté raro durante un tiempo.

Santino se frotó la nuca. —Sí, supongo que tienes razón. Es difícil verlo así.

—Lo conseguirá. Solo necesita espacio para aclararse.

Santino se volvió hacia mí, su expresión suavizándose. —¿Y tú?

Me encogí de hombros. —Me las estoy apañando.

Mi ex murió en el tiroteo. No hubo obituario ni funeral, pero había desaparecido misteriosamente. Eso significaba que la Bratva se había ocupado de su cuerpo en privado. Mi padre estaba en el hospital en coma inducido. Probablemente no despertaría. Seguía esperando sentirme devastada, pero todo lo que sentía era alivio por haber escapado definitivamente de él.

Solo quería que despertara para que respondiera por sus crímenes. Había esperado que su acción de salvar a Luca hubiera sido un acto

de misericordia, pero sabía que no era así. La misericordia no formaba parte del plan de juego de mi padre. Volver a uno de los suyos contra ellos era la máxima muestra de poder sobre los Costa.

Ver a Luca hizo que la realidad de mi relación con Santino se derrumbara. Había expuesto a mi padre como un monstruo que secuestró a un niño, y no tenía ni idea de si los sentimientos de Santino hacia mí habían cambiado. Nadie en su sano juicio me seguiría *queriendo* después de todo lo ocurrido. Apenas habíamos abordado el tema del embarazo.

Santino se acercó más, su mano inclinando suavemente mi barbilla para que tuviera que encontrarme con su mirada. —¿Quieres que eche a todo el mundo?

—No, me lo estoy pasando bien. Es solo que es extraño caerle bien a tanta gente.

—Has traído a Luca de vuelta —Santino entrelazó sus dedos en mi pelo, acariciándome—. Y me has hecho quedar muy bien delante del jefe.

—¿Ah, sí?

Asintió lentamente.

—Recuperarlo me ha dado muchos puntos.

—De nada.

Santino se rio entre dientes.

—Te estás volviendo bastante popular con mi familia.

—Pensaba que serían cautelosos conmigo.

Negó con la cabeza, todavía sonriendo.

—Ni de lejos. Te has ganado su respeto. Mi madre no para de hablar de lo valiente que eres, e incluso mis tíos, que son unos duros, están

impresionados. Te ven como alguien dispuesta a defender lo que es justo, incluso cuando has tenido que abandonar a tu familia.

—No eran precisamente una familia.

—Sí, pero aun así. Es impresionante. Eres más dura que la mitad de los hombres de aquí —bromeó, atrayéndome hacia él—. Y todos ven lo mucho que significas para mí. Lo que has hecho por Luca. Eso cuenta mucho para los Costa.

Sonreí.

—Supongo que no pensaba que encajaría.

—Encajas mejor de lo que crees. Y has hecho algo por nosotros que nadie más podría haber hecho. Devolvernos a Luca es algo que ninguno de nosotros olvidará jamás.

—Vaya. ¿Significa eso que mi deuda contigo queda saldada?

Sonrió.

—¿Crees que puedes librarte de mí tan fácilmente?

Levanté una ceja.

—Bueno, considerando todo, diría que he pagado con creces mis deudas.

Se rio entre dientes.

—Quizás. Pero como llevas a mi hijo, no voy a ir a ninguna parte. De hecho —se inclinó más cerca, su aliento cálido contra mi oreja—, voy a meterme en tus asuntos aún más. Así que será mejor que te acostumbres a la atención.

Mi corazón se aceleró.

—Oh, genial. ¿Así que ahora estoy atrapada contigo?

—Por supuesto, y solo para asegurarme de que no lo olvides...

Se echó hacia atrás y metió la mano en su bolsillo, sacando un pequeño sobre. Me lo entregó, sonriendo.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y verás.

Lo rompí para abrirlo. Dentro había un juego de llaves y una pequeña tarjeta con una nota escrita con la letra firme de Santino.

Para Retro Rose Boutique. Es todo tuyo, Delilah. Ahora realmente no tienes excusa para dejarme. Con amor, Santino.

—¿Me has comprado un edificio?

Santino asintió, con la mirada fija en la mía.

—Moví algunos hilos, pedí algunos favores. Está en Newbury Street. Ubicación privilegiada. Un espacio más grande también, unos doscientos treinta metros cuadrados. Tienes espacio para expandirte y añadir lo que quieras.

—¿Cuándo has tenido tiempo siquiera de hacer esto?

—He estado trabajando en ello desde el incendio. No quería que te preocuparas, así que lo mantuve en secreto. Todos colaboraron: mis hermanos, tíos. Todos querían ayudar.

—¿Lo hicieron?

—Ahora eres parte de nosotros. Cuidamos de los nuestros.

Me ardían los ojos.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —murmuró Santino, su pulgar limpiando una lágrima que se había deslizado por mi mejilla—. Solo debes saber que es tuyo. Tu nombre está en el título. Es de tu propiedad.

Me quedé mirando las llaves en mi mano, sin palabras.

Se inclinó, apoyando su frente contra la mía. El silencio se instaló entre nosotros, el suave murmullo de los ruidos de la fiesta lejana parecían a mundos de distancia. Santino cerró los ojos y los abrió, respirando profundamente.

—Y si alguna vez quieres... si necesitas tu propio espacio, te ayudaré. Solo tuyo. Sin condiciones.

Mi corazón se hundió un poco. ¿Me estaba dando una salida? ¿Creía que yo querría una? ¿O era ÉL quien la quería? El calor de su cuerpo tan cerca de repente se sintió como a miles de kilómetros de distancia.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Me estás dejando marchar?

Asintió, con los ojos ardiendo.

—¿Ya no me quieres?

Santino frunció el ceño.

—No es eso. No quiero ser otra cosa que te ate. Este asunto con Luca me hizo pensar. Si estás aquí, debería ser porque quieres estarlo. No porque te sientas atrapada.

—No me siento atrapada. No quiero estar en ningún otro sitio.

Se ablandó.

—Me equivoqué. Te hice sentir atrapada. Eso es culpa mía. Pero si vamos a hacer esto, tiene que ser real. Quiero que sea correcto.

—Sabía lo que eres. Te elegí. Y esta tienda es más de lo que nunca esperé. Pero no la quiero si significa no tenerte a ti.

Su mano se alzó para acunar mi rostro, su pulgar trazando tiernamente la línea de mi mandíbula.

—Me tienes, principessa. Siempre. Si me quieres.

—Te quiero. Más que nada. Te quiero —solté de golpe, saliendo las palabras precipitadamente—. Te quiero, y me asusta lo profundo que llega esto, me asusta lo que significa para ambos. Debería haberte dicho antes lo que sentía, pero tenía miedo de que quererte tanto pudiera destruirme.

—Yo también te quiero, Delilah.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos, nublando su rostro, pero podía oír cuánto significaban esas palabras para él. Mi corazón latía con fuerza. Oírle decir que me quería... era todo lo que necesitaba.

Santino arqueó una ceja.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Sí.

—¿*Sí*?

Sonreí y asentí.

Santino sacó la caja de su chaqueta. Levanté mi mano, y deslizó el anillo en mi dedo. Luego me atrajo hacia sus brazos, abrazándome fuertemente contra su pecho.

DELILAH

Las campanas de boda repicaron.

Santino y yo bajamos los escalones de piedra, cogidos de la mano. Una nube de burbujas flotaba a nuestro alrededor, cortesía de Jack y los otros niños, sus risas mezclándose con los vítores. La escena parecía sacada de un cuento de hadas, surrealista y mágica pero innegablemente real.

La ceremonia había sido sencilla. Solo familia cercana y algunos amigos. Habíamos recorrido un largo camino desde el momento en que huí de Dimitri hasta este instante en que elegí a Santino para que fuera mío para siempre.

Al llegar al final de los escalones, divisé a Violet arreglando un pequeño lazo en el atuendo de su recién nacido. Kill estaba a su lado, con los brazos cruzados y una expresión divertida en su rostro. A pocos metros, Romeo bromeaba con sus hermanas, gesticulando exageradamente con las manos.

Justo en medio de ellos estaba Luca, sonriendo mientras sostenía a Jack sobre sus hombros. Los ojos de Luca se desviaron, encontrándose con mi mirada, y me hizo un pequeño gesto con la cabeza.

Santino me abrió la puerta del coche.

—¿Lista para irnos, señora Costa?

Le sonreí, con el corazón rebosante. Me subí al coche y, esta vez, el vestido cooperó. Santino se sentó a mi lado y me besó en la mejilla.

Mientras nos alejábamos, el paisaje urbano de Boston pasaba como un borrón. Me recliné, sintiendo la suave tracción del coche mientras aceleraba hacia nuestro futuro. La mano de Santino nunca soltó la mía, su pulgar trazando la alianza de mi boda.

—¿Recuerdas la segunda vez que nos vimos? —pregunté, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Eras la novia fugitiva más sexy que había visto jamás.

Me reí suavemente. —Ahora soy toda tuya.

Me atrajo hacia sus brazos, besándome. Inclinándome, metí la mano en su pelo con mousse. Cuando separé mis labios, él gimió y me besó. Me sujetó por la nuca, su cuerpo acercándose al mío. Una oleada de calor se extendió por mi cuerpo, electrificando cada nervio. Cada beso era una promesa de que nunca me dejaría ir.

Cuando huí aquel día, no solo estaba escapando. Estaba corriendo hacia el hombre que se convertiría en mi verdadero hogar.

¡Muchas gracias por leer *Trapped*! ¡La historia de Luca es la siguiente en Arruinada!

No me van los hombres.

Especialmente Dominic Caruso: mi jefe, mi tormento y mi mayor debilidad. Es el tipo de hombre que toma lo que quiere y no deja nada atrás. Un peligroso capo de la mafia con una voz que me hace odiar lo fácilmente que obedezco.

Debería mantenerme alejado.

Pero ahora estamos atrapados juntos, y cada momento con él es una batalla que estoy perdiendo. Su contacto me destroza, y la forma en que me mira me hace cuestionar todo lo que creía saber sobre mí mismo.

No solo está derribando mis muros.

Me está arruinando, pieza por pieza.

¿Y lo peor?

No sé si estoy luchando para alejarme de él...

O para pertenecerle.

Tropos:

• Despertar gay

• Una sola cama

• Jefe/Empleado

• Gruñón/Alegre invertido

• Romance secreto

¡Consíguelo o sigue leyendo para ver el primer capítulo!

AGRADECIMIENTOS

Siempre he querido escribir una heroína tipo "chica de gánster", y este libro me ha permitido hacerlo. Fue una auténtica emoción sumergirme en la mentalidad de una mujer fuerte que cree tener al héroe comiendo de su mano. Escribir este libro me ha proporcionado muchísima alegría, y espero que disfrutéis del viaje tanto como yo.

Un enorme agradecimiento a Molly Whitman y Christine LePorte por vuestro increíble trabajo de edición en este libro. Vuestras miradas perspicaces y comentarios reflexivos ayudaron a dar forma a la historia hasta convertirla en lo que es ahora, y no podría haberlo hecho sin vosotras.

Un agradecimiento especial a Madison por la lectura beta. Tus perspectivas y sugerencias fueron invaluables, y estoy profundamente agradecida por tu dedicación para ayudar a que esta historia brille.

Kevin McGrath, te has superado a ti mismo con la impresionante portada, y Michelle Lancaster, la foto capta perfectamente al protagonista.

A todos mis lectores, las palabras no pueden expresar lo mucho que vuestro apoyo significa para mí. Sois la fuerza motriz detrás de cada palabra que escribo. Estoy inmensamente agradecida por vuestro entusiasmo hacia mis historias. Es lo que me mantiene inspirada cada día.

Con todo mi cariño,

Vanessa

OTRAS OBRAS DE VANESSA WALTZ

Los Pecadores de Boston

Comprometida

Atada

Fingida

Reclamada

Atrapada

Arruinada